

DENNIS E. SHOWALTER

LA  
BATAJIA  
DE KURSK

El gran choque de tanques  
de la Segunda Guerra Mundial



# Índice

Lista de mapas

Introducción

Orden de batalla de la operación Ciudadela

1. Génesis

2. Preparativos

3. Ataque

4. Lucha cuerpo a cuerpo

5. Decisiones

6. Duros golpes

7. Encrucijadas

Conclusión. Puntos de inflexión

Referencias bibliográficas

Agradecimientos

Guía de lectura adicional

Notas

Créditos

## Lista de mapas

Frente Oriental: principios de marzo de 1943  
Sector de Kursk: 4 de julio  
Ciudadela: defensas soviéticas y el saliente de Kursk  
Asalto alemán sobre el sector noroccidental del saliente de Kursk  
Sector de Manstein: 5-17 de julio  
Alternativa: Prokhorovka  
Contraataque proyectado de Vatutin. 12 de julio  
Destacamento de Ejército Kempf al final del 12 de julio  
Prokhorovka. 12 de julio  
Operación Kutusov. 13 de julio  
Hacia el Dnieper. Julio-septiembre de 1943

## Introducción

La batalla de Kursk es una paradoja continua. Por una parte, se la describe habitualmente como una epopeya militar: la mayor batalla de tanques de las historia, el primer paso en el camino del Ejército Rojo hacia Berlín, un examen definitivo de los sistemas militares y políticos nazi y soviético. Por otra, es extrañamente borrosa. Comparada con Stalingrado o Barbarroja, permanece oscura, y su narrativa fomenta tanto el mito como la historia.<sup>1</sup> En el contexto de la historiografía sobre la Segunda Guerra Mundial en lenguas occidentales, en particular en inglés, Kursk es parte de un desequilibrio que se concentra en las operaciones anglo-americanas. La verdadera magnitud de la lucha, la ausencia de unos puntos de referencia culturales y políticos significativos, y un comprensible interés por las hazañas de sus propios países se combinan en una literatura que reconoce la guerra ruso-germana después de Stalingrado como un factor vital en el desarrollo y resultado final del conflicto, pero queda restringida a la periferia en términos de recuento de páginas.<sup>2</sup>

Un reciente desarrollo en la historiografía de la guerra ruso-germana la integra dentro de perspectivas relacionadas con la guerra total y el genocidio. Algunas veces se convierte en central, como en *La guerra del mundo*, de Niall Ferguson, y en *Tierras de sangre*, de Timothy Snyder. En otras obras, como *Ostkrieg*, de Stephen Fritz o *La guerra de los ivanes*, de Catherine Merridale, Kursk, cuando aparece, se convierte en una nota a pie de página dentro de una historia más amplia de armagedón y apocalipsis.

En el contexto de la guerra ruso-germana como objeto de análisis militar, Kursk sigue mezclada con lo que el Instituto de Historia Militar de Alemania, el Militärgeschichtliches Forschungsamt, denomina el «año perdido»<sup>3</sup> (desde

el verano de 1943 al verano de 1944), un periodo de ignominiosas retiradas en el bando alemán y no menos ignominiosas victorias para los soviéticos — ambas alcanzadas a un coste excesivo y que no ofrecen demasiada inspiración o valor para los estudiosos del arte/ciencia/oficio de la guerra—. En ese sentido, Kursk se convierte en un equivalente a Passchendaele y Chemin des Dames en la Primera Guerra Mundial, o a la batalla de la Espesura de la Guerra Civil americana: un homenaje al duro combate sin inspiración y al colosal sufrimiento humano.

Bastante antes de que *El rostro de la batalla* de John Keegan llamase la atención de los escritores de temas militares, alejándola de los movimientos en un mapa de abstractos bloques rojos y azules y enfocándola sobre los mecanismos de batalla tal como se aplican en los hombres en el crudo final, Kursk generaba relatos de recuerdos y explicación. Surgieron dos narraciones principales.<sup>4</sup> La versión alemana describía una lucha heroica, desgastando a los infinitamente superiores defensores soviéticos, llegando al clímax con la destrucción, por parte del Cuerpo Panzer SS, del Quinto Cuerpo Mecanizado de la Guardia en Prokhorovka, tan solo para ver frustrada su victoria por la microgestión e indecisión de Hitler. La homóloga soviética describe un ataque alemán triturado en primer lugar por un sistema de fortificaciones científicamente creado y defendido de manera intrépida, y más tarde derrotado por el arrojado ataque del Quinto Cuerpo Mecanizado de la Guardia en Prokhorovka.

Hasta hace poco tiempo, ha resultado complicado abordar las contradicciones entre las dos ideas debido a un virtual monopolio alemán de las narrativas del frente Oriental.<sup>5</sup> La determinación de la URSS de controlar la historia de la Gran Guerra Patriótica se complementó con un desaliento de la memoria y los recuerdos en todas las graduaciones militares de la Unión Soviética, desde soldado raso a mariscal. En la época post-soviética, la mejora en el acceso a los archivos, las memorias y los campos de batalla se ha combinado con los desarrollos posteriores a la reunificación en la historiografía militar alemana para revitalizar y, de hecho, revolucionar la escritura académica y divulgativa sobre Kursk y sus matrices.

La intención general de este libro es sintetizar el material y las perspectivas que, en algunos casos, han sido confirmadas y en otros

modificadas, reformadas o revisadas. Está estructurada operativamente, pero no tiene un enfoque operativo. Los acontecimientos de la batalla se usan para contextualizar temas más amplios de operaciones y estrategia, estructura institucional y política estatal, así como para transmitir parte de la dimensión humana del frente Oriental.

Este trabajo también tiene un propósito específico: estructurar y aclarar la nueva masa disponible de documentos oficiales, tácticos y personales, sobre la lucha. Kursk fue una batalla antes de que se convirtiera en algo más. Eso hace que valga la pena saber quién hizo qué, dónde, cuándo, con qué, a quién y, sobre todo, *por qué*. Esto requiere recopilar, comparar y criticar narraciones oficiales y personales, contextualizándolas en una geografía muy desconocida para todos, salvo unos pocos lectores potenciales, y luego presentar los resultados de una manera que sea comprensible sin ser condescendiente.

En aras de la claridad, el texto utiliza la ortografía rusa para las características geográficas. Aborda la diferencia de dos horas entre la hora oficial alemana y la rusa al citar la hora señalada por los sujetos de la narración: alemana cuando los actores son alemanes, rusa para los rusos. El texto también minimiza las referencias a las oscuras aldeas y pequeñas alturas que eran los focos de atención habituales de órdenes e informes y que desafían los mapas tácticos más detallados y costosos. En cada caso de este tipo de decisión, el autor reconoce cualquier error de juicio y pide caridad.

En aras de otro tipo de claridad, las graduaciones militares de las Waffen SS, complejas desde el punto de vista lingüístico y ortográfico, han sido traducidas a sus homólogas del ejército de Estados Unidos.

El mismo reconocimiento y la misma solicitud se aplican al subtexto del libro. Es decir, evitar «pornografía de guerra», ya sea en contextos de heroísmo, patetismo, horror o voyerismo. Aunque no lograra nada más, ojalá se mantenga ese objetivo.

# Orden de batalla de la operación Ciudadela

## ALEMANIA

GRUPO DE EJÉRCITOS CENTRO —MARISCAL DE CAMPO GÜNTHER VON KLUGE

*9º Ejército —General Walter Model*

XX Cuerpo

*45ª, 72ª, 137ª, 251ª Divisiones de Infantería*

XLVI Cuerpo Panzer

*7ª, 31ª, 102ª, 258ª Divisiones de Infantería*

XLVI Cuerpo Panzer

*2ª, 9ª, 20ª Divisiones Panzer, 6ª División de Infantería*

XLI Cuerpo Panzer

*18ª Division Panzer, 86ª, 292ª Divisiones de Infantería*

XXIII Cuerpo

*78ª División de Asalto, 36ª, 216ª, 383ª Divisiones de Infantería*

GRUPO DE EJÉRCITOS SUR —MARISCAL DE CAMPO ERICH VON MANSTEIN

*4º Ejército Panzer General Hermann Hoth*

XLVIII Cuerpo Panzer

*3ª, 11ª Divisiones Panzer, División de Granaderos Panzer  
Grossdeutschland, 167ª División de Infantería*

II Cuerpo Panzer SS

*Divisiones de Granaderos Panzer Leibstandarte SS, Das Reich,  
Totenkopf*

LII Cuerpo

*57ª, 255ª, 332ª Divisiones de Infantería*



DESTACAMENTO DE EJÉRCITO KEMPF —GENERAL WERNER KEMPF

III Cuerpo Panzer

*6<sup>a</sup>, 7<sup>a</sup>, 19<sup>a</sup> Divisiones Panzer*

XI Cuerpo

*106<sup>a</sup>, 320<sup>a</sup> Divisiones de Infantería*

XLII Cuerpo

*39<sup>a</sup>, 161<sup>a</sup>, 282<sup>a</sup> Divisiones de Infantería*

RUSIA

FRENTE CENTRAL —GENERAL KONSTANTIN ROKOSSOVSKY

*13<sup>o</sup>, 48<sup>o</sup>, 60<sup>o</sup>, 65<sup>o</sup>, 70<sup>o</sup> Ejércitos, 2<sup>o</sup> Ejército de Tanques, 9<sup>o</sup>, 19<sup>o</sup> Cuerpos de Tanques*

FRENTE DE VORONEZH —GENERAL NIKOLAI VATUNIN

*6<sup>o</sup>, 7<sup>o</sup> Ejércitos de la Guardia, 38<sup>o</sup>, 40<sup>o</sup>, 69<sup>o</sup> Ejércitos, 1<sup>o</sup> Ejército de Tanques, 35<sup>o</sup> Cuerpo de Fusileros de la Guardia, 2<sup>o</sup>, 5<sup>o</sup> Cuerpo de Tanques de la Guardia*

*5<sup>o</sup> Ejército de la Guardia, 5<sup>o</sup> Ejército de Tanques de la Guardia trasladados desde la Estepa como refuerzos durante Ciudadela*



## GÉNESIS

«¡Es el momento de escribir la última voluntad!», anotaba con amargura un soldado de asalto de las SS en su diario el 5 de julio de 1943, mientras aguardaba la orden de avanzar. A lo largo de la línea, los soldados soviéticos compartían sus propios chistes, como el del tanquista que informaba que casi todos en su unidad habían caído ese día. «Lo siento», señalaba, «me aseguraré de que me quemén mañana».

Todo el mundo en aquel gran campo de batalla sabía lo que estaba por venir. Al preparar la operación Ciudadela, Adolf Hitler y sus generales estaban aprovechando una ventana de oportunidad de alto riesgo: la última, la mejor ocasión de recuperar la iniciativa en Rusia antes de que el poderío material soviético creciera de forma abrumadora y antes de que los Aliados occidentales pudieran establecerse en Europa. Los rusos se enfrentaban a un exámen de graduación: una prueba de su habilidad para manejar una gran e intrincada batalla de armas combinadas contra un enemigo de primera clase, fuertemente armado y experimentado.

Durante semanas, los alemanes y los rusos habían estado acumulando hombres, tanques, cañones y aviones de todos los sectores del frente Oriental en, y alrededor, de un saliente de 160 kilómetros con epicentro en la ciudad ucraniana de Kursk, unos 640 kilómetros al sur de Moscú. Lo único que quedaba por decidir era el momento de comenzar y los emplazamientos precisos, que la inteligencia soviética había sido incapaz de determinar. Adolf Hitler había pospuesto la fecha repetidamente. Al menos tres veces el alto mando soviético, conocido como la Stavka, había emitido falsas alarmas.

Entonces, en la tarde del 4 de julio de 1943, los alemanes enviaron a sus hombres la señal infalible: una ración especial de aguardiente. Un alsaciano que servía en las Waffen SS desertó enseguida y convenció a un equipo de interrogadores de alto rango, incluido el comandante del frente de Voronezh, el general Nikolai Vatutin, y al consejero político de cuarenta y nueve años Nikita Krushev, de que la ofensiva alemana se pondría en marcha antes del amanecer del 5 de julio. Conceder a los alemanes la ventaja de la sorpresa táctica podría resultar fatal. Krushev informó rápidamente a Moscú. Josef Stalin devolvió la llamada y —según Krushev— le pidió su opinión, a lo que contestó que «haremos que el enemigo pague con sangre cuando intente avanzar». A las 10.30 de la noche, más de seiscientos cañones pesados y lanzacohetes comenzaron la obertura de la batalla de Kursk bombardeando las posiciones de la artillería alemana y las zonas de reunión del sector del frente de Voronezh.

## I

El terreno para esta épica batalla de tanques se había preparado casi dos años antes, cuando la Wehrmacht no había conseguido invadir la Unión Soviética en la campaña relámpago proyectada por la operación Barbarroja.<sup>6</sup> La larga lista de errores alemanes concretos puede agruparse convenientemente bajo dos epígrafes: sobre-extensión e infravaloración. Ambos reflejaban el sentimiento general de emergencia que había transmitido el Reich de Hitler desde los primeros días de su existencia. El tiempo siempre fue el principal enemigo de Adolf Hitler. Creía que solo él podría crear el Reich de los Mil Años de sus visiones, y con ese fin estaba dispuesto a correr los riesgos más extremos.

Los generales de Hitler compartían este arriesgado modo de pensar y aceptaron las visiones apocalípticas que lo acompañaban. Aquella congruencia forjó la naturaleza racista y genocida de Barbarroja. Peor que un crimen, fue un error enfrentarse a amplios espectros de una población que podía haberse movilizadado para trabajar por y para los conquistadores y, en algunos casos, incluso haber actuado contra el sistema soviético. Pero comportarse de otra manera habría requerido que los nazis fueran algo

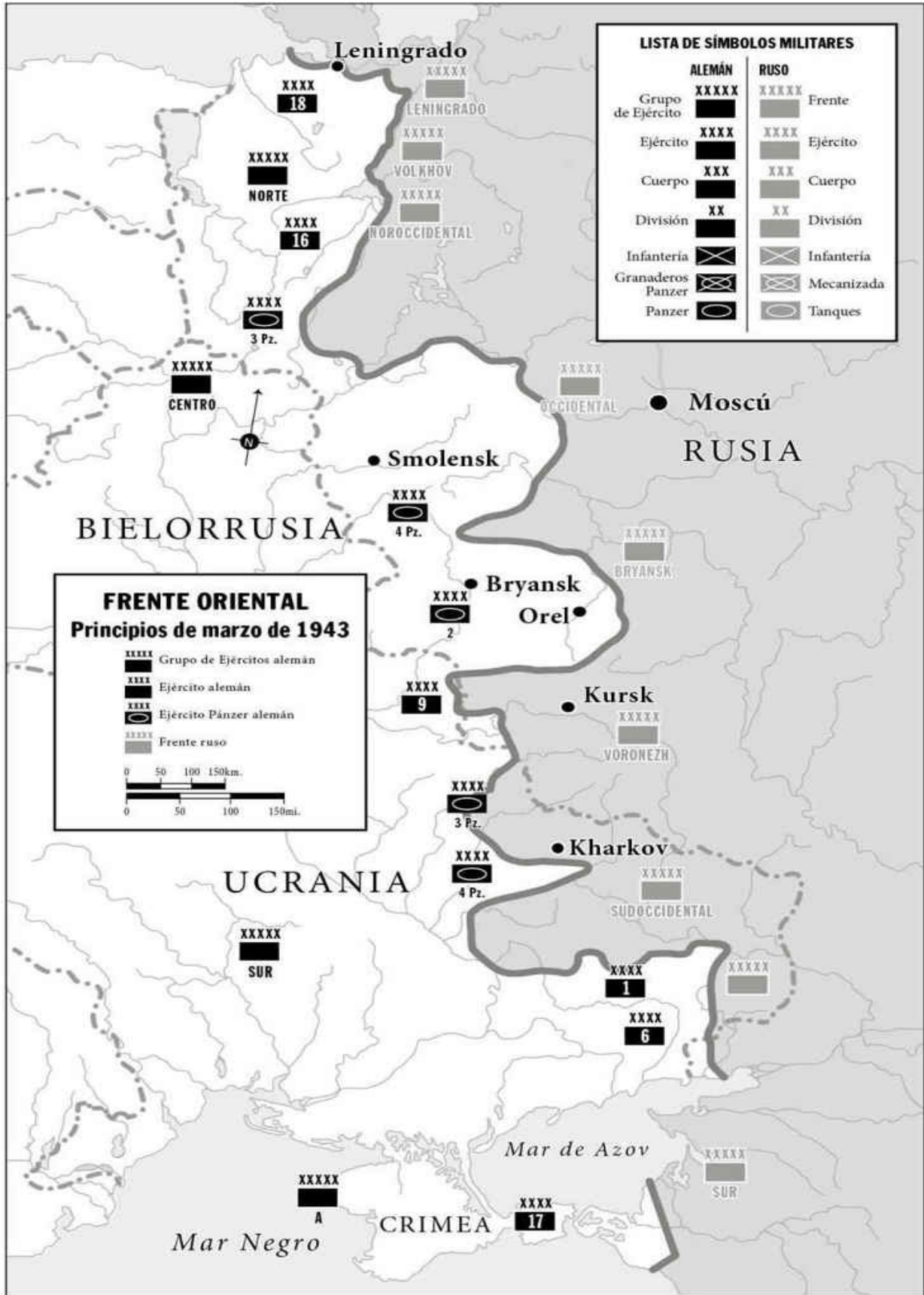
diferente a los nazis y, quizás, que los generales alemanes no fueran generales alemanes, al menos cuando se enfrentaran a los bolcheviques eslavos.

Más significativo fue un plan operativo que carecía de un objetivo decisivo. En lugar de ello, las puntas de lanza acorazadas de Barbarroja estaban dispuestas en lo que parecía una línea de salida en direcciones extrínsecas hacia Leningrado, Moscú y Kiev y cada vez más agotadas al ser trasladadas de un sector a otro para enfrentarse a emergencias a medida que el Ejército Rojo se defendía con fiereza y eficacia. Por detrás del frente, el gobierno soviético movilizó recursos y desarrolló capacidades para frustrar la invasión, tomar la iniciativa y desacreditar el mito de una capacidad bélica alemana inherentemente superior.

El resultado inicial fue un estancamiento cuando las contraofensivas soviéticas hicieron tambalearse a la Wehrmacht pero no consiguieron destruirla. Durante el invierno de 1941-1942, ambos bandos se reagruparon y se reformularon. El 5 de abril de 1942, Hitler promulgó la Directiva 41,<sup>7</sup> que trazaba las líneas maestras del plan operativo para el verano de 1942. Su foco se pondría en el sur: una gran campaña hacia el Cáucaso para destruir a las fuerzas soviéticas en la región y apoderarse de los campos petrolíferos vitales para el esfuerzo bélico tanto soviético como alemán. Un objetivo secundario era Stalingrado<sup>8</sup> —no por sí misma, sino para cortar el río Volga, aislar a los rusos al sur de esta ciudad industrial y cubrir el principal flanco de asalto.

Las metas de la ofensiva no eran menos ambiciosas de lo que habían sido las de Barbarroja. Se lanzaría sobre un frente de 800 kilómetros. Sus objetivos crearían un saliente, una protuberancia de más de 2.000 kilómetros —algo así como la distancia desde Nueva York al centro de Kansas.— Las redes de carreteras y ferrocarriles se estirarían a medida que avanzaran los alemanes. Programar el ataque principal para finales de junio dejaba, en el mejor de los casos, cuatro o cinco meses antes de que la lluvia y la nieve pusieran fin a las grandes operaciones móviles. Incluso si la ofensiva tenía éxito, no existía garantía de que la Unión Soviética se derrumbara o dejase de combatir *de facto*. Tenía otras fuentes domésticas de petróleo. Contaba también con el apoyo de Estados Unidos y Gran Bretaña, comprometidos en mantener a la Unión Soviética en la guerra a toda costa.

No obstante, para Hitler y su alto mando la operación tenía sentido. Ofrecía la oportunidad de consolidar la posición militar y económica del Reich contra el establecimiento de un segundo frente en Europa, algo que Hitler consideraba posible en una fecha tan temprana como 1943. Extendía la guerra terrestre hasta Asia Menor y más allá, donde los rendimientos inmediatos y las posibilidades parecían algo más sencillos. Y ofrecía una segunda oportunidad al ejército alemán para hacer lo que hasta ese momento había hecho mejor: vencer en una campaña móvil en un tiempo limitado.



Inicialmente, Stalin y sus principales consejeros militares esperaban que los alemanes atacasen, pero en dirección a Moscú, repitiendo su movimiento final de otoño de 1941. El líder supremo, el Vozhd, propuso responder tomando la iniciativa tan pronto como fuera posible con media docena de ofensivas locales a lo largo de todo el frente. Sus planificadores del Estado Mayor eran menos optimistas y se mostraban menos ansiosos. El jefe del Estado Mayor Boris Shaposhnikov, y Aleksandr Vasilevsky, que asumió el puesto en mayo de 1942, cuando Shaposhnikov renunció debido a su precario estado de salud, esperaban que los alemanes atacaran<sup>9</sup> de nuevo. Que volvieran a romperse los dientes contra las defensas del Ejército Rojo, y entonces los soviéticos montarían un contraataque a escala total. Los comandantes de campo como Semyon Timoshenko y Gueorgui Zhukov, que habían sufrido y desafiado la primera embestida alemana, tenían sus dudas sobre dispersar la fuerza de un ejército que todavía estaba reconstruyéndose, escaso de hombres y material a todos los niveles. Pero Zhukov no era, al menos todavía, el hombre que contrariaría directamente a Stalin. Y Timoshenko creía que su sector de mando sudoccidental ofrecía una oportunidad para una gran ofensiva que reconquistase la ciudad de Kharkov,<sup>10</sup> en manos alemanas desde octubre de 1941. Stalin aprobó el plan.

Para el 12 de mayo, los hombres y el material estaban en su emplazamiento. Durante los primeros días, se consiguió una serie de éxitos locales. Entonces, las fuerzas aéreas y blindadas alemanas contraatacaron. Les llevó tres días reducir a prisioneros y cadáveres el ataque del Ejército Rojo: seiscientos mil bajas, dos ejércitos completos, y dos de los nuevos cuerpos de tanques destruidos. Las bajas alemanas totalizaron veinte mil, que no era poca cosa, pero suponía una proporción de intercambio que sugería con fuerza que Iván<sup>a</sup> todavía no suponía un desafío para los tanques de Hitler a ningún nivel.<sup>11</sup>

De hecho, la ofensiva soviética sufrió tanto a causa del mal trabajo de su Estado Mayor, unos servicios de espionaje y reconocimiento deficientes y una logística inadecuada como a causa de la sofisticación táctica alemana. Para un Führer y un alto mando todavía preocupados con enderezar la línea en los frentes norte y central, y con limpiar la península de Crimea, defendida con tanta testarudez, Kharkov parecía, no obstante, una señal de la propia Belona<sup>b</sup>

en el sentido de que ni siquiera tendría consecuencias retrasar la ofensiva principal para pulir detalles y reemplazar las pérdidas. De hecho, un comienzo tardío podría tener ventajas: cuanto más rápido fuese el ritmo, menos eficaz sería la respuesta soviética.

Iniciada el 28 de junio, la operación Azul desgarró ampliamente el frente Sur. Su plan era audaz hasta el punto de inquietar. Una punta de lanza acorazada, el Cuarto Ejército Panzer, iba a presionar hacia el río Don y el eje ferroviario y el centro industrial de Voronezh, para girar entonces hacia el sur a fin de atrapar y liquidar a los Rojos empujados hacia el este por el Primer Ejército Panzer y su infantería adjunta. Entre tanto, el Sexto Ejército avanzaría hacia el Volga y Stalingrado, mientras que el Primer Ejército Panzer golpearía en el Volga en dirección a Bakú y el Cáucaso.

Stalin y su alto mando, la Stavka, respondieron lanzando una serie de ofensivas contra los Grupos de Ejércitos Norte y Centro y enviando sus fuerzas de reserva que aumentaban continuamente en sucesivas ofensivas alrededor de Voronezh. No fueron meros contraataques,<sup>12</sup> sino que formaron parte de un esfuerzo sistemático para recuperar la iniciativa estratégica asegurada en diciembre de 1941 y que ahora parecía desvanecerse. Este esfuerzo se frustró por una ejecución sistemáticamente pobre, tanto desde el punto de vista operativo como administrativo, en los escalafones subordinados. Intentar compensarlo mediante la microgestión solo agravó el problema. Los alemanes averiguaban sistemáticamente la toma de decisiones del Ejército Rojo y su puesta en funcionamiento y siempre se adelantaban a las mismas.

El problema fue que no avanzaban a ninguna parte en concreto. Al contrario, la ofensiva perseguía dos objetivos de manera simultánea en lugar de hacerlo de forma escalonada, tal como contemplaba la concepción original de la operación Azul. Esto no fue una simple manifestación de la desenfocada y diletante interferencia de Hitler en las decisiones de mando. La presión soviética sobre el flanco izquierdo del ataque estaba convenciendo al alto mando alemán y también al Führer de que, para que cayeran el Cáucaso y sus campos petrolíferos, Stalingrado no debía ser únicamente bloqueada y filtrada, sino capturada.



El resultado a lo largo del frente de vanguardia fue un aumento de la división y distracción de las fuerzas alemanas,<sup>13</sup> en particular las divisiones Panzer y motorizadas, que apenas habrían sido suficientes si la operación Azul hubiera marchado según lo esperado. En el sector del Cáucaso, a finales de septiembre la resistencia soviética se combinó con el polvo, una orografía accidentada, la escasez de combustible y las pérdidas de hombres y tanques no reemplazadas para mantener a los alemanes alejados de los campos petrolíferos de Grozny y Bakú. Una última arremetida desesperada de los alemanes solo retrasó la inevitable retirada. Al mismo tiempo, Stalingrado se convirtió en un imán y un terreno mortal para las fuerzas alemanas sacrificadas por la convicción del alto mando de que se mantenía mejor la iniciativa continuando en la ciudad que envolviéndola y bloqueando el Volga con la aviación y la artillería.

El 26 de agosto, Stalin hizo de tripas corazón y nombró a Zhukov Comandante en Jefe asistente. Zhukov representaba a una nueva generación de generales del Ejército Rojo: tan intrépidos como despiadados, dispuestos a hacer cualquier cosa para machacar a los alemanes, y ajenos a las intimidaciones tanto del frente como de la retaguardia. Compartía la convicción de su superior de que había que conservar Stalingrado —pero en un contexto estratégico—. El verano de réplicas había terminado. Desde septiembre, la Stavka, alentada por Zhukov, había estado elaborando planes para una campaña de invierno decisiva que incluía dos grandes operaciones. La operación Marte<sup>14</sup> se lanzaría a mediados de octubre contra un sector aparentemente vulnerable en el frente del Grupo de Ejércitos Centro de los alemanes: un saliente alrededor de la ciudad de Rzhev. Le seguiría dos o tres semanas más tarde la operación Júpiter, un ataque en el sector de Bryansk, al sur, que buscaría conectar con Marte y hacer añicos al Grupo de Ejércitos Centro. La operación Urano comenzaría a mediados de noviembre y comprometería una gran cantidad de fuerzas móviles al norte y al sur de Stalingrado, rodeando y destruyendo a las fuerzas enemigas en la bolsa que se formaría. A Urano le seguiría la operación Saturno, que liquidaría definitivamente cualquier resto de los alemanes en Stalingrado y los dejaría aislados en el Cáucaso, maduros para la cosecha.

Descrita durante años en la literatura soviética como una mera diversión, Marte fue, en realidad, un complemento a Urano, una doble penetración que pretendía situar al Ejército Rojo en la autopista hacia Berlín. Fue, como mínimo, una estrategia ambiciosa para un ejército que todavía padecía los impactos sísmicos de Barbarroja y Azul. Sus posibilidades dependían por completo de la capacidad de resistencia de los defensores de Stalingrado. El Ejército Rojo lo consiguió, en una épica defensa que redujo la ciudad a un desierto de escombros, humo y cenizas. Dos grafitis en los restos de un muro contaron la historia. Uno rezaba: «Aquí los centinelas de Rodimtsev se mantuvieron firmes hasta la muerte». Abajo se leía una coda: «Se mantuvieron firmes, y vencieron a la muerte».

El 19 de noviembre cambió la marea. La Stavka había estado conteniéndose durante un mes, aguardando a que terminasen las lluvias y se congelase el terreno. Dos mazos formados por unidades de tanques golpearon a los ejércitos rumanos que sostenían los flancos del saliente de Stalingrado. Un millón de hombres, un millar de modernos tanques, mil cuatrocientos aviones, catorce mil cañones; todo le pasó inadvertido al servicio de inteligencia alemán, cegado por las medidas de engaño soviéticas y por su propia creencia de que los soviéticos estaban tan bloqueados en Stalingrado como lo estaban los alemanes. El 23 de noviembre, las puntas de lanza soviéticas se encontraban a ochenta kilómetros al oeste de Stalingrado.

La catástrofe resultante podría haberse extendido de no haber sido por una victoria alemana en el norte que fue pasada por alto. La operación Marte, la otra mitad de Urano, se retrasó un mes debido a las fuertes lluvias, y solo comenzó el 24 de noviembre. Por una vez, la inteligencia alemana predijo con exactitud algo en lo que estaban implicadas grandes cantidades de tropas soviéticas.

Si los soviéticos hubieran sido capaces de salirse del camino que se habían marcado, el frente alemán se habría roto ante el ataque en masa de treinta y siete divisiones de fusileros, cuarenta y cinco brigadas de tanques y mecanizadas y docenas de regimientos independientes de artillería. En lugar de ello, los problemas de tráfico y abastecimiento ralentizaron a las columnas del Ejército Rojo el tiempo suficiente para que los alemanes organizaran una

serie de contraataques que cortaron las puntas de lanza soviéticas y estabilizaron el frente.

Con su reputación, quizás su posición y posiblemente su cuello en juego, el 28 de noviembre Zhukov reunió a los principales comandantes de la ofensiva como consejo y exhortación. El ataque se reanudó al día siguiente con un predecible nuevo empuje, poniéndolo todo sobre el tapete, desde ataques con tanques a cargas de caballería. En los primeros días de diciembre empeoró el tiempo. Ese año, sin embargo, los alemanes estaban bien provistos de ropa de invierno y habían aprendido a utilizar los árboles y los montones de nieve para resguardarse del frío. Los *Landser*, los soldados de infantería y los tanquistas, resistieron a duras penas, pero fue suficiente. El Ejército Rojo desistió a mediados de diciembre. Las bajas soviéticas sobrepasaron los doscientos mil hombres, la mitad de ellos muertos. Se habían perdido más de mil ochocientos de los dos mil tanques puestos en juego. En tono sombrío, los alemanes contabilizaron poco más de cinco mil prisioneros: en la mayoría de ocasiones y lugares del saliente de Rzhev, ni se pidió ni se concedió clemencia.

El historiador David Glantz describe correctamente el plan estratégico original para Marte como demasiado ambicioso, y a Zhukov como un testarudo excesivamente optimista como para modificarlo. Sin embargo, desde el punto de vista operativo y táctico, Rzhev significó un punto de inflexión. Fue la última vez en un sector principal que el Ejército Rojo cometió los errores adolescentes característicos de su periodo de reconstrucción después de Barbarroja: una pobre cooperación entre tanques, infantería y artillería, inflexibilidad en todos los niveles de mando y una tendencia a reafirmarse en el error a costa de no explotar los éxitos. Rzhev, contemplado desde una perspectiva soviética, recuerda las ofensivas francesas de 1915 en la Champaña y la experiencia británica en el Somme un año más tarde: una curva de aprendizaje muy alta impuesta por un instructor que cobraba unas clases a un precio aun más elevado.

Por otro lado, la operación Urano, el ataque a Stalingrado, amenazaba con aniquilar toda la posición alemana en Rusia. Las fuerzas amenazadas de repente en el Cáucaso estaban demasiado ocupadas en su propia retirada como para ayudar a los alemanes ahora rodeados en Stalingrado. Ni en Rusia ni en

ningún otro lugar bajo hegemonía nazi se disponía de reservas significativas. Las vagas esperanzas de la guarnición se desvanecieron definitivamente el 16 de diciembre, cuando los soviéticos respondieron a su éxito inicial en aquel sector lanzando una versión modificada de la operación Saturno. «Pequeño Saturno» contradecía a su nombre: involucraba a treinta y seis divisiones de fusileros, unos mil tanques y cinco mil cañones y morteros. Cuando los tanques y la caballería de los soviéticos irrumpieron en las zonas de la retaguardia alemana prácticamente indefensas, el mariscal de campo Erich von Manstein tomó una decisión. A Manstein, uno de los más destacados expertos alemanes en guerra de blindados, se le había entregado el mando del sector de Stalingrado porque, en un momento anterior de la guerra ruso-alemana, se había labrado una reputación como solucionador de problemas, desde Leningrado hasta Sebastopol. Para el 19 de diciembre, tuvo claro que no se podía aliviar Stalingrado. La mejor esperanza de salvar la situación implicaba un sacrificio de territorio, de hecho, la mayoría del territorio ganado durante toda la campaña de verano.

Para Manstein, era el primer paso necesario para recuperar la guerra de maniobras<sup>15</sup> que constituía la gran fortaleza del ejército alemán, y por entonces, quizás la mayor esperanza del Tercer Reich. Esta recuperación tenía dos requisitos previos inmediatos. Uno era administrativo: un mando unificado en el sector sur. El segundo era doctrinal: intercambiar espacio por tiempo a niveles nunca vistos en la experiencia militar prusiana/alemana. Manstein reconoció la capacidad de aplicar esto último a una escala sin precedentes, y poseía la fuerza intelectual y el coraje moral para convencer a Hitler de que las exigencias operativas superaban enormemente a los argumentos estratégicos y económicos presentados contra ellas. Como resultado, Hitler autorizó un único Grupo de Ejércitos Sur al mando de Manstein.

Animados por el éxito inicial de Pequeño Saturno, el alto mando soviético decidió extender la ofensiva hacia Rostov. Esto era parte de un gran plan concebido por Stalin para hacer retroceder a los alemanes a lo largo de todo el frente Oriental mientras el invierno sostenía y estabilizaba una línea de parada intermedia que se extendía desde Narva hasta el mar Negro.

Con la presión soviética aumentando a lo largo del frente, Manstein supervisó una retirada combatiendo con los medios indispensables hasta la

cuenca del Donets, al norte de Rostov, acortando el arco de su frente mientras, de manera simultánea, preparaba un contraataque dejando que los rusos agotaran sus suministros y estiraran demasiado sus comunicaciones. Las unidades de vanguardia vivían de los recursos que llevaban consigo hasta dos semanas seguidas, algo aceptable para los alimentos, no tanto para el combustible y la munición. El contacto de los comandantes soviéticos con los superiores en los cuarteles generales era cada vez más tenue y la iniciativa, incluso entre las unidades de élite, no era una marca distintiva del Ejército Rojo. Pero las recompensas que parecían estar al alcance de la mano animaban a la Stavka a ir un paso más allá.<sup>16</sup>

A comienzos de febrero, las operaciones rusas Galope y Estrella reconquistaron la ciudad de Kursk. Las puntas de lanza del Ejército Rojo avanzaron hacia el centro industrial y el centro de transportes de Kharkov, donde lanzaron un contraataque. Hitler insistió en conceder prioridad máxima a la defensa de la ciudad. Y en ese momento algunos de los subordinados de Manstein no estaban dispuestos a continuar cediendo terreno en las proporciones que lo hacía Manstein. Por regla general, a Manstein se le concede la correspondiente nota alta por un segundo gran acto de frío cálculo: conceder la pérdida de Kharkov para atraer a los soviéticos hacia adelante, hacia una mejor posición para el contragolpe que estaba preparando.

Manstein no sacrificó la ciudad para reconquistarla. En su lugar, contempló la pérdida como una consecuencia desagradable, pero aceptable a cambio de los pocos días que necesitaba para convencer a Hitler, que estaba allí visitando el frente Oriental, de las ventajas de concentrar reservas de verdad para un contraataque de verdad. El Führer tenía suficientes dudas como para considerar la posibilidad de prescindir de Manstein. Cuando Kharkov cayó el 16 de febrero, la pérdida de la ciudad pareció presagiar el desastre a raíz de Stalingrado. Pero el golpe de Manstein al día siguiente, con dos ejércitos de panzer sincronizados, cogió desprevenido a los soviéticos. Para el 28 de febrero, los alemanes estaban de nuevo en el Donets y el retroceso soviético se estaba convirtiendo en una retirada. El 15 de marzo, Kharkov fue reconquistada por el recién llegado a Rusia SS Panzerkorps (Cuerpo blindado de las SS) tras cuatro días de duros combates. La fuerza aérea alemana, la Luftwaffe, desempeñó un papel vital, realizando hasta mil salidas al día

mientras repartía su empaque entre los dos ejércitos panzer. El clima también funcionó a favor de los alemanes cuando llegaron al Donets, con el deshielo de primavera, la *rasputitsa*, que se instaló e inmovilizó las reservas soviéticas.

Los alemanes se enorgullecieron de su réplica, y Kharkov le costó al Ejército Rojo media docena de cuerpos de tanques y diez divisiones de fusileros destruidas o aplastadas. Las bajas soviéticas fueron alrededor de ochenta mil. Pero, para los estándares del frente Oriental, ambas circunstancias eran bagatelas fácilmente recuperables. Para la Stavka, y para los comandantes de campo, las consecuencias de Kharkov radicaban en lo que no sucedió. La derrota no sacudió la confianza de Rusia de que la iniciativa había pasado al Ejército Rojo. «¡La próxima vez!» se convirtió en una consigna silenciada.

La actuación de Manstein entre diciembre y marzo fue considerable. Sacando de los comandantes, del alto mando y de los soldados lo mejor que les quedaba por dar, logró un cambio de fortuna que parecía inconcebible y continúa siendo un imán para historiadores y aficionados a la guerra de maniobras. Se sigue utilizando ampliamente la palabra «milagro» para describir el acontecimiento; «genio»<sup>17</sup> es una denominación familiar para su arquitecto. Manstein comparó su enfoque al revés de un jugador de tenis: un golpe difícil, pero que, cuando se realiza con eficacia, puede significar el juego, el set y el partido. Un examen minucioso de la secuencia de los acontecimientos sugiere que una metáfora deportiva mejor podría ser la de un *quarterback* de fútbol americano en el momento de pasar: una respuesta improvisada a la presión de un defensa, evitando un *tackle*<sup>c</sup> mientras busca una oportunidad para revertir la situación.

El éxito de Manstein al restaurar y estabilizar el sector sur del frente alemán ha inspirado la argumentación de que Hitler y el alto mando deberían haber continuado la ofensiva en lugar de estrangularla y prepararse para una batalla definitiva posterior. El obvio argumento contrario es que, a pesar de la cuidadosa gestión de Manstein, su grupo de ejércitos estaba extenuado para finales de marzo, y necesitaba descanso y refuerzos antes de ir a cualquier parte. De hecho, tanto los alemanes como los rusos parecían boxeadores en los últimos asaltos de un duro combate: agotados, desorientados, actuando más

por reflejos que por cálculo. El 1 de abril, la línea de combate del frente Oriental se parecía enormemente a su predecesora de la primavera 1942 y reflejaba exactamente el estado de la partida. Sin embargo, estaba lejos de haber terminado. «Enormemente parecido» no significa «idéntico». Durante los combates del invierno, el Ejército Rojo había introducido en las líneas alemanas una protuberancia de 160 kilómetros alrededor de la ciudad de Kursk. El reentrante del saliente, en posesión de los alemanes, estaba justo al norte, alrededor de Orel. En un mapa a gran escala, los dos parecían una gran S invertida. Era el tipo de anomalía que probablemente no ignoraría ningún planificador de un alto mando.

## II

Los ejércitos que se separaron gruñéndose en la primavera de 1943 habían cambiado significativamente respecto a los que se habían enfrentado al comienzo de Barbarroja. El Ejército Rojo todavía se encontraba en el proceso de recuperación de dos desconexiones.<sup>18</sup> La más fundamental era institucional. Desde los primeros días revolucionarios bajo la guía de León Trotsky, se había considerado que el ejército era un gran instrumento para la creación del *Nuevo Hombre Soviético*. Libre de los engaños e ilusiones del pasado, este arquetipo iba a ser materialista y colectivista en su esencia, dispuesto a sacrificarse por el sistema soviético y la ideología comunista. El servicio militar facilitaría y concretizaría esta transformación a la vez que creaba un instrumento de guerra y revolución que exhibiría el poder soviético y disuadiría a los enemigos de los soviéticos.

La realidad era mucho más prosaica. Los conceptos iniciales de construir este ejército alrededor de un núcleo de proletarios con conciencia de clase se fueron a pique con las simultáneas expansiones militar e industrial inauguradas mediante los planes quinquenales que comenzaron en 1925. Las promociones de reclutas estaban compuestas cada vez más por campesinos escasamente educados con recuerdos culturales negativos respecto al servicio militar bajo cualquier sistema. Las fricciones étnicas y regionales provocaban además la entropía hasta el nivel de los pelotones. «Nacionalista en la forma, socialista en el contenido» se convirtió, en la práctica, en otro eslogan vacío.



Estas tensiones se exacerbaban mediante la escasez dominante. Desde los barracones hasta los dispensarios o las letrinas, las instalaciones estaban absolutamente repletas; la vida diaria era marginal incluso para los estándares zaristas. La escasez de uniformes, armas y equipamientos no podía paliarse a través de una economía que, especialmente antes de mediados de los años treinta, tenía un mayor énfasis civil de lo que se reconoce o admite generalmente. El resultado era un malestar colectivo aderezado con una actitud de *nichevo*, que creaba una cultura de cumplimiento mínimo: la antítesis de las esperanzas y expectativas ideológicas. Por lo general, *nichevo* se traduce como «no importa» y se presenta como un tropo de pasividad. Incorpora también un fuerte elemento de «¡A la mierda! No significa nada» —lo que el ejército británico denominaba «ganar de fastidiar» y castigaba como «brutal insolencia».

La situación no podía cambiarse mediante un cuerpo de oficiales cuya profesionalización se veía sistemáticamente retardada no solo por las contracorrientes de las demandas del Partido Comunista, sino por una significativa sensación de que convertirse en oficial era una vía de ascenso en el orden soviético y que, en un entorno de escasez continua, los oficiales merecían un trato y privilegios especiales. A nivel de regimientos, los oficiales nunca proporcionaron un ejemplo completo —nunca se convirtieron en un puente entre los estamentos inferiores de reclutas y el sistema soviético—. Tampoco los suboficiales actuaban como un cuerpo facilitador entre los hombres y los sistemas a la manera occidental.

La Gran Purga de Stalin a final de la década de 1930 no perdonó al Ejército Rojo. Las estadísticas recientes que indican que menos del 10 por ciento de los oficiales fueron eliminados ignoran en realidad el efecto dominó,<sup>19</sup> en particular la disminución del mutuo entendimiento y la confianza, tan importantes para el tipo de guerra que los alemanes trajeron consigo y que los soviéticos se proponían librar. En respuesta a los deficientes resultados en Polonia y Finlandia, el Ejército Rojo recuperó un espectro de comportamientos e instituciones abolidas después de la Revolución de 1917, diseñadas colectivamente para introducir una disciplina más convencional y restablecer la autoridad de oficiales y suboficiales. Estos cambios no

encajaban bien con los «soldados reticentes» de la tropa. Tampoco encajaban bien con oficiales que se sentían profundamente inseguros sobre sus puestos.

Uno de los resultados fue una disminución significativa de los ya mediocres estándares de formación. Las imágenes occidentales, formadas en gran medida por los mitos alemanes, describen al soldado ruso de la Segunda Guerra Mundial como un luchador «natural», cuyos instintos y forma de vida le han hecho sufrir de manera extraña a los hombres «civilizados». De hecho, el Ejército Rojo estaba basado en una sociedad y en un sistema cuya dureza y brutalidad prefiguraban y reproducían la vida militar. La Unión Soviética de Stalin era una sociedad organizada para la violencia, con una constante erosión de distinciones y barreras entre las esferas militar y civil. Si bien la lucha armada nunca se convirtió en un fin en sí mismo como lo era para el fascismo, la cultura soviética estaba, no obstante, ampliamente militarizada de cara a un futuro apocalipsis revolucionario. El lenguaje político soviético se estructuraba en torno a la terminología militar. El control político absoluto y la férrea disciplina integral, a menudo impuesta de manera espantosa, ayudaron a salvar las aún inevitables brechas entre la paz y la guerra. Pero, en el verano de 1941, demasiados oficiales y hombres, soldados activos y reservistas retirados, ignoraban elementos básicos tales como las tácticas menores y la disciplina de fuego. Luchaban, pero con demasiada frecuencia no sabían cómo hacerlo.

Esta desconexión se repetía en lo referente a la doctrina y planificación. Para la Unión Soviética emergente, la guerra no era una contingencia,<sup>20</sup> sino un hecho. El enemigo de clase externo, los estados capitalistas que rodeaban a la URSS, buscaban su destrucción a partir de sus propias dinámicas objetivas. Prepararse para la guerra, la guerra total, era un imperativo pragmático, puesto en marcha en un contexto que la definía como una ciencia. El marxismo-leninismo, la ideología legitimadora de la URSS, era una ciencia. El Estado soviético y la sociedad soviética estaban organizados sobre principios científicos abstractos. Estudiados sistemática y adecuadamente, estos principios permitían anticipar las consecuencias de las decisiones, los comportamientos, incluso las actitudes. El arte de la guerra también era una ciencia. La aplicación de sus principios objetivos por medio de ingenieros entrenados y experimentados era el mejor augurio de victoria.

En esa matriz, una generación creciente de tecnócratas contemplaba el futuro militar de la Unión Soviética en términos de un ejército mecanizado en masa. A mediados de la década de 1920, los instructores de la Academia Militar del Ejército Rojo describían la destrucción total de las fuerzas enemigas mediante una serie de «operaciones profundas»: ejércitos de asalto para los avances y cuadros de mando móviles para la explotación y la persecución. Mikhail Tukhachevsky, nombrado vicecomisario del Pueblo para asuntos militares y navales en 1931, fue el centro de atención de una escuela de pensamiento que argumentaba que la mecanización vitalizaba y extendía la guerra revolucionaria. Un ejército de masas tecnológico podría exportar el comunismo y a la vez defenderlo. Los «soldados renuentes» se transformarían en entusiastas al experimentar directamente lo que la Unión Soviética podía hacer a sus enemigos. Se convertirían en parte de un nuevo proletariado, capaz de hacer un uso óptimo de las tecnologías militares creadas bajo el comunismo.

Stalin interiorizó y sintetizó la convicción de que el mundo no comunista encarnaba un odio irreconciliable hacia el sistema soviético. Ni siquiera la Gran Depresión le hizo cambiar de opinión: el capitalismo en su agonía podría estar aún más dispuesto a deshacer la historia volviendo a sus fuerzas armadas contra la URSS. Por muy intensamente que los directivos, soldados y funcionarios pudieran cuestionar políticas específicas o detalles de la producción, la asunción básica de aislamiento en un mundo mortalmente hostil no fue cuestionada durante todo el periodo. La moderación en la planificación de la defensa era un crimen. Los ciclos de purga, interrupción y reorganización ya eran característicos de la industria de defensa mucho antes de que se convirtieran en una norma general a finales de los años treinta.

El inquebrantable apoyo del Ejército Rojo a Stalin en las luchas dentro del partido de los años veinte reflejaba su aprecio por el apoyo de Stalin al gasto militar a expensas de los presupuestos equilibrados y la producción civil, hasta alcanzar un nivel permanente de «mitad guerra y mitad paz». La «batalla profunda» se convirtió en una doctrina global que incluía grupos móviles, completamente mecanizados y con apoyo aéreo, que llevaban la lucha a la retaguardia del enemigo a una velocidad de cuarenta o cincuenta kilómetros diarios. En 1938, el orden de batalla soviético incluía cuatro

cuerpos de tanques y un gran número de brigadas. Pero en noviembre de 1939, estas formaciones fueron disueltas y reemplazadas por divisiones motorizadas y brigadas de tanques diseñadas esencialmente para el apoyo cercano a la infantería.

Una razón de esta medida —la pública— era que la Guerra Civil española había demostrado la relativa vulnerabilidad de los tanques, mientras que las grandes formaciones blindadas habían resultado difíciles de controlar tanto contra los japoneses en Mongolia como durante la ocupación de Polonia oriental. Reforzar la experiencia operacional fue la preocupación de Stalin para una fuerza blindada a la que veía como una potencial amenaza doméstica. No solo fueron eliminados los defensores de la guerra móvil, como Tukhachevsky, sino todos los mandos a nivel de brigada y también fue sustituido el 80 por ciento de los comandantes del batallón.

Los éxitos de los panzer de Hitler se combinaron con la disminución de las purgas para alentar la reevaluación. A partir de 1940, el Comisariado del Pueblo de la Defensa comenzó a autorizar lo que resultó ser un total de veintinueve cuerpos mecanizados, cada uno con dos divisiones de tanques y una división motorizada: treinta y seis mil hombres y más de mil tanques cada uno, más otras veinte brigadas de trescientos tanques ligeros T-26 destinados al apoyo de infantería. Las cifras son alucinantes incluso para los cálculos soviéticos posteriores. Pero los escasos estándares de mantenimiento mantuvieron baja la fuerza sobre el terreno y el gran tamaño del cuerpo mecanizado desafiaba todos los esfuerzos, excepto los mejores, para su mando y control.

Mientras los alemanes avanzaban hacia Moscú en 1941, el Ejército Rojo comenzó a reconstruirse prácticamente desde los cimientos.<sup>21</sup> La infantería, las divisiones de fusileros, seguían siendo la espina dorsal, pero su fuerza autorizada fue reducida a alrededor de once mil y sus armas y servicios de apoyo fueron reducidos al mínimo. Incluso los vehículos fueron reducidos en dos tercios, y la mayor parte de estos eran tirados por caballos. Estas raquíticas formaciones fueron complementadas por un gran número de brigadas de menos de la mitad de su tamaño. Las nuevas estructuras no solo reflejaban las fuertes pérdidas de hombres y equipos durante Barbarroja, sino también el hecho de que el mando efectivo de las formaciones más complejas

estaba sencillamente más allá de la habilidad de los coroneles y generales subalternos que iban ocupando los lugares de los muertos, capturados o reemplazados.

Las estructuras de mando más altas se simplificaron en consonancia. Las divisiones —cuatro o cinco, a veces más— fueron asignadas por un tiempo directamente a los ejércitos de fusileros, que también controlaban la mayoría de los elementos de servicio y apoyo. Durante 1942, a medida que aumentaban los suministros de blindados y artillería, mejoraban las comunicaciones, y el trabajo del Estado Mayor se hacía más competente, los cuerpos de fusileros volvieron a emerger para aumentar la flexibilidad. Un ejército de fusileros podía alinear tres o cuatro cuerpos, cada uno con tres o cuatro divisiones, a veces mejoradas con brigadas independientes, que desaparecieron a su vez.

Las asignaciones de cañones y armas automáticas a las divisiones aumentaron, pero la mayor parte de los activos de apoyo permanecieron agrupados a nivel del ejército y distribuidos según se necesitaban. A lo largo de 1942, los fusileros soviéticos rara vez estuvieron cerca de sus números autorizados. En la teoría y en la práctica, se consideraban prescindibles: se mantenían en el frente hasta reducirse a la fuerza de los cuadros, y a continuación se dividían o se reconstruían por completo. ¿Tropas de asalto o carne de cañón? Dependía de la perspectiva.<sup>22</sup> Boris Gorbachevsky, de diecinueve años de edad, ingresó en el ejército en enero de 1942. Entró por primera vez en combate en agosto frente a Rzhev, en una compañía mixta de fusileros «rusos, ucranianos, cosacos y uzbekos... Ahora ya no pertenecemos a nosotros mismos; todos hemos sido capturados por el componente incomprensiblemente salvaje de la batalla. Ráfagas de obuses, fragmentos de metralla y balas están barriendo las líneas de infantería... Los restos de las antiguas compañías y batallones se han convertido en una masa sin sentido de hombres que avanzan desesperados». Como tantos ataques del Ejército Rojo en 1942, este se derrumbó en un hervidero de sangre y cuerpos. Herido y hospitalizado, Gorbachevsky se encontró con el organizador de la Juventud Comunista de su regimiento, también herido: «¿Cómo estamos luchando? Todo el mundo, desde el comandante del ejército hasta el comandante de la compañía... conduce a los soldados hacia adelante hasta la trituradora.<sup>23</sup> ¡Y el resultado! ¡No tenemos suficiente papel para todos los avisos funerarios!»

Sin embargo, un veterano *Landser* recuerda que, a pesar de todos los terrores de alta tecnología del frente Oriental, los tanques T-34, los aviones de ataque Shturmovik, los cohetes Katyusha con su fantasmal chirrido, nada era peor que el profundo «¡Urree! ¡Urree!»<sup>d</sup> que acompañaba a la carga de infantería del Ejército Rojo.

La fuerza blindada, principal objetivo en todos los frentes de Barbarroja, fue eviscerada en cuestión de semanas.<sup>24</sup> El 15 de julio de 1941, se disolvió el mastodóntico cuerpo mecanizado. La brigada de tanques se convirtió en la unidad característica: inicialmente alrededor de dos mil hombres y noventa y tres tanques, dos tercios de ellos tanques ligeros T-60, cuyos cañones de juguete de 20 mm y su fino blindaje los convertía en carne sobre la mesa para los panzer. Incluso esa pequeña fuerza resultó ser materialmente insostenible y más allá de la capacidad de la mayoría de los comandantes. En diciembre, la brigada se redujo a ochocientos hombres y cuarenta y seis tanques, más o menos la fuerza de un batallón occidental.

Como era de esperar, estas pequeñas formaciones hicieron pocos progresos en los contraataques del invierno. En marzo de 1942 se autorizaron los primeros cuatro cuerpos de tanques. Entre abril y septiembre de 1942, veinticinco más se unieron al orden de batalla. Sobre el papel, su configuración final era de tres brigadas de tanques y una brigada motorizada de fusileros: apenas diez mil hombres y 165 tanques. Un tercio de esos tanques eran T-60. Sus compañeros de clase, más complejos, los T-34 medianos que se convirtieron en el vehículo blindado del Ejército Rojo, aún estaban entrando en la producción en serie.

El orden de batalla de 1942 siguió siendo el marco estándar del cuerpo de tanques para el resto de la guerra. Los tanques ligeros fueron reemplazados por los T-34 en una estructura que estaba fuertemente blindada, desarrollando estándares occidentales, carentes tanto de artillería para tratar con la infantería alemana como de cañones antitanque e infantería para conservar el terreno que se pudiera ganar. El defecto anterior sería modificado finalmente aumentando el número de cañones de asalto sin torreta, estos últimos mediante la creación de cuerpos mecanizados construidos alrededor de la infantería transportada en camiones. Pero la estructura del cuerpo de tanques era una tarea de su misión:

explotar los avances realizados por las «fuerzas de choque» de infantería y artillería pesada tal como se describía antes de la guerra.

Esa misión resultaba más fácil de describir que de cumplir. Los nuevos cuerpos de tanques se vieron sometidos a su primer examen serio en la ofensiva soviética sobre Kharkov en mayo de 1942. Se concentraron más de mil trescientos vehículos blindados para el ataque. Los éxitos tempranos ganados por la superioridad numérica no pudieron sostenerse frente a una defensa alemana flexible construida alrededor de ataques coordinados, aéreos y blindados. El cuerpo de tanques se quedó muy lejos detrás de las líneas de combate como para poder intervenir rápidamente, y luego continuó avanzando mientras un contraataque alemán cerraba el cuello del saliente que formaban.

Una debacle blindada similar, aunque de menor escala, tuvo lugar en Crimea, donde una sola división panzer de bajo nivel dominó a las fuerzas superiores empleadas de manera poco sistemática. Mientras los supervivientes rusos luchaban retrasando las acciones en la larga retirada hasta el río Don, el Estado Mayor ruso subrayaba la sorpresa, la explotación y el mejor apoyo logístico para futuras ofensivas. Todo esto apareció en la ofensiva de Stalingrado. El repliegue y el contraataque orquestados por Manstein demostraron que los alemanes todavía eran superiores en el campo de batalla de los blindados. Superiores, pero ya no dominaban. Al comenzar el nuevo año, los comandantes de primera línea informaron sobre desagradables sorpresas tácticas.<sup>25</sup> Los blindados rojos ya no seguían su patrón familiar de entablar batalla en los puntos fuertes alemanes y exponerse a paralizar las réplicas locales junto a los panzer. En lugar de eso, los tanquistas estaban dando un rodeo frente a los «erizos», superándolos hasta lo más profundo de la retaguardia alemana. El mando de las unidades inferiores se estaba volviendo más flexible, más orientado a la situación.

Cuatrocientos mil tanquistas<sup>26</sup> fueron entrenados durante la guerra. Más de trescientos mil murieron en batalla, una proporción que igualaba las a menudo citadas pérdidas del arma submarina alemana, pero en número diez veces mayor. Rara vez se encontraba junto a los tanquistas a los escuadrones de ejecución de la policía de seguridad, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos o NKVD. Y el fatalismo característico del Ejército Rojo durante casi una década empezó a convertirse entre las tripulaciones de los



tanques en una determinación, todavía poco focalizada pero cada vez más poderosa, de llevarse consigo a tantos hitlerianos como fuera posible.

El arma acorazada atrajo a reclutas de calidad, muchachos de campo que habían soñado con conducir tractores para el colectivo de maquinaria, obreros de fábricas atraídos por los aspectos técnicos y mecánicos: modernización socialista sobre las rodaduras. La herencia militar de Rusia incluía elementos diferentes a la fuerza bruta. Poseía también una cultura invasora, un concepto de movilidad libre que se remontaba a los cosacos de la Sich de Zaporozhia, las columnas voladoras que destruyeron el ejército de Napoleón durante su retirada de Moscú, y a los piratas montados del Konarmiya (Ejército de caballería) de Semión Budiomi durante la Guerra Civil rusa. Con el catalizador adecuado,<sup>27</sup> un cuerpo de tanques del Ejército Rojo era una mezcla potencialmente letal.

El Ejército Rojo también estaba desarrollando una infraestructura de apoyo, con especial énfasis en su artillería. Los cañones habían sido importantes<sup>28</sup> en el ejército ruso desde el siglo XVIII. Stalin llamaría a la artillería «el dios rojo de la guerra». Y aquí, como en cualquier lugar, la masa era dominante. Los ejércitos occidentales hacían hincapié en la movilidad del fuego. Los soviéticos lo hicieron en los morteros. El Ejército Rojo carecía de la electrónica y los técnicos para llevar a cabo un enfoque de estilo occidental. En cualquier caso, la descentralización no formaba parte del principio o la práctica soviética. Por otra parte, los cañones eran más fáciles de fabricar que los tanques, y los morteros pesados eran incluso más simples que las piezas de artillería convencionales. En octubre de 1943, había tantos que la Stavka autorizó veintiséis divisiones de artillería, cada una con más de 200 cañones y obuses además de 108 morteros pesados (120 milímetros). Al mismo tiempo, se crearon cuatro divisiones de lanzacohetes. A finales de 1943, había siete, cada una capaz de disparar una salva de más de 3.400 cohetes.

El efecto fue una habilidad para saturar una zona de batalla a la manera en que lo intentaron los Aliados en el frente Occidental en 1916-1917. Era tan sofisticado como un golpe con un bate de béisbol en los riñones, e igual de eficaz. Incluso cuando los cañones se desplegaban en posiciones expuestas de vanguardia, los disparos alemanes de contrabatería y los ataques aéreos

(cuando se disponía de ellos) eran simplemente absorbidos por el mero número de blancos. Los comandantes de artillería respondían ante sus superiores, creando una cadena de mando y control que permitía utilizarla de manera independiente, sin compromisos particulares y variables con la infantería y los blindados. El potencial del sistema ajustado solo fue marginalmente evidente durante la campaña de Stalingrado. En el mejor de los casos, tenía sus limitaciones. Contra objetivos inmóviles o formaciones masivas, podría tener efectos que prefiguraban los proyectados más tarde para una bomba nuclear táctica. Las mejores contramedidas eran la dispersión, la movilidad y la flexibilidad. En Kursk, los alemanes renunciaron a los tres, y los artilleros soviéticos se lo hicieron pagar.

Para los hombres en las filas del Ejército Rojo, el segundo verano de la guerra no parecía ofrecer «ni victoria ni esperanza». Otro tercio de un millón de hombres, otros dos mil tanques, se habían perdido. Los supervivientes estaban atrapados en lo que parecía una retirada interminable a través de las estepas, rotos por las últimas defensas durante paradas temporales. Sergey Bondarchuk, veterano con cuatro años de servicio durante la guerra, presentó una aséptica dramatización en su épica película de 1975 *Ellos lucharon por su patria*. La película sigue a los restos de un destrozado regimiento de fusileros mientras se dirigen hacia el Don y Stalingrado, haciendo frente al desprecio de los civiles a los que abandonan y preguntándose por qué hasta ese momento sus esfuerzos han sido tan inútiles, hasta que, finalmente, se vuelven y luchan, desplegando su bandera y siguiéndola hasta la gloria en el Volga.

El tono de determinado optimismo de la película, entremezclado con trozos de comedia y nostalgia, es paralelo al de sus homólogas occidentales de los años cuarenta y cincuenta en el hecho de que refleja una política oficial que duró virtualmente hasta la implosión final de la Unión Soviética. Los soldados y civiles rusos se comportaron heroicamente.<sup>29</sup> Y si se daba el caso de que no estuvieran a la altura del tropo, para eso existía el sistema policial, y desde soldados rasos a generales, todos temían al NKVD. Su presencia era omnipresente, pero su comportamiento siguió siendo aleatorio hasta el 28 de julio, cuando Stalin promulgó la Orden N° 227, que ordenaba el fin de la retirada y exigía que se defendiera cada palmo de suelo soviético. Las penas iban desde el servicio en un batallón penal hasta la ejecución sumaria: más de

150.000 soldados del Ejército Rojo fueron formalmente condenados a muerte. Nunca se sabrá el número de ejecuciones sumarias.

La moral alta era el deber de un soldado, no su derecho. Pero la Stavka no basó la moral únicamente en las ejecuciones. Parte de la mitología de la recuperación soviética desde Barbarroja implica la voluntad de Stalin de hacer un llamamiento a la religión y al nacionalismo. Los prelados ortodoxos se reunieron con el propio Stalin. Se abrieron las iglesias, se autorizaron los seminarios. Esto se acompañó con un énfasis casi cultural en la «patria», sus héroes y sus símbolos. La patria se convirtió en una forma de «espacio sagrado» que combinaba la abstracción emocional con la realidad geográfica. Las películas y las conferencias celebraban a generales legendarios como Bohdan Khmelnytsky, Aleksandr Suvorov, Mikhail Kutuzov y Stalin, defensor revolucionario de la ciudad que ahora llevaba su nombre. Los uniformes se arreglaban con hombreras y cuellos altos. El ejército volvió a la moda: una estructura de medallas, órdenes y condecoraciones que literalmente podría cubrir todo el pecho de oficiales de alta graduación como Zhukov y su homólogo y rival, Ivan Konev. Los reclutas, desde los cocineros a los francotiradores, tenían sus propias insignias que reconocían su servicio «distinguido».

En una fecha tan temprana como septiembre de 1941, se reintrodujo el título de «Guardia». No Guardias Rojos, como podría haberse esperado —tan solo Guardias, que se referían tanto a las formaciones revolucionarias como a las tropas de élite del imperio zarista—. Desde batallones independientes hasta ejércitos completos, las unidades que se distinguían en combate fueron rebautizadas y numeradas de nuevo. Los miembros de las unidades se hacían llamar Guardias y conservaban ese honor si eran trasladados.

El nuevo espectro de reconocimientos tuvo una acogida suficientemente buena. Pero, para los veteranos supervivientes de 1941, para los reclutas de tiempos de guerra y para los heridos recuperados que regresaban en un número cada vez mayor, el aguijón de la derrota estaba empezando a enmascarar las culturas de escurrir el bulto y el chivo expiatorio desarrolladas durante dos décadas de terror posrevolucionario. La devastación material y humana que dejó la estela de los nazis se había convertido en materia de conocimiento general. Para algunos entre la jerarquía militar, generó un sentimiento de ira al

perderse los resultados de generaciones de sacrificio y privación. El impulso de entrar en una espiral de nihilismo se contrarrestó mediante una creciente convicción, incluso entre los cínicos y los descontentos, de que no había nada malo en la Unión Soviética que los alemanes pudieran —o quisieran— arreglar.

Una campaña propagandística global y duradera trabajó incansablemente para alentar y sistematizar el odio, para convertir en placer y en hábito matar alemanes. El entrenamiento, que nunca fue exactamente una empresa humanitaria en el Ejército Rojo, inculcaba la dureza mediante ejercicios tales como hacer pasar los tanques sobre los reclutas metidos en zanjas —a veces trincheras que habían cavado ellos mismos—. Un «accidente» o dos eran una cura muy eficaz para los que se mostraban reacios a cavar más profundamente.

Nunca se desarrolló un tipo común del Ejército Rojo ni siquiera en el contexto homogeneizador de la guerra total y a pesar de la política soviética oficial que subrayaba el carácter colectivo de su sacrificio y su victoria. La edad y el origen étnico, la formación y la cultura, sostenían las identidades individuales. La confianza y la camaradería, la esperanza del reconocimiento y el temor al castigo, la ideología y la tradición, todos desempeñaron un papel en la renovación y la reorientación de la motivación de combate. Apuntalando todo esto, incluso en la etapa intermedia de la guerra, estaba la creciente esperanza de los soldados de primera línea de que sus sacrificios<sup>30</sup> traerían la reforma de la posguerra —«comunismo con rostro humano»—, purgado del odio y los malentendidos previos a la guerra, las capacidades productivas ajustadas a las necesidades y los deseos de los civiles, líderes y pueblo comprometidos con los mismos objetivos.

Boris Gorbachevsky, por entonces un capitán, recuerda una discusión de posguerra<sup>31</sup> con media docena de sus hombres alrededor del fuego de campamento que inspiraba el intercambio de confianzas incluso cuando estaba presente un oficial: «Si las autoridades tan solo nos concedieran libertad, nos ahorrasen los sufrimientos de los koljoses y pensarán en algo como la NEP (Nueva Política Económica). Si tan solo nos dejaran libres, podríamos reconstruir toda Rusia en cinco años». La ilusión y la desilusión no eran monopolio del Tercer Reich.

### III

El trasfondo del Ejército Rojo se comprende mejor en el contexto de los vacíos: entre el partido y los militares, y entre las grandes armas de combate. El ejército alemán de 1943 se entiende mejor en términos de sinergias:<sup>32</sup> entre ejército, partido y sociedad dentro de los componentes que luchaban en el ejército.

Los estudiosos han comparado el partido nazi con casi cualquier organización humana posible, incluso con el feudalismo medieval. El único adjetivo que no puede aplicarse es «patriarcal». El cambio y el progreso fueron los motores del movimiento. La nostalgia nazi encontró su expresión esencial en el *kitsch* doméstico, pero no tuvo cabida en asuntos militares. El entusiasmo inicial por los militares por parte de Hitler se basó en su intención de utilizarlos primero para consolidar su dominio tanto del partido como del pueblo alemán, y luego como portadores de la expansión territorial e ideológica hasta que pudieran ser reemplazados con seguridad por las SS. Las concepciones nacionalsocialistas sobre la guerra diferían en aspectos importantes, sin duda esenciales, de los de la Reichswehr. Pero sobre temas como el anti-marxismo, el anti-pacifismo y la hostilidad hacia el Tratado de Versalles, los valores de los militares no eran incongruentes con los declarados por los teóricos y propagandistas nazis.

Las fuerzas armadas y los nazis también compartían un compromiso común con el futuro más que una visión del pasado. Durante la Gran Guerra, el general Hans von Seeckt se había labrado una reputación como uno de los oficiales de Estado Mayor más brillantes del ejército. Se convirtió en jefe del alto mando de la Reichswehr en la recién establecida República de Weimar. Desde el principio, desafió el concepto de la masa que había impregnado el pensamiento militar desde las guerras napoleónicas, insistiendo en el principio de perseguir victorias rápidas y decisivas mediante la acción ofensiva.

La audacia era la primera regla de Seeckt; la flexibilidad era la segunda. El Tratado de Versalles, sin embargo, especificaba la estructura de la Reichswehr al detalle: una fuerza de cien mil hombres, pero, al tener prohibidos los tanques, los aviones y la artillería mediana o pesada, necesitaba fuerzas multiplicadoras. Versalles autorizaba a cada división de la

Reichswehr un batallón de transporte motorizado, y Seeckt contemplaba sus vehículos como un complemento cada vez más valioso para las armas de combate convencionales. Desde comienzos de la década de 1930, los simulacros militares se centraron no solo en la combinación, sino en la integración de la movilidad y la sorprendente calidad energética mejorada por la tecnología. En 1934 se autorizó la primera «división blindada experimental». Al año siguiente, Hitler reintrodujo el reclutamiento e inició oficialmente el rearme. A cambio, las fuerzas armadas dejaron a los nazis las manos libres en la «reconstrucción» de Alemania.

Esta decisión no reflejaba ingenuidad ni ceguera moral. La Reichswehr comprendía, mejor que cualquier ejército del mundo, que la guerra total y la guerra industrial habían generado nuevos estilos de combate y nuevos métodos de liderazgo. El oficial ya no estaba por encima de su unidad, sino que funcionaba como una parte integral de ella. El enfoque patriarcal/hegemónico del «antiguo» ejército prusiano-alemán, que educaba a jóvenes reclutas y los iniciaba en la sociedad adulta, estaba dando paso a un patrón colegial/afectivo que enfatizaba la cooperación y el consenso en el desempeño de la misión. «El hombre de la masa» debía ceder el paso al «hombre extraordinario», la combinación de luchador y técnico que entendía el combate como un arte especializado y una experiencia interior.

Los militares confiaban<sup>33</sup> en que, una vez que los jóvenes de Alemania cambiaran sus camisas pardas y los uniformes de las Juventudes Hitlerianas por el gris de campaña del ejército, su socialización lejos del nacionalsocialismo sería relativamente fácil. El ejército sabía bien cómo cultivarlos con sus propios recursos. La nueva Wehrmacht tenía nuevas instalaciones. Las políticas de permisos eran generosas. La comida estaba bien cocinada y era abundante. Los uniformes parecían elegantes y sentaban realmente bien —cuestiones no menores para hombres jóvenes que trataban de provocar buena impresión rápidamente.

Los reclutas estaban motivados, alerta y en buena forma física. Gracias a los dieciocho meses de servicio obligatorio que se exigía a todos los jóvenes de diecisiete años desde 1935, necesitaban un mínimo de socialización en la vida de los cuarteles y estaban más que ligeramente familiarizados con los elementos de la instrucción en orden cerrado. Se esperaba que los oficiales y

los suboficiales establecieran vínculos con sus hombres, dirigiendo sobre la base del ejemplo diario.

El ejército seguía siendo el ejército, y los suboficiales no habían perdido ninguna de sus herramientas históricas, oficiales y extraoficiales, para «motivar» a los recalcitrantes y convertirlos en ejemplo para el resto. Pero el servicio militar había sido, durante más de un siglo, un importante rito de paso para los hombres en Prusia/Alemania. Generalmente, se había asumido que las exigencias del ejército no superaban las capacidades del joven medio, sano y en forma. Que el servicio militar hubiera estado restringido durante los años de Weimar le confirió un cierto atractivo de lo prohibido. Y una respuesta casi uniforme de las generaciones más viejas a través de todo el espectro social y político de la república ante cualquier cosa que tuviera un saborcillo a malestar o rebelión posadolescente era lo que los pequeños gamberros necesitaban para espabilarse llevando el uniforme.

El proceso de reclutamiento se diferenciaba notablemente tanto de la práctica anterior a 1914 como de los patrones de otros ejércitos de reclutas contemporáneos. Aunque no ignoraba la experiencia, la aptitud, la educación e incluso la clase social, el sistema alemán de selección y clasificación prestaba mucha atención a lo que las generaciones posteriores denominarían «perfiles de personalidad». La determinación, la presencia de ánimo y la conciencia situacional eran las cualidades más valoradas. El entrenamiento inicial en todas las ramas puede compararse mejor con una combinación de la instrucción básica del Ejército de Estados Unidos con su entrenamiento avanzado de infantería, puesto al día por el mantra del Cuerpo de Marines de «cada hombre, un fusilero». Esto reflejaba la creencia de que las exigencias morales y físicas de la guerra de infantería eran las mayores. Un soldado que no pudiera cumplirlas era menos que un soldado eficaz, sin importar su nivel de competencia técnica. Se esperaban malentendidos y errores en combate. Superarlos dependía más del carácter que del intelecto. Y el carácter en el contexto del combate significaba, sobre todo, voluntad.

La cuestión de la naturaleza frente a la crianza no afectó significativamente a la Wehrmacht. Mucho antes de que Leni Riefenstahl loara la versión de Hitler del concepto, las fuerzas armadas actuaban sobre el principio de que la voluntad de un soldado era, esencialmente, un producto del



cultivo. La instrucción era el medio para desarrollar la coordinación reflexiva de la mente y el cuerpo. Las tropas se entrenaban día y noche, con avisos inmediatos, en cualquier clima, bajo condiciones que no incluían raciones. Se simulaban las condiciones de combate mediante un amplio uso de munición real. Las bajas eran recordatorios necesarios de los peligros del descuido y de la estupidez.

Una insistente mitología sigue describiendo al ejército alemán de la Segunda Guerra Mundial como una fuerza de «escudos relucientes», que combatió primero con éxito y más tarde heroicamente contra viento y marea y que, al mismo tiempo, hizo todo lo posible para evitar su «contaminación» por el nacionalsocialismo —un «grupo de hermanos»<sup>34</sup> unidos por una camaradería inquebrantable—. Ese concepto de compañerismo es, sin duda, la raíz emocional más fuerte de lo que John Mearsheimer llamó memorablemente «envidia del pene de la Wehrmacht». Soldados y académicos dentro y fuera de Alemania han citado constantemente la «camaradería» para explicar el «poder de combate» que tan impresionante les pareció a los rivales del Reich.

Particularmente, en el contexto del frente ruso, el concepto de camaradería ha sido descrito como una construcción cada vez más artificial, basada en la ideología nazi, generada por la obsolescencia material y las altas tasas de víctimas que destruyeron «grupos primarios» que dependían de relaciones forjadas durante mucho tiempo. Los pequeños grupos relacionales basados en la afinidad, la proximidad y la experiencia eran, sobre todo, mecanismos de supervivencia. Un hombre física o emocionalmente solo en Rusia era una baja a la espera de su destino. Las comunidades *ad hoc*, renovadas y reconstruidas constantemente como resultado de las enormes pérdidas, se mantenían juntas gracias a las viejas manos —a veces de no más de unos pocos días— que daban cobertura y apoyo a los recién llegados que no solo buscaban, sino que necesitaban, pertenecer al grupo para sobrevivir física y mentalmente.

De hecho, a menudo se definía como «bueno» cualquier comportamiento que fortaleciera a la comunidad frágil, fungible y preparada contra los desafíos externos o internos. Sin embargo, por más profundo que fuera su embrutecimiento, las fuerzas terrestres, tanto el ejército como las Waffen SS, nunca degeneraron colectivamente en lo que Martin van Creveld denominó «la

horda salvaje». Sin ley y desorganizada, comprometida con la destrucción por la destrucción, tomándose a sí misma como modelo hasta el punto del solipsismo, la horda no puede ni dar ni inspirar la confianza necesaria para el tipo de poder de combate que los alemanes demostraron hasta el final.

La camaradería les ayudó a seguir siendo soldados, no guerreros ni asesinos. Y después de 1945, para los veteranos alemanes, la camaradería se convirtió en la principal experiencia justificadora de la guerra. Pocos estaban dispuestos a admitir que habían luchado por Hitler y su Reich. El concepto de defender el hogar y a los seres queridos se compensaba, y cada vez más, ante la abrumadora evidencia de que la guerra había sido, de principio a fin, la guerra de Alemania. Lo que quedaba eran recuerdos —de cuidado mutuo, compromiso emocional y sacrificio por los demás— medio procesados y alimentados con una jarra de cerveza por la noche o en alguna reunión ocasional del regimiento. Considerados tradicionalmente virtudes femeninas, estos aspectos humanos de la camaradería permitieron llegar a un acuerdo moral y emocional con el rostro inhumano de la guerra, y a aceptar la naturaleza del régimen que habían sostenido con su sacrificio.

Si los soviéticos veían la guerra como una ciencia, los alemanes la interpretaban como un arte. Aunque se requerían los conocimientos básicos del oficio, la guerra desafiaba su reducción a reglas y principios. Su dominio exigía estudio y reflexión,<sup>35</sup> pero dependía en última instancia de dos conceptos prácticamente intraducibles: *Fingerspitzengefühl* y *Tuchfühlung*. El equivalente más cercano es la estéril frase de *conciencia situacional*. El concepto alemán incorporaba también el sentido del garbo: la diferencia, en el lenguaje de los caballeros, entre un cazador y un furtivo, o, en términos contemporáneos, la diferencia entre un coche familiar y uno muy potente. Hacía hincapié en la velocidad y en la osadía, maniobrando para asestar un golpe tan duro como fuera posible desde una dirección tan inesperada como fuera posible.

El paradigma del estilo de guerra móvil eran las divisiones panzer. Desde su inicio, esta unidad se conceptualizó como una fuerza equilibrada de armas combinadas. Los tanques y la infantería motorizada, los motociclistas y los carros blindados, la artillería, los ingenieros y las unidades de transmisiones se entrenarían y combatirían juntos al ritmo establecido por los

blindados. La división panzer irrumpiría en una posición enemiga, se abriría paso y escaparía con sus propios recursos, resolviendo así el problema alemán fundamental de la Primera Guerra Mundial. Pero la división panzer también podría crear oportunidades en un flanco enemigo o en su retaguardia. Podría llevar a cabo la persecución y convertir la persecución en una nueva operación. Podía descubrir oportunidades con sus elementos de reconocimiento, capturar objetivos con sus tanques, conservarlos con su infantería, luego reagruparse y repetir la operación a ciento sesenta kilómetros de distancia.

No menos significativo fue el rápido desarrollo de la radio y la sensación que la acompañaba: los comandantes de las fuerzas móviles podían y debían estar a la cabeza de sus unidades. El conocido aforismo de Helmuth von Moltke de que «ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo» adquirió un nuevo contexto. En el futuro, los comandantes mecanizados y las fuerzas mecanizadas podrían hacer, rehacer y ejecutar planes que reflejasen de inmediato situaciones cambiantes. La guerra por horario a la manera de 1914-1918 se convertiría en guerra por cronómetro.

La crítica a la guerra de masas desarrollada en el pensamiento militar alemán después de 1918 nunca había excluido los números por sí mismos. Su objetivo final había sido la creación de una fuerza capaz de lograr inicialmente resultados tácticos y operativos decisivos, evitando así la espiral de escalada que obligaba a Alemania a una guerra de desgaste, justo el tipo de guerra que los militares profesionales habían advertido durante décadas que Alemania no tenía posibilidad de ganar. Sin embargo, el ejército que tomó el campo de batalla fue producto de la improvisación.<sup>36</sup> El ritmo constante inicialmente proyectado por el Estado Mayor y el alto mando estaba sumergido en un rearme que rápidamente se convirtió en su propia justificación y que excedía cada vez más los recursos humanos y materiales disponibles. Incluso después de que la Purga de Sangre de 1934 eliminase la posibilidad de utilizar la *Sturmabteilung* (SA), las camisas pardas paramilitares, como base para un sistema militar alternativo, el ejército continuó temiendo la lealtad dual en una sociedad cada vez más nazificada. La guerra total del tipo que Hitler parecía dispuesto no solo a arriesgar, sino a afirmar seguía siendo, desde un punto de vista estratégico, el tipo de guerra

equivocada para Alemania. Y en los contextos social y político, una guerra de masas en la que participara el *Volk* alemán probablemente beneficiaría mucho más a los nazis que a los soldados.

Desde las guerras napoleónicas, el ejército prusiano/alemán había subrayado la conveniencia de un promedio alto. El Estado Mayor se desarrolló como una levadura para el cuerpo de oficiales en su conjunto, más que como una élite auto-absorbida. En términos operativos, un regimiento, una división o un cuerpo se consideraba tan capaz como cualquier otro. Cuando las divisiones de reserva se organizaron a gran escala como parte de la preparación de la Primera Guerra Mundial, se estructuraron lo más parecidas posibles a las normas del ejército activo y se utilizaron desde el principio del mismo modo que las formaciones activas. Sin embargo, en 1939, la mayoría de las divisiones estaban formadas por «olas» (*Wellen*), cada una con diferentes escalas de equipo, niveles de entrenamiento y eficacia operativa. Ahora, en la planificación de la guerra, el ejército había desarrollado una jerarquía de fiabilidad, con las divisiones en tiempo de paz de la «primera ola» en su cúspide, y las divisiones móviles en la cúspide de la primera ola.

Esa situación ofrecía al ejército una ventana de oportunidad política y militar. Los conceptos tácticos, doctrinales e institucionales desarrollados por la Reichswehr y refinados después de 1933 proporcionaron la posibilidad de operaciones ofensivas decisivas ejecutadas no por un pequeño ejército profesional, sino por formaciones tecnocráticas especializadas dentro de una masa. Los multiplicadores de fuerza derivados de la alta tecnología favorecieron el desarrollo de una élite, no en el sentido racial/ideológico, sino una élite funcional, basada en las habilidades aprendidas. Su profesionalismo permitiría el empleo de modos de hacer la guerra inaplicables a ejércitos de masas homogeneizados que siguieran el patrón de 1914-1918, lo que se traduciría en victorias.

En los últimos años, tanto militares como académicos se han esforzado por igual en desacreditar y deconstruir el concepto de *blitzkrieg*.<sup>37</sup> Reducida a lo esencial, la crítica es que las victorias alemanas de 1939-1941 no fueron consecuencia de la doctrina o la planificación. Se desarrollaron a partir de una serie de accidentes y coincidencias que reflejaban improvisaciones nacidas de

la necesidad de evitar una guerra de desgaste y responder a imperativos generados por la naturaleza aleatoria del régimen nacionalsocialista.

La *blitzkrieg* no era un principio integral para movilizar y emplear los recursos de Alemania. Tampoco era una estructura de conceptos expresados en manuales, enseñados en las escuelas y practicados en las maniobras. Sin embargo, decir que la *blitzkrieg* era una construcción *ex post facto* tiene tanto sentido como montar los componentes de un reloj, sacudir las piezas en un saco, y esperar sacar un reloj que funcione. La *blitzkrieg* fue la última manifestación de la guerra móvil, el centro histórico de la planificación militar prusiana/alemana que Seeckt y sus contemporáneos intentaron restaurar después de 1918. La *blitzkrieg* ofreció también una realidad literal basada en la tecnología para un concepto abstracto. La guerra móvil emprendida con la fuerza muscular humana y animal siempre había sido más una construcción intelectual que una realidad física. En la *blitzkrieg*, la combinación de radios y motores hizo posible que, de manera literal, un ejército girase alrededor de su enemigo siempre y cuando (y este era un gran *si*) sus cualidades morales e intelectuales estuvieran a la par que su material.

Entre 1939 y 1941, ese fue el caso desde Francia y Bélgica hasta Yugoslavia y la Cirenaica. Sin embargo, las tensiones de librar una guerra en Rusia transmutaron las fortalezas de la *blitzkrieg* en sus debilidades. La producción se quedó por detrás de las pérdidas. Las bajas superaron las capacidades de reemplazo. La brecha en capacidades y efectividad entre la élite mecanizada y las divisiones de infantería transportadas a caballo se convirtió en un abismo. Una consecuencia fue la devolución progresiva de las fuerzas mecanizadas desde la punta de lanza a la espina dorsal: el elemento necesario de toda operación desde el mantenimiento del frente en el invierno de 1941 hasta la lucha calle por calle en Stalingrado un año después. Las divisiones de infantería se mantuvieron por debajo de sus capacidades de una forma tan crónica que en 1943 estaban en proceso de reducirse a seis batallones en lugar de los nueve originales. Algunas nuevas armas, como la ametralladora ligera MG-42 y una clase de proyectiles antitanques portátiles, aumentaron la potencia de fuego de la infantería. Pero las divisiones reconfiguradas carecían del poder de permanencia para sostener operaciones,

ofensivas o defensivas, contra un Ejército Rojo cada vez más capaz de depender de más cosas aparte de su propia determinación.

A medida que los panzer se convirtieron en una élite, sus responsabilidades se expandieron más allá de cualquier intención original. Se esperaba cada vez más que las divisiones móviles utilizaran sus propios recursos para conservar el terreno, recuperarlo y asegurarlo, a costa de generar y sostener el impulso ofensivo. Para al final de los combates de invierno en 1942, las dieciocho divisiones panzer del frente ruso poseían una fuerza combinada de apenas unos seiscientos tanques en servicio. La escasez de camiones y otros vehículos de apoyo era aún mayor. Sustituir bajas y equipos se había convertido en un proceso de riesgo, casi una cuestión de azar, dependiendo de qué división se pudiera retirar de la línea, cuán lejos podía moverse y qué había disponible en los depósitos y talleres.

Una segunda consecuencia fue la «visión túnel»: un enfoque en «alcanzar el siguiente objetivo», un énfasis en la acción a expensas de la reflexión en todos los niveles y en todos los aspectos de la guerra. Desde un punto de vista histórico, la planificación militar prusiana/alemana tendía a descender, privilegiando el arte operativo a expensas de la proyección estratégica y el virtuosismo táctico a expensas de ambos. Una escasez crónica de oficiales de Estado Mayor<sup>38</sup> a todos los niveles, a menudo elogiada sin sentido crítico como reflejo de un perfil «sencillo y eficaz», con demasiada frecuencia significaba en la práctica un exceso de trabajo crónico y no tener tiempo para pensar en la siguiente semana. La improvisación era una necesidad en el estilo alemán de guerra móvil. Pero la improvisación en el frente Oriental se asomaba con demasiada frecuencia al límite de la aleatoriedad, y más allá.

La tercera consecuencia, y posiblemente la más grave a la larga, era una cultura, una mentalidad, que se había convertido en algo que combinaba comodidad e indiferencia, incrustada en una matriz de «dureza». <sup>39</sup> La dureza no era crueldad ni fanatismo. Se entiende mejor como la evolución desde conceptos anteriores a la guerra, como la voluntad centrada en la inteligencia con el propósito de cumplir una misión. Fue una actitud que permitió especialmente la brutal conveniencia, que es un aspecto perdurable de la guerra y que fue sustentada y alimentada por la ideología nazi.

La dureza transmutó la conveniencia en una norma y la redefinió como una virtud. La impersonalización y la despersonalización iban de la mano. Puede que no estuvieran dispuestos de manera rutinaria ni adecuada a interferir en los asuntos de los civiles o de los incómodos prisioneros de guerra, pero podrían estarlo, haciéndose cada vez menos preguntas tanto externa como internamente. La cultura de la dureza se centraba en los suboficiales del ejército. Con el estallido de la guerra, la experiencia en combate se convirtió en el criterio dominante para un nombramiento. A finales de 1942, cualquier alemán de más de dieciséis años podría convertirse en oficial si servía aceptablemente en el frente, demostraba el carácter adecuado, creía en la causa nazi y era racialmente puro —y los tres últimos criterios eran tanto una cuestión de rellenar formularios como de rigurosa investigación.

Esta relativa democratización reflejaba en buena medida la creciente sinergia entre la ideología nacionalsocialista y las exigencias del frente. Hitler quería hombres jóvenes «tan fuertes como el cuero, tan veloces como los galgos y tan duros como el acero Krupp», y en consecuencia libres de cargas provocadas por la reflexión o la imaginación. El Ejército Rojo en su mejor momento no ofreció una oposición táctica sofisticada. Lo que el regimiento y los comandantes de división querían de los subordinados eran hombres duros física y moralmente, dispuestos a liderar desde el frente y mostrarse confiados en público incluso en las situaciones más desesperadas. Se podría especular, de hecho, que un suministro constante de tenientes veinteañeros con insignias por heridas de guerra y buena actitud ayudó a los superiores mayores, más sabios y más cansados, a suprimir cualquier duda existente sobre Hitler y su guerra.

## PREPARATIVOS

La batalla de Kursk se desarrolló en el contexto más amplio de una guerra que la casta dirigente del Reich, desde Hitler hacia abajo, entendía que pendía de un hilo. En el periodo posterior a El Alamein, Hitler se había reforzado en gran medida tras la derrota en el norte de África. El resultado fueron unas cuantas victorias tácticas, logradas contra tropas inexpertas, que demostraron ser operativamente estériles y estratégicamente vacías.

### I

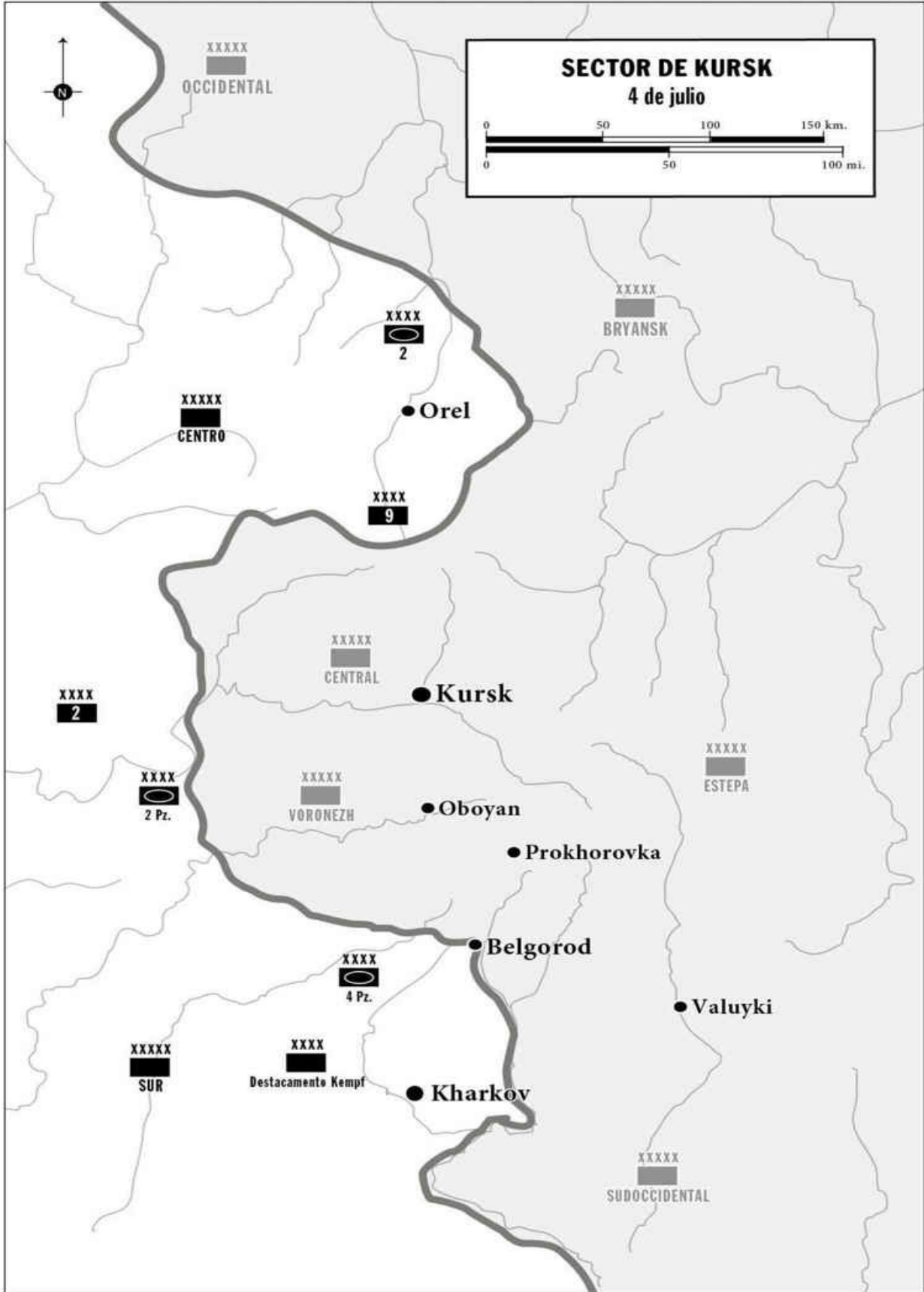
Erwin Rommel, el Zorro del Desierto, estaba desgastado mental y físicamente. Detuvo un ataque cuando los artilleros estadounidenses a los que se enfrentaba tenían un suministro de quince minutos de munición. Consiguió concentrar tres divisiones panzer para un ataque contra el Octavo Ejército británico avanzando desde el este, el mayor ataque blindado que los alemanes llevaron a cabo en toda la campaña. Pero las interceptaciones por radio proporcionaron al mariscal de campo Bernard Law Montgomery un esquema de las intenciones de su enemigo, con el resultado de que los alemanes se encontraron con una defensa preparada en varias capas que arrancó el corazón de los panzer. «El mariscal la ha cagado»,<sup>40</sup> observó Montgomery en tono conciso, y al día siguiente Rommel dio por terminada una batalla que, según todas las escalas, fue la más vergonzosa<sup>41</sup> de su carrera.



Tres semanas más tarde, el 26 de marzo de 1943, el Octavo Ejército británico envolvió la Línea Mareth. El 19 de abril, el Primer Ejército británico y el II Cuerpo de los Estados Unidos atacaron en el oeste. A pesar del continuo refuerzo del fracaso de Hitler, no cabía duda alguna del resultado final.

Las esperanzas para la campaña de submarinos y la fe en las nuevas armas, desde el gas nervioso hasta los cañones de largo alcance y los proyectiles teledirigidos, quedaron equilibrados frente a una ofensiva aérea anglo-americana las veinticuatro horas del día que absorbía cantidades cada vez mayores de la capacidad tecnológica del Reich. Y quedaron aún más atenuadas ante las perspectivas de una invasión procedente de la otra orilla del Canal en algún momento de 1943 por parte de una alianza que estaba demostrando en el norte de África, aunque a pequeña escala, una curva de aprendizaje incómodamente elevada. La situación interna no era menos inquietante. En 1942, solo el frente Oriental había costado al ejército un promedio de más de cien mil muertos al mes. Sin contar los absolutamente no aptos y los indispensables trabajadores de guerra, a partir de marzo de 1943 el Reich había descendido hasta su último medio millón de cuerpos calientes<sup>42</sup> aun no uniformados. En 1942, el frente Oriental también había costado cinco mil quinientos tanques, ocho mil cañones y casi un cuarto de millón de vehículos de motor. Dos tercios de los veinte mil aviones destruidos se habían perdido en Rusia. Estas pérdidas materiales se estaban reemplazando con éxito, pero ¿durante cuánto tiempo?

Para complicar aún más la respuesta, estaba la desconfianza fundamental de Hitler tanto contra el pueblo alemán como contra su propio aparato de represión y control. Creía firmemente que, en 1918, Alemania había sido «apuñalada en la espalda» por el hundimiento de su frente nacional. La «movilización total» como se practicaba en Rusia y Gran Bretaña —reclutar a las mujeres para el trabajo de guerra, cerrar la producción orientada al uso civil, peinar despiadadamente la economía en busca de hombres— era muy arriesgada y se encontraba, en gran medida, más allá de las capacidades del desastroso e ineficaz sistema nazi.



Paradójicamente, desde el punto de vista de Hitler, la situación estratégica parecía más prometedora en el frente ruso. Los historiadores de la posguerra en general<sup>43</sup> han seguido las memorias de los generales que culpaban al Führer de la derrota en Kursk. Hitler es acusado, juzgado y condenado en primer lugar por negarse a aceptar las recomendaciones de los profesionales y pasar a una defensiva operativa, reemplazando las pérdidas de la campaña de invierno e intercambiando temporalmente espacio por tiempo, mientras permitía al Ejército Rojo extenderse en una ofensiva renovada; además, por usar las divisiones móviles reajustadas en contraataques como los «reveses» de Manstein después de Stalingrado. Una vez forzados mediante el concepto de una ofensiva, Hitler es descrito retrasándola primero mientras los rusos reforzaban el sector, y luego abandonándola cuando, contra todo pronóstico, los generales y los *Landser* estaban a punto de sacar nuevamente las castañas del Reich del fuego.

Como era de esperar, la realidad es mucho más compleja. Ya en octubre de 1941, Japón se había ofrecido a actuar como intermediario en la negociación de una paz ruso-alemana,<sup>44</sup> para que el Eje se centrara en su lucha contra Gran Bretaña y Estados Unidos. Incluso antes de la ofensiva soviética en Stalingrado, Hitler había rechazado las sugerencias italianas tanto para negociar con Rusia como para cerrar el frente Oriental y transferir recursos a un teatro de operaciones occidental cada vez más amenazado.

Hitler rechazó ambas posibilidades repetida y categóricamente. Para el Führer, el espacio vital adquirido por el Reich con sangre no era un activo negociable. Por otra parte, derrota y retirada significaban que las pérdidas materiales serían permanentes, mientras que, en una ofensiva, las armas y vehículos dañados a menudo podían ser reparados por un sistema de mantenimiento cuya eficiencia había mejorado mediante la necesidad. Sencillamente, no se podía rechazar la específica insistencia de Hitler de que los recursos del sur de Rusia eran demasiado significativos para el sostenimiento del esfuerzo de guerra de Alemania como para ser consumidos, y mucho menos abandonados, despreocupadamente. Tampoco se podía despreciar su argumento de que el menor indicio de negociaciones entre

Alemania y la URSS solo alentaría a los angloamericanos a intensificar su ofensiva aérea y a acelerar sus planes de invasión.

En lugar de eso, con el cambio de año, se concentró cada vez más en su pensamiento estratégico sobre el este. Italia y Hungría estaban retirando sus fuerzas de Rusia. Rumanía estaba reduciendo su compromiso. Finlandia siempre había librado una guerra paralela. Era muy necesaria una gran victoria para impresionar a estos vacilantes aliados. Rusia ofrecía la mejor perspectiva inmediata de tal victoria: una victoria que podría convencer incluso a Turquía para unirse a la guerra. Y las perspectivas de las negociaciones con Stalin —que parecían más probables que discutir la paz con Winston Churchill— se emprenderían mejor desde una posición de fuerza que de estancamiento. Tal vez ya en el siguiente otoño, cuando la climatología cerrase de nuevo el frente, se podría intentar algo en esa dirección.

Para cualquier cálculo racional, las perspectivas a corto plazo del Reich de una victoria total eran cercanas a cero. Sin la férrea determinación de Hitler,<sup>45</sup> Alemania probablemente habría estado lista para alcanzar la paz en 1943. Pero, para entonces, el Estado nacionalsocialista del Führer había erosionado hasta tal extremo las principales instituciones del gobierno, el partido, la Wehrmacht y la sociedad, que ya no existía de ninguna forma consecuente ningún foro institucional ni personal que debatiera el tema. No solo no había nadie más, salvo Hitler, que fuera responsable de todo, sino que nadie (sobre todo en el ejército) estaba dispuesto a arriesgarse a mirar más allá de los factores operacionales, considerar las cuestiones estratégicas más amplias y concluir que la guerra era imposible de ganar, y mucho menos actuar de acuerdo a semejante conclusión. Como muchos otros diseños del Tercer Reich, la ofensiva de Kursk cobraría vida por sí misma.

En la primavera de 1943, el Alto Comando del Ejército (OKH, Oberkommando des Heeres), responsable de la guerra en Rusia, estaba dividido en partes aproximadamente iguales en el tema específico de ataque y defensa en el frente Oriental. Heinz Guderian fue uno de los muchos generales reemplazados durante el *Ablösungswinter* («invierno de reemplazo») de 1941-1942. En febrero de 1943, recuperó el cargo y el favor como recién nombrado inspector general de las tropas blindadas. Desde sus primeras semanas en el cargo, se mostró en contra de cualquier gran ofensiva durante 1943 y a favor

de la reconstrucción de una fuerza mecanizada que había sido estirada hasta el límite por los combates durante el cambio de año. Esperar hasta 1944,<sup>46</sup> recomendaba Guderian. Construir una reserva móvil lo suficientemente fuerte como para sostener cualquier frente Occidental que pudieran abrir los británicos y los estadounidenses. A continuación, golpear en el este con divisiones construidas alrededor de una nueva generación de tanques pesados, con un mayor número de cañones de asalto semiorugas y piezas de artillería autopropulsadas.

Manstein, para ese momento decano y gurú del frente ruso, por lo menos en su propia mente, creía que Guderian había tenido muy poco en cuenta el tamaño y la eficacia crecientes del Ejército Rojo. La respuesta de Manstein era la defensa elástica:<sup>47</sup> ceder terreno antes de una ofensiva soviética, y luego golpear los flancos. Esto, creía, realzaría la destreza de los oficiales alemanes en la guerra móvil y la capacidad de combate de los soldados alemanes. Sin embargo, el concepto era una idea personal de Manstein: apenas articulado, probado durante no más de unos meses y, a efectos prácticos, desconocido incluso entre las fuerzas panzer. La defensa elástica tampoco era una panacea. Su éxito dependía de un enemigo amable, que cometiera los errores correctos en el momento adecuado. Y el Ejército Rojo de 1943 era cada vez menos amable.

Manstein expuso sus argumentos al jefe del Estado Mayor del ejército, Kurt Zeitzler, el 7-8 de marzo de 1943. Zeitzler había ocupado el puesto desde septiembre de 1942, tras reemplazar al destituido Franz Halder. Aunque no era un perrito faldero, había buscado deliberadamente un contacto más cercano a Hitler para mejorar las erosionadas relaciones entre la política, la planificación y el mando. Además, al igual que muchos oficiales de Estado Mayor entrenados en el periodo de entreguerras, respondía más al modelo de oficial de tropas que al del tradicional general de Estado Mayor. Es una ironía pasada por alto que el a menudo criticado Tratado de Versalles, al abolir el Estado Mayor en su forma histórica, pudo haber contribuido significativamente a la visión de túnel tan característica del alto mando alemán. Ciertamente, Zeitzler estaba más preocupado por el descanso de las tropas motorizadas que por la planificación estratégica a largo plazo. Manstein respondió explicando que no podía defender un frente de 700 kilómetros con veinticinco divisiones.

O mantenía la iniciativa y atacaba, o se vería obligado a retroceder, sacrificando cualquier ganancia material y moral obtenida desde la rendición de Stalingrado.

Manstein tuvo la oportunidad de exponer sus argumentos en persona cuando Hitler visitó su cuartel general el 10 de marzo. En un nivel, se trataba de un teatro de propaganda, con dieciséis generales de alto rango presentes como coro para celebrar los últimos logros de «el mayor señor de la guerra de todos los tiempos». El Führer mostró un estado de ánimo acorde y escuchó cuando Manstein reiteró la importancia de reanudar las operaciones móviles. Otro «revés», frustrante y luego revertir un ataque soviético, era una posibilidad. Una mejor opción era un «derechazo» para eliminar lo que Manstein denominaba el «balcón» de Kursk.

La defensa elástica era para Manstein un recurso temporal, a fin de desgastar las fuerzas soviéticas y prepararse para un diseño más grandioso. La solución del revés auguraba los mejores resultados. Pero ¿y si los soviéticos no cooperaban atacando? ¿O si el Ejército Rojo elegía un sector diferente, no agraciado con la presencia de Manstein? ¿Qué pasaría si los británicos y los estadounidenses estuvieran de algún modo inspirados para aprovechar la iniciativa operativa en Occidente y agotaban las reservas que Manstein consideraba necesarias para un eficaz golpe de revés? El concepto de compromiso de Manstein era una ofensiva general combinada por su Grupo de Ejércitos Sur y el Grupo de Ejércitos Centro contra el saliente de Kursk. Una doble penetración a gran escala no solo cortaría las fuerzas soviéticas en el saliente, sino que atraería a las reservas soviéticas de toda la región hacia un yunque alemán igual que en 1941. Con los rusos considerablemente debilitados y con el frente reducido en unas 150 millas, las reservas alemanas podrían desplegarse con más facilidad para ulteriores operaciones contra los flancos y la retaguardia soviética.

Las perspectivas a largo plazo de tales operaciones estaban por encima del nivel de gratificación del mariscal de campo, o tal vez de sus horizontes profesionales. En lo que él insistía era en que algo debía hacerse rápidamente, antes de que el poderío material soviético se volviera abrumador y mientras los alemanes pudieran aprovechar la estación seca. Y antes de que los Aliados occidentales pudieran establecerse en el continente.

La desconfianza de Hitler hacia sus generales no había disminuido en absoluto. No guardaba en secreto su creencia de que lo engañaban continuamente. Pero el 13 de marzo promulgó la Orden de Operaciones N° 5.<sup>48</sup> Exigía una ofensiva de primavera para recuperar la iniciativa, pero sus objetivos seguían siendo difusos. Manstein informó repetidamente a Zeitzler de que Kursk estaba dentro del alcance inmediato de los alemanes. Sin embargo, limpiar el saliente requeriría la participación del Grupo de Ejércitos Centro. Por eso resultó igualmente desconcertante cuando este, al mando de Günther von Kluge, respondió que carecía de la fuerza necesaria para participar<sup>49</sup> en el tipo de asalto proyectado por Manstein. Ese rechazo hizo aún más firme el compromiso de Manstein con la operación de Kursk. Era una ventana de oportunidad de alto riesgo que debía ser aprovechada incluso con recursos limitados.

En cierta ocasión, Adolf Hitler describió los horizontes de sus mariscales como «del tamaño de un asiento de inodoro». Sin embargo, la versión de Manstein de ese aparato sanitario parece haber sido demasiado grande para la comodidad del Führer. El 21 de marzo, Hitler desechó Kursk. ¿Estaba preocupado por la aún persistente temporada de barro, la *rasputitsa*, que atascaba tanques y camiones? ¿Estaba nervioso por las crecientes pérdidas de hombres y equipo que aún no habían sido reemplazadas? ¿Se preocupaba por asegurar las ganancias de las anteriores ofensivas de Manstein? Tal vez temía alimentar a un individuo excesivamente grande fomentando su libertad de acción. Guderian observó en aquel momento la incapacidad de Hitler para «tolerar en su entorno la presencia de una persona y soldado tan capaz como Manstein».<sup>50</sup>

La cuestión se volvió momentáneamente discutible cuando los problemas oculares de Manstein le obligaron a regresar a Alemania para su tratamiento el 30 de marzo. Mantuvo el contacto con su cuartel general, pero la recuperación absorbió sus energías. Manstein, de cincuenta y siete años, se había endurecido desde 1940, y una cirugía menor<sup>51</sup> —en este caso una baja por enfermedad para el tratamiento de una catarata en desarrollo— lo mantuvo alejado. La ausencia de Manstein allanó el camino de Zeitzler.<sup>52</sup> También Zeitzler se sentía atraído por las perspectivas de eliminar el saliente de Kursk, aunque por razones menos ambiciosas que las de su subordinado. Consideraba

debilitar a los rusos en el sector meridional y acortar el frente lo suficiente para seguir adelante, particularmente, dada la creciente concentración rusa en y sobre el saliente. El 11 de abril, presentó una recomendación a Hitler. Pidió un ataque de pinza, utilizando un ejército reforzado del norte y el Grupo de Ejércitos Sur de Manstein. Se reunirían en Kursk.

Los cientos de miles de prisioneros rusos serían enviados a Alemania como mano de obra esclava en una industria de guerra desbordada por las exigencias. Con la línea del frente Oriental reducida, Alemania podría reforzar el teatro de operaciones occidental contra la inevitable invasión y liberar reservas para las futuras operaciones en Rusia. Una docena de divisiones panzer, sugirió el jefe de Estado Mayor, debería ser suficiente para completar el trabajo.

El 15 de abril, Hitler respondió. El párrafo inicial de la Orden de Operaciones nº 6 hablaba de la «importancia decisiva... una señal para todo el mundo». Las fuerzas atacantes se concentrarían en «el frente más estrecho posible» y «se abrirían paso entre el enemigo de un solo golpe». La fecha más temprana para el ataque se fijó para el 6 de mayo. El nombre clave era operación Ciudadela.

En marcado contraste con los objetivos de largo alcance fijados en 1941 y 1942, la geografía operacional de Ciudadela era tan limitada que requiere un mapa regional a pequeña escala para poder seguirla. La Orden Nº 6 insistía en la importancia absoluta de mantener la sorpresa a través del «camuflaje, el engaño y la desinformación». El éxito dependía aún más de impedir el desvío de reservas de los avances soviéticos en otros lugares. Los Grupos de Ejércitos Sur y Centro debían prepararse también para las batallas defensivas en el resto de sus respectivos frentes. Había que emplear «todos los medios» para asegurar la seguridad de todos los sectores. Pero reconocer que los brillantes tiempos de 1940-1941 habían pasado no convertía Kursk en una ofensiva limitada. El éxito ofrecía una posibilidad de dañar al Ejército Rojo lo suficiente como para estabilizar al frente Oriental y quizás incluso desarrollar una solución política temporal a una guerra imposible de ganar por la vía militar.

En principio y en realidad, la ofensiva era prometedora. Desde el punto de vista estratégico, incluso una victoria limitada eliminaría una gran amenaza



para los flancos alemanes en el sector y limitaría las perspectivas de un avance del Ejército Rojo hacia el Dnieper. En Barbarroja y Azul, los alemanes lograron victorias al comienzo de las campañas y se agotaron a medida que crecían en exceso. Los objetivos relativamente modestos de Ciudadela parecían seguros contra ese riesgo. Esta vez, las unidades de vanguardia no llegarían mucho más allá del frente en una carrera a ninguna parte en particular. No había tentaciones económicas como las que ofrecía Ucrania en 1941 o el Cáucaso en 1942. Kursk sería una batalla de auténticos soldados. En cuanto a lo que sucedería a continuación, a cada día le basta con su propio mal.<sup>e</sup> Era una línea de pensamiento —quizás de sentimiento— que recordaba incómodamente al enfoque de Erich Ludendorff ante la gran ofensiva de marzo de 1918: hacer un agujero y ver qué pasa.

En sus contextos inmediatos, Kursk, sin embargo, parecía eminentemente plausible: el tipo de ofensiva preparada que había frustrado a los soviéticos desde el ámbito de una división hasta un teatro de operaciones durante dieciocho meses. Desde el punto de vista geográfico, el sector era lo suficientemente pequeño como para permitir concentrar los sobrecargados efectivos de la Luftwaffe a escalas no vistas desde 1941. En cuanto a la logística, los objetivos estaban dentro de su alcance. Respecto al carácter operativo, el doble envolvimiento de un saliente era un ejercicio de manual. Tácticamente, desde las compañías a los cuerpos, los comandantes panzer eran expertos y se mostraban confiados. En el aspecto material, por primera vez desde Barbarroja tendrían tanques para igualar la calidad soviética.

Ese último punto requiere una explicación,<sup>53</sup> sobre todo porque «Kursk» y «blindado» están conectados simbióticamente en la mayoría de los relatos de la Segunda Guerra Mundial. La doctrina alemana de blindados subrayaba la necesidad de evitar los encuentros tanque-contra-tanque. Los diseños de los tanques alemanes hacían hincapié en la movilidad y la fiabilidad frente a la protección y la potencia de fuego. Desde Polonia hasta el norte de África, el sistema funcionó. En Rusia, se debilitó, en gran medida debido a la creciente presencia del tanque soviético T-34, que podía hacer todo lo que hacían sus homólogos alemanes, estaba mejor blindado y llevaba un poderoso cañón de 76 mm. Antes de Barbarroja, las tripulaciones y los oficiales de los tanques alemanes habían sido un multiplicador de fuerza significativo, aunque

intangibles. Pero la discrepancia tecnológica entre los panzer Mark III y IV y la del T-34 la disminuyó. En términos humanos, las divisiones acorazadas alemanas eran tan buenas como les permitían sus limitaciones de músculo, sangre, inteligencia y carácter. En términos numéricos, cada cálculo demostraba su incapacidad para superar a los soviéticos. Desde el punto de vista técnico, ya no se podía reforzar más el armamento del Panzer III, columna vertebral de la fuerza blindada hasta 1942.

Eso dejaba tres opciones. Una de ellas consistía en aprovechar el gran anillo de torreta y el robusto chasis del compañero de establo del Mark III, el Mark IV, y aumentar las prestaciones de lo que había sido diseñado como un vehículo de apoyo para convertirlo en un tanque de combate principal. Técnicamente, la reconfiguración fue muy exitosa. Sin embargo, se logró a expensas de las cifras de producción y las estadísticas de reparación. La segunda posibilidad era copiar el T-34, ya fuera desde el punto de vista conceptual o mediante ingeniería inversa. En este último caso, la pieza fundida de la torreta del vehículo ruso y su motor de aluminio habrían desafiado las capacidades y los recursos alemanes. La torreta de dos hombres disminuía la efectividad de la tripulación, que era todavía un punto fuerte alemán. En cualquier caso, los plazos que suponía eran una garantía casi segura de que, cuando las imitaciones alemanas llegaran al frente, el Ejército Rojo tendría otra generación más avanzada.

Aquello derivó en un nuevo proyecto: el Panther. Su diseño y reproducción absorbieron la mayor parte de 1942, y la entrega proyectada para mayo de 1943 fue tan solo de 250 unidades. Su 75 mm L/70 fue, desde el punto de vista balístico, el cañón más eficaz de la Segunda Guerra Mundial. Pero, aparte de los predecibles problemas iniciales, surgieron dos cuestiones fundamentales. Una era la protección. ¿Sería suficiente el blindaje frontal bien inclinado del Panther contra las armas que probablemente se emplearían contra él? Su blindaje lateral, por otra parte, no era mucho mejor que el de sus predecesores. El otro problema del Panther era el motor. El tanque pesaba cuarenta y cinco toneladas. Su Maybach HL230 ofrecía una relación potencia-  
peso de 15,5 caballos de fuerza por tonelada: lo suficientemente bajo como para tensar todo el sistema de transmisión y hacer que el aumentar el blindaje

resultase problemático. «No perfecto, pero es lo suficientemente bueno» fue el veredicto recibido durante la crisis de desarrollo del frente Oriental.

El contrapunto al Panther, el Panzer VI, más conocido como Tiger I, dejó su halo en toda la fuerza acorazada alemana. Incluso las experimentadas tropas británicas y estadounidenses eran propensas a ver Tiger detrás de cada seto y liderar cada contraataque. Ha habido al menos un centenar de libros en inglés, francés y alemán dedicados a los orígenes y el rendimiento del Tiger. El primer Tiger fue un regalo de cumpleaños para el Führer en abril de 1942. Se establecieron unas series iniciales de producción modestas, quince al mes en septiembre. Se esperaba que los rusos fueran derrotados cuando los nuevos tanques pudieran tomar el campo.

«El Tiger era todo músculo,<sup>54</sup> una bestia cubierta de losas por los laterales y tan sofisticada como un rodillazo en la ingle». Al incorporar componentes de varias empresas y varios proyectos de diseño, su coste de mantenimiento siempre era muy elevado. Eso no significa que no fuera fiable. «El Tiger era como una mujer», en palabras de un viejo experto. «Si la tratas bien, ella te tratará bien». El Tiger tampoco era una cita barata. El alcance con un depósito lleno era de tan solo 200 kilómetros. La velocidad estaba en el punto más bajo de lo adecuado por los estándares anteriores de panzer: unos veinte kilómetros por hora en carretera, la mitad de eso y menos campo a través. Pero lejos de ser una «furgoneta de muebles» (*Möbelwagen*) semi-móvil, el Tiger estaba destinado a operaciones ofensivas: explotación y avances. Su movilidad campo a través era tan buena como la de la mayoría de sus contemporáneos. Y con un cañón de 88 mm detrás de más de 100 mm de blindaje frontal, el Tiger podría superar en capacidad de fuego a cualquier cosa en el campo de batalla. Probado en pequeñas cantidades desde Leningrado hasta Túnez, a partir de agosto de 1942 el Panzer VI parecía ideal para las condiciones que se desarrollaban alrededor de Kursk, aunque solo podía ser desplegado en un número reducido —128 al comienzo de Ciudadela.

En cierto sentido, ese era el problema de Hitler: el tanque y la situación encajaban demasiado bien para sentirse cómodo. Ya el 18 de abril, el Führer preguntó si una alternativa preferible<sup>55</sup> podría ser hacer algo realmente inesperado y atacar la protuberancia relativamente vulnerable del saliente. En 1914, con la guerra a solo unas horas de distancia, el emperador alemán

Guillermo II reaccionó a un vago indicio de neutralidad francesa diciendo que ahora todo el ejército podría ser enviado al frente Oriental. Su jefe de Estado Mayor nunca se recuperó de la conmoción. Kurt Zeitzler tenía un sistema nervioso más fuerte. El tiempo perdido en mover las fuerzas, replicó, impondría un retraso inaceptable, sacrificaría las perspectivas de sorpresa y alentaría un ataque soviético mientras los alemanes se desplegaban de nuevo.

Hitler se calmó durante una semana. Luego recibió un desconcertante informe del general al mando del ejército responsable de la mitad norte de Ciudadela. Walther Model es mejor recordado como un táctico,<sup>56</sup> un especialista defensivo que apuntaló frentes rotos en los últimos años del Reich. Pero había demostrado su valía con los panzer, comandando una división y luego un cuerpo antes de ser asignado al Noveno Ejército del flanco derecho del Grupo de Ejércitos Centro en enero de 1942. Era también un experimentado oficial de Estado Mayor, y los detalles de la misión propuesta para su ejército no eran tranquilizadores. El plan permitía muy poco tiempo para la preparación. Tenía en muy poca consideración el sistema de defensa que los soviéticos estaban construyendo en la zona de ataque de Model. Se asignaban muy pocos hombres y tanques para respaldar la estimación original de Model de dos días para lograr un avance. A medida que aumentaban las pruebas que lo confirmaban, seis días parecían una cifra más razonable.

Hitler respetaba a este capitán de batalla duro y profano lo suficiente como para programar una reunión cara a cara<sup>57</sup> para el 27 de abril. Rechazó la sugerencia de Model de que una alternativa preferible era acortar la línea del Grupo de Ejércitos Centro y esperar un ataque soviético. Pero se vio impresionado por las ayudas visuales ofrecidas por Model: fotos aéreas que mostraban una telaraña de fortificaciones soviéticas y líneas de trincheras idénticas a las de la Primera Guerra Mundial. Respondió posponiendo el inicio de la ofensiva para el 5 de mayo y luego el 9 de mayo; y habló en privado con Zeitzler acerca de retrasarla de nuevo hasta mediados de junio.

En mayo, el Führer llevó sus preocupaciones a una conferencia en Múnich.<sup>58</sup> La reunión clave fue el 4 de mayo; los principales participantes fueron Zeitzler, Manstein, Kluge y Guderian, además del jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, Hans Jeschonnek. Hitler comenzó explicando en un detallado discurso de casi una hora sus razones para posponer el ataque, esencialmente

las mismas ofrecidas por el ausente Model. Cuando se le pidió que respondiera, Manstein reiteró la necesidad de un éxito temprano en el este, y señaló que, para junio, habrían mejorado significativamente las capacidades generales del Ejército Rojo para montar sus propias ofensivas. En lugar de perder tiempo reforzando los blindados, Manstein pidió más infantería —por lo menos dos divisiones— para facilitar la fractura de las defensas del Ejército Rojo. Hitler respondió que no había infantería disponible; los tanques tendrían que compensar esta carencia.

Kluge fue el siguiente, y se mostró decididamente en contra del aplazamiento. Aseguró que Model exageraba el poderío ruso y advirtió que el retraso de Ciudadela aumentaba el riesgo de un ataque soviético mayor en otro lugar del frente de su grupo de ejércitos. Hitler lo calló al responder que él, y no Model, era allí el pesimista. Guderian se apresuró a pedir permiso para hablar. Describió la operación de Kursk como inútil. Supondría unas pérdidas de blindados que el Reich no podía permitirse ni reemplazar. Y si se esperaba que los Panthers marcaran la diferencia, recordaba que todavía sufrían problemas de tracción y no se debía contar con ellos. Guderian concluyó recomendando que, si se autorizaba seguir adelante con Ciudadela, los blindados deberían reunirse en un lugar del frente para alcanzar una superioridad total, es decir, para crear un punto decisivo, el *Schwerpunkt* que había sido un rasgo distintivo de la planificación alemana durante un siglo. Jeschonnek estuvo de acuerdo, además de mencionar que la Luftwaffe no tenía ninguna posibilidad de igualar en fuerza la concentración de las Fuerzas Aéreas Rojas si continuaban los retrasos.

Para ese momento, Hitler tenía un enfoque bien desarrollado para tratar con los altos oficiales<sup>59</sup> que le disgustaban y de los que no se fiaba. Estructuraba las conferencias en torno a su notable capacidad de memoria para el detalle, apoyada por la información proporcionada directamente por su Estado Mayor. Si no conseguía alcanzar su objetivo ahogándolos en las estadísticas, insistía en que las decisiones se tomaban mejor de manera espontánea: el instinto procesaba los datos con mayor fiabilidad que el cálculo. De un modo casi desconcertante, ninguno de estos comportamientos se mostró de manera evidentemente particular el 4 de mayo. En cambio, Hitler parecía sopesar los acontecimientos y equilibrar las perspectivas.

La posición del Eje en Túnez se desmoronaba a una velocidad inesperada. La resistencia formal terminó el 13 de mayo. Durante los diez días anteriores, un número creciente de alemanes e italianos se dirigieron a los campamentos de prisioneros de guerra. La cifra final fue casi de un cuarto de millón, peor que Stalingrado, sin ni siquiera la posibilidad de dar un giro a la catástrofe mediante una última resistencia heroica.

Hitler se veía luchando obsesivamente contra el tiempo. En contraste con el radicalismo basado en el marxismo, que en última instancia se entendía que estaba en el bando de la Historia, el reloj de Hitler estaba siempre a las 23.55 de la medianoche. Eso, a su vez, reflejaba el creciente sentido de Hitler de su propia mortalidad, combinada con la paradoja auto-cumplida de que el papel autodefinido de Hitler no tenía lugar para un verdadero sucesor. Pero podría decirse que su compulsión reflexiva a la acción se vio, en este caso, equilibrada por las fotografías de Model. La identidad de Hitler también se había moldeado mediante sus experiencias como veterano de combate de la Gran Guerra, un *Frontschwein*, «cerdo del frente», que entendía la batalla de una forma diferente a la de los grandes caballeros del Estado Mayor. Y lo que había visto —estudiado, de hecho, con una lupa— recordaba demasiado a un frente Occidental que, en última instancia, había impedido los esfuerzos alemanes de realizar un gran avance.

La inacción no era una opción. Y tampoco lo era un segundo fracaso. En la segunda mitad de mayo, los pensamientos de Hitler —y, lo que es más importante, sus sentimientos— se volvieron hacia los nuevos tanques a medida que veía cada vez más la superioridad tecnológica como la clave para derrotar a unos enemigos empeñados en una guerra masificada. Además, desde 1940 los tanques habían sido el arma decisiva de Alemania, desafiando y superando el espacio, el tiempo y los números en cada situación imaginable; esta vez lo harían de nuevo.

La reunión del 4 de mayo no ofreció una decisión definitiva. Pero el 5 de mayo se aplazó la fecha de Ciudadela hasta el 12 de junio. Cuando Guderian advirtió una vez más que los Panthers no podrían estar listos para el combate en cinco o seis semanas, Hitler abandonó su inicial sentimiento de urgencia, hizo caso omiso del énfasis de sus comandantes de campo en las prisas, y pospuso la operación<sup>60</sup> hasta principios de julio.

Mientras el Führer se retrasaba, los soldados se movían. En el sector de Model, el XX Cuerpo, con cuatro divisiones de infantería, mantendría firme el flanco derecho del Noveno Ejército. Luego llegó el XLVI Cuerpo Panzer. Tenía solo unos cuantos tanques bajo su mando, pero sus cuatro divisiones de infantería eran tan buenas como cualquiera en Rusia y se esperaba que lucharan adentrándose con la suficiente profundidad en las defensas rusas como para retirar sus reservas del *Schwerpunkt* de Model. Eso lo proporcionó el XLVII Cuerpo Panzer: tres divisiones blindadas y otra buena división de infantería, comandadas por el teniente general Joachim Lemelsen, que había dirigido tropas móviles desde 1938 y no tenía ilusiones sobre lo que se esperaba que hiciera. Junto a Lemelsen había otro Cuerpo Panzer: el XLI de Josef Harpe. Con la 18ª División Panzer, dos divisiones de infantería y varios batallones de vehículos blindados pesados, el cuerpo de Harpe era el hombro izquierdo de Lemelsen, para cubrir su avance y desarrollar su éxito. El XXIII Cuerpo, que concluía el sector de Model hacia el este, recibió el encargo de montar un ataque secundario hacia la ciudad de Maloarkhangelsk. Tenía dos divisiones de infantería y una «división de asalto» única en su especie, una formación experimental cuyo fuerte componente de cañones antitanque haría posible que el cuerpo conservara cualquier posición capturada. En reserva se encontraban tres divisiones móviles, dos panzer y una de granaderos panzer (infantería motorizada con algunos camiones semioruga). Estas estaban bajo el control de Kluge, no de Model, y se enviarían solo cuando estuviera asegurado el avance.

Así pues, Model comandaba en total unos 335.000 hombres, seiscientos tanques y trescientos cañones de asalto. Estos últimos eran chasis de tanques con cañones instalados en el casco. Su mayor calibre compensaba su limitado giro comparado con sus homólogos con torretas. No había Panthers, y un único batallón Tiger se uniría al cuerpo de Lemelsen sólo al comienzo del ataque. Como compensación, Model recibió dos batallones de Ferdinands: cañones de asalto de 88 milímetros contruidos sobre el chasis de un diseño de Tiger desechado para la producción. A menudo rechazados por los críticos debido a su volumen y porque carecían de ametralladoras para la defensa cercana, los Ferdinands no recibieron ninguna crítica por parte de sus tripulaciones ni de la

infantería, que daba la bienvenida a sus grandes cañones como asesinos de tanques y destructores de búnkeres.

El Segundo Ejército sostenía la protuberancia del saliente. Con siete divisiones de infantería de fuerza reducida y menos de cien mil hombres, no se le asignó ningún papel en Ciudadela más allá de mantener el vínculo entre el Noveno Ejército y el Grupo de Ejércitos Sur —que estaba configurado para hacer el trabajo más duro—. El despliegue de Model reflejó lo que se esperaba: una colisión directa de hombres y tanques, con los alemanes abriéndose paso por lo general a través de las defensas rusas. El Cuarto Ejército Panzer de Hermann Hoth tenía que realizar una *trifecta*: romper, atravesar y salir por la retaguardia del saliente.

Para conseguirlo, Hoth disponía casi de un cuarto de millón de hombres, incluyendo algunas de las mejores tropas del ejército alemán. Hoth formó su *Schwerpunkt* asignando la mitad izquierda de su sector al LII Cuerpo y sus tres divisiones de infantería. En el centro, el XLVIII Cuerpo Panzer tenía una división de infantería como criada de todo el trabajo, dos divisiones panzer, y la división de élite Grossdeutschland<sup>61</sup> (GD). Denominada como división de granaderos panzer o como división de infantería mecanizada, la Grossdeutschland se configuró como una división panzer completa y estaba a la cabeza de la lista de la Wehrmacht para reemplazos y equipos. El cuerpo también incluía una brigada de tanques independiente con no menos de doscientos Panther a estrenar, ofreciendo un total de alrededor de seiscientos vehículos acorazados de combate. Junto al XLVIII Cuerpo Panzer, era, posiblemente, un instrumento de guerra aún más formidable. El Cuerpo Panzer SS<sup>62</sup> tenía tres divisiones: 1ª Leibstandarte, 2ª Das Reich y 4ª Totenkopf: lo mejor de la inmundicia en las ya metastatizadas Waffen SS de Himmler. Habían peleado por separado hasta que se reunieron para la contraofensiva de Manstein a principios de 1942, y se ganaron una reputación como guerreros que nunca daban cuartel y que solo lo hacían cuando era conveniente. Denominadas divisiones de granaderos panzer, eran formaciones panzer en todo menos el nombre: el cuerpo tenía alrededor de quinientos tanques y cañones de asalto, incluyendo cuarenta y dos Tiger, y cada división tenía seis batallones de granaderos panzer —dos más que sus homólogos del ejército.



Ni Otto von Knobelsdorff del XLVIII Cuerpo Panzer, ni Paul Hausser del SS Cuerpo Panzer —el título oficial del cuerpo se cambió a II Cuerpo Panzer SS en junio, pero el título original se mantuvo en uso común durante Ciudadela— destacaban particularmente como tácticos entre los altos oficiales panzer. El dicho británico «buenos cocineros sencillos» no es aquí una condena con un elogio débil. Pero ambos tenían una reputación como generales de soldados con las condecoraciones para demostrarlo, y Ciudadela no parecía la clase de batalla que ofrecería muchas oportunidades para la finura. Si se requería esa cualidad, Hoth tenía una amplia oferta de la misma.<sup>63</sup> En la primavera de 1943, era el más experimentado y, en opinión de muchos, el mejor comandante militar de las fuerzas móviles del ejército alemán. Había dirigido un Cuerpo y un Grupo Panzer en 1940-1941, había sobrevivido a la purga de Hitler en el invierno de 1941-1942, y asumido el mando del Cuarto Ejército Panzer en junio de 1942, llevándolo hasta Stalingrado y más allá en una serie de ejecuciones virtuosas que impresionaron incluso a Manstein. Y, por todo ello, sus hombres lo llamaban «Papá» (Vati). Mucho dependía de él. Hermann Hoth esperaba no defraudar.

El Destacamento de Ejército Kempf se encontraba a la derecha de Hoth. Esta era una formación *ad hoc* superior a un cuerpo pero inferior a un ejército. Tenía nueve divisiones a principios de julio, tres de ellas panzer encuadradas en el III Cuerpo Panzer comandado por otro «recién llegado», Hermann Breith. Werner Kempf era el hombre adecuado para supervisar el debut de Breith en el alto mando. Había dirigido una brigada, una división y un cuerpo lo suficientemente bien como para ser promovido a la fuerza que llevaba su nombre a principios de 1943. Manstein confiaba en él: una recomendación tan buena como cualquier hombre de tanques pudiera desear. El destacamento de Kempf fue originalmente pensado como una fuerza de bloqueo, pero su papel creció cuando se hizo evidente que las defensas en su frente podrían ser un poco menos importantes que las que enfrentaban a Model y Hoth. El cuerpo de Breith agregó una división de infantería, y luego un batallón de Tiger, a su fuerza original de más de trescientos vehículos blindados de combate —una fuerza de ataque formidable por derecho propio, capaz de crear oportunidades así como de explotarlas.

El Grupo de Ejércitos Sur también tenía reservas: una división del ejército panzer y la 5ª División Wiking de Granaderos Panzer SS. Pero con solo alrededor de un centenar de tanques entre ambas, parecían más una pistola de cañones recortados que un potente revólver: más capaces de restablecer posiciones o explotar situaciones que de invertir la marea de la batalla por sí mismas. Venían, además, con una restricción.<sup>64</sup> El Alto Mando del Ejército tenía que aprobar su envío, una garantía virtual de retraso y distracción en condiciones que exigían la total concentración de Manstein.

Para este momento, resultaba más o menos irrelevante a qué «ola» pertenecía cada división de infantería alemana. Las asignadas a encabezar la ofensiva contaban, por lo general, con sólidos cuadros de veteranos y tantos reemplazos y tantos equipos nuevos como los ya estirados escalafones traseros pudieran proporcionar. Hasta mediados de mayo, menos de cuatrocientos reclutas y convalecientes<sup>65</sup> se habían incorporado como promedio a las divisiones de Model. Entrarían en acción hasta un 20 por ciento por debajo de su fuerza, un nivel aún mayor en las compañías de fusileros. La formación era otro problema. Atacar los tipos de posiciones que se multiplicaban en el saliente Kursk era un arte especializado, y los comandantes de campo estaban dispuestos a cambiar los repetidos retrasos de la ofensiva por una oportunidad de mejorar la formación y aumentar el poder de fuego, dando a sus hombres una mejor oportunidad en la lucha cuerpo a cuerpo que se esperaba.

Las tropas móviles no estaban menos cansadas. Al final de los combates de invierno, las dieciocho divisiones panzer en el este se habían reducido a alrededor de seiscientos tanques. Los batallones «motorizados» se movían a pie y en carro. Friedrich von Mellenthin, jefe de Estado Mayor del XLVIII Cuerpo Panzer, ampliamente aceptado en los años de posguerra como una autoridad suprema en operaciones móviles, declaró que las «endurecidas y experimentadas» divisiones panzer estaban listas para otra batalla<sup>66</sup> tan pronto como se secase el suelo. Pero Mellenthin era oficial de Estado Mayor: un poco alejado del extremo más afilado. El 21 de marzo, Hoth informó a Manstein que los hombres que habían estado luchando día y noche durante meses esperaban una oportunidad para descansar. Incluso los duros y enérgicos comandantes de regimiento y división tuvieron que empujar en lugar de liderar a sus hombres debido a la apatía generalizada.

Tanto los oficiales de Estado Mayor como los oficiales sobre el terreno eran abiertamente críticos por igual respecto a los repetidos aplazamientos de Ciudadela. Pero retrasar el ataque proporcionó el espacio para tomar aliento, la *Verschnaudpause*, que tanto necesitaban los alemanes. Le dio a los recién llegados la oportunidad de agitarse y a las viejas manos una oportunidad para relajarse. Gerd Schmückle, que pondría fin a una larga carrera llena de altibajos como comandante adjunto de la OTAN en Europa, era en 1943 un oficial subalterno en una división panzer. Sus memorias recuerdan nostálgicamente las elaboradas cenas al aire libre, los amistosos campesinos rusos, las visitas a la ópera de Kharkov —y una bailarina en particular—.<sup>67</sup> Había incluso tiempo para hacer una demostración para una delegación de oficiales turcos: recién afeitados, uniformes limpios, y todas las medallas expuestas, con una cámara a mano para grabar un Tiger en marcha para los noticieros del Reich.

El telón de fondo para todo esto fue una acumulación como pocos habían experimentado. Las reacciones, incluso entre los cínicos y los gruñones, se parecían extrañamente a las habituales entre la Fuerza Expedicionaria Británica en las semanas previas a la batalla del Somme en 1916. ¡Esta vez, había demasiado de todo para que algo saliera realmente mal!

## II

Irónicamente, los rusos estaban llegando a la misma conclusión. Las victorias soviéticas en Stalingrado y el Cáucaso no habían sido casos aislados.<sup>68</sup> El 18 de enero, el Ejército Rojo había abierto un pasillo hacia la sitiada ciudad de Leningrado. Las acciones a pequeña escala en el sector central también habían favorecido a los soviéticos. Al evaluar los resultados, Stalin consideró anómalo el éxito del contraataque post-Stalingrado de Manstein. Creía que las fuerzas soviéticas podían pasar directamente a la ofensiva y ganar de manera decisiva. En consecuencia, el alto mando soviético planeó inicialmente una gran ofensiva: una batalla profunda, iniciada mediante ataques secuenciales en un frente que se extendía desde el norte de Smolensk hasta el Mar Negro, seguida de una explotación mecanizada en todo el teatro de operaciones.

Pero el precio del reciente éxito soviético había sido superior. Los alemanes, en contra de las expectativas, habían logrado otra recuperación notable. Stalin podría cultivar una imagen como Vozhd, líder supremo, fuente de toda sabiduría y autoridad. Puede que hubiera sido capaz de infundir un miedo mortal entre los más altos generales y funcionarios del partido. Pero había aprendido los riesgos de dejarse aconsejar de inmediato por su propia confianza. Como señaló el jefe de Estado Mayor Vasilevsky, Stalingrado, en particular, añadió una dimensión operacional al pensamiento de su jefe. En una Orden del Día publicada en febrero, Stalin reconocía la derrota reciente del ejército alemán, pero señalaba que no había razón para suponer que no pudiera recuperarse: «Sería estúpido imaginar que los alemanes abandonarían un solo kilómetro de nuestro país sin pelear».

Igual que muchos soldados rasos del Ejército Rojo, Stalin comprendía, de manera visceral aunque no siempre intelectual, que la larga retirada durante el verano de 1942 no podía repetirse, cualesquiera que fueran las ventajas de seguir desbordando a los invasores. Para fines prácticos, no había ningún lugar a donde ir. Stalin comprendía también, aunque a regañadientes, que los tipos de ofensivas estratégicas que el Ejército Rojo había llevado a cabo desde el invierno de 1941 acababan convirtiéndose en ataques mal coordinados, sistemáticamente mal administrados y terriblemente costosos, sin importar cuán pesada pudiera caer la mano de Stalin sobre los generales responsables.

En caso de que fuese necesario un recordatorio, el aún incompleto alivio de Leningrado<sup>69</sup> era un relato deprimente de las operaciones que dependían principalmente de la masa impelida por la crueldad y la brutalidad, avanzando unos cuantos kilómetros, y luego paralizándose tanto por las fricciones internas como por cualquier esfuerzo alemán. Comandantes y formaciones por igual mostraban una repetida y flagrante ineptitud en el reconocimiento, las comunicaciones y las operaciones combinadas.

Una de las mayores ventajas de la Unión Soviética hasta ese momento había sido la capacidad de renovar sus fuerzas hasta un grado imposible para la desbordada Wehrmacht. Pero incluso los recursos de Rusia, humanos y materiales, no eran infinitos. Una evidencia significativa indica que Stalin consideró seriamente las perspectivas de una paz por separado con Hitler, o

con un gobierno sucesor dispuesto a responder. Los contactos de tanteo entre las respectivas diplomacias,<sup>70</sup> la mayoría de ellos indirectos, comenzaron en Suecia durante la primavera de 1943 y continuaron durante la mayor parte del año. Alemania había concertado un acuerdo con la Unión Soviética en 1939, y la URSS había demostrado más allá de cualquier duda que podía defenderse esencialmente con sus propios recursos. Una paz por separado, aunque fuera temporal, proporcionaría tiempo para la recuperación. El segundo frente tanto tiempo prometido por los Aliados occidentales todavía consistía en promesas y sustitutos. La posibilidad convenientemente filtrada de poner fin a la lucha podría impulsar a Gran Bretaña y Estados Unidos a intensificar el ritmo de sus operaciones. Y si las potencias capitalistas continuaban su guerra unas con otras, eso también sería para la URSS una ventaja a largo plazo.

Esta perspectiva no produjo resultados, pero, mientras se representaba el teatro diplomático, los acontecimientos militares comenzaron a centrar la atención de Stalin en otro lugar. El 16 de marzo, Stalin envió a Zhukov desde Leningrado,<sup>71</sup> donde había sido destinado para organizar una operación que liberase la ciudad para siempre, para que restaurara la situación en Kharkov. Era demasiado tarde para eso, pero la transferencia puso a Zhukov en el sitio mientras las patrullas terrestres y el reconocimiento aéreo, la información proporcionada por partisanos y desertores, informaba sobre una rápida y creciente acumulación en el sector de Kursk. A principios de abril, Zhukov estaba seguro de las intenciones del enemigo, así como de sus capacidades.

Rudolf Roessler, un comunista alemán que se había trasladado a Suiza, había estado dirigiendo un círculo de espionaje<sup>72</sup> que supuestamente poseía contactos de alto nivel dentro de la Wehrmacht. La naturaleza exacta de la relación del círculo «Lucy» con esos contactos, y con la inteligencia militar suiza, sigue siendo oscura. Pero Lucy había ganado su credibilidad durante 1942, transmitiendo repetidamente información exacta y procesable sobre la ofensiva alemana de la operación Azul. Puesto temporalmente fuera de servicio durante la operación de Kharkov cuando Manstein limitó su conexión electrónica con Hitler, en marzo Roessler pudo transmitir una cantidad creciente de datos crudos tanto sobre los planes alemanes para una ofensiva en Kursk como sobre el nuevo material que planeaban desplegar.

La inteligencia británica transmitió a través de la Misión Militar en Moscú una información similar, describiendo un proyectado ataque en mayo contra el saliente de Kursk. La información se había obtenido como parte de la operación Ultra, el golpe de inteligencia basado en descifrar los códigos de la «inquebrantable» máquina de cifrado Enigma. Ultra fue el as en la manga de Gran Bretaña: la última ventaja estratégica retenida por un imperio extenuado y llevado hasta el límite de sus posibilidades. Su paradoja era que su valor dependía del secreto. Si los alemanes llegaban a sospechar siquiera que Enigma estaba comprometido y reconfiguraban fundamentalmente su sistema de comunicación electrónica, Ultra no tendría ningún valor.

Puede que la cooperación de inteligencia anglo-americana fuera una relación necesaria, pero también era una colaboración cautelosa. Los británicos estaban tan decididos como cualquier estríper a asegurarse la reciprocidad a cambio de lo que revelasen. Esa actitud gobernaba también sus relaciones con la URSS. El 12 de junio de 1941, se le presentó al embajador soviético en Londres información detallada no solo sobre el proyectado ataque alemán, sino también sobre su fecha precisa de inicio. La inteligencia británica envió una información similar a través de un agente doble, el jefe adjunto de la red de espionaje soviética en Suiza. La esperanza subyacente era frustrar los planes de Hitler y, en el proceso, mejorar las relaciones en aquel momento bastante distantes con la URSS. Pero Stalin no hizo caso de la información, igual que ocurrió con la mayor parte de «Información Muy Especial» puesta posteriormente a disposición de Moscú tras camuflarse cuidadosamente su procedencia. En principio, Stalin sospechaba de cualquier material clandestino que procediera de Occidente. El secreto obsesivo generalizado provocado por el sistema de policía secreta soviético mantenía la información estrechamente compartimentada y fuertemente envuelta, restringiendo el desarrollo de canales alternativos que podrían haber compensado la negativa de Stalin a compartir. Así que los británicos cerraron los grifos hasta que Churchill, reconociendo la importancia de mantener a Rusia en la guerra, ordenó el envío del material de Kursk, aunque con sus fuentes camufladas.

Las dudas de Stalin se superaron porque los datos no solo fueron confirmados, sino mejorados, por un agente soviético dentro del propio proyecto Ultra. John Cairncross era el «quinto hombre» en el círculo de espías

de Cambridge, cuyos traidores, situados en puestos elevados, alimentaron a la inteligencia soviética desde la guerra mundial a la guerra fría. Asignado a Ultra a mediados de 1942, Cairncross entregaba a sus contactos decodificaciones semanales del mismo material que estaba procesando Ultra. Este era el tipo de información de múltiples fuentes que a Stalin le parecía difícil de resistir.

Zhukov estaba en otra categoría de credibilidad. No solo era un comandante de campo, sino un «apagafuegos» de la Stavka, enviado de crisis en crisis con poderes casi plenipotenciarios: «La justicia suprema, la media y la baja», disciplinar, despedir o ejecutar según se considerara necesario. Zhukov, en aquel momento principal solucionador de problemas de Stalin, impresionó al propio Vozhd con su crueldad. Así que, cuando el 8 de abril envió un mensaje<sup>73</sup> prediciendo que el final de la *rasputitsa* sería seguido por una gran ofensiva alemana contra el saliente de Kursk como primera etapa de un nuevo impulso hacia Moscú, Stalin no se mostró propenso a descartarlo como derrotismo. La acción recomendada de Zhukov fue una historia diferente. Prevenir el ataque alemán, argumentó, significaba invitar a una repetición de la reciente derrota de Kharkov. En su lugar, proponía reforzar el saliente con cada hombre y cañón disponibles, no darse por enterados, excavar y desplegar importantes fuerzas blindadas fuera de la zona inmediata de operaciones. Desgastar a los alemanes, desgastar sus tanques, y luego pasar a un contraataque como parte de una contraofensiva a gran escala que pusiera punto final a la guerra. Vasilevsky, que estaba al lado de Stalin cuando el despacho salió del teletipo, respaldó plenamente las recomendaciones de su colega y el razonamiento que había detrás de las mismas. Stalin no estaba tan seguro. Veía el saliente de Kursk como un trampolín y propuso utilizar los dos frentes que lo ocupaban en un ataque preventivo hacia Kharkov y en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro alemán. Convocó una reunión de alto nivel.

La tarde del 12 de abril, Zhukov y Vasilevsky entraron en el despacho de Stalin,<sup>74</sup> su «sala de poder», cuya disposición y mobiliario estaban configurados para intimidar a cualquiera que no se sintiera ya previamente intimidado y para silenciar a cualquiera que no estuviera inflexiblemente convencido de su postura. Esta vez, según Zhukov, Stalin escuchó «más atento que nunca» cuando Zhukov le presentó sus argumentos. Los alemanes se

enfrentaban a una sombría paradoja. Puesto que la guerra móvil era su mejor multiplicador de fuerza, las pérdidas cada vez más insustituibles sufridas en el invierno de 1942 les obligaban a atacar. Dado que sus reservas eran tan limitadas, el ataque podría llevarse a cabo solo en un sector limitado del frente. Y un estudio superficial del mapa de situación mostraba que las formaciones armadas y motorizadas alemanas se estaban concentrando alrededor del saliente de Kursk.

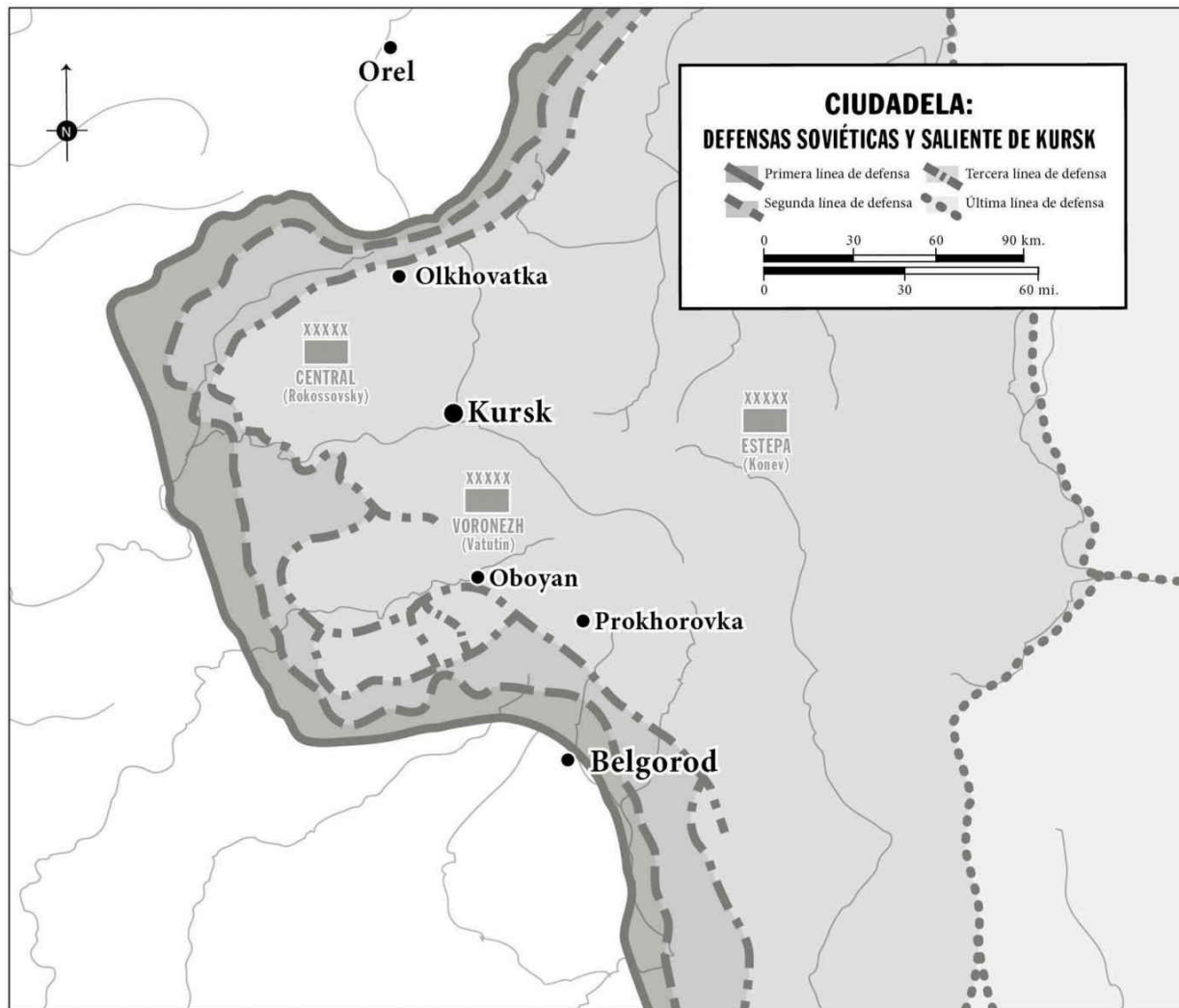
En consecuencia, una ofensiva soviética, tanto si se trataba de una operación general o de un ataque preventivo más localizado, no tenía ningún sentido estratégico u operativo. Los alemanes todavía tenían una ventaja decisiva en las batallas de encuentro, y el tipo de concentración que tenía lugar alrededor de Kursk solo aumentaba esa ventaja. Puede que la memoria oficial hubiera borrado Rzhev, pero Zhukov no lo había olvidado. Tampoco Stalin. Sin embargo, el líder soviético tardó dos meses antes de comprometerse definitivamente a adoptar una posición defensiva en Kursk y agotar a las fuerzas móviles alemanas como primera etapa de una ofensiva estratégica masiva. Aquello no era mera terquedad. Zhukov, Vasilevsky y los altos comandantes sobre el terreno confiaban en que el Ejército Rojo podría resistir a los alemanes y machacarlos en el saliente de Kursk. Stalin era menos optimista. A medida que los repetidos retrasos alemanes forzaban al límite su ecuanimidad y buena voluntad —y no andaba sobrado de ninguna de las dos— desarrolló dos enfoques simultáneos.

Uno de ellos consistía en crear una reserva regional masiva bajo el mando de la Stavka. Este frente de la Estepa se construiría en julio con hasta cinco ejércitos de fusileros, el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia, tres cuerpos mecanizados y de tanques independientes, y un ejército aéreo: casi seiscientos mil hombres y más de mil seiscientos vehículos de combate blindados, desplegados en un semicírculo de mutuo apoyo alrededor del saliente como barrera contra una irrupción alemana. El frente de la Estepa también fue concebido como el músculo detrás de un posible contraataque, no en el sector de Kursk, sino al norte del mismo, alrededor de Orel. Los alemanes eran más débiles y probablemente se centrarían en los acontecimientos de Kursk. La ofensiva, complementada por ataques de distracción menores en otras partes del teatro de operaciones sur, obligaría a



los alemanes a trasladar las formaciones móviles de Kursk y acabaría creando una sobrecarga táctica que permitiría la ruptura operacional y la explotación estratégica.

Como póliza de seguro definitiva, Stalin insistió en transformar Kursk en el sistema defensivo a gran escala más formidable<sup>75</sup> de la historia de la guerra. Como casi todas las iniciativas de Stalin en la segunda mitad de la guerra, la política tenía una agenda obvia y escondida. Fue diseñado para transformar Kursk en un matadero. También fue concebido para llamar la atención de los alemanes. Resultaba imposible ocultar por completo los elaborados trabajos de construcción y los amplios movimientos de hombres y equipos en un área relativamente pequeña. Así que, tomando prestada una vez más la metáfora del teatro burlesco, el objeto era mantener la mirada puesta sobre los lugares equivocados. Que los alemanes pensaran que su oponente se había comprometido en una batalla defensiva. Que concentrasen su inteligencia, su reconocimiento y su planificación en el saliente de Kursk. Su sorpresa, como la de un cliente decepcionado, vendría cuando el Ejército Rojo irrumpiera atravesando la cortina lateral mientras el baile continuaba en el escenario.



La transformación del saliente en una fortaleza comenzó a mediados de abril. Las primeras conversaciones sobre la evacuación de civiles fueron anuladas por las autoridades militares, que dijeron que eso tendría un efecto adverso en la moral de las tropas y en la oferta de mano de obra. Para junio, más de trescientos mil civiles, la mayoría mujeres, trabajaban en carreteras, puentes y aeródromos en la retaguardia del saliente. La construcción en la vanguardia era responsabilidad de los soldados —doscientas cincuenta compañías de ingenieros, apoyadas por todos los hombres que la infantería pudiera reservar en un día concreto—. El sistema defensivo se configuró como una combinación laberíntica de sectores defensivos del batallón, zanjas antitanque y puntos fuertes, nidos de ametralladoras, alambre de púas, campos

de minas, barricadas y obstáculos cuyo emplazamiento parecía a veces dispuesto casi al azar.

Cada ejército de fusileros de primera línea tenía una zona delantera, una segunda línea y una línea defensiva del ejército, además de una alambrada de puestos avanzados y pequeños puntos fuertes diseñados para frustrar el reconocimiento del terreno por parte de los alemanes antes del ataque y obligarles a realizar el despliegue inicial una vez iniciada la ofensiva. Solamente las zonas delanteras del saliente incluían trescientos cincuenta batallones, entre dos y tres regimientos de fusileros, redes de trincheras, de blocaos y de búnkeres que se apoyaban mutuamente. Había hasta seis zonas defensivas sucesivas, cada una con dos o tres capas. Las dos primeras zonas estaban completamente ocupadas, las medias estaban ocupadas por unidades en reserva y las dos últimas estaban vacías, como posiciones de repliegue o para ser ocupadas por refuerzos. Estas zonas se extendían hasta ochenta kilómetros en la retaguardia del saliente. Y detrás de ellas había otras dos posiciones construidas por el frente de la Estepa, que ampliaban la zona de las operaciones defensivas hasta aproximadamente 320 kilómetros, un récord no igualado en la historia de la guerra, y que probablemente permanecerá imbatido.

Otras estadísticas no son menos abrumadoras. En su versión final, las defensas absorbían casi un millón de hombres. Estaban apoyadas por casi veinte mil cañones y morteros, trescientos lanzacohetes y tres mil trescientos tanques. Los ingenieros supervisaron el encordado de más de 800 kilómetros de alambre de espino y la colocación de alrededor de 640.000 minas. Había tantos campos de minas, cuya disposición camuflada estaba a menudo tan solapada, que en las zonas de la retaguardia soviética fue necesario colocar centinelas y señales de advertencia para proteger a hombres y vehículos despitados. Los campos de minas promediaban más de dos mil cuatrocientas minas antitanque y dos mil setecientas minas antipersona por kilómetro y medio, aproximadamente una mina cada treinta centímetros. Muchas eran «minas de caja» con revestimiento de madera, sustituta del escaso acero. Por regla general, su fuerza explosiva era demasiado difusa para destruir los tanques, pero seguían siendo eficaces contra las orugas y la suspensión. También tenían la ventaja de ser indetectables por los equipos de limpieza de

minas estándar. Limpiar un campo así con demasiada frecuencia significaba pinchar el suelo con bayonetas. Como elemento de disuasión para los posibles héroes, los campos de minas también incluían dispositivos improvisados de lanzallamas basados en una mina ligada a varias bombas de gasolina.

Los campos minados estaban dispuestos para «animar» a los panzer a entrar en mataderos antitanque. Estos eran el dominio de los PTOPs, *protivtankovye opornye punkte*, puntos fuertes antitanque. Situados en forma de tablero de ajedrez, por lo general a ochocientos metros de distancia y en zonas de hasta ocho kilómetros de profundidad, incluían infantería e ingenieros encargados de usar los explosivos transportados a mano para acabar con los tanques dañados. Pero su núcleo era el cañón de 76 mm. Esta pieza de alta velocidad y trayectoria plana era tanto el cañón de campaña ligero estándar del ejército como una formidable arma antitanque, capaz de penetrar el blindaje frontal de cualquier vehículo acorazado que los alemanes hubieran desplegado hasta la fecha. Algunos puntos fuertes incluían también versiones autopropulsadas de los 76, piezas de artillería con obuses de hasta 152 mm y posiciones preparadas para los tanques T-34. Las armas pesadas estaban apoyadas por un gran número de fusiles antitanque y cañones ligeros de 45 mm. Ambos estaban obsoletos desde hacía tiempo. Ambos eran más útiles a corta distancia. Ambos fueron la prueba del compromiso de la Stavka con un combate final en la estepa.

En estas posiciones abarrotadas de vehículos no había espacio para eliminar los cañones. A fin de mejorar la ocultación y dejar claro que la retirada no era una opción, a veces se eliminaron las ruedas de los cañones. Para maximizar las ventajas de las posiciones fijas, las tripulaciones fueron entrenadas y ordenadas para mantener su fuego hasta distancia de quemarropa. Los ingenieros dedicaron toda su considerable habilidad en el camuflaje para ocultar los atrincheramientos. Su éxito se observa en las fotos aéreas alemanas tomadas antes y durante la batalla que muestran kilómetros de territorio solo con limitadas señales de vida. Una vez expuestos, los puntos fuertes podrían solicitar apoyo de cualquier cañón y lanzacohetes dentro de su alcance, que era la mayoría de ellos. Pero al final, los puntos fuertes antitanque eran prescindibles. La consigna de sus guarniciones era «resistir o morir». «Resistir y morir» iba a resultar igualmente apropiado.

Las defensas estáticas se coordinaron con las reservas móviles antitanque y acorazadas. Las primeras abarcaban desde unos pocos cañones y algunos fusiles antitanque a nivel regimental hasta un batallón antitanque completo, construido alrededor de una docena de cañones de 76 mm, para un cuerpo de ejército. Las unidades de infantería de vanguardia también podían contar con el apoyo directo de los tanques: una compañía para un batallón, un regimiento o una brigada para una división. La dispersión de los blindados iba en contra de la doctrina y la experiencia soviéticas. Pero los tanquistas también eran prescindibles: había que hacer el mayor daño posible para evitar que las rupturas alemanas se convirtiesen en avances.

Kursk se proyectó como una batalla dirigida, un ejercicio científico. Para ello, la red de comunicaciones se desarrolló con un cuidado y una precisión sin precedentes. Las radios, teléfonos y mensajeros se coordinaban para complementarse. Los puestos de mando incluso en los regimientos y batallones se convirtieron en centros electrónicos. Los cables fijos fueron enterrados profundamente y duplicados, a veces triplicados, en sectores críticos. Esta vez, no se aceptarían excusas basadas en algún fallo a la hora de recibir las órdenes.

Este laberinto defensivo emergente se diseñó para funcionar en tres etapas. La infantería alemana, argumentaba Zhukov, parecía menos capaz de cumplir operaciones ofensivas que en 1942. Como estaban desgastadas, las fuerzas acorazadas alemanas tendrían que confiar en su infantería divisionaria para abrir el camino y asegurar la retaguardia. Eso tendría el efecto de separar tanques e infantería, rompiendo la cohesión de armas combinadas de la que dependía la táctica alemana. Y cuando los tanques, cada vez más aislados, jugaran su familiar baza y maniobraran en busca de puntos débiles, encontrarían que no existía ninguno, al menos ninguno que los desgastados panzer pudieran explotar.

El engaño, la *maskirovka* en la que el Ejército Rojo había llegado a alcanzar la excelencia, se empleaba ampliamente para ocultar detalles. Aeródromos simulados, centros de comunicaciones ficticios y falsas posiciones de los cañones saturaron el saliente. El movimiento a la luz del día se mantuvo al mínimo. Los aviones volaban hacia las bases de vanguardia al crepúsculo, rozando el suelo. Las unidades de suministros y mantenimiento de

la retaguardia estaban situadas en los estrechos valles y gargantas que salpicaban lo que parecían ser las praderas abiertas de la estepa. En 1914 y de nuevo en 1941, la seguridad de las comunicaciones en Rusia había sido a menudo un oxímoron. En Kursk, la seguridad de la radio se mantuvo rigurosamente, y las líneas terrestres y los mensajeros hicieron la mayor parte del trabajo. Incluso se desalentaron, y en algunos casos se llegaron a prohibir, las visitas a primera línea de los altos miembros del partido y los generales.

La moral era responsabilidad de los departamentos políticos del frente. Intensificaron el habitual alto nivel de activistas del partido. Se esperaba que los oficiales políticos, la Juventud Comunista y los miembros del partido sirvieran de ejemplo en todo, desde el cuidado de las armas hasta el entrenamiento de combate. Aunque no se abolieron las sanciones definitivas, se diluyeron en el trasfondo a medida que el saliente de Kursk se preparaba para el combate final.

Las operaciones de los partisanos también formaban parte del plan general. En 1943, la presencia soviética detrás de las líneas enemigas se había convertido en un formidable movimiento de masas, provisto, armado y, sobre todo, controlado desde Moscú. Un cuartel general partisano coordinaba las operaciones locales y regionales. Los partisanos tenían que seleccionar a grupos e individuos por lealtad tanto para asegurar la eficacia operativa como para mantener una conexión con Moscú que era cada vez más crucial como fuente de suministros y legitimidad. Los valores y las normas soviéticas también les resultaron útiles a los partisanos para hacer frente a las tensiones psicológicas y sociales del cerco y el aislamiento frente a un enemigo que no daba cuartel.

Estos problemas destacaban especialmente en el sur de Rusia, donde el terreno ofrecía limitadas oportunidades de zonas seguras en comparación con los bosques más al norte y donde la presencia alemana en el terreno era proporcionalmente mayor en el periodo previo a Kursk. Sin embargo, los partisanos de la región apoyaron con eficacia las patrullas de reconocimiento de largo alcance que mantenían bajo observación las zonas de la retaguardia alemana. Los civiles desempeñaron un papel cada vez más importante en las operaciones de inteligencia. Los jóvenes locales entre ocho y catorce años fueron especialmente favorecidos como agentes, muchos de los cuales se

sometieron a programas de capacitación de cuatro semanas. Mostraban un talento extraordinario para la observación y el espionaje.

Desde enero, las operaciones de los partisanos<sup>76</sup> contra los ferrocarriles en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro alemán habían estado interrumpiendo los movimientos de tropas y suministros. El 14 de junio, la Stavka inició una «guerra ferroviaria» integral centrada en las líneas del sector de Kursk. Las incursiones destruyeron los puentes, inutilizaron material rodante y disminuyeron la moral y la eficacia de las tripulaciones ferroviarias. Provocaron atascos de tráfico que ofrecían objetivos rentables a los bombarderos nocturnos de la Fuerza Aérea Soviética, quienes, a su vez, no encontraban resistencia por propósitos prácticos, porque los cazas nocturnos, los cañones y los sistemas electrónicos de apoyo de los alemanes eran cada vez más necesarios para la defensa del propio Reich.

Las armas y las fortificaciones no son nada sin hombres que luchan. El saliente de Kursk era sostenido por dos frentes soviéticos enteros, el equivalente a los grupos de ejércitos occidentales. El sector norte era la zona operativa del frente Central.<sup>77</sup> De derecha a izquierda —o de base a punta— desplegaba cinco ejércitos de fusileros. La mayor parte de los fuertes combates serían librados por el 48º, con siete divisiones y 84.000 hombres; el 13º, con doce divisiones y 114.000 hombres; y el 17º, con ocho divisiones y 96.000 hombres. Los dos ejércitos envueltos alrededor de la nariz del saliente, el 60º y el 65º, tenían quince divisiones de fusileros entre los dos. Enfrentados a soldados de infantería como ellos, se proyectaba que tuvieran un trago más fácil que los otros tres, al menos al principio.

Las reservas del frente se construyeron alrededor de cuatro cuerpos de tanques más un número casi innumerable de unidades más pequeñas de tanques y artillería. Cuando se dominan y recopilan todas las cifras, nos dan que el frente Central controlaba once mil cañones y morteros y mil ochocientos tanques. Bajo su mando y a su disposición estaban los activos del 18º Ejército del Aire: 1.150 aviones a partir del 4 de julio. Casi una cuarta parte de ellos eran los formidables Ilyushin Il-2 Shturmoviks, uno de los mejores aviones de ataque terrestre de la guerra. Otra cuarta parte eran bombarderos bimotores (incluyendo cierto número de Douglas Havocs americanos a préstamo), y el resto era una mezcla de cazas monomotores. Una indicación de la mejora de

efectividad de la Fuerza Aérea Roja fue la estadística de mantenimiento que mostraba que casi el 90 por ciento de los aviones estaban en condiciones de ser utilizados.

Al mando de este formidable instrumento de guerra estaba el general Konstantin K. Rokossovsky.<sup>78</sup> Nacido en la entonces Polonia rusa en 1896, todavía hablaba ruso con un marcado acento polaco, pero había servido a la revolución y la Unión Soviética desde 1917 como soldado de caballería. Estaba al mando de una división en 1937 cuando fue arrestado y acusado no solo de ser un saboteador, ¡sino de espiar simultáneamente para Polonia y Japón! Pasó dos años y medio como huésped de la seguridad del Estado, volviendo al servicio en 1940 con un puñado de dientes de metal cortesía de sus interrogadores.

Comenzando con Barbarroja, Rokossovsky se forjó una reputación como una de las estrellas en ascenso dentro del Ejército Rojo. Un hombre tan duro como cualquiera dentro de un sistema en el que cualquier tipo de vulnerabilidad podía matar una carrera, sacaba lo mejor de los subordinados con fuertes voluntades y habilidades limitadas. Esto era particularmente útil cuando se manejaba a la nueva generación de generales del Ejército Rojo, que todavía estaban aprendiendo su oficio sobre la marcha, pero esperaban actuar como si supieran lo que estaban haciendo. Rokossovsky había brillado en el mando en el frente durante la batalla de Stalingrado y había aceptado la rendición final alemana. Una de sus tareas recientes había combinado el negocio con el placer al deshacerse de un gran número de oficiales del NKVD del Séptimo Ejército que no podían hacer la transición de brutalizar a sus compatriotas a combatir a los alemanes. El sector norte de Kursk no podía haber estado en mejores manos.

El homólogo de Rokossovsky en el sur era una figura más propia de la clase dirigente. Nikolai Vatutin se unió al Ejército Rojo<sup>79</sup> como soldado raso en 1920 y pasó las dos décadas siguientes desarrollando gran capacidad de innovación tecnológica y una reputación como planificador sistemático que no tenía miedo de tomar decisiones. Dadas las numerosas vacantes de alto nivel creadas por las purgas de Stalin en el cuerpo de oficiales superiores, no resultó sorprendente que Vatutin se convirtiera en jefe de operaciones del Estado Mayor General en 1940 y su jefe adjunto unos meses más tarde.



Vatutin fue uno de los primeros en desarrollar un sentido de lo amplio que había sido el desastre de Barbarroja y uno de los pocos que informó a Stalin de la verdad desnuda y sin mancha. Desempeñó un buen trabajo al mando del frente Suroeste en la contraofensiva de Stalingrado. Era un jugador lo suficientemente consumado como para subir su apuesta contra Manstein durante la operación de Kharkov de enero-febrero de 1943. Pero Vatutin no era el único general soviético que tenía una experiencia similar. Sobrevivió con la ayuda de Vasilevsky, y en marzo recibió el mando del frente de Voronezh, en la mitad sur del saliente de Kursk.

En un primer momento, Vatutin abogó por un ataque preventivo lo antes posible. Cuanto más tiempo demoraban los alemanes su propia ofensiva, más fuertemente defendía Vatutin su propuesta de «sacudirse la pereza». Telefonó al propio Stalin, pidiendo una ofensiva a más tardar a principios de julio y, según algunos relatos, reforzó las ansiedades de Stalin hasta tal punto que, si Vatutin hubiera estado allí presente en lugar de al otro extremo de una línea telefónica, los planes podrían haber cambiado incluso en esa fecha tan tardía. Tal determinación agresiva hacía de Nikolai Vatutin el tipo de general en jefe que tanto Zhukov como Stalin querían en las zonas calientes: mejor reprimir al semental enérgico que intentar inspirar a una mula, especialmente porque Vatutin no se iba a enfrentar a un agradable paseo al sol. Al final, se asignarían a su frente<sup>80</sup> más de 450.000 hombres: cuatro ejércitos de fusileros, un ejército de tanques y dos cuerpos de tanques. Los ejércitos 38º y 40º, trece divisiones y cuatro brigadas de tanques, cubrían la mitad sur de la nariz del saliente.

Se esperaba que el Sexto y el Séptimo Ejército de la Guardia, que se extendían por la línea de Vatutin hasta la base del saliente, recibieran el primer asalto alemán. Cada uno tenía siete divisiones de fusileros, cerca de mil setecientos cañones y morteros, y un buen número de vehículos acorazados de combate. Habían sido especialmente favorecidos en materia de campos de minas y puntos fuertes antitanque, y se esperaba que necesitaran ambos. El terreno en su sector era el más abierto en el frente del saliente e incluía la carretera de Kharkov a Kursk: la distancia asfaltada más corta entre los dos puntos. Ambos ejércitos ocupaban, además, entre 55 y 65 kilómetros cada uno, sectores más grandes que sus homólogos del frente Central.

Vatutin respondió concentrando sus reservas detrás de los ejércitos de la Guardia Sexto y Séptimo: las cinco divisiones del 69º Ejército, las tres divisiones del 35º Cuerpo de Fusileros de la Guardia, el Primer Ejército de Tanques y dos cuerpos de tanques de la Guardia bajo su mando directo. Era una impresionante reserva sectorial, tanto en número como en calidad, y el comandante del Primer Ejército de Tanques, Mikhail Katukov, era, con mucho, el mejor oficial de tanques del saliente. Le había provocado un buen sofoco a Guderian durante Barbarroja, había ayudado a reconstruir la fuerza blindada en 1941-1942, y había salido de los combates en torno a Rzhev con un récord de combinación de dureza soviética y la suficiente capacidad situacional como para no insistir en lo imposible. Demostraría ser un buen hombre en el lugar correcto.

### III

A medida que los mandamases llevaban a cabo la cuenta atrás, la batalla por la supremacía aérea sobre el saliente ocupó el centro del escenario. La Fuerza Aérea Soviética había recibido una brutal paliza<sup>81</sup> en las primeras semanas de Barbarroja. Pero bastantes aviones fueron destruidos en tierra, de manera que sus tripulaciones sobrevivieron para pilotar las nuevas generaciones de aviones y entrenar a las nuevas generaciones de pilotos. Diseñadores e ingenieros, algunos liberados del Gulag, produjeron diseños de última generación cuyos armazones, como los del Spitfire británico, tenían una capacidad de mejora en lugar de ser reemplazados por modelos enteramente nuevos.

Pero a mediados de 1943, la calidad aún era deficitaria. La clave para la batalla aérea sobre Kursk eran los cazas de superioridad aérea de un solo motor. A mediados de 1943, los cazas soviéticos más comunes, el Lavochkin La-5 y los Yakovlev Yak-1 y Yak-7, todavía estaban media generación por detrás del Messerschmitt Me-109Gs y el Focke-Wulf Fw-190 que eran sus oponentes habituales. Eran competitivos, pero se necesitaba un buen piloto para compensar la diferencia técnica. Ahí estaba el problema. Los reclutas pilotos de cazas soviéticos eran asignados rutinariamente a unidades de primera línea después de tan solo dieciocho horas de vuelo, en comparación

con las setenta para sus homólogos alemanes. La brecha de calidad se podía salvar por medio de escuadrones calificados y experimentados y líderes de grupo, pero todavía eran escasos. La diferencia se compensaría con sangre.

La doctrina aérea soviética estaba orientada a la guerra terrestre. Se enfocaba al apoyo cercano y la interceptación. En el contexto de Kursk, eso implicaba una campaña contra los aeródromos y los ferrocarriles alemanes en la retaguardia inmediata del saliente por medio de bombarderos bimotores, hasta cuatrocientos en una sola incursión. Estos eran apoyados por los regimientos de bombarderos nocturnos, compuestos por monomotores Polikarpov Po-2 y biplanos de entrenamiento, pilotados a menudo por mujeres pilotos (apodadas las «brujas de la noche»<sup>82</sup>). El característico sonido del motor de sus aviones les granjearon el apodo de «máquinas de coser» por parte de los *Landser* alemanes que solían despertarse con el traqueteo de sus alfileres.

En un primer momento, las ofensivas aéreas alemanas<sup>83</sup> en las áreas de retaguardia soviéticas fueron esfuerzos a pequeña escala, centrados en la destrucción de trenes. Estas operaciones también desviaron recursos de un objetivo más relevante: las cocheras de trenes de Kursk, fundamentales para la logística soviética en el saliente. Las grandes incursiones alemanas del 22 de mayo y el 2-3 de junio, esta última una operación de veinticuatro horas, encontraron una tenaz resistencia por parte de un número superior de cazas. Las pérdidas fueron bastante severas y los daños se repararon tan rápidamente que la Luftwaffe decidió suspender las operaciones a la luz del día contra la retaguardia soviética pensando en el equilibrio de Ciudadela. Las operaciones nocturnas continuaron a un nivel de «molestia», aunque un ataque de medianoche golpeó sin saberlo el puesto de mando de Rokossovsky. Escapó de «pura casualidad»,<sup>84</sup> o quizás por intuición. Tanto la casualidad como la intuición cabalgarían a lomos del Ejército Rojo en las siguientes semanas.

Durante el mes de junio, ambas partes se concentraron principalmente en reforzarse para la campaña terrestre. Para los alemanes, en ese contexto, el apoyo aéreo nunca había sido tan crucial. La naturaleza restringida de la zona de combate, y las proporciones de fuerza por espacio excepcionalmente altas en ambos bandos restringían enormemente el potencial de maniobra de las fuerzas terrestres. No menos significativo fue el debilitamiento absoluto y

relativo de la artillería alemana, particularmente sus elementos medios y pesados, en comparación con la del Ejército Rojo. Al estar prohibido el metal pesado por Versalles, los alemanes habían estado intentando ponerse al día desde que comenzó el rearme. Dicho en pocas palabras: no se podía contar con la artillería alemana para neutralizar los cañones soviéticos. Eso hacía que el poderío aéreo fuera crítico para proporcionar no solo apoyo, sino la descarga que abriría el frente y permitiría pasar a las divisiones móviles. Ciudadela encomendó a la Luftwaffe tres misiones sinérgicas: trabajar con los tanques y la infantería para romper las defensas soviéticas, inmovilizar y debilitar las reservas soviéticas, y mantener no solo el control, sino la supremacía en el espacio aéreo disputado.

Ese último punto era vital, porque una alta proporción de los aviones de ataque terrestre estaban tan especializados que no podían protegerse a sí mismos en el aire. El orden de batalla de la Luftwaffe incluía solamente cinco escuadrones de ataque terrestres equipados con cazabombarderos al estilo occidental, Fw-190 modificados. También había cinco escuadrones de aviones especializados en combate antitanque: el Henschel Hs-129, cuyos motores gemelos, blindaje pesado y cañón de 30 mm lo convertían en el antepasado del famoso A-10 de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Los legendarios pero torpes Junkers Ju-87 Stuka seguían siendo la columna vertebral de los escuadrones de apoyo aéreo. La intercepción del campo de batalla era responsabilidad de los bombarderos medios. Al igual que el Stuka, el Heinkel He-111 y el Ju-88 eran diseños anteriores a la guerra, eficaces solo a la luz del día, defendidos por unas pocas ametralladoras de calibre de fusil en soportes únicos.

En esta etapa de la guerra, los escuadrones de combate eran la élite de la Luftwaffe,<sup>85</sup> bien entrenados, bien dirigidos, con una amplia experiencia y sumamente confiados. No hay nada parecido a un avión de combate perfecto, pero, en el verano de 1943, el Fw-190A se le acercaba. Rápido, bien armado y maniobrable, con un motor fiable, no se vería totalmente desafiado en su superioridad aérea hasta un año después, por el Mustang P-51D estadounidense.

El Mando Supremo de la Luftwaffe para Ciudadela<sup>86</sup> era lo suficientemente flexible como para resultar confuso. La Sexta Flota Aérea

cooperaba con el Noveno Ejército, y la Cuarta Flota Aérea con el Grupo de Ejércitos Sur. Sus respectivas fuerzas de choque, la 1ª División Aérea y el VIII Cuerpo Aéreo, incorporaban la mayoría de los elementos de apoyo terrestre. Cada uno incluía también cuatro o cinco grupos de cazas, de alrededor de tres docenas de aviones cada uno. En la práctica, las unidades se trasladaban de un sector a otro según lo necesitase un sistema muy eficiente de oficiales de enlace aéreo. Las cifras exactas siguen siendo vagas, pero, a principios de Ciudadela, la Luftwaffe podría recurrir a aproximadamente dos mil cazas de primera línea, bombarderos medios, Stukas y otros aviones de ataque terrestre. El sistema de mantenimiento de primera categoría los devolvería tan rápido como pudiera tras ser reabastecidos y rearmados y mantenerlos en el aire, siempre y cuando hubiera suficientes armazones de aviones para reparar.

La Fuerza Aérea Soviética había pagado un precio muy alto desde 1941, pero había aprendido las lecciones de centralización y flexibilidad de la Luftwaffe. Tres ejércitos aéreos contribuyeron directamente a la defensa de Kursk: el Decimosexto y el Segundo, unidos, respectivamente, a los frentes Central y de Voronezh; y el Decimoséptimo desde el frente Suroeste. Los números iniciales sumaban alrededor de 1.050 cazas, 950 aviones de ataque terrestre y 900 bombarderos. La Stavka también había reunido una impresionante fuerza de reserva de tres ejércitos aéreos con 2.750 aviones. Con la intención de ser la punta de lanza del ataque proyectado para lograr la derrota alemana, pronto se unieron a la lucha. Finalmente, más de 300 bombarderos de la aviación de largo radio de acción y 300 cazas del Mando de Defensa Aérea fueron asignados para los ataques nocturnos y la defensa de objetivos concretos, respectivamente.

La fuerza aérea poseía un equivalente a Zhukov<sup>87</sup> tanto en habilidad como en dureza. Que a Zhukov le gustaba y confiaba en Alexander Novikov era significativo —pocos en el nivel de Zhukov podrían reclamar la misma relación—. Novikov también era de primera categoría. Como oficial subalterno de infantería, en 1922 ganó un vuelo de quince minutos en una lotería. Veinte años más tarde, era el comandante de la Fuerza Aérea, con una floreciente reputación de innovador capaz de combinar nuevas ideas y equipo con la doctrina soviética general. En las circunstancias del frente Oriental, esto significaba cooperar estrechamente con las fuerzas terrestres,

concentrándose en los niveles táctico y operativo con misiones independientes de cualquier tipo con baja prioridad. En Kursk significaba, sobre todo, apoyo terrestre.

Los bombarderos medios mantendrían la presión sobre las zonas de retaguardia alemana, como lo habían estado haciendo durante meses. Pero los focos del escenario giraron hacia los Shturmovik.<sup>88</sup> Los Ilyushin Il-2 entraron por primera vez en acción el 1 de julio de 1941. En 1943, constituían un tercio de los aviones de primera línea soviéticos construidos. De construcción mixta de madera y metal, llevaban un armamento ofensivo de dos cañones de 23 mm y dos ametralladoras en las alas, además de cohetes y bombas de cien kilos. En Kursk añadieron unas pequeñas bombas antitanques de carga hueca que podían penetrar en el blindaje de la cubierta trasera de cualquier tanque alemán y explotar antes de que rebotaran. El compartimiento de la tripulación de dos hombres, el motor y los sistemas de combustible estaban protegidos por una «bañera» blindada de hasta media pulgada de grosor.

En conjunto, el «Ilyusha» era un formidable instrumento de guerra. Su velocidad lenta y maniobrabilidad limitada eran desventajas en el combate aéreo individual. Pero su formación de ataque estándar dentro de un círculo con la fuerza de un escuadrón permitía a los Shturmoviks cubrirse mutuamente las colas contra los cazas de la Luftwaffe. Eso les proporcionaba una oportunidad y disminuía la carga de los escuadrones de cazas soviéticos.

#### IV

Los retrasos de Kursk no se decidieron en un vacío hitleriano. El Oberkommando der Wehrmacht<sup>89</sup> (OKW, Alto Mando de las Fuerzas Armadas) era básicamente responsable de dirigir la guerra en todas partes excepto en Rusia, que era la asignación primaria del OKH. Este mando dividido, aparentemente destinado a facilitar la planificación concentrada, también reforzó la posición de Hitler como el tomador último de decisiones del Reich. El OKW estaba cada vez más preocupado por la perspectiva de un inminente desembarco aliado en el sur de Europa, no solo por razones operativas, sino por la oportunidad que la invasión ofrecería a las figuras militares y políticas italianas que buscaban una salida de la guerra. El 18 de junio, el OKW llegó a

recomendar la cancelación de Ciudadela y el uso de las divisiones móviles asignadas a ella para formar dos reservas generales, una en Rusia para el teatro de operaciones, y otra en Alemania.

Zeitzler también tenía sus dudas.<sup>90</sup> Los informes de inteligencia sobre el metastatizado sistema defensivo soviético, combinados con retrasos continuos en la entrega no solo de nuevos tanques, sino de material de todo tipo, alentaron al jefe de Estado Mayor a cuestionar abiertamente si la serie de retrasos había convertido a Ciudadela en un riesgo inaceptablemente peligroso. Entonces intervino Model.<sup>91</sup> Un oficial de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro sugirió más tarde que su intención original había sido convencer a Hitler no de demorar Ciudadela, sino de abandonarla. Eso parece un poco sutil para alguien que se enorgullecía de «servir vino sin rebajar» evitando la maquiavélica política bizantina, asociada durante mucho tiempo con el Estado Mayor. A Model le preocupaba la creciente acumulación rusa en la cara norte del saliente de Orel, en la retaguardia de la concentración de Model contra Kursk. Las perspectivas de un cebo en la retaguardia sin ninguna contrafuerza efectiva disponible para bloquearlo aumentaban a medida que las defensas de Kursk se hacían más elaboradas.

Emplear los panzer para llevar a cabo el avance sobre el frente del Noveno Ejército suponía el riesgo no solo de dejarlos atascados, incluso si tenía éxito, las formaciones móviles bien podrían no poder ni explotar la situación en su frente ni cambiar sectores si eso se revelaba necesario. Sin embargo, usar la infantería, la alternativa obvia, significaba confiar en divisiones cuya fuerza y eficacia eran tan bajas que solo una había sido calificada como capaz de realizar todas las misiones operativas. Siete más se consideraban aptas solo para «ataques limitados», y los estados mayores alemanes fueron extremadamente generosos en esas evaluaciones, al menos antes de que comenzaran los disparos.

La respuesta de Hitler fue que Ciudadela dejaría a los rusos lo suficientemente desequilibrados como para evitar una ofensiva independiente. Insinuó que Model sería reforzado por los Panthers que, en lugar de ello, se adjudicaron a Hoth. Y finalmente estableció una última e inalterable fecha para la ofensiva: 5 de julio de 1943. Cambió su estado de ánimo. El ministro de propaganda nazi, Joseph Goebbels, señalaba que, a medida que se

aproximaba el plazo, Hitler parecía cada vez más optimista sobre las perspectivas de Ciudadela. Pero el 1 de julio, el Führer convocó a los principales generales<sup>92</sup> y a algunos de los comandantes de los cuerpos claves de Ciudadela para celebrar una última conferencia en Rastenburg. Un participante describió la reunión como un monólogo, sin nada convincente, mucho menos inspirador, sobre la presentación. Hitler justificó los repetidos retrasos como necesarios para compensar la escasez de tropas e incrementar la producción de Panthers y Tiger. Y describió el ataque como una apuesta arriesgada, un *Wägnis*.

Para entonces, ese era un punto en el que «el mayor señor de la guerra de todos los tiempos» y sus generales estaban en acuerdo casi por completo. Si, tal como declaró Kempf después de la guerra, Model creía que el ataque era una mala idea, guardó silencio cuando todavía podría haber sido tenido en cuenta. En sus memorias, Manstein concluía que podría haber sido un error no haberle dicho a Hitler sin rodeos que el ataque ya no tenía sentido. Mellenthin, que escribió más de una década después, aportó una última palabra: «El Mando Supremo alemán no podía pensar en nada mejor<sup>93</sup> que arrojar nuestras magníficas divisiones panzer contra Kursk, que para ese momento se había convertido en la fortaleza más poderosa del mundo». ¿Falta de valentía civil e integridad militar? Quizás. O tal vez Hitler y sus generales tenían en común el sentimiento que experimenta un jugador cuando tiene tanto apostado: la decisión fácil es subir la apuesta.

Es un axioma familiar de la guerra moderna, expresado matemáticamente en algo llamado Ecuaciones de Lanchester, que una ofensiva requiere una superioridad de 3 a 1. La doctrina soviética lo redujo de manera optimista a 3 a 2, asumiendo la superior planificación, el trabajo del Estado Mayor y el poder de combate del Ejército Rojo. Pero, cuando los preparativos para Kursk estuvieron completos,<sup>94</sup> los defensores soviéticos superaban en número a los atacantes en todas las categorías de hombres y equipos, casi en cada sector. La proporción media estaba entre 2.5 y 1.5 a 1 a favor de los rusos. ¿Convirtió esto a Ciudadela en un suicidio desde el principio? Dadas las respectivas tasas de acumulación, parece no obstante razonable argumentar que un ataque temprano, organizado con las fuerzas disponibles en abril o mayo, habría carecido del poder de combate para superar las defensas del saliente incluso



en sus primeras etapas. La única oportunidad de los alemanes fue la masa de acero que finalmente lanzaron en julio. Y eso pone de relieve la paradoja esencial de Kursk. Los factores que hicieron que la zona de batalla fuera aceptable en términos operativos también la hicieron demasiado restrictiva para permitir la aplicación de los multiplicadores de fuerza que los panzer del ejército alemán habían pasado una década cultivando. Kursk no ofrecía ninguna oportunidad para la habilidad operativa y poco espacio para el virtuosismo táctico. Desde un punto de vista militar, la fuerza del sistema defensivo significaba que la ofensiva alemana tenía que depender de la masa y el impulso, que es otra manera de describir una batalla de desgaste, el único tipo de combate que el estilo de guerra alemán no contemplaba.

No menos significativa fue la sinergia entre la escala geográfica de Kursk y los métodos y capacidades de mando y control del Ejército Rojo. Desde Barbarroja, estos se habían desarrollado en contextos de dirección de batallas de arriba hacia abajo, reflejando tanto el principio soviético de que la guerra es una ciencia como el hecho de que sus comandantes de alto rango perdían la eficacia cuando operaban de manera independiente. Las anteriores ofensivas alemanas no habían encontrado ninguna dificultad para penetrar en los procesos de toma de decisiones soviéticos, lo que generaba respuestas cada vez más al azar que, con frecuencia, se sumergían en el caos. Kursk permitía una respuesta oportuna a los movimientos alemanes mientras la defensa ralentizaba esos movimientos hacia abajo. Permitía además un grado de gestión ausente en batallas importantes anteriores, creando a su vez la confianza en todos los cuarteles generales de que una cultura de competencia había reemplazado a la cultura de la desesperación.

Aquellos eran unos significativos multiplicadores de fuerza, en una situación que sin duda no los necesitaba. Pero los panzer tenían el hábito de desafiar las probabilidades, y Stalin no se arriesgó. Envío a Zhukov como representante de la Stavka al frente Central y a Vasilevsky al frente de Voronezh. Los mariscales observaron el entrenamiento, ofrecieron sugerencias y, no menos importante, siguieron insistiendo en la importancia de esperar la ofensiva alemana en lugar de apresurar la situación. «Tiempo y paciencia» — el mantra de Kutuzov de 1812— se aplicaría a otro invasor.

### 3

## ATAQUE

Para el frente Central soviético, Ciudadela comenzó en las primeras horas del 5 de julio. Alrededor de las 2.00 de la madrugada, el Decimotercer Ejército informó al cuartel general que una de sus patrullas había capturado a un zapador alemán que estaba despejando campos de minas para preparar un ataque que dijo tendría lugar a las 3.00 de la tarde. Inmediatamente, Zhukov autorizó a Rokossovsky a dar rienda suelta a su artillería y solo entonces telefoneó a Stalin con la noticia de que aquello no era un ejercicio.

### I

La contra-cortina de fuego del frente Central se abrió<sup>95</sup> a las 2.20 de la mañana. Sin embargo, los artilleros soviéticos no habían logrado localizar las posiciones alemanas con total exactitud. La imprecisión del objetivo produjo disparos al azar y desperdicio de munición —demasiada, vista la intensidad del plan contra incendios—. Esperar a que la infantería alemana estuviera fuera de sus refugios subterráneos y los tanques desplegados en posiciones de partida habría infligido más daño con menos munición. Los responsables de los errores a esa escala debían rendir cuentas ante el propio Stalin. Pero si los resultados específicos fueron eventuales, el peso y la intensidad del bombardeo resultaron, sin embargo, tan grandes que el alto mando alemán accedió a retrasar el ataque durante dos horas y media en el sector de Model para que la artillería alemana pudiera responder.<sup>96</sup>

La interrupción resultante disminuyó la coordinación, tan importante para el plan de Model. Por otra parte, los alemanes se beneficiaron de la decisión del Decimosexto Ejército Aéreo de no atacar los campos de aviación de la Luftwaffe en coordinación con la artillería, sino de enfrentarse a los ataques aéreos alemanes a medida que llegaban. Los tripulantes de la 1ª División Aérea de Model recibieron una sorpresa<sup>97</sup> en sus reuniones informativas a finales el 4 de julio. El plan original para un ataque contra los aeródromos soviéticos había sido descartado como imposible basándose en las experiencias previas. En su lugar, la Luftwaffe iba a actuar, literalmente, como una artillería volante, concentrándose en puntos fuertes y posiciones de artillería en la zona de vanguardia. Esta sería la primera vez en la guerra en la que se realizaría una gran ofensiva sin atacar simultáneamente los cuarteles generales, los aeródromos y las rutas de suministro en la retaguardia enemiga. Así se evitaba cualquier riesgo de reducir las probabilidades pillando a los rusos en tierra, y también quedaba patente el respeto que los generales de tierra y aire sentían por las defensas del Ejército Rojo.

Las primeras incursiones salieron a escena a las 3.25 horas de la mañana. Bombarderos medios y Stukas atacaron repetidamente la red de posiciones de cañones alrededor de Maloarkhangelsk. Los cazas soviéticos, desplegados poco a poco, sufrieron grandes pérdidas a manos de los Fw-190 del Jagdgeschwader (Ala de Caza, JG) 51. Los grupos de Stukas podían martillar a los rusos hasta que los relevaba otro grupo, entonces regresaban a la base, se rearmaban, repostaban, y volvían al combate. Después de una hora así, suplementada por una barrera de artillería contra los mismos blancos, la infantería avanzó.

Tras aprovechar la ventaja inicial de los zapadores que habían trabajado durante la noche en la limpieza de los campos de minas, los *Landser* pronto encontraron dificultades.<sup>98</sup> En el extremo izquierdo, el XXIII Cuerpo estaba encargado de capturar Maloarkhangelsk y anclar el avance de los blindados. Las divisiones del flanco izquierdo y del centro penetraron poco más de un kilómetro y medio en el sistema de defensa, y luego fueron rechazadas por los contraataques locales. El ataque principal lo llevó a cabo la 78ª División de Asalto, a la que se le unió un batallón de cuarenta y cinco Ferdinand. Estos habían comenzado su vida como competidores de los Tiger.<sup>99</sup> Cuando el

diseño fue rechazado, los prototipos construidos de forma optimista fueron terminados como cañones de asalto de 88 mm. Bajo el fuego pesado, los alemanes despejaron con éxito una serie de puntos fuertes y de trincheras localizadas en aldeas y líneas de colina bajas. No obstante, los campos de minas ralentizaron a los Ferdinand, provocando que el avance se detuviera frente a la Colina 257.7.

Fijada con búnkeres apoyados por los tanques semi-enterrados, la posición rusa era una versión de pesadilla de los tipos de defensas que los americanos encontrarían dos años más tarde en Okinawa. Rápidamente se ganó el apodo de «Colina Panzer», pero los alemanes creyeron que contaban con un rival blindado. En 1940, los diseñadores alemanes habían comenzado a trabajar en un vehículo a control remoto para la eliminación de minas a distancia<sup>100</sup> que llevaba mil libras de explosivos. Se habían desempeñado suficientemente bien en situaciones limitadas, de manera que tres compañías de la versión desarrollada habían sido asignadas al Noveno Ejército. Puestos a prueba frente a la Colina Panzer, atrajeron tanto fuego de artillería que las detonaciones resultantes oscurecieron el carril que se estaba limpiando.

En cualquier caso, los Ferdinand siguieron adelante y muchos de ellos, acompañados por la infantería que pudo seguir su ritmo, lograron que la colina cayera al asalto cerrado, un eufemismo amable para una serie de luchas atroces en las que las bayonetas eran armas civilizadas. Pero el «miedo al tanque», que tan a menudo había caracterizado el comportamiento ruso durante los primeros años de guerra, había desaparecido. Los Ferdinand, construidos sin ametralladoras para una defensa cercana, resultaron muy vulnerables a corta distancia frente a los soldados de infantería. Granadas, minas, incluso los fusiles antitanque, se cobraron su precio. Al final del día, solo doce de los cuarenta y cinco Ferdinand originales seguían en condiciones de combatir. La citada falta de ametralladoras montadas en el casco era menos un factor de incomodidad para los Ferdinand que la ausencia de su propia infantería. Casi desde el principio se había perdido el contacto tanque-infantería en la parte espinosa del combate, un presagio nada prometedor. Para los estándares vigentes en el saliente, Maloarkhangelsk aun estaba muy lejos.

El *Schwerpunkt* inicial del Noveno Ejército<sup>101</sup> era su centro: el frente de diez kilómetros de los Cuerpos Panzer XLI y XLVII. Cada uno tenía dos

divisiones en la parte delantera. De izquierda a derecha, la 292ª, la 86ª y la 6ª de Infantería y la 20ª Panzer cruzaron sus líneas de salida alrededor de las 6.30 bajo un enorme paraguas aéreo de He 111 y Stukas. Nuevamente los cazas alemanes conservaron el cielo contra lo mejor que el Decimosexto Ejército Aéreo pudo lanzar contra ellos. Una vez más, la infantería alemana sufrió grandes pérdidas a causa de las minas, las armas pequeñas y el fuego de artillería. Pero los Ferdinand del 654 Batallón Antitanque se abrieron paso a través de los campos de minas, aguantando los proyectiles perforantes disparados a quemarropa, y continuaron llevando a la infantería de las divisiones 292 y 86 hacia adelante. Para la tarde, la 292ª comenzaba su asalto a la aldea fortificada de Ponyri, obligando a comprometerse en su apoyo a la mayor parte de los tanques de la 18ª División Panzer en una fase más temprana de lo esperado.

Por otra parte, la 6ª División de Infantería se había formado a partir de uno de los regimientos originales del Reichswehr reclutado en Westfalia. Tenía un núcleo sólido de veteranos y dos años de dura experiencia en la lucha contra los rusos. A las 8.00 de la mañana, había avanzado lo suficiente como para que el 505º Batallón de Tanques, con sus dos compañías de veintiséis Tiger y una compañía de una docena de limpiadores de minas, hiciera suficientes progresos. Con el apoyo cercano de los Stukas y la artillería, los Tiger cruzaron el río Oka y se enfrentaron a tres horas de contraataques encabezados por oleadas de T-34. Desde las primeras apariciones de los mismos, los panzer habían contraatacado mediante distintas maniobras. Entonces los Tiger se detuvieron, ajustaron sus puntos de mira y lanzaron una descarga tras otra a larga distancia. Alrededor del mediodía, los «grandes felinos» llevaron elementos de la 6ª División de infantería al pueblo de Butyrki, dejando más de cuarenta T-34 quemados a su paso. Tres horas antes, la 20ª División Panzer, a la derecha de los westfalianos, había rebasado a un regimiento de fusileros y ganado cinco kilómetros hacia la aldea fortificada de Bobrik.

Para el 505º Batallón, ese era el momento de doblar la apuesta y enviar sus reservas, envolver las primeras líneas de defensa, y convertir un gran avance en una ruptura. El comandante de la 6ª División dijo más tarde que, si hubieran enviado los tanques, se podría haber alcanzado el primer día la

propia Kursk. Puede ser. Pero los Tiger no fueron un factor sorpresa para los rusos, que se habían enfrentado a ellos desde el mes de agosto del año anterior aunque eso sí, a pequeña escala. Los rusos habían tenido las oportunidades correspondientes de desarrollar contramedidas. Desde Barbarroja, el blindaje de los tanques alemanes se había mostrado vulnerable frente a los cañones rusos, pero la caza del Tiger requería de habilidades más refinadas: permitirles acercarse hasta ponerse a tiro y luego concentrarse en las orugas. Eran necesarias cabezas frías y puntería constante. Los rusos tenían ambas. En el sector del XLI Cuerpo Panzer, una vez que los Ferdinand habían pasado, los rusos supervivientes habían salido de su laberinto de trincheras para atacar a los «mamuts» con cócteles molotov, cargas de bolsillo e incluso fusiles antitanque, útiles contra el lado más fino y el blindaje trasero. La 20ª División Panzer fue detenida alrededor de Bobrik por una combinación similar de campos de minas, cañones antitanques y equipos de asalto. La 258ª División de Infantería, en el extremo derecho del Noveno Ejército, nunca superó la segunda línea defensiva de la 280ª División de Fusileros en lo que significó una lucha directa cuerpo a cuerpo. ¿Había suficientes Tiger en todas partes para marcar la diferencia?

La Fuerza Aérea Soviética también se estaba convirtiendo en una presencia constante.<sup>102</sup> Inicialmente desbordado por los números y la efectividad de la Luftwaffe, el Decimosexto Ejército del Aire encontró su equilibrio alrededor del mediodía. Los Shturmoviks desafiaron a los cazas alemanes e hicieron un uso eficaz de las nuevas bombas de carga hueca contra los tanques. Un único grupo de ataque terrestre informó que habían sido destruidos treinta y un tanques, una cifra exagerada, similar a otras declaraciones formuladas en cualquier guerra, pero sugerente.

Sobre el terreno, Model puso en juego más de quinientos vehículos blindados el 5 de julio. Alrededor de la mitad estaban fuera de combate al final del primer día. Muchos de estos podrían ser reparados; no obstante, el efecto en la moral de las tripulaciones fue significativo. Lo mismo ocurrió con las consecuencias de ocupar terreno, retroceder para aliviar a la infantería que se hubiera quedado acorralada o descolgada, y luego repetir toda la actuación unos cientos de metros más adelante. La infantería también había sufrido, no

solo en términos numéricos, sino porque la naturaleza de los combates se cobró un precio desproporcionado para los más osados y los líderes.

La crítica citada a menudo de que Model se equivocó al enviar a sus blindados durante el primer día queda en cierto grado refutada por la evidencia de que más de la mitad de los vehículos blindados de combate del Noveno Ejército ya estaban en realidad comprometidos el 5 de julio. Pero los Tiger y los Ferdinand estaban organizados en batallones independientes, no como parte de los equipos de armas combinadas que eran la verdadera fuerza de los panzer. Probablemente, su eficacia se habría maximizado utilizándolos para ayudar a la infantería a penetrar las defensas soviéticas. Sin embargo, a primera hora de la tarde, los alemanes habían ganado más de un punto de apoyo en las defensas rusas. Al final del día, el frente tendría alrededor de catorce kilómetros de ancho y ocho de profundidad. Sin embargo esto era solo una serie de mordiscos alternos, ninguna dentellada coordinada.

Walther Model era cualquier cosa menos un mando de retaguardia.<sup>103</sup> Pasó las primeras horas del día con los dos Cuerpos Panzer y luego regresó brevemente a su cuartel general, donde los informes no eran tan optimistas. El comandante del Noveno Ejército pasó la mayor parte de la tarde visitando cuarteles generales, trasladando blindados y artillería en respuesta a lo que parecían crisis u oportunidades, y llegando a la conclusión de que la situación justificaba enviar sus reservas inmediatas al día siguiente, la 2ª y 9ª divisiones panzer, para explotar los avances en el sector del XLVII Cuerpo Panzer. Esa fue posiblemente la consecuencia de un auténtico error de cálculo: subestimar la profundidad de las defensas soviéticas y su capacidad de resistencia. Pero, para que Ciudadela tuviera éxito, incluso si la amenaza soviética contra el Grupo de Ejércitos Centro resultaba ser una quimera, Model tenía que abrirse paso y salir; y debía hacerlo rápidamente.

Cualesquiera que fueran las fugaces perspectivas de un avance alemán a primera hora de la tarde, fueron insuficientes para asustar a Rokossovsky. Desde su punto de vista estaba claro que los alemanes apenas atravesaban el primer cinturón defensivo. Rokossovsky, liberado de una necesidad inmediata de improvisación, planeó reforzar el Segundo Ejército de Tanques y ponerlo en posición para un contraataque a comienzos del 6 de julio. La cortina de fuego comenzó a las 2.50 horas, seguida de oleadas de bombarderos medianos

que alcanzaban posiciones y vehículos en la línea del frente. Esto era una desviación importante, pero también un recurso, de la habitual práctica soviética de usar estos aparatos para golpear más en profundidad en la retaguardia. La noche anterior, Stalin había telefoneado a Rokossovsky. Cuando el general comenzó a describir los acontecimientos del día, Stalin le interrumpió: «¿Hemos ganado el control del aire o no?». Rokossovsky intentó ganar tiempo. Stalin repitió la pregunta. Cuando Rokossovsky le dijo que el problema se solucionaría al día siguiente, Stalin preguntó si el comandante del Decimosexto Ejército del Aire estaba a la altura de las circunstancias. Unos minutos más tarde, Zhukov llegó al cuartel general de Rokossovsky para informar de una llamada similar con la misma pregunta.

Para el comandante del Decimosexto Ejército del Aire, el teniente general Sergei Rudenko, fue un momento comprometido. Muy recientemente, semejante pregunta por parte del Vozhd habría sido, probablemente, un paso previo al despido o a una «pensión de nueve gramos»: el peso de una bala de pistola en la nuca. Rudenko se apresuró a proponer ataques masivos<sup>104</sup> para saturar las defensas aéreas y terrestres alemanas y para alentar a las presionadas tropas terrestres rusas. Cuatro oleadas sucesivas de bombarderos pillaron a los alemanes literalmente durmiendo: el comandante de la 1ª División Aérea había autorizado a sus exhaustos pilotos de caza a descansar aquella mañana. Pero los blindados rusos fueron lentos tomando la posición en una zona de batalla ya abarrotada. Sus ataques se llevaron a cabo por partes, con los tanques y la infantería mal coordinados. La 20ª División Panzer cedió terreno, luego lo mantuvo, y posteriormente contraatacó con éxito hacia Bobrik. Parecía un buen presagio. Y los Tiger esperaban.

En pocos minutos, los Tiger del 505º Battallón eliminaron cuarenta y seis de cincuenta T-34 y T-70 ligeros —sucesores de los también obsoletos T-60— de una brigada de tanques. Las divisiones 2ª y 9ª Panzer se unieron a la lucha a media mañana. Con la 18ª ya en línea, la fuerza alemana de vehículos de combate se elevó a alrededor de trescientos en un frente de menos de trece kilómetros, un espacio tan estrecho como había sido cualquier sector de ataque mayor en la Gran Guerra y, en consecuencia, a mucha distancia de cualquier concepto de maniobra mecanizada. El objetivo de los panzer era una cadena de colinas bajas, las alturas de Olkhovatka, que se extendían desde Teploye, a



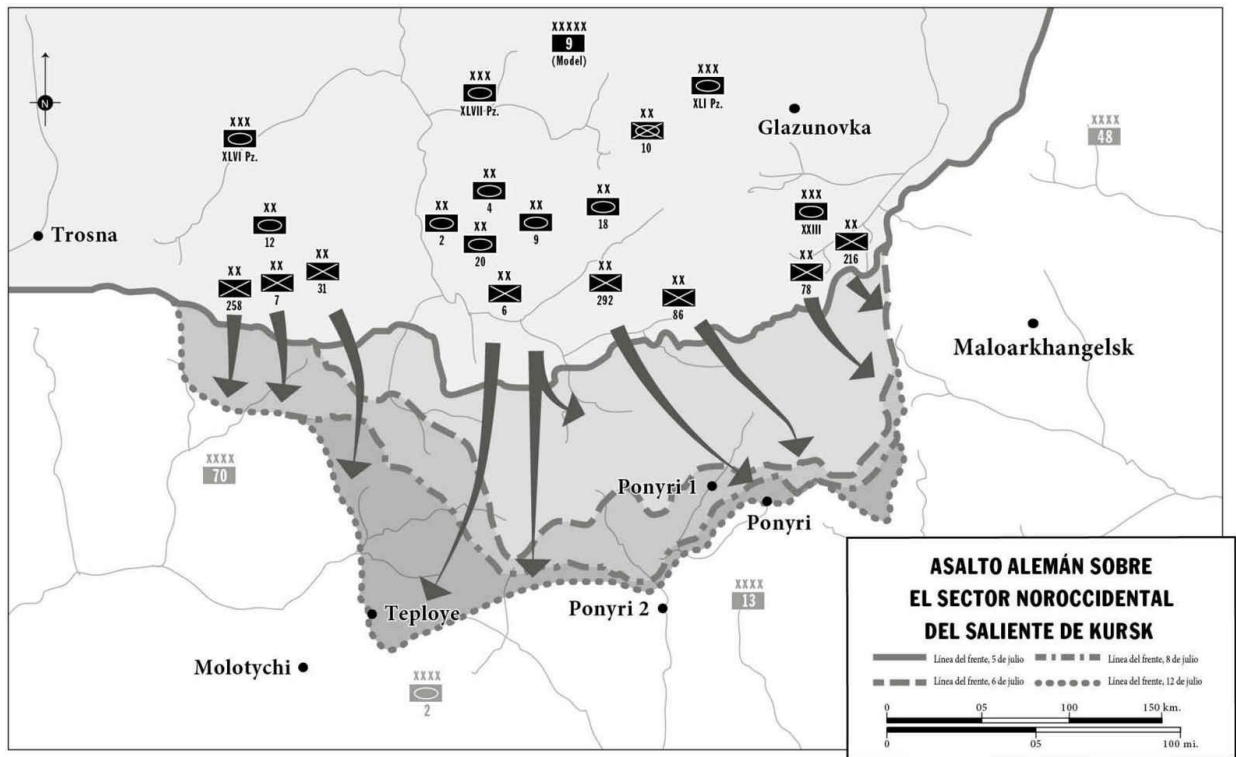
la izquierda del ataque, a Ponyri a su derecha y ancladas por las Colinas 272, cerca de Teploye; 274 en la aldea de Olkhovatka; y 253.5 al este de Ponyri. Poco más que montículos altos, ofrecían no solo la vista de Tántalo sobre Kursk, sino el paso a un terreno relativamente abierto: un terreno que favorecía a los alemanes, y la única salida era a través del mismo.<sup>105</sup>

## II

El día era tan caluroso, por encima de los treinta grados, que algunas tripulaciones entraron en acción con sus escotillas abiertas. Los combates se calentaron aún más cuando lo que se había concebido como un avance se convirtió también en una batalla de encuentro en el momento que el Segundo Ejército de Tanques entró en la refriega. Los objetivos geográficos de las divisiones panzer se convirtieron en insignificantes; lo que importaba era avanzar. Model concentró cada cañón, proyectil y avión disponibles para abrir camino a los panzer. Los rusos respondieron del mismo modo. Los relatos de ambos bandos describen un caleidoscopio cada vez más intenso de zumbido de cohetes y explosiones de bombas, tanques estallando en llamas o deteniéndose, las tripulaciones tratando de escapar desesperadamente y siendo ametralladas cuando alguien en el otro bando tenía tiempo de darse cuenta.

Model había encomendado a la 6ª Flota Aérea la tarea de dar el máximo apoyo, y la Luftwaffe puso en el aire hasta el último avión capaz de volar.<sup>106</sup> Varios aparatos de JG 51 que despegaron a toda prisa atraparon a un grupo de Shturmoviks y su escolta de combate penetrando a baja altura. El resultado: quince Il-2s derribados en pocos minutos. Pero cuando llegó la siguiente oleada, los cazas habían regresado a sus bases para repostar. Fue el turno de los Shturmovik. Con una zona de ataque temporalmente despejada, los «tanques voladores» informaron de catorce lanzacohetes destruidos y cuarenta más puestos fuera de combate en cuestión de minutos. La Luftwaffe respondió con formaciones de hasta cien bombarderos pesados y Stukas a la vez, o al menos así se lo pareció a las tropas soviéticas bajo las bombas. El Decimosexto Ejército del Aire tenía varios regimientos de combatientes veteranos, que pilotaban no solo los La-5, sino parte de lo mejor de una nueva generación de cazas, los La-7 y Yak-9 que servirían a la Fuerza Aérea

Soviética incluso después de 1945. Sin embargo, los alemanes tomaron medidas y conservaron el terreno mientras sus panzer progresaban.



Aquel avance se midió en metros más que en kilómetros, y tan solo condujo a los alemanes a profundizar en un sistema de defensa de terreno dominante desprovisto de cubierta natural, barrido por algunos de los incendios más devastadores de la guerra. Cualquier tipo de movimiento de infantería se convirtió en casi suicida. No fue tanto que los *Landser* se auto-inmolaron intentando infructuosamente progresar en su avance. Habían pasado tres décadas desde Langemarck y no había inocentes en el frente ruso. Aquel día, sin diferencia entre ellos, los fusileros y los granaderos panzer se vieron obligados a luchar a pie. Los veteranos y los soldados de reemplazo fueron al terreno y allí se quedaron. La 6ª División de Infantería<sup>107</sup> tenía siete batallones de combate. Su fuerza de combate total era de alrededor de 3.100 el 4 de julio. Para el 10 de julio, se había reducido a 1.600.

Un 40 por ciento de bajas de primera línea en una semana no es una bagatela, pero no era raro en condiciones similares, ni en Rusia ni en el oeste. El problema implicaba números absolutos. Un batallón de doscientos hombres

era tanto un grupo de supervivientes como una fuerza de combate; probablemente, su poder de combate no sería incluso menor que la reducida fuerza que sugiere. Y en una fecha tan temprana como el 6 de julio, las reservas de reemplazos de las divisiones del Noveno Ejército contaban con no más de doscientos o trescientos hombres cada una.

Para proteger con eficacia un tanque, se necesitaba una escuadra, preferiblemente un pelotón, pero en ningún caso una docena o dos de soldados de infantería. En su ausencia, al igual que el 5 de julio, los vehículos blindados de combate entraron involuntariamente en los campos de minas y fueron emboscados por puntos fuertes antitanque y T-34 sumergidos en la tierra hasta sus torretas y rodeados por equipos de asalto cercano. A distancias de cien metros y menos, incluso los Tiger eran vulnerables. Rokossovsky manejó sus reservas con eficacia,<sup>108</sup> enviándolas a medida que las necesitaba para mantener la línea o restaurarla, siempre con otro regimiento de fusileros o una brigada de tanques como as en la manga. Una larga tarde de combates desesperados por el pueblo fortificado y las alturas de Olkhovatka terminó con los rusos controlando todavía ambos lugares.

La historia era la misma a lo largo de todo el frente. Las 78<sup>a</sup>, 86<sup>a</sup> y 292<sup>a</sup> Divisiones de Infantería de Model entraron en Ponyri al amanecer, con sus Ferdinands supervivientes y vehículos de eliminación de minas reforzados por la 9<sup>a</sup> División Panzer y lo que quedaba de la 18<sup>a</sup> Panzer. Ponyri era una estación de ferrocarril y un centro de recolección/distribución de las granjas colectivas de la región. Sus edificios principales —la estación de la fábrica, el colegio, la estación de ferrocarril, el depósito de agua— estaban sólidamente contruidos: puntos fuertes naturales, enérgicamente defendidos, que inicialmente Rokossovsky apoyó con Katyushas y artillería en lugar de enviar refuerzos directamente. Los alemanes describieron una intensidad de bombardeos nunca antes experimentada y compararon los vaivenes de los combates por edificios y casas con los peores que había ofrecido Stalingrado. Los alemanes capturaron y conservaron la Colina 253.5, pero no hicieron más progresos cuando intentaron oscilar hacia el oeste y tomar las alturas de Olkhovatka por el flanco y la retaguardia.

El XXIII Cuerpo, que carecía del tipo de blindados y apoyo aéreo concentrado en el centro del frente del Noveno Ejército, tuvo aún menos éxito

contra Maloarkhangelsk. El día terminó con los alemanes todavía atascados — se podría decir atrapados— en la segunda línea de defensas rusas. Model había asumido un riesgo. Creía que la 2ª y 9ª Divisiones Panzer encabezarían el avance contra las defensas soviéticas, pero ahora aceptó que quedarían demasiado maltratadas para aprovechar el éxito. Eso le dejaba una sola división, la 4ª Panzer, para conducir al Noveno Ejército hasta Kursk.

La verdadera apuesta de Model no era el ataque en sí. Existía la creencia de que podía usarlo para forzar la ayuda de Kluge. A las 5.40 de la mañana, mucho antes de que sus propios tanques entraran en acción, Model llamó por teléfono al Grupo de Ejércitos Centro<sup>109</sup> y pidió la 10ª División de Granaderos Panzer y la 12ª División Panzer. Kluge intentó ganar tiempo. Eso le dejaría sin reserva móvil estratégica y unas evidencias cada vez mayores de que el Ejército Rojo se concentraba en su frente. Kluge tenía otro problema. El comandante del Segundo Ejército Panzer, el general Rudolf Schmidt, se había mostrado tan abiertamente ácido respecto al Führer y al partido que había sido relevado el 10 de abril con la recomendación de que fuera enviado a un hospital psiquiátrico.<sup>110</sup> Al parecer, Kluge ofreció un trato: enviaría a las divisiones solicitadas con la condición de que, si los rusos atacaban, Model asumiría el mando de ambos ejércitos.

La aceptación de Model sugirió que cualesquiera que fueran sus reservas anteriores, el éxito de Ciudadela era el mejor contrapeso frente a un ataque masivo contra el Grupo de Ejércitos Centro. O tal vez solo tenía el bocado entre sus dientes. *Fortiter in re, no suaviter in modo*, era la marca registrada de Walther Model. Pasó el día intentando hacer avanzar al Noveno Ejército por pura fuerza de voluntad, esquivando a los Shturmoviks por la mañana mientras se movía entre los cuarteles generales subordinados, y luego se quedaba con la 2ª División Panzer durante la mayor parte de la tarde. Podría haber estado también en un puesto de mando de batallón. Las instalaciones de comunicaciones de una división eran insuficientes para controlar una batalla a la escala de un ejército, especialmente cuando la propia división estaba seriamente comprometida.

La anticipación y la retrospectiva son elementos básicos de la historia militar. Sin embargo, debería haber quedado claro después del primer día que Kursk en 1943 no era Francia en 1940 o Rusia en 1941. Esta situación

necesitaba un gestor de batalla más que un capitán. Para lograr una victoria era necesario ganar primero, y eso requería una supervisión más que una intervención. Mientras el comandante viajaba por su frente, quedaban sin aprovechar las oportunidades fugaces, y los avances focalizados no recibían apoyo.

Model no regresó finalmente a su cuartel general hasta las 9.30 de la noche para planear lo que se convirtió en el error del día siguiente, a saber, utilizar las 9ª y 18ª Panzer, más lo que quedaba de las 86ª y 292ª de Infantería, para tomar Ponyri y embocar hacia el sur en dirección a Olkhovatka. La 2ª y la 20ª Panzer y la 6ª de Infantería, más aproximadamente una docena de Tiger reparados a toda prisa, y con el apoyo de la 4ª Panzer, golpearían la cresta de Olkhovatka y la Colina 274, y luego avanzarían hacia Teploye. En este momento, Model iba a la cabeza con los tanques porque el Noveno Ejército se estaba quedando sin infantería.<sup>111</sup> Pero este no era el único problema. La Luftwaffe se estaba quedando sin combustible. La ralentización doméstica en la producción había aumentado a causa de los ataques partisanos contra los trenes de combustible, objetivos vulnerables que proporcionaban resultados espectacularmente gratificantes.

Tras calcular los recursos disponibles, el comandante de la 1ª División Aérea, el general Paul Deichmann, apostó, posiblemente más que el propio Model, por un avance el 7 de julio que daría comienzo a las 5.00 de la mañana. 190 aparatos de las JG 51 y 54 limpiaron de Shturmoviks las líneas de avance de los panzer. Los bombarderos de nivel entraron detrás de ellos, y luego los Stukas. Los soviéticos se habían pasado la noche reparando las alambradas, sembrando nuevos campos de minas, desplegando más cañones y cohetes, y apostando tanques para reforzar a las presionadas formaciones de fusileros. Los ataques aéreos fueron la señal de un bombardeo masivo, más duro que cualquiera lanzado en cualquier parte hasta la fecha durante toda la guerra. Las zonas de ataque eran tan angostas que para los panzer la maniobra era prácticamente imposible. Los tanques subían uno tras otro mientras los proyectiles de artillería pesada disparados a larga distancia penetraban en su fina cubierta trasera y el blindaje del techo de las torretas. Los supervivientes emergieron del humo y el polvo para encontrarse en un matadero de 25 kilómetros de cañones antitanque con el apoyo de T-34 enterrados. Todo lo

que parecía un terreno muerto era, en realidad, un campo minado, generalmente cubierto por equipos de ataque cercano.

Los rusos veían Ponyri como la clave de la posición del frente Central<sup>112</sup> y creían que los alemanes estaban decididos a capturarlo a toda costa. Las defensas se reforzaron en la misma medida según se desarrollaban los combates. La 307ª División de Fusileros recibió el apoyo directo de tres brigadas de tanques y otros dos regimientos independientes, con suficientes cañones antitanques para proporcionar una relación de más de 100 por kilómetro y medio, y con no menos de 380 cañones —una densidad nunca igualada en el frente ruso o en cualquier otro lugar—. Los alemanes golpearon Ponyri cinco veces en la madrugada del 7 de julio. En todas las ocasiones, la 307ª se mantuvo firme y contraatacó. No fue hasta alrededor del mediodía cuando los alemanes se hicieron con una cabeza de puente permanente en las afueras de la ciudad, aguantando una resistencia cada vez más fuerte reforzada desde el aire por bombarderos medianos y Shturmoviks, que aquel día arrojaron más de siete mil quinientas bombas de carga hueca a lo largo de la línea de combate.

A las 3.30 de la tarde, los alemanes reaparecieron sufriendo unas pérdidas aún más duras y casi sin razón de ser. La ciudad no podría ser asaltada ni rodeada. En lo que parecía para ambos bandos un día que nunca terminaría, todavía había luz suficiente a las 7.00 de la tarde para que el XLI Cuerpo Panzer hiciera un último intento. Su comandante, el teniente general Josef Harpe, era un declarado simpatizante nazi y un tanquista tan duro como cualquier otro en el ejército alemán. Empleó sus últimas reservas. La 307ª División de Fusileros —más bien lo que quedaba de ella— abandonó finalmente sus posiciones de vanguardia. Durante unos minutos alrededor de las 7.30, pareció abierta una vía en el flanco y la retaguardia de los rusos. Posteriormente, los cañones antitanque la cerraron de nuevo, y los alemanes, severamente desgastados, se retiraron a sus líneas de inicio pagadas a precio de sangre, a mitad de camino hacia Ponyri.

El pretendido *Schwerpunkt* de Model para el 7 de julio<sup>113</sup> era, sin embargo, el sector del ataque del XLVII Cuerpo Panzer. La 2ª División Panzer, que tenía casi doscientos tanques y cañones de asalto bajo su mando, más las dos docenas de Tiger del 505º, entró en combate empleando una nueva

formación: el *Panzerkeil*, o cuña blindada, replica de una táctica de la Edad Media. En la punta de esta se situaron los tanques con el blindaje frontal más pesado, los Tiger. Los tanques más ligeros y los cañones de asalto se desplegaban hacia el exterior en cada flanco; los vehículos ligeros, camiones y semiorugas, al centro de la formación. A diferencia de las tácticas alemanas en los primeros años de la guerra, la cuña dependía de la profundidad y el impacto más que de la amplitud y la movilidad. Sus supuestos eran que las tripulaciones antitanques serían menos efectivas porque tendrían que ajustar las distancias constantemente, y que los cañones se concentrarían en los tanques con blindaje más pesado. Con una compañía de desactivadores de minas para abrir senderos transitables, el general de división Vollrath Lübbe se mostraba razonablemente confiado en que sus tanques cruzarían la línea de salida. Pero los ataques aéreos de apoyo estaban limitados en fuerza y tiempo; después de las 7.00 de la mañana, el peso del poder aéreo disponible se desplazó al sector de Harpe. Rokossovsky había enviado dos de los cuerpos del Segundo Ejército de Tanques a este sector, y contraatacaban constantemente en formaciones de hasta treinta a la vez. Se esperaba que la combinación superior de efectivos, la velocidad relativamente alta de los T-34 y el efecto acumulativo del bombardeo constante prolongaran el objetivo alemán el tiempo suficiente para que los rusos llegaran a un lugar cercano.

La óptima respuesta de los alemanes fue detener y aprovechar sus cañones más rápidos y su superior servicio de observación. El ritmo constante de inicio se convirtió en una serie de arranques e interrupciones que dieron el tiempo suficiente a los rusos para tomar un respiro y recuperarse. Los informes soviéticos destacan que la 140ª División de Fusileros estuvo repeliendo no menos de trece ataques antes de acabar cediendo terreno. Poco antes del mediodía, los panzer irrumpieron por el centro, situándose a menos de cinco kilómetros de distancia de Teploye, y a un kilómetro y medio más de Olkhovatka. El terreno parecía óptimo para avanzar pero, nuevamente, las divisiones de fusileros soviéticas de los flancos resistieron y contraatacaron, desconectando las puntas de lanza de los tanques y la infantería atrapados en campos de minas invisibles, y detenidos por puntos fuertes camuflados en el flanco derecho. Los Shturmoviks, apoyados por Yak-9 modificados con un cañón de 37 mm montado en el fuselaje, saturaron las defensas alemanas cuyos

combatientes se vieron muy superados en número. La 1ª División Aérea logró solo 307 incursiones contra las 731 de los rusos, pilotadas por hombres cuyas habilidades habían mejorado a través de la experiencia en las batallas de «aprender o morir» de los días anteriores. Para el 7 de julio, en el sector de Olkhovatka, los grupos Shturmovik reclamaron treinta y cuatro muertes sin pérdidas. El flanco alemán de primera línea podría reforzarse solo a expensas de dejar las áreas de retaguardia del Noveno Ejército descubiertas frente a los ataques soviéticos que cada día crecían en número y efectividad.

La falta de efectivos también era crítica en otra área. Una división panzer tenía solo cuatro batallones de infantería, uno montado sobre semiorugas blindados y tres en camionetas comunes. Estos granaderos panzer, como habían sido rebautizados en 1942, estaban concebidos para trabajar con los tanques,<sup>114</sup> atacando a su lado o por delante de ellos contra posiciones fortificadas o campos de minas. Para facilitar la extracción rápida de puntos fuertes, los batallones incluían una formidable variedad de armas de apoyo: morteros, cañones de infantería ligera o cañones cortos de 75 mm montados sobre semiorugas. Los camiones y los semiorugas permitían que la infantería se adentrara más en la zona de batalla antes de desmontar y alcanzar rápidamente a los tanques una vez que se rompieran las líneas de defensa y se eliminaran o contuvieran los restantes focos de resistencia. Sin embargo, en el frente del Noveno Ejército la fuerza de las defensas obligó a los granaderos panzer a ir a pie casi desde el comienzo de cualquier avance. A partir de ese momento, su potencia de fuego adicional se convirtió literalmente en una carga: había que avanzar con ella o recurrir a las bayonetas, granadas y afiladas herramientas para cavar trincheras contra los omnipresentes puntos fuertes. Los tanques que se quedaron para ayudar a la infantería se convirtieron en blancos fáciles. Lo mismo ocurrió con los tanques que avanzaron de manera independiente. No había nada intrínsecamente malo en las tácticas de los panzer. Era, más bien, que las fuerzas que las ponían en práctica eran demasiado débiles para la situación específica. La combinación de defensa de las divisiones de fusileros y los enormes contraataques aéreos y blindados hicieron que los panzer se detuvieran antes del anochecer.

En la mayoría de los casos, los tanques y la infantería establecieron defensas perimetrales en el terreno que habían ganado, un reflejo no solo de la



determinación de aferrarse al lugar, sino del reconocimiento de que tendrían que luchar para retirarse, igual que habían luchado hacia adelante. Era mejor excavar pozos de protección y abrir trincheras, mantenerse alerta frente a las omnipresentes patrullas del Ejército Rojo y maldecir a las no menos ubicuas «máquinas de coser» con sus bengalas y sus bombas.

En principio, la habilidad táctica significativamente mayor de los alemanes superaba las ventajas inherentes a la defensa. En la práctica, el Noveno Ejército había recibido más de trece mil bajas<sup>115</sup> en dos días, una abrumadora cantidad de ellas entre la infantería y, en consecuencia, insustituibles incluso mediante carne de cañón recién llegada. Las pérdidas reales de tanques en esta etapa son difíciles de determinar con precisión. En el bando alemán, nadie llevaba la cuenta; a través de la línea de combate, había tantas armas alcanzando cada objetivo que los soviéticos contaban el triple. Desde el comienzo de la ofensiva, los mecánicos alemanes estaban reparando tanques y reabasteciendo los suministros de unas municiones tan agotadas que Model había llamado a Berlín para un envío de emergencia de cien mil cartuchos. Las bajas totales en tanques —alrededor de cincuenta— fueron sorprendentemente modestas. Pero cuánto tiempo durarían los trabajos de reparación de campo era algo que nadie podía preveer. Las tripulaciones sufrían no solo por el estrés del combate, sino también por el cansancio. Tres días sin dormir no era inusual entre los tanquistas. La escasez de combustible y el esfuerzo general de la Luftwaffe también habían empeorado.

¿Desgaste en el lado equivocado de la hoja de balance? Quizás. Pero la inteligencia alemana calculaba que los rusos habían perdido más de sesenta mil hombres, trescientos tanques e incluso más aviones. Model, que había vuelto a pasar el día viajando entre sus cuarteles generales, no era estúpido, pero tampoco era reflexivo. Hubiera sido contrario a su carácter adoptar un enfoque independiente y crítico ante los informes de inteligencia o, de hecho, ante los acontecimientos de las últimas 72 horas. Los duros combates del Noveno Ejército tenían que haber erosionado las reservas soviéticas que tenía frente a él. Y si los rusos planeaban algo realmente grande en el frente del Grupo de Ejércitos Centro, la mejor manera de disuadirlo era desviarlo. Manstein estaba progresando sólidamente en el sur. Aparte de cualquier sensación de competencia con un colega tan diferente en el fondo y en el

temperamento, continuar con el ataque en el sector del Noveno Ejército le parecía a Model claramente la opción más prometedora y la peor disponible.

### III

Manstein y Model tenían poco en común como comandantes, pero sus órdenes iniciales eran duplicados casi exactos: dos cuerpos fuertes descendiendo por el centro, cubiertos en cada flanco por elementos más débiles. El Grupo de Ejércitos Sur atacaría con fuerza concentrada desde la línea Belgorod-Tomarovka, atravesaría las defensas soviéticas y se encontraría con Model en algún lugar al este de Kursk.

Nikolai Popel, comisario político principal del Primer Ejército de Tanques, comparó tiempo después el ataque del Cuarto Ejército Panzer con el movimiento de un caballo de ajedrez. La metáfora era errónea. El plan del comandante del ejército Hermann Hoth no tenía nada en común con la espontaneidad libre asociada a los caballos de un tablero de ajedrez. Fue un ejercicio directo de fuerza sobre fuerza. Al principal ataque de Hoth, hacia Oboyan, se le asignó un sector de sólo 25 kilómetros de diámetro, y su objetivo geográfico, la ciudad de Oboyan, estaba a 50 kilómetros de allí: una gran distancia para un frente estrecho.

Si fallaba un martillazo, una opción era enviar un martillo más grande. Pero el Cuarto Ejército Panzer ya tenía el martillo más pesado<sup>116</sup> que podía proporcionar Alemania. El XLVIII Cuerpo Panzer y las Waffen SS tenían casi mil cien tanques y cañones de asalto entre los dos. La 4ª Flota Aérea contaba casi con 1.100 aviones, y 966 de ellos estaban concentrados en el VIII Cuerpo Aéreo, que estaba especializado en el apoyo directo en tierra. Manstein esperaba contar con los casi 250 Stukas y 75 He-129 —destruidores de tanques— desde el principio.

El 10 de mayo, Manstein se reunió con Hoth<sup>117</sup> y los comandantes superiores del XLVIII Cuerpo Panzer. Para entonces, Manstein ya había decidido que una línea recta era la distancia más corta entre dos puntos. Dada la geografía de su sector, la mejor opción era un ataque frontal masivo de blindados, utilizando las limitadas fuerzas de infantería para proporcionar protección a los flancos. El objetivo inicial era cruzar el río Psel y luego

capturar la ciudad de Oboyan, situada en un cruce de carreteras. Kursk sería la próxima parada. En el transcurso de una discusión espontánea sobre la mejor manera de hacer que funcionase, Manstein insistió en que no solo iba a ser una lucha dura, sino también larga. La batalla principal comenzaría solo cuando se hubieran penetrado las primeras líneas de defensa. Solo eso requeriría una planificación detallada y precisa basada en las tácticas de armas combinadas que eran la esencia de la doctrina Panzer. Plomo con tanques pesados, artillería para despejar posiciones antitanques y esperar grandes ataques aéreos soviéticos desde el principio. Al día siguiente, Manstein comunicó la misma urgencia a las SS en el cuartel general del cuerpo: no dar nada por sentado y asumir que se enfrentarían continuamente a fuertes defensas. Había que prepararse bien ya que no era el momento para la improvisación heroica.

Puede que Manstein estuviera transmitiendo sus dudas. También puede ser que estuviera haciendo hincapié en la importancia de un avance temprano. En cualquier caso, en las semanas previas al ataque, respetó el principio alemán establecido de delegación, permitiendo a los subordinados planificar los detalles y escuchar sus propuestas específicas. Las divisiones panzer ensayaron con unidades pequeñas, haciendo hincapié en la cooperación con la Luftwaffe y las tácticas para superar las defensas antitanque en profundidad. Mientras tanto, Hermann Hoth reflexionaba.

Hoth era lo que los alemanes llaman *ein alter Hase*,<sup>118</sup> «una liebre vieja». A diferencia del zorro —incluso el Zorro del Desierto— que burla el peligro, la liebre se mantiene viva al anticiparse. Ya en marzo, Hoth había expresado sus dudas sobre los preliminares proyectados por Hitler para Kursk. Cuestionaba si las pérdidas de las divisiones panzer serían o podrían ser reemplazadas. Y estaba aún más preocupado por las reservas de blindados que el Ejército Rojo podría movilizar alrededor del saliente de Kursk. A medida que aumentaban los preparativos para la propia operación Ciudadela, también lo hacían las preocupaciones de Hoth sobre este último punto. Bien consciente de las fuertes reservas soviéticas que se movían a una posición justo fuera del teatro de operaciones, se convenció de que representaban un riesgo demasiado grande para ignorar su flanco derecho, especialmente si el avance alemán era más lento de lo esperado.

Y el retraso, a su vez, razonaba Hoth, estaba virtualmente garantizado, ya que según lo configurado, el XLVIII Cuerpo Panzer probablemente tampoco alcanzaría sus objetivos y aseguraría su flanco izquierdo en el mismo marco de tiempo. Hoth abordó parte del problema convenciendo a Manstein para que agregara la 3ª División Panzer al orden de batalla, lo que permitiría su implicación desde el comienzo de Ciudadela. El otro elemento, mayor, se escapaba de su control. Para que descansaran los tanquistas y los granaderos panzer era necesario que los fusileros del Cuarto Ejército Panzer mantuvieran el frente durante más días y semanas de lo que recomendaba la doctrina o el sentido común. Las divisiones de infantería estaban calificadas como «satisfactorias», pero la evaluación era, en el mejor de los casos, excesivamente generosa y, en el peor, imprudentemente optimista. Manstein comprendió el problema.<sup>119</sup> El 1 de junio advirtió a Zeitzler de que no solo podría ocurrir que el ataque no tuviera éxito con las fuerzas actualmente asignadas, sino que la concentración de la fuerza alrededor de Kursk abriría amplias oportunidades para que el Ejército Rojo provocara varias crisis en otros lugares.

«Si se hace cuando se debe hacer, entonces es mejor que se haga rápidamente». Con esta máxima, Manstein puso toda la carne en el asador sin dejar reservas significativas del sector. Hoth también reforzó esta convicción de que atravesar directamente las defensas rusas sería un proceso largo y absolutamente costoso. En la visita de Manstein del 10 al 11 de mayo<sup>120</sup> al Cuarto Ejército Panzer, Hoth sugirió que una línea recta no era necesariamente la distancia más corta entre dos puntos operativos. El terreno frente al río Psel, y el curso y la disposición del propio río, sugerían que cruzar a la otra orilla llevaría mucho tiempo. Si sus cuerpos tuvieran que luchar por las cabezas de puente, estarían abiertos a un ataque de flanco por parte de las reservas estratégicas soviéticas, montadas desde el noreste, a través del paso entre el Psel y el Donets.

Hoth recomendó que, en lugar de avanzar en línea recta con el XLVIII Cuerpo Panzer, el II Cuerpo Panzer SS se desviase hacia el noreste sin pasarse del Psel y empujara a los rusos hacia sus cañones alrededor de la aldea de Prokhorovka. El III Cuerpo Panzer, a su vez, cambiaría su eje de avance hacia el noreste y golpearía el flanco derecho de los soviéticos que atacasen a las

SS. El XLVIII Cuerpo Panzer, con la División Grossdeutschland haciendo el trabajo pesado, se mantendría al tanto de lo que hicieran las SS, cambiando de dirección para corresponderse con sus movimientos y reforzando el esperado compromiso decisivo cuando fuera necesario. A partir de allí, el Cuarto Ejército Panzer podría avanzar en cualquier dirección adecuada: hacia el norte hasta cruzarse directamente con Model, al noreste en la retaguardia izquierda de los rusos en el saliente de Orel, tal vez incluso hacia el este, para otro «golpe de derecha» que les hiciera ganar tiempo. Una serie de ejercicios cartográficos llevados a cabo por Kempf, Hoth y sus comandantes de cuerpo iniciados el 29 de mayo habían desarrollado el concepto. Entre el 3 y el 5 de junio, el Grupo de Ejércitos Sur llevó a cabo las maniobras finales. Más tarde, ese mismo mes, Hoth ejecutó un ejercicio de puesto de mando para el Cuarto Ejército Panzer, en el que puso a prueba el curso previsto de los primeros días de Ciudadela. El 2 de junio, el diario de guerra del Cuarto Ejército Panzer consideraba asentada la «variante Hoth».

La decisión apenas resultó tranquilizadora. Cambiar los ejes de avance de los panzer seguiría dejando abierto el flanco derecho del Grupo de Ejércitos Sur. Y abordar este problema enviando al III Cuerpo Panzer hacia el norte dejaba a las divisiones de infantería del Destacamento de Ejército Kempf la misión de asegurar con sus propios y limitados recursos sectores que, en algunos casos, medían ciento cincuenta kilómetros. Este era un riesgo considerable, especialmente si se retrasaba el avance principal.

Al igual que muchos altos generales alemanes, Manstein era aficionado a los caballos<sup>121</sup> del mismo modo que George Patton lo era en el bando aliado. Para relajarse, montaba una hora cada día hasta que Hitler, quien temía una acción partisana contra el mariscal, explotó. El ayudante de Manstein respondió organizando una escolta motorizada. Aquello, sin embargo, acabó con la afición de Manstein en todos los sentidos y, tras recibir lo que se merecía, dejó de montar de mala gana.

Por otro lado, el mariscal de campo abrazó la alta tecnología con el tren que adoptó para su cuartel general móvil.<sup>122</sup> Su media docena de vagones contaban con seguridad antiaérea y terrestre, mantenían un elaborado sistema de comunicaciones y, sobre todo, proporcionaban condiciones de trabajo y de vida estables. Cualquier tonto puede estar incómodo y, aunque Manstein no

estaba decrepito, a los cincuenta y ocho años ya había superado su juventud. El tren también le permitía visitar los cuarteles generales subordinados durante el día, luego viajar al siguiente destino durante la noche y llegar descansado y desayunado.

El ataque del Grupo de Ejércitos Sur<sup>123</sup> comenzó a última hora de la tarde del 4 de julio. En el sector del XLVIII Cuerpo Panzer,<sup>124</sup> los batallones de granaderos panzer de la Grossdeutschland y la 11ª División Panzer avanzaron bajo una lluvia torrencial contra la zona de avanzada soviética y su red de aldeas fortificadas. La Grossdeutschland había comenzado la guerra como un regimiento de infantería de élite, y se enorgullecía de mantener las habilidades tradicionales de la infantería. Pero las minas, las armas pequeñas y la artillería convirtieron lo que se esperaba fuera un ataque frontal en una operación de paradas y avances que se prolongó hasta la tarde. La lucha fue lo suficientemente dura y las bajas lo suficientemente altas como para que la división y el cuerpo asumieran que se habían roto las defensas y ordenasen que la fuerza blindada principal se moviera hacia posiciones de ataque.

El amanecer llegó alrededor de las 3.00 de la madrugada con la promesa de un tiempo cálido y despejado. Durante la noche, había habido más tormentas fuertes en el sector de Manstein, y gran parte del terreno estaba blando durante la mayor parte del día. Una preocupación más inmediata fue el bombardeo soviético que retrasó el ataque inicial hasta aproximadamente las 4.10 de la mañana, cuando la artillería y los cohetes bombardearon las posiciones delanteras del frente de Voronezh durante cincuenta minutos. Los Stukas y los bombarderos medios<sup>125</sup> del VIII Cuerpo del Aire aparecieron cuando terminó la cortina de fuego, golpeando la estación de ferrocarril de Kursk y las posiciones de la artillería rusa en retaguardia, y luego cambiando a los puntos fuertes visibles de las defensas de vanguardia.

Los aeródromos de la Luftwaffe en este sector estaban muy concentrados. Durante dos meses, la Fuerza Aérea Soviética los había dejado relativamente tranquilos, con la esperanza de eliminarlos en un ataque sorpresa. Cuando comenzó el aluvión ruso, los ejércitos aéreos Segundo y Decimoséptimo enviaron 150 Shturmoviks, más cazas y bombarderos de nivel, a través de la línea de frente contra los aeródromos alemanes, donde 800 aviones esperaban despegar, tocándose casi las puntas de las alas los unos con otros debido a la

saturación del mismo. Podría haber sido la oportunidad de la Fuerza Aérea Soviética para devolver el golpe del primer día de Barbarroja, cuando fue sorprendida en tierra y sufrió unas pérdidas catastróficas.

Sin embargo, la Inteligencia alemana detectó un repentino aumento de las comunicaciones entre las unidades aéreas rusas, y el radar captó a los aviones que llegaban. Los alemanes estaban lanzando su propio ataque antes de lo esperado para hacer frente a los cañones soviéticos. Aun así, los siguientes minutos fueron caóticos, ya que los bombarderos, programados para despegar primero, se apresuraron a despejar las pistas de despegue para los cazas, y luego intentaron despegar ellos mismos. Por aquel entonces, la Luftwaffe estaba especializada en emergencias. Cuando aparecieron los aviones soviéticos, los aeródromos marcados como objetivos no solo estaban vacíos, sino que los cazas alemanes tenían la ventaja de la altura.

Sus Me-109G eran, técnicamente, similares a los Yaks y LaGGs de la Fuerza Aérea Soviética, pero los pilotos de los JG 3 y 52 se contaban entre los mejores de la Luftwaffe. Un buen número de las tripulaciones de los Shturmovik, por el contrario, estaban volando sus primeras misiones con el Il-2. Los grupos de cazas soviéticos, también carentes de experiencia en gran parte, volaban escoltándolos de cerca, a igual velocidad y altitud que los Shturmovik. Cuando se separaban para enfrentarse con los cazas alemanes perdían contacto con demasiada frecuencia. Las rutas de ataque rusas quedaron marcadas por los Shturmoviks derribados. Los aeródromos seleccionados evitaron recibir daños significativos, y el VIII Cuerpo Aéreo tuvo libertad durante su ataque inicial.

El impacto se multiplicó por el muy eficaz sistema de enlace aéreo de los alemanes. Los equipos de radio de la Luftwaffe acompañaban en la acción a los cuarteles generales divisionarios y de ejército, informando regularmente sobre la situación, contactando con las formaciones y atacando a los objetivos a medida que aparecían. En la primera hora, más de cuatrocientos aviones aparecieron en un sector de apenas treinta y dos kilómetros de ancho. Una división de fusileros informó de formaciones de ochenta a la vez. ¡Otra fue golpeada por cinco grupos de Stuka sucesivamente en un frente de poco más de tres kilómetros de ancho y menos de cinco de profundidad! Estas demostraciones de bombardeo de precisión fueron más necesarias de lo que

esperaba o quería el XLVIII Cuerpo Panzer. Avanzó con tres divisiones a la vez: la 3ª, la Grossdeutschland y la 11ª, más de 450 tanques y cañones de asalto en total. Unos 350 de estos estaban en el sector de tres kilómetros del frente de la Grossdeutschland. Doscientos eran Panthers, combinados con los dos batallones de tanques de la Grossdeutschland en una 10ª Brigada Panzer provisional que parecía lo suficientemente poderosa como para atravesar las debilitadas defensas el día anterior en las incursiones realizadas por los granaderos panzer de la Grossdeutschland.

La decisión de Hoth de atacar<sup>126</sup> sin reserva alguna se ha cuestionado de manera convincente. Un frente de dos divisiones, con la 3ª o la 11ª Panzer preparada para explotar cualquier éxito táctico, era una alternativa. Otra era utilizar los Panthers como el núcleo de una fuerza de reserva en un sector donde se podría decir que había demasiados tanques involucrados en un frente demasiado estrecho. Hoth y su jefe de Estado Mayor, el general Friedrich Fangohr,<sup>127</sup> discutieron ambas opciones y las rechazaron porque la Grossdeutschland necesitaría un fuerte apoyo blindado en ambos flancos para forzar un avance inmediato. Sin embargo, Hoth tenía la confianza suficiente para establecer como objetivo del XLVIII Cuerpo el río Psel para el 6 de julio, a 48 kilómetros de distancia. Eso significaba romper la nuez de Cherkassoye, un pueblo a cinco kilómetros de la línea de salida de los panzer, cuyas defensas elaboradamente camufladas estaban ocupadas por toda una división de fusileros de la Guardia, la 67ª, la misma que había sido golpeada por cinco ataques de Stukas justo antes de que aparecieran los alemanes.

Un año o dos antes, aquello podría haber sido suficiente. Esta vez, las posiciones de la 67ª y sus puntos de apoyo respondieron con el fuego más pesado que la GD hubiera experimentado. Los Panthers habían llegado al Grupo de Ejércitos Sur el 1 de julio:<sup>128</sup> demasiado tarde para probar los tanques sobre el terreno, y mucho menos para cualquier intento de preparación sobre el terreno. Incluso, su equipo de radio no había sido probado en aras de la seguridad de las comunicaciones. La tensión entre los comandantes de los Panthers y los tanques de la GD complicó aún más la planificación.

La improvisada brigada panzer entró en combate alrededor de las 9.00 de la mañana. Los Panthers se vieron ralentizados por el terreno embarrado y húmedo para adentrarse posteriormente en un campo minado, donde algunas



cadenas se perdieron. Otros tanques quedaron atrapados en el lodo intentando salir de allí. Se suponía que el batallón de soldados de infantería de la GD a los que estaban escoltando y apoyando los Panthers empujaría hacia adelante, pero también se vio atrapado y despedazado. Los zapadores tardaron diez horas en despejar los caminos a través del campo de minas para que pudieran repararse las cadenas dañadas.

Ese fue solo un sector. El comandante de tanques de la Grossdeutschland, que lucía el ostentoso nombre de Hyazinth Graf Strachwitz von Gross-Zauche und Camminetz —sus hombres lo llamaban «Conde Panzer» y «León Panzer»— era miembro (aparentemente nominal) de la Allgemeine SS, cortesía de Heinrich Himmler. También había ganado la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro durante Barbarroja por llevar su tanque a través de un puente y aniquilar, él solo, un convoy soviético. Cuando vio que los Panthers se detenían, desvió sus propios tanques, incluida la compañía orgánica de Tiger de la GD, para apoyar a la 11ª Panzer.

Las defensas rusas eran el habitual laberinto de trincheras, campos de minas y puntos fuertes, reforzados aún más por el suelo húmedo que reducía la velocidad de los blindados. El resultado ideal para un ataque alemán era una penetración más o menos simultánea de un sector de defensa, a continuación un giro a derecha e izquierda para atacar búnkeres y puntos fuertes desde los flancos. Al igual que las posiciones japonesas en el teatro de operaciones del Pacífico, las defensas del Ejército Rojo dependían de una cadena interconectada de fuego enfilado. Cuantos más búnkeres se eliminasen, más huecos se abrirían en el muro de fuego, y más vulnerable se volvería todo el sistema para un ataque coordinado desde el frente y el flanco.

Esa era la teoría. En la práctica, los búnkeres robustamente contruidos resistían a menudo cualquier cosa excepto los proyectiles perforantes de los blindados. Durante dos años, los panzer habían sido capaces, por lo general, de provocar un «terror a los tanques» a medida que se acercaban. Alrededor de Cherkassoye, los soldados de la guardia se enfrentaron mano a mano a los Mark IV con una determinación casi suicida, saltando sobre los vehículos para volar las torretas con minas. Los tanquistas respondieron redescubriendo la táctica de la Gran Guerra de montar a horcajadas sobre una trinchera y luego girar para que se derrumbase, enterrando vivos a los defensores. A diferencia

de los acontecimientos en el sector de Model, los granaderos panzer pudieron mantener el contacto y complementar el fuego de cobertura mutuo de las ametralladoras de los tanques.

Pero Cherkassoye mantuvo su posición incluso después de que los Panthers supervivientes y sus granaderos escapasen por fin de su particular pantano y acudiesen en apoyo de la GD. La 11ª Panzer pudo presentar en su sector una serie de Mark III convertidos en lanzallamas y quemar a los defensores que a veces sirvieron junto a sus armas hasta que se asaban vivos. Incluso entonces, los supervivientes soviéticos de la 67ª y de los regimientos antitanques que estaban con ellos mantuvieron un punto de apoyo en las afueras del pueblo, retrocediendo a la segunda línea solo con el final de la luz del día, y únicamente después de que se les ordenase.

A la 3ª División Panzer, a la izquierda de la GD, le resultó más fácil. Con su flanco izquierdo eficazmente cubierto por la 332ª División de Infantería, los granaderos panzer de la 3ª tomaron el punto fuerte de Korovino al final de aquel día, y un batallón de tanques aprovechó el traslado de las reservas locales a aquel lugar para atravesar las defensas de vanguardia de la 71ª División de Fusileros para recorrer un estrecho saliente a cinco kilómetros de la retaguardia soviética.

#### IV

Las directrices finales de ataque de Hoth<sup>129</sup> a los panzer SS, repetidas en el orden del 1 de julio, eran atravesar las dos primeras líneas de defensa rusas y luego avanzar con todas las fuerzas hacia el río Psel, en el área de Prokhorovka. El II Cuerpo Panzer SS tenía la tarea, y ya lo esperaba, más exigente en el sector de Manstein. La identidad de las Waffen SS se construía alrededor de sus divisiones acorazadas.<sup>130</sup> Desde sus poco prometedores inicios militares se habían granjeado una prestigiosa reputación como algunas de las formaciones de combate más formidables en la breve historia de la guerra de blindados. Las Waffen SS comenzaron su vida en 1925 como una fuerza de seguridad para proteger las reuniones y a los funcionarios nazis. Desde sus inicios, la fuerza fue un instrumento del partido. Su lealtad personal a Hitler se manifestaba en la Leibstandarte («guardaespaldas»), del tamaño de

un regimiento, fundada en 1933. Las unidades Totenkopf («Calavera», lit. «Cabeza de muerto») fueron creadas el mismo año como guardias de los campos de concentración. En 1935, una serie de formaciones locales se agruparon en tres regimientos de Tropas de Servicios Especiales (Verfügungstruppen), que posteriormente se convirtieron en divisiones motorizadas; la Leibstandarte fue la última en reconfigurarse en mayo de 1941.

Desde el punto de vista ideológico, las SS se proyectaron como un nuevo tipo de hombre capaz de servir como modelo e instrumento para revitalizar la raza nórdica. Desde el punto de vista militar, el estilo de las SS era de una energía desmedida y una agresividad despiadada sin darse nunca por vencidas, destacándose por su velocidad y ferocidad. Su entrenamiento hacía hincapié en la dureza física e incorporaba el riesgo hasta tal punto que superaba con creces el entrenamiento del ejército. En el terreno operativo, los resultados fueron desiguales al principio. Hasta Barbarroja, las Waffen SS no alcanzaron su verdadero ser, y no fue hasta después de Stalingrado cuando se unieron al primer equipo. Solo en Kursk comenzó a ser un elemento definitorio de la guerra en el frente Oriental.

Desde la Leibstandarte, las SS se perfilaron como la élite personal del Führer. La Verfügungstruppe, que se había convertido en la División Das Reich, contribuyó a la voluntad de aprender de los profesionales a ser un buen soldado. La Totenkopf enfatizaba la ferocidad como norma. Las tres cualidades llamaban la atención. Un informe del ejército distinguía a los fusileros SS de la Das Reich por su «valentía y bravura» durante la marcha hacia Moscú; en una ocasión se lanzaron sobre tanques pesados para incendiarlos con gasolina cuando las armas antitanque resultaron inútiles. Una compañía de fusileros de la Leibstandarte fue la base de la victoria en Rostov al aferrarse a un importante puente ferroviario antes de que los rusos pudieran volarlo. La Totenkopf fue el corazón y el alma de la defensa de la Bolsa de Demyansk, provocada por la masiva ofensiva del frente Soviético del Noroeste de febrero de 1942. Los hombres de las SS no dudaron en absoluto; su espíritu de «sin cuartel, sin rendición» dejó cuatro quintos de la división como bajas en el momento en que la bolsa fue liberada en abril de 1942.

Las tres niñas bonitas de las Waffen SS pasaron la mayor parte de 1942 en Francia, siendo reconstruidas, reconfiguradas y mejoradas hasta la

categoría de granaderos panzer. De hecho, las tres tenían regimientos de tanques de dos batallones, al menos uno de sus seis batallones de granaderos panzer sobre semiorugas acorazadas, generosas asignaciones de armas de apoyo y, para Ciudadela, una compañía de Tiger. Los efectivos superaban los veinte mil. El recientemente creado Cuerpo Panzer SS estaba seguro de que era el instrumento necesario para restaurar la situación e inclinar la balanza en el este. Redistribuidos en enero de 1943, los panzer SS desempeñaron un papel crucial en la ofensiva de Manstein, pagando por la recuperación de Kharkov más de doce mil bajas. La fuerza de combate de la Leibstandarte se redujo casi a la mitad, se rebautizó la plaza de la ciudad en su honor, y sus hombres fueron acusados después de la guerra de «limpiar» un hospital por el simple hecho de disparar a sus setecientos pacientes. Cuando Manstein recibió las Hojas de Roble a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, se lo debía en buena medida a los hombres de negro de las SS.

De izquierda a derecha, la alineación de Ciudadela era Leibstandarte, Das Reich y Totenkopf: otros quinientos vehículos blindados de combate en un frente de menos de doce kilómetros. El *Schwerpunkt* del ataque era la unión de la Leibstandarte y la Das Reich, con sus compañías Tiger operando una al lado de la otra; la cúspide de una formación gigantesca del doble del tamaño de cualquier cosa desplegada en el sector de Model.

Manstein y Hausser creían que la cantidad y el espíritu de lucha,<sup>131</sup> más el apoyo de la Luftwaffe, llevaría a las SS a través de cualquier defensa que pudieran presentar los soviéticos. Los mandos del frente y del ejército eran conscientes de a quién se enfrentaban en este sector: «La guardia de Hitler». La posición había sido confiada a su contrapartida soviética, la 52ª División de Fusileros de la Guardia, fuertemente reforzada. Los panzer comenzaron a rodar a las 4.00 de la madrugada, y desde el principio encontraron una decidida resistencia combinada debido a que el Estado Mayor soviético puso en liza todos los recursos con los que contaba el Ejército Rojo.

El avance se realizó cruzando un terreno relativamente abierto, a través de campos de cereales y hierba de la estepa. Cuando los tanques progresaron y las posiciones soviéticas abrieron fuego, los Tiger tomaron los búnkeres mientras los tanques más ligeros cubrían a la infantería, que comenzó a despejar las trincheras, y también a los zapadores, que volaban las zanjias

antitanques para instalar rampas para que los tanques pudieran avanzar. Los zapadores y la infantería redujeron los búnkeres supervivientes con granadas, cargas de demolición y lanzallamas.

Todo esto se concibió como un ejercicio de Estado Mayor, pero se representó como una interminable escena digna de Dante. Un corresponsal de guerra se entusiasmaba ante «la hora del tanque». Un oficial de las SS describía —desde una distancia segura— los tanques que cargaban «como caballeros en combate con caballo y lanza». La realidad eran equipos soviéticos que les hacían frente con los lanzacohetes Katyusha disparados sobre escotillas abiertas y tripulaciones de tanques soviéticos que avanzaban para situarse en distancias de tiro que anulasen la ventaja de largo alcance de los 75 y 88 de alta velocidad alemana. Cada cañón antitanque tenía que ser silenciado individualmente, cada trinchera se despejaba atravesándola de un lado a otro, cada búnker era tomado en un combate cuerpo a cuerpo. Un portador de lanzallamas de la Das Reich escribía sobre la «extraña sensación de servir a este arma destructiva y era aterrador ver cómo las llamas avanzaban y envolvían devorando a los defensores rusos». Un veterano mencionó al autor, como de pasada, que desde entonces no había podido soportar el olor a cerdo asado.

No había nada que distinguiera a los adversarios en términos de valentía y determinación. La habilidad táctica no contaba en los combates a corta distancia, pero los alemanes tenían tres cosas a su favor. Una era el armamento de sus tanques, no solo por su largo alcance, sino por el excelente equipo de avistamiento que permitía apuntar con precisión a las posiciones rusas. La segunda ventaja, esta específica para cada sector, era el tercer batallón de infantería en cada uno de los regimientos de granaderos panzer de las SS y el aumento de fuerza y flexibilidad que proporcionaba. La tercera baza triunfal alemana era la Luftwaffe.<sup>132</sup> La 52ª División de Fusileros rusa exigió quince horas de ataque aéreo prácticamente ininterrumpido y sin oposición con un máximo de ochenta aviones a la vez. Estos causaron estragos no tanto en las posiciones avanzadas, sino en las trincheras de segunda línea, las posiciones de mortero, cañones y cohetes construidas para resistir los bombardeos, pero vulnerables a los ataques aéreos directos.

A las 9.00 de la mañana, los alemanes pasaron por la primera línea de defensa. Pero cada informe que llegaba a los cuarteles generales más elevados confirmaba una resistencia de una naturaleza y escala sin precedentes a pesar de la relativa ineficacia de los ataques aéreos soviéticos. Un comandante de tanque ruso describió la intensidad y la escala de la batalla como un reto para la comprensión humana. Hasta el sol estaba oscurecido por el polvo y el humo. Sin embargo, los rusos aguantaron y lucharon. Hasta las 4.00 de la tarde la Leibstandarte no tomó el punto clave de Bytkova y, para entonces, un tercio de los ocho mil hombres originales de la 52ª de la Guardia estaban muertos o heridos. Treinta minutos más tarde, los panzer de las SS recibieron la orden de avanzar: atravesar el siguiente sistema de defensa y establecer una cabeza de puente sobre el Psel. Se tardaron noventa minutos más en organizar el ataque que, rápidamente, se topó con un «frente» antitanque, un sistema integrado de posiciones de cañones que controlaba la punta de lanza de los Tiger hasta un punto donde el mando de la división ordenó que se detuviera.

La Das Reich había mantenido el ritmo a la derecha de la Leibstandarte a pesar de los problemas iniciales, causados por el terreno mojado, para mantener el contacto entre la infantería y los tanques. Durante el asalto nocturno, varias partidas del 3er Regimiento de Granaderos SS Panzer se habían infiltrado en la línea de vanguardia y habían despejado parte del camino antes de que comenzara el ataque principal alrededor de las 6.00 de la mañana. Más o menos a las 8.15, la Das Reich había alcanzado su principal objetivo inicial, el punto fuerte del pueblo de Berezov, y los granaderos panzer lo estaban limpiando con lanzallamas. Sin embargo, hasta las 4.00 de la tarde, el objetivo final de la división no cayó ante un batallón de reserva incorporado a toda prisa. Inicialmente, la Totenkopf también había desempeñado bien su papel de apoyo, empujando al 155º Regimiento de Fusileros de la Guardia de vuelta y fuera de su camino, pero luego se vio detenida por una brigada de tanques que bloqueaba el camino a Oboyan. Sin embargo, Hausser, sus comandantes de división y Hoth consideraban favorables las perspectivas de las SS para el día siguiente.

No se puede decir lo mismo del Destacamento de Ejército Kempf.<sup>133</sup> Su primera tarea consistió en cruzar el Donets. No había aviones disponibles. La artillería era tan débil que se le asignaron temporalmente como sustitutos tres

regimientos antiaéreos de la Luftwaffe: una función de fuego indirecto inadecuada para los 88 de alta velocidad. En consecuencia, Kempf y sus comandantes de cuerpo acordaron un cruce en un frente amplio encabezado por sus tres divisiones panzer. Los blindados alemanes habían estado liderando los cruces de ríos desde 1940, y se esperaba que los múltiples puntos de ataque sumieran a los soviéticos en una predecible confusión. Pero, al final del contraataque de Manstein posterior a Stalingrado, los alemanes habían establecido una cabeza de puente en Mikhailovka, frente a Belgorod. Constantemente reforzado durante el periodo previo a Kursk, representaba una amenaza inmediata suficiente como para que el Séptimo Ejército de la Guardia estuviera en alerta a lo largo de todo su frente.

Alrededor de las 2.30 de la madrugada del 5 de julio, los rusos iniciaron un bombardeo a gran escala. Los Katyushas eliminaron uno de los puentes de pontones que conectaban Mikhailovka con las principales posiciones alemanas. Otro quedó bloqueado cuando colisionaron un cañón de asalto y un camión que transportaba pontones. Aquello significó que la 6ª División Panzer tuvo que improvisar, y la 81ª División de Fusileros de la Guardia se pasó el día demostrando que la flexibilidad táctica no era inevitablemente un sustituto de la determinación respaldada por la potencia de fuego. A las 4.00 de la tarde, la 6ª División Panzer había capturado un par de objetivos, pero su comandante reconocía que «considerando los sacrificios, no se puede llamar victoria a esto».

En el centro del Destacamento de Ejército Kempf, el 19º Batallón de Zapadores Panzer pasó la noche construyendo un puente y limpiando los campos de minas durante las primeras horas del día con bayonetas —ya que las minas de cajas de madera eran invisibles para los detectores de metales— y cortando cables. Los rusos observaban y esperaban. Minutos antes del ataque de la 19ª de Panzer, cañones, morteros y Katyushas azotaron las áreas de reunión y el punto de cruce. Sin informes de los observadores de vanguardia, la artillería de la división permaneció en silencio o disparando a ciegas entre el polvo y el humo. Sus oponentes rusos tenían puntos de observación en terreno elevado y un sistema de comunicaciones que los alemanes no pudieron interrumpir. Kempf había dividido el batallón Tiger que le habían asignado: una compañía para cada división panzer. Los Tiger de la

19ª perdieron trece de sus catorce tanques antes del mediodía, principalmente a causa de las minas. Gracias al éxito de los granaderos panzer en la explotación de la frontera entre las dos divisiones rusas de fusileros, la 19ª Panzer logró ganancias suficientes para consolidar una cabeza de puente. Pero la artillería de la división había usado tanta munición que a las 4.15 informó que era probable que necesitase reabastecimiento para respaldar la operación del día siguiente. Parte de esa capacidad de reabastecimiento la proporcionó, literalmente, la potencia de los caballos —desmodernización en la práctica—. La cabeza de puente apenas era un asidero. Tal como resumió en los diarios el comandante de división, «todo fue casi un fracaso».

En el sector sur de Kempf, los elementos principales de la 7ª División Panzer cruzaron el Donets con las primeras luces sobre un puente de pontones colocado por los zapadores de la división. Una operación de manual hasta que la artillería soviética destruyó el puente y dejó aislado al grupo de batalla de vanguardia de la 7ª bajo unos ataques aéreos y fuego de artillería cada vez más intensos. Los Tiger adjudicados de la 7ª eran demasiado pesados para cruzar el primer puente y se atascaron cuando trataron de vadear el río. Hasta las 2.00 de la tarde los zapadores no pudieron construir un puente que pudiera soportar el peso de los Tiger. Hasta entonces, lo máximo que pudieron hacer fue destruir búnkeres para los granaderos panzer, que se estaban viendo enormemente exigidos en la otra orilla.

Aquí, como en todos los sectores atacados por los Tiger, la infantería rusa los dejó pasar al principio y se concentró en la infantería que los seguía. Los Tiger, a su vez, buscaron desesperadamente cañones antitanque ocultos que provocaban impactos que probablemente no penetrarían el blindaje, pero desconcertarían a las tripulaciones. El Decimoséptimo Ejército Aéreo intervino con una serie continua de ataques aéreos que provocó que alrededor de las 3.00 de la tarde los oficiales de enlace aéreo alemanes solicitaran urgentemente la presencia de los cazas. Los 109 respondieron; los rusos aumentaron la apuesta y, antes de las 6.00, lo que había comenzado como una serie de escaramuzas a pequeña escala se convirtió en lo que los pilotos de la Primera Guerra Mundial llamaron «bola de pelo». Los Shturmoviks y los Messerschmitts se mezclaron durante más de una hora en uno de los combates aéreos más desiguales de Ciudadela. Un piloto alemán reclamó cuatro



derribos, otros seis. El Decimoséptimo Ejército Aéreo registró una pérdida de no menos de cincuenta y cinco Shturmoviks en el sector. Al final del día, la cabeza de puente alemana estaba segura. Sin embargo, aquello estaba muy lejos de ser un gran avance.

El estudio de la operación Ciudadela ha estado dominado, se podría decir que eclipsado, por las estadísticas. Eso no las convierte en irrelevantes. En el sector de Manstein, la Luftwaffe era dueña del aire, anotando más de 150 derribos de aparatos soviéticos frente a una pérdida de dos docenas. Sobre el terreno, el Grupo de Ejércitos Sur había sufrido más de 6.000 bajas a cambio de unas ganancias tácticas limitadas en frentes estrechos. Dado que las líneas de dotación de reemplazos estaban casi vacías, así como la distancia entre la zona de combate y su retaguardia, se podría decir que 6.000 hombres significaban más que los relativamente pocos tanques y cañones de asalto — no más de cuarenta o cincuenta— que quedaron permanentemente fuera de combate el 5 de julio. El número bruto, sin embargo, apenas resiste comparación con el primer día de Verdún o el 1 de julio de 1916, el primer día de la primera batalla del Somme. El debut en combate de los Panthers fue un fiasco, aunque solo dos de ellos habían sido destruidos por disparos: un homenaje a su capacidad de supervivencia. El equilibrio del desgaste por sí mismo, en resumen, no era desalentador.

No obstante, al comparar los combates del primer día en los sectores de Model, Hoth y Kempf, llaman la atención tres puntos. Primero, la habilidad soviética a todos los niveles para ocultar su fuerza y sus disposiciones, incluso a medida que se desarrollaba la batalla; *maskirovka* no se detuvo a la hora cero. En segundo lugar, está la capacidad soviética de interrumpir los horarios alemanes. Desde el comienzo de la guerra, los alemanes habían sido capaces de establecer el momento exacto y forzar el ritmo de cualquier ataque que iniciaran. Los éxitos de Manstein en el cambio de año permitieron a los alemanes interpretar el desastre de Stalingrado como una excepción, cuando no un accidente. Ahora, en las etapas iniciales de una ofensiva largamente proyectada y preparada, los rusos estaban controlando los tiempos inesperadamente. Finalmente, las experiencias de Kempf en particular sugirieron que la habilidad de los alemanes para trabajar dentro de lo que hoy se conoce como el bucle «observar, orientar, decidir y actuar» del Ejército

Rojo era un activo en disminución, cuando no un desperdicio. Los alemanes eran expertos trileros militares: conseguían que el paleta soviético apostara por qué vaso escondía la bolita. Enfrentándose a Kempf, Hoth y Model, el Ejército Rojo estaba mostrando la respuesta más eficaz: se negaban a entrar en su juego intentando mantener la iniciativa.

Un oficial superior de Estado Mayor con un poco de tiempo para reflexionar sobre los mapas y los informes de fuerza podría haber reunido las piezas. Pero, bajo el Tercer Reich, la Wehrmacht se había adaptado al ritmo de cinco minutos a la medianoche de Adolf Hitler y a un patrón de tantas tareas múltiples y estresantes que este tipo de cálculo, en su día marca característica de los generales de Estado Mayor, se había vuelto obsoleto. Había una acción que preparar para el día siguiente. Aquella mañana, un tanquista de la Leibstandarte había gritado cuando comenzó el ataque: «¡Almuerzo en Kursk!» Las fanfarronadas deben convertirse en realidad, y pronto.

## LUCHA CUERPO A CUERPO

Desde el punto de vista ruso, los alemanes lo estaban haciendo lo suficientemente bien como para confiarse. El teniente general Ivan Chistiakov, al mando del Sexto Ejército de la Guardia, manejó sus reservas con cuidado y pudo desplegar dos nuevas divisiones en su segundo escalón de defensas entre la tarde y la noche del 5 de julio. Vatutin ordenó a sus blindados que avanzaran para bloquear la penetración alemana y restaurar el frente del Sexto Ejército de la Guardia. Dos cuerpos del Primer Ejército de Tanques se enfrentarían al XLVIII Cuerpo Panzer, mientras que dos cuerpos de tanques independientes de la Guardia abordarían a las SS por delante y por el flanco.

### I

Sobre el papel, eso elevaba el número total de tanques rusos enviados contra el Cuarto Ejército Panzer a alrededor de mil. Sobre el terreno, el comandante del Primer Ejército de Tanques, el teniente general Mikhail Katukov, estaba recibiendo informes alarmantes sobre el desempeño de los Tiger. Los fusileros del Sexto Ejército de la Guardia se sostenían con la punta de los dedos, pero no ofrecían una base estable para un contraataque a gran escala. Katukov, que trabajaba en camiseta<sup>134</sup> bajo el calor de julio, recomendó que sus blindados pasaran a la defensiva hasta el día siguiente. Vatutin estuvo de acuerdo y autorizó a su subordinado que reanudara el ataque solo cuando se detuviera el

avance alemán. Los ejércitos aéreos también necesitaban tiempo para contar sus pérdidas y reagruparse para el día siguiente.

Tanto si Vatutin se había visto sacudido por la fuerza del ataque alemán como si no, estimó que era poco probable que su situación se beneficiara de la desesperación y la improvisación, al menos a nivel operativo. Tácticamente, era otra historia. A pesar de las objeciones de sus oficiales de blindados, Vatutin ordenó a sus unidades de vanguardia que enterraran sus tanques —no solo que levantaran parapetos, sino que enterrasen los T-34 a veces hasta las torretas, convirtiéndolos en pastilleros—. El razonamiento detrás de esta arriesgadísima decisión de Vatutin<sup>135</sup> era que, basándose en los informes iniciales de lo que los Tiger y Panthers podían hacer en una escenografía abierta más que localizada, los contraataques eran perjudiciales e invitaban a la destrucción de los blindados del frente Voronezh sin ningún objeto. La mejor posibilidad de vencer en Ciudadela era usar las reservas operativas a la defensiva, un rompeolas contra el cual se lanzarían las olas panzer hasta que se desarrollara el gran plan de la Stavka, y las reservas estratégicas del Ejército Rojo invirtieran la dinámica de la batalla.

La orden de Vatutin provocó una airada reacción de Zhukov ya que esta violaba la doctrina de los blindados, el sentido común y los deseos de Stalin. Nikita Krushev hizo sentir su peso respaldando a Vatutin. Puede que fuera un oficial político, pero había acumulado suficiente experiencia de primera línea en Stalingrado como para apreciar los puntos de vista de Vatutin —y las cualidades personales y profesionales del comandante del frente—. Las órdenes se emitieron: «enterradlos». Sin embargo, una simple orden no puede plasmar el cansancio ciego y tambaleante de los tanquistas, los soldados de infantería y los ingenieros que palearon durante la noche.

Para el momento de la «luz de vuelo»<sup>136</sup> del 6 de julio, el Segundo Ejército Aéreo soviético fue capaz de colocar suficientes cazas como para igualar la fuerza de un ala de combate en un cielo momentáneamente vacío. Un frente de tormenta había cerrado los campos del VIII Cuerpo Aéreo, pero cuando Hoth reanudó su ataque alrededor de las 9.00 de la mañana, los Stukas ya estaban sobre sus cabezas, aunque estos demostraron ser menos efectivos en el apoyo a tierra que el día anterior. Desde las 6.00 de la mañana, el 17º Ejército Aéreo había reanudado el envío del resto de sus Shturmoviks contra

los puentes y cabezas de puente del Destacamento de Ejército Kempf. La experiencia indicaba que los cazas se empleaban mejor en grandes cantidades, y el comandante del VIII Cuerpo de Aire, el general de brigada Hans Seidemann, respondió lanzando sus Messerschmitts para apoyar a Kempf. Eso dejó a los Stukas y a los 190 aparatos de ataque terrestre en el sector de Hoth como un bocado algo inesperado pero bienvenido en la mesa de los pilotos de los La-5. Solo el ala *Jagdgeschwader 77* (JG 77) contabilizó 10 de sus 120 Stukas derribados o muy dañados. Los bombarderos de picado seguían llegando. Solo el 6º Cuerpo de Tanques informó de cuatro ataques de entre sesenta y setenta aviones cada día. Sin embargo, el XLVIII Cuerpo Panzer se vio obligado a depender de sus propios recursos terrestres. El diario de guerra de la 3ª División Panzer señalaba lacónicamente: «Menos combatientes hoy».

El ataque comenzó con un bombardeo de artillería de noventa minutos al que los rusos respondieron con sus propios cañones y con sucesivos ataques aéreos que infligieron grandes pérdidas en los tanques que avanzaban. En el centro del frente del cuerpo panzer, la Grossdeutschland envió sus granaderos, apoyados de cerca por los tanques, contra el terreno elevado al norte de Cherkassoye, y también contra los 250 vehículos blindados de combate del 3er Cuerpo Mecanizado de Katukov. Concebido en origen como parte de un contraataque blindado, el cuerpo se encontró representando un papel de apoyo a la infantería entremezclado con la 90ª División de Fusileros de la Guardia y lo que quedaba de la 67ª. Casi de inmediato, los fortines de tanques improvisados de Vatutin demostraron su valor. Cada uno de ellos era un puesto fortificado en sí mismo<sup>137</sup> por el que había que luchar individualmente. Las torretas ofrecían blancos pequeños, y sus cañones de 76 mm eran demasiado peligrosos como para ignorarlos. Los Tiger y los Panzer IV tuvieron que cerrar su radio de acción, sacrificando la ventaja de sus cañones de alta velocidad. Dado el blindaje pesado y bien inclinado de una torreta del T-34, un impacto directo no era garantía de muerte. Y los tanques enterrados eran solo la mitad del problema de los panzer. Los comandantes soviéticos desplegaron otros tanques en posiciones ocultas frente a los inmovilizados. Los panzer que se concentraban en los vehículos blindados de combate atrincherados a menudo pasaban por alto a los que se encontraban maniobrando hasta que finalmente eran atacados desde los flancos o la retaguardia.

Los tanques ocultos en emboscada rara vez sobrevivían una vez que revelaban sus posiciones. Sus tripulaciones eran hombres muertos desde el principio. Pero se ganaron el agradecimiento de la Unión Soviética: sus vidas tenían un propósito. Y el sacrificio de los tanquistas tuvo un inesperado efecto secundario. El ajustado despliegue de blindados de los rusos solía separar a los panzer de sus granaderos. Cuando los tanques se enfrentaban, la infantería seguía moviéndose y, sin el apoyo directo e inmediato de los tanques, las pérdidas de infantería fueron enormes contra las formidables redes de trincheras y búnkeres de la segunda línea rusa. Los cañones antiaéreos del ejército y la Luftwaffe mantenían distraídos los constantes ataques aéreos rusos, pero no podían generar suficiente potencia de fuego como para sofocarlos.

La Grossdeutschland realizó un avance constante por la carretera de Oboyan. Pero, después de nada menos que ocho ataques por separado, aún le resultaba complicado un avance importante cuando sus elementos de vanguardia se vieron «asediados» por la noche. La GD había comenzado Ciudadela con más de trescientos vehículos blindados de combate, adjuntos y orgánicos. Quedaban operativos ochenta.

En el flanco izquierdo de la GD, la 3ª División Panzer se abrió paso hacia el río Pena<sup>138</sup> a media tarde, que en realidad más que un río era un arroyo aunque con unas orillas lo suficientemente pantanosas como para intimidar incluso a los Mark III y IV. Un terreno elevado en su lado más alejado —aunque bajo por su altura real— concedía a los tanques soviéticos y cañones anticarro una ventaja suficiente como para bloquear el avance alemán. Con un poco de ayuda de la GD y la infantería de la 167ª División, la 11ª Panzer entró en Olkhovatka (una aldea con el mismo nombre que la tan disputada en el sector del frente Central), pero no logró avanzar más contra la 1ª Brigada Mecanizada, cañones antitanque y fusileros de apoyo. Hoth no estaba satisfecho con el lento progreso en el sector de Knobelsdorff, quien por otra parte no esperaba milagros como buen soldado de infantería veterano y experimentado que era.<sup>139</sup> Puede que su Cuerpo llegara tarde, pero rebasaría la segunda línea de defensa y se alinearía con las SS: solo necesitaba «un día más».

El 5 de julio, los hombres de las runas de rayos<sup>f</sup> se habían aproximado a lo que se esperaba de Ciudadela desde el principio. Los equipos de reparación habían reducido las pérdidas a largo plazo de blindados a alrededor de quince, lo que permitió que los regimientos de blindados volvieran casi a la fuerza establecida al principio. El 6 de julio, Hausser los desplegó en un frente aún más estrecho. La Leibstandarte y la Das Reich volvieron a estar codo con codo en un frente de poco más de nueve kilómetros, con un río poco profundo y terreno blando en ambos flancos. Su primer objetivo fue una red de alturas fortificadas,<sup>140</sup> el núcleo de la segunda línea rusa en el sector. La Leibstandarte salió alrededor de las 7.30 y recibió fuego y pérdidas provocadas por elementos del Primer Ejército de Tanques, pero a media mañana avanzó a través de los restos de la 51ª División de Fusileros de la Guardia, dio un rodeo frente al pueblo de Yakovolevo, y empujó a los defensores soviéticos hacia el oeste. Mientras los granaderos panzer mantenían a raya a los rusos, un grupo de combate blindado se internó hasta trece kilómetros dentro de las defensas soviéticas antes de encontrarse con la siguiente zona de campos minados, búnkeres y cañones anticarro.

Los panzer ya habían repostado y se habían rearmado en la zona de vanguardia una vez aquella tarde. Ahora estaban cayendo víctimas de las minas diseminadas en los caminos y senderos, y ocasionalmente señaladas por perros especialmente entrenados. El vehículo de radio del enlace de apoyo aéreo fue destruido, lo que no era una pérdida menor para una punta de lanza que en ese momento se encontraba más allá del alcance efectivo de su propia artillería. La oscuridad que se aproximaba justificaba sobradamente la decisión de suspender las operaciones.

La Das Reich se enfrentó a desafíos aún más duros en las primeras etapas. Su principal regimiento de granaderos panzer fue detenido frente a la Colina 243 por un lodazal que llegaba hasta la rodilla, campos de minas, tanques enterrados y fuego de artillería y cañones pequeños. Los Tiger de la división detuvieron un contraataque blindado, pero hasta que el cuartel general de la Das Reich pudo coordinar un ataque aéreo y de artillería de noventa minutos en la colina, la infantería no pudo asaltar y despejar el complejo de búnkeres y trincheras. Era el tipo de flexibilidad basada en la tecnología en la

que destacaban los alemanes, lo que permitió a los tanques de la Das Reich seguir el ritmo de la Leibstandarte en el transcurso de la tarde.

Para el final del día, las SS habían roto la segunda línea del sistema de defensa. Pero los puntos fuertes soviéticos en los flancos se mantenían y resistían. Alrededor del mediodía del 5 de julio, los informes de la Leibstandarte habían transmitido una «impresión general de que los rusos estaban huyendo». Por la noche, sus informes hablaban de «resistencia dura y decidida»<sup>141</sup> con «fuerte» apoyo aéreo. El cuerpo informó de un total de 552 prisioneros el primer día. Solo quince fueron entregados por la Leibstandarte. Fue suficiente para los interrogatorios. Los prisioneros de guerra recién capturados dijeron que las compañías de fusileros estaban bien provistas de armas y munición. Las raciones eran buenas, gracias en parte a los suministros. Décadas más tarde, los veteranos del Ejército Rojo recordarían su sorpresa y diversión ante las cajas de cartón que contenían paquetes de sal, cigarrillos elaborados en fábricas y papel higiénico que solía usarse para escribir cartas a casa. La moral generalmente se describía como «buena». Pero las SS ya lo sabían. A pesar de todas las encendidas narraciones de participantes y corresponsales después de la batalla, el terreno ganado por la Leibstandarte y la Das Reich el 5-6 de julio no fue más que un estrecho saliente, sobre un mapa que se asemejaba un poco a un dedo medio hacia arriba.

Si pudo hacerse algo más sigue siendo una cuestión abierta. La Leibstandarte propuso establecer una cabeza de puente sobre el Psel al día siguiente, pero a medianoche sus Tiger seguían batallando contra los T-34. El cuartel general del Cuerpo, además, tenía otras preocupaciones. La doble misión de la Totenkopf como fuerza ofensiva y flanco de guardia implicaba, en el mejor de los casos, una dispersión del esfuerzo. Con la compañía Tiger encabezando la marcha, los grupos de batalla blindados lograron avances de hasta 32 kilómetros, cruzando la carretera Oboyan-Belgorod y llegando al ferrocarril Belgorod-Kursk antes de detenerse. Hasta ahí, todo bien. Pero el éxito del avance de la división dejaba su flanco derecho —y el del cuerpo— cada vez más expuesto. Según el manual panzer, la seguridad era una tarea de la infantería, pero la división asignada ya había sido comprometida en otra parte. Manstein había sido consciente del problema potencial y había subrayado su necesidad de, al menos, dos divisiones de infantería más, pero se



le habían denegado. Mientras tanto, a la Totenkopf se le ordenó encontrar guardias de flanco con sus propios recursos —a expensas de ser capaz de desarrollar oportunidades en el sector principal.

El humo, los espejos y las demostraciones de fuerza funcionaron suficientemente bien durante la tarde. Pero los soviéticos continuaron primero hostigando, y luego contraatacando, el alargado flanco derecho de los panzer SS. Las órdenes de Hoth para el día siguiente<sup>142</sup> elogiaron el «imparable ataque hacia adelante» del cuerpo y reconocieron el problema ordenando a la Totenkopf que atacara al día siguiente temprano en dirección este-noreste y tantas veces como pudiera, asegurando así el flanco del cuerpo y apoyando el avance del III Cuerpo Panzer.

## II

A diferencia de Model y Rommel, Hermann Hoth no convirtió en costumbre intentar mandar un ejército desde el frente. Pero desde el comienzo de Ciudadela, había estado visitando los cuarteles generales de los cuerpos de ejército y divisonarios, observando por sí mismo y haciendo recomendaciones. Hoth había esperado superar la segunda línea de defensa rusa el 6 de julio. El terreno embarrado y la resistencia lo habían evitado, pero el comandante del Cuarto Ejército Panzer se sintió cómodo describiendo el día como «un éxito completo».<sup>143</sup> Manstein, sin embargo, estaba lo suficientemente preocupado ante la falta general de avances que, el 6 de julio, solicitó al alto mando del Ejército que liberara al XXIV Cuerpo Panzer. Cuando Zeitzler se negó,<sup>144</sup> Manstein respondió ordenando a Hoth que siguiera martilleando. Pero ambos generales entendían demasiado bien que el éxito posterior del Cuarto Ejército Panzer dependía de que Kempf y el III Cuerpo Panzer aseguraran el cada vez más expuesto flanco derecho de Hoth.

Como todo lo demás sobre Ciudadela, aquello era más fácil de decir que de lograr.<sup>145</sup> Para el 6 de julio, Breith había ordenado a la 19ª División Panzer que se desplazara hacia el norte a lo largo del Donets, mientras que las 6ª y 7ª Panzer avanzarían hacia el noreste con la doble función de guardia de flanco y fuerza de ataque. La 6ª Panzer necesitó toda la mañana para concentrarse y cruzar el puente de pontones pesados en el sector de la 7ª Panzer. Las otras

dos divisiones estaban en acción antes del amanecer. La 19ª Panzer perdió dieciocho tanques en las minas antes de cambiar con éxito su eje de avance, sorprendiendo a la 81ª División de Fusileros de la Guardia por el flanco y la retaguardia, y capturando el pueblo fortificado de Razumnoye y sus alrededores. Pero las bajas en los regimientos de granaderos panzer eran elevadas; la defensa rusa fue exhaustiva y obstinada, y los feroces contraataques impresionaron a los numerosos reemplazos novatos de la división.

La 7ª Panzer, la antigua «División Fantasma» de Erwin Rommel, iba en cabeza, con su 25º Regimiento Panzer y una compañía adjunta de Tiger, para llegar a Krutoi Log antes de encontrarse con una posición de bloqueo que fue establecida la noche anterior por una división de reserva enviada desde el Séptimo Ejército de la Guardia. La 73ª de Fusileros de la Guardia respondió a las dudas sobre la capacidad del Ejército Rojo para luchar fuera de las posiciones establecidas. «¡Adelante a todo gas!» («*Mit Vollgas heran!*») era la orden de un comandante de batallón de tanques. En cambio, el terreno quebrado de forma natural utilizado por los cañones antitanques, y los rifles en manos de hombres decididos, bloquearon a los alemanes a lo largo del día. Rara vez los experimentados granaderos panzer se encontraron con tales niveles de potencia de fuego; incluso los Tiger fueron puestos en jaque. Hasta que la 6ª Panzer, por el principio de mejor tarde que nunca, alcanzó el flanco izquierdo de la 7ª, la división no pudo reanudar un avance que —como tantas veces en otros sectores— se detuvo al caer la noche al pie de una colina sin nombre, espesamente arbolada y rodeada por lo que parecían ser cientos de cañones rusos.

El 6 de julio Vatutin había pasado casi tanto tiempo discutiendo con sus superiores<sup>146</sup> como peleando contra los alemanes. Cada vez era más evidente que los contraataques blindados del cuerpo de tanques del frente de Voronezh eran demasiado pequeños para tener un efecto grave sobre la masa de los blindados alemanes. Vatutin respondió solicitando el envío inmediato de cuatro cuerpos de tanques adicionales de la reserva de la Stavka. Esta fuerza formidable permitiría un contraataque con suficiente peso para, al menos, cambiar el equilibrio en su sector.

Vasilevsky estuvo de acuerdo, recomendando dos cuerpos de tanques como refuerzos directos y moviendo el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia más cerca de la zona de combate. Stalin telefoneó con su respuesta. Vatutin recibiría los dos cuerpos de tanques, se mantendría en su lugar y desgastaría a los alemanes. El frente de la Estepa trasladaría el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia hacia Kursk. Todas estas decisiones tenían como objetivo mantener al enemigo inmovilizado hasta que estuviera lista la proyectada ofensiva multifrontal.

La respuesta de Vatutin para el 7 de julio fue reforzar sus posiciones de vanguardia: fijar el centro alemán en su lugar y desgastarlo. Esto le concedería al recién enviado cuerpo de tanques tiempo para avanzar y transformar el punto muerto en una victoria. Los Cuerpos de Tanques 2º y 5º resistirían a las SS mientras el 31er Cuerpo de Tanques se movía contra su flanco derecho. El 6º Cuerpo de Tanques y el 3er Cuerpo Mecanizado bloquearían el avance de Knobelsdorff hacia Oboyan. Dos ejércitos aéreos brindarían todo el apoyo posible. Los contraataques soviéticos locales continuaron a lo largo de todo el frente durante la noche del 6 al 7 de julio, hasta que la niebla forzó una interrupción general. Esta anunciaba un cambio de tiempo: lluvia y nubes, que ralentizarían a los tanques alemanes y obstaculizarían a sus Stukas. Los meteorólogos de Manstein también podían leer los informes. El 7 de julio, el cuerpo de Knobelsdorff recibió la orden de dirigirse hacia Oboyan y cubrir el flanco izquierdo de Hausser mientras las SS atravesaban el sistema de defensa soviético. La demanda tácita hacia ambos generales fue «¡Aceleren el ritmo!».<sup>147</sup>

La Luftwaffe también prometió a Hoth la mayor parte de sus activos, y cuando el Cuarto Ejército Panzer cruzó sus líneas de inicio alrededor de las 4.00 de la madrugada, los Stukas estaban sobre sus cabezas martilleando las posiciones soviéticas<sup>148</sup>: de sesenta a ochenta aviones cada cinco o diez minutos concentrados en cualquier cosa que se pareciera a una posición de artillería o anticarro. La 11ª Panzer y la Grossdeutschland, las formaciones del centro y del flanco derecho, se abrieron paso alrededor de Dubrova a primera hora de la mañana, a solo unos pocos kilómetros del campo abierto que los panzer habían buscado durante tres días brutales.

Fue entonces, alrededor de las 5.00 de la madrugada, cuando contraatacaron el 6° Cuerpo de Tanques y el 3er Cuerpo Mecanizado: más de un centenar de T-34 cubiertos por Shturmoviks con el habitual apoyo masivo de cañones y cohetes. La Grossdeutschland fue detenida<sup>149</sup> durante tres horas frente a la aldea de Syrzevo ya que los Panthers que tenía asignados se encontraron con un campo de minas sin marcar. A última hora de la tarde, solo 40 de los 184 que comenzaron la batalla seguían operativos. Aquello no fue bueno para la moral, incluso tratándose de una unidad de élite. Surgieron dudas sobre si se estaban empleando erróneamente los Tiger como punta de lanza, y si no serían más efectivos usando sus cañones largos a distancias que los T-34 no podían igualar, en lugar de verse atrapados en espacios cerrados en desventaja numérica. Pero aquel día, cualquier idea de utilizar los Mark III y IV como equivalente terrestre de la táctica marina de los destructores que escoltaban a los «acorazados» Tiger fue abandonada cuando los vehículos blindados más ligeros tuvieron que ser retirados para escapar del fuego de la artillería pesada rusa. En los combates cuerpo a cuerpo de ida y vuelta que se produjeron el resto del día, la Grossdeutschland logró aproximadamente cinco kilómetros de avance, llegando finalmente a Syrzevo, el último punto fuerte importante antes de Oboyan. La 11ª Panzer igualó esa ganancia contra una resistencia igualmente fuerte.

Cada vez que parecía que los rusos entraban en pánico, se reagrupaban y contraatacaban. Vatutin trasladó refuerzos desde sectores relativamente tranquilos y los canalizó por la carretera de Oboyan organizados en brigadas y batallones. El 6° Cuerpo de Tanques y el 3er Cuerpo Mecanizado estabilizaron la línea alrededor de Syrzevo. Los Shturmoviks rompieron los avances que la historia de la Grossdeutschland describe como «lentos y laboriosos». Sus granaderos panzer sufrieron elevadas pérdidas por la artillería y el fuego de mortero, y el último de los Tiger de la división quedó desactivado durante un contraataque ruso. El duelo de artillería continuó incluso después del anochecer, con cañones y lanzacohetes disparando a ciegas o contra objetivos previamente localizados y que a menudo habían quedado ya abandonados.

Resultó lento, y caro, pero fue un progreso —desde la perspectiva rusa, un progreso peligrosamente constante—. El problema era que Hoth había establecido los objetivos del cuerpo en un triple del avance real. Un punto

brillante fue la captura de la Colina 230 al este de Syrzevo en un ataque sorpresa lanzado por el batallón de reconocimiento de la Grossdeutschland, apoyado por los cañones de asalto de la división. Fue el primer éxito de Ciudadela logrado mediante la astucia y la movilidad.<sup>150</sup> En consecuencia, fue presentado en los informes y las historias como un valioso punto de partida para las operaciones del día siguiente. Esto ponía la mejor cara posible a las circunstancias, y supuso un pobre consuelo para los zapadores que pasaron otra noche marcando y limpiando campos de minas alrededor de Syrzevo para permitir el avance matutino de los panzer.

Las Waffen SS lo hicieron mejor, mucho mejor. Hoth le había reiterado a Hausser que el objetivo final del cuerpo era Prokhorovka, y que «esperaba» que se pudiera lograr para el final del día. La Leibstandarte y la Das Reich se pusieron en marcha alrededor de las 2.30 de la madrugada y cruzaron sus líneas de partida tres horas más tarde. A pesar de los constantes contraataques, sus elementos blindados delanteros, desplegados en cuñas con los Tiger en el vértice,<sup>151</sup> hicieron retroceder a lo que quedaba del 5º Cuerpo de Tanques de la Guardia lo suficiente durante la mañana como para estar en la tercera línea defensiva soviética al final del día. La Luftwaffe controlaba el aire, manteniendo a los cazas soviéticos fuera de las espaldas de los Stukas y Henschels. Varios Kampfgruppe de la Leibstandarte y la Das Reich avanzaron por la carretera de Prokhorovka, dejando un rastro de vehículos noqueados, prisioneros aturridos y hombres muertos detrás de ellos. La Leibstandarte reclamó la destrucción de 75 tanques y la captura de otros 123. Los equipos de aire respondieron que era imposible decir quién era responsable de qué en aquel creciente cementerio de tanques.

Pero las puntas de lanza de las SS se enfrentaban a contraataques aparentemente interminables de fuerzas de tanques de entre treinta y sesenta efectivos. Sin el «excelente apoyo de la Luftwaffe»,<sup>152</sup> describía la Das Reich y afirmaba el cuartel general del cuerpo, las perspectivas habrían sido sombrías. Tal como estaban las cosas, los tanquistas estaban haciendo agujeros en lugar de abrir frentes, avanzando lo mejor que podían y dejando que los flancos se cuidaran solos.

Un batallón de reconocimiento de una división panzer no estaba configurado para «escabullirse y echar un vistazo». Dieciocho meses en Rusia

habían demostrado que había que luchar por cualquier información valiosa, y el batallón de reconocimiento panzer se había convertido en un formidable instrumento de guerra, con carros blindados, semiorugas ligeros y una gran cantidad de armas pesadas. El batallón de reconocimiento de la Leibstandarte se unió a unos pocos tanques aún operativos en un recorrido a final de la tarde por el río Psel; luego se topó con un campo de minas lo suficientemente grande y con la potencia de fuego suficiente como para hacer de la discreción la mejor parte del valor, al menos por aquella noche.

El camino hacia el Psel encajaba con la autoimagen de las SS de brío y fanfarronería. Era también una opción temporal. Vatutin había ordenado al 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia que golpeará el flanco derecho del Cuerpo de las SS, y los ataques comenzaron alrededor del amanecer. Allí donde fueron capaces de llegar los cañones de Totenkopf, golpearon. Las «chicas para todo» de los panzer, los Mark IV, resultaron casi tan efectivos como los Tiger a la hora de dejar fuera de combate tanques rusos a larga distancia desde las posiciones en las que solo mostraban las torretas. Al mediodía, habían quedado suficientes T-34 fuera de acción como para amortiguar el contraataque. Pero cuanto más avanzaban las otras dos divisiones, más se exponían sus unidades de vanguardia. El general confederado James Longstreet describió una vez las nuevas tropas diciendo que eran «tan sensibles a los flancos como una virgen». Pero tampoco los veteranos podían ignorar el constante avance a tientas. Tanto los comandantes de la Leibstandarte como de la Das Reich se vieron cada vez más obligados a destacar a sus granaderos panzer para que ampliaran un pasillo que los rusos estaban decididos a cerrar.<sup>153</sup>

La misión no era una bagatela. Los intensos combates que continuaron por la noche se pueden resumir en la experiencia de una compañía de fusileros de las SS inmovilizada frente a un terraplén ferroviario. El comandante de la compañía fue herido; un joven subteniente se hizo cargo durante seis horas de los combates cuerpo a cuerpo. Dos veces herido, parecía estar allí donde las cosas parecieran ir peor. Cuando un T-34 golpeó a los alemanes desde un flanco, se enfrentó a él en solitario. Entonces, una bala perdida activó una granada de humo que llevaba en el bolsillo de su pantalón. Sin dudarlo, el subteniente se quitó los pantalones y la ropa interior y siguió dirigiendo desde

el frente, desnudo desde la cintura hasta las botas.<sup>154</sup> La anécdota invita a bromear sobre «arriesgarlo todo por el Führer», pero también evoca la parte del ethos de las Waffen SS que atraía y continúa atrayendo a los hombres criados en sociedades que equiparan el progreso de la civilización con la eliminación del desafío. La suerte del teniente Joachim Krüger se acabó una semana más tarde. Hasta junio de 1944 no recibió una Cruz de Caballero póstuma, el premio más importante del Reich por el valor y el liderazgo en combate.

Hausser presentó su informe a Hoth<sup>155</sup> a las 10.40 de la noche. En él describía una «defensa ofensiva» rusa caracterizada por avances, ataques por los flancos y contraataques, fuertemente respaldados por ofensivas aéreas a pequeña escala. Los elementos de vanguardia de la Leibstandarte y la Das Reich todavía estaban demasiado inmersos en la batalla para proporcionar detalles. La Totenkopf, apoyada por un regimiento de infantería del ejército, había logrado réditos a pesar del intenso ataque aéreo y el fuego de artillería. Pero el clima era «soleado, seco y cálido». Las carreteras eran «transitables para todos los vehículos». Y el cuerpo se movía en la dirección correcta.

Aquello se confirmó involuntariamente gracias a un mensaje de radio interceptado por los alemanes que Vatutin había enviado a sus subordinados esa misma noche, y en el que se declaraba que los alemanes no debían, en modo alguno, abrirse paso hacia Kursk. Se inspiraba en una orden concisa e inconfundible a Vatutin procedente del propio Stalin, y elocuentemente reforzada por Kruschev, para que se detuviera al Cuarto Ejército Panzer.<sup>156</sup> El Primer Ejército de Tanques todavía era capaz de combatir, pero Vatutin estaba desplegando refuerzos de la Stavka detrás de sus reorganizadas unidades de vanguardia. Nikolai Popel, un oficial de blindados con experiencia en combate, así como el principal oficial político de Katukov, describió el 7 de julio como uno de los días más duros en la batalla de Kursk,<sup>157</sup> dejando la fuerza del Primer Ejército de Tanques considerablemente reducida. Previamente, su comandante había llamado seriamente la atención sobre las «unidades más grandes» y los «tanques más pesados»<sup>158</sup> de los alemanes, cuyas armas superaban con creces los 76 mm de sus T-34. Y los aviones alemanes de ataque aire-tierra les estaban infligiendo grandes pérdidas incluso antes de que las unidades blindadas alcanzaran el frente.

El Ejército Rojo de 1943 no se mostraba amable con los oficiales superiores que veían fantasmas y sombras. Vatutin y sus subordinados eran experimentados veteranos de guerra. Hablar de temblor nervioso es exagerar el caso. Sin embargo, la cuestión se estaba cocinando a fuego lento: ¿qué se necesitaría para detener a estos hitlerianos? Desde junio de 1941, habían logrado sus victorias mediante la sutileza: humo, espejos y maniobras. Stalingrado había sugerido que eran vulnerables a los golpes fuertes. Ahora, el ejército y las SS por igual estaban recibiendo lo que la Unión Soviética tenía que darles, y seguían recibéndolo, tan inexorable, tan despiadado, y tan inhumano como el clima ruso, o, tal vez, como el sistema soviético.

Tales pensamientos debían algo a lo que parecía el inagotable suministro de Tiger de los alemanes. La infantería soviética, las tripulaciones antitanques y los tanquistas estaban informando de haber puesto fuera de combate a decenas y, sin embargo, todos los días los Tiger lideraban el ataque. En parte, aquello reflejaba los efectos de la adrenalina, del miedo, de los marcos temporales distorsionados, del humo y el polvo, todo lo cual tiende a aumentar una tendencia universal a exagerar el número material y la naturaleza formidable de los oponentes. Para las tripulaciones de los aviones que operaron en el Pacífico, los destructores se convertían en acorazados. Los Aliados en las líneas del frente de Normandía informaron que cada tanque era un Panther o un Tiger. En el contexto específico de Kursk, además, un Tiger y un Mark IV eran lo suficientemente parecidos en la distancia que no dejaban tiempo para una verificación precisa.

La realidad era muy diferente. Los Tiger del Grupo de Ejércitos Sur fueron asignados por compañías a las divisiones panzer, que proporcionaban una fuerza máxima inicial de quince o dieciséis unidades. Dos o tres días de combate reducirían una compañía a la mitad, otros dos o tres días a un cuarto. Luego, los números se estabilizaban gracias a los equipos de mantenimiento y reparación.

Tampoco todos los vehículos inhabilitados abandonaban debido al daño recibido en batalla. Algunos sufrieron los problemas típicos de los modelos nuevos. Otros necesitaban mantenimiento rutinario, especialmente los Tiger. Pero ninguno de estos dos condicionantes podía apartar a un vehículo de la línea de combate durante más de un día. El daño de combate también era a



menudo superficial incluso para los Mark III y IV. Los impactos de los cañones anticarro, especialmente los más pequeños, de ninguna manera eran siempre fatales. Exceptuando una explosión de combustible o municiones suficientemente fuerte para quemar o destruir un vehículo, los daños podrían repararse, se limpiaban los interiores de las partes del cuerpo del tanque y se reemplazaban las bajas en días u horas.

Las tripulaciones a menudo podían reparar por sí mismas los daños en las orugas,<sup>159</sup> y los riesgos de la exposición eran inferiores a los de aquellos que se veían obligados a permanecer como objetivos fijos. El mantenimiento bajo el fuego, aunque no era común, resultaba en parte familiar: algunos tanques dañados eran reparados hasta tres veces en un día y eran enviados para un cuarto asalto. Sin embargo, las reparaciones sobre el terreno se llevaban a cabo más a menudo después del anochecer, aceptando los riesgos de mostrar la luz de los sopletes de soldadura y las linternas. Tal como habían advertido los tanquistas rusos, los blindados enterrados no podían ser desenterrados a toda prisa. Cuando los alemanes mantenían el campo al final del día, conservaban el control de los tanques inutilizados o abandonados de ambos ejércitos, convirtiendo en permanentes las pérdidas rusas.

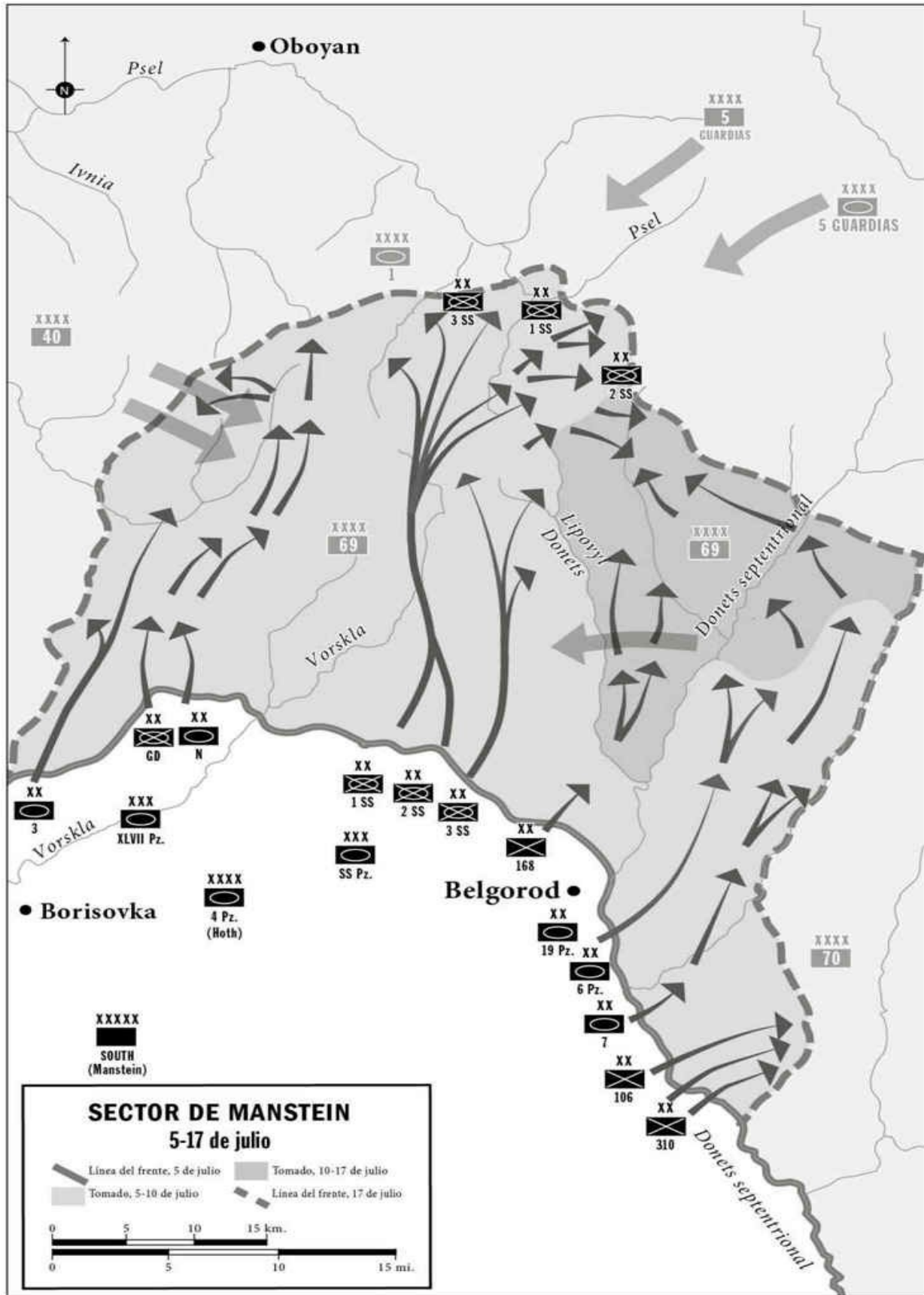
Cuando se contaron y comprobaron las cifras, el Cuerpo Panzer SS tenía diez vehículos blindados de combate más al final del 7 de julio que al comienzo del día. Tras recibir combustible, agua y municiones y unas pocas horas de sueño interrumpido por las bombas y la adrenalina, los tanquistas de la Leibstandarte y la Das Reich podrían cumplir su misión del día siguiente y, en cooperación con el XLVII Cuerpo Panzer, destruir a los rusos en su frente.

### III

Manstein estaba cada vez más frustrado por el fracaso del III Cuerpo Panzer a la hora de avanzar. Le recordó suavemente a Breith que el éxito dependía de coordinar sus divisiones. Pero el 7 de julio, los rusos tenían otras ideas.<sup>160</sup> En el flanco izquierdo del cuerpo, en poder de la 19ª División Panzer, la 73ª de Granaderos capturó la estación de ferrocarril y la aldea de Kreida; luego, apoyada estrechamente por un batallón de tanques, tomaron Blishnaya Yigumwenka y el terreno elevado alrededor y más allá. Nombres sin sentido,

lugares apenas discernibles en un mapa. Sin embargo, la 81ª División de Fusileros rusa se mantuvo firme hasta que los panzer literalmente la atropellaron. La 73ª perdió a su coronel que dirigía desde el frente las operaciones, una moda alemana normalmente aceptada, y una de las compañías regimentales quedó reducida a diez hombres al final de la jornada. Cuando terminó aquel día, el comandante del *kampfgruppe* alemán declaró que no había reservas y que no habría tregua: «Todo lo que les queda es atrincherarse allí donde estén».

La 6ª División Panzer, en el centro del cuerpo, se retiró a las 7.30 de la mañana cubierta por los Stukas, con sus cuatro Tiger operativos a la cabeza. Las minas ralentizaron el avance antes de que el grupo de batalla blindado de la división alcanzara y despejara su primer objetivo, el punto fuerte de Sevrukova. Pero el río Rasumnaya resultó ser un obstáculo más formidable. Era un típico curso de agua estepario: serpenteaba de aquí para allá, con bancos tan anegados que los vados eran intransitables, y los dos puentes que existían habían sido volados. Zapadores y pontoneros comenzaron a construir un puente capaz de soportar los Mark III y IV. Recibieron fuego de la artillería soviética. El batallón de semiorugas de granaderos panzer de la división, cuyos vehículos más ligeros podían atravesar el terreno pantanoso, cubrió a los zapadores, cruzó el río y estableció una cabeza de puente, pero quedó inmovilizado por los contraataques de las puntas de lanza de tanques rusos. Los panzer alemanes permanecieron alejados en la otra orilla, bajo un intenso fuego de artillería. No era mate, pero sí jaque.



La 7ª División Panzer comenzó su día internándose en un matadero de cañones anticarro de 76 mm. Continuó limpiando casa por casa el centro fortificado de Miassoyedovo, llevándose a doscientos prisioneros en el proceso. La división terminó por ser arrastrada a una emboscada *de facto* creada por el Séptimo Ejército de la Guardia. Los contraataques fueron lo suficientemente fuertes como para que Breith desviara a los Tiger al sector y pidiera a la Luftwaffe otro batallón de 88. Para el final del día, estaba claro que era improbable que la 7ª Panzer pudiera hacer más el 8 de julio que proteger el flanco del cuerpo. Las divisiones de infantería de Erhard Raus en el XI Cuerpo, en el extremo derecho del Destacamento de Ejército Kempf, más al sur, tenían su propio plato lleno, extendido más de la cuenta y fijado en su posición por fuerzas rusas superiores. Ese sector también era cualquier cosa menos una cura de descanso. El 5 de julio, la inteligencia de señales interceptó una conversación telefónica rusa. Un comandante de regimiento informaba haber tomado 150 prisioneros y preguntaba qué hacer con ellos. La respuesta fue: «Guarde unos pocos para el interrogatorio<sup>161</sup> y haga que los demás sean liquidados». Más tarde aquella noche, el oficial subalterno informó de que la orden se había ejecutado: la mayoría murió inmediatamente, el resto después del interrogatorio, cuya naturaleza es mejor no imaginar.

Resulta difícil determinar si Erich von Manstein se puso nervioso y si fue así, cuándo lo hizo. Pero, en la noche del 7 al 8 de julio, los mapas del Grupo de Ejércitos Sur presentaban una imagen desconcertante.<sup>162</sup> Los tanques de Hoth estaban, de hecho, trabajando a través de las defensas —las SS habían avanzado más de 20 kilómetros— pero seguían creando más salientes que sectores. Los flancos resultantes estaban bajo una presión creciente a medida que prosperaban. Las divisiones atacantes estaban desviando fuerzas cada vez mayores, tanques e infantería, para apuntalarlos. Ni el grupo de ejércitos ni el Cuarto Ejército Panzer tenían reservas efectivas disponibles. Los cuarteles generales de Hoth informaron de que dos cuerpos de tanques nuevos se trasladaban al sector de carreteras de Oboyan y que aumentaba la actividad de camiones en el flanco oriental del ejército panzer. Una vez más, Manstein presentó su caso al alto mando para que enviase el XXIV Cuerpo Panzer. Pero ese cuerpo representaba la carta en la manga de todo el sector sur, a pesar de

que sus dos divisiones panzer de fuerza reducida la convertían más en una carta baja que en una figura en los contextos de Ciudadela.

Si las lecturas recreativas de Manstein incluyeran a Joel Chandler Harris, podría haber recordado la imagen de un niño de alquitrán<sup>163</sup> y la experiencia de Brer Rabbit.<sup>g</sup> En cambio, ordenó al XLVIII Cuerpo Panzer y a las SS avanzar hacia el norte el 8 de julio lo más rápido posible, envolver a las fuerzas blindadas rusas en su frente y destruirlas. Simultáneamente, las SS debían asegurar su propio flanco derecho contra cualquier amenaza procedente del noreste. El plan era una desviación necesaria de la propuesta de Hoth de trasladar todo el cuerpo de las SS al noreste. Había que consolidar los dos salientes del Cuarto Ejército Panzer para asegurar los flancos del ejército. Y la mejor salida era avanzando. Con los salientes convertidos por fin en un sector, Knobelsdorff podría dirigirse hacia Kursk y a un punto de unión con Model. Hausser cubriría el avance y se encargaría de lo que emergiera del sector del frente de la Estepa en el futuro matadero de Prokhorovka.

En un primer momento, Vatutin tenía la intención de utilizar los todavía casi intactos Trigésimo Octavo y Cuadragésimo Ejércitos de su flanco derecho para atacar la izquierda de Knobelsdorff. En cambio, cumpliendo la orden de Stalin, transfirió la mayor parte de sus fuerzas móviles<sup>164</sup> para que se enfrentasen directamente al avance alemán. Aquello, básicamente, dejó su contraataque fuera del tablero de juego. Los refuerzos, sin embargo, le dieron a la línea del frente una combinación de batallones de tanques y motorizados lo suficientemente fuerte como para requerir que la Grossdeutschland se desplazase hacia el oeste y sostuviese a la 3ª Panzer más de lo que pretendía el comandante de división.

En cualquier caso, el XLVIII Cuerpo Panzer no fue a ninguna parte hasta que tomó Syrzevo. La 3ª Panzer y la Grossdeutschland llegaron al punto fuerte al amanecer. Los Tiger y Mark IV de la Grossdeutschland deshicieron repetidamente los ataques de los tanques que parecían furiosas cargas de berserker,<sup>h</sup> con la esperanza de llevar al menos a algunos T-34 a distancia de tiro. Pero Syrzevo resistió,<sup>165</sup> los oficiales políticos exhortaron a su guarnición para que luchara hasta la muerte. Se acercaron. Ya estaba bien entrada la tarde cuando los granaderos panzer de la Grossdeutschland y elementos del regimiento de tanques de la 3ª División Panzer limpiaron una

aldea que para entonces se parecía a un cruce entre un desguace y un matadero. Katukov y Popel fueron testigos de la escena final, con el primero informando mientras miraba a través de sus prismáticos: «Se están reagrupando... avanzando... Creo que lo hemos tenido». Lo que vio el Primer Ejército de Tanques fueron los tanques de la Grossdeutschland reuniéndose para continuar el avance hacia el norte. Tenían de todo excepto facilidades.

Por la mañana temprano, uno de los batallones de granaderos panzer de la división informó que había capturado Verkhopenye, una aldea lo suficientemente al norte de Syrzevo como para sugerir que las defensas rusas finalmente estaban comenzando a desmoronarse. El comandante de la división envió sus reservas inmediatas, el batallón de reconocimiento y el batallón de asalto, para que empujaran hacia el norte, rodearan la propia Verkhopenye y ocuparan la Colina 260.8, al otro lado de la carretera de Oboyan.

Los semiorugas, los vehículos blindados y los cañones de asalto avanzaron solo para descubrir que los granaderos panzer habían leído mal sus mapas. Estaban en la carretera de Oboyan, eso seguro, pero en otra aldea a varias millas de distancia de Verkhopenye. El jefe de Estado Mayor del XLVIII Cuerpo Panzer, Friedrich von Mellenthin, opinó más tarde que este tipo de errores están en la propia naturaleza de la guerra.<sup>166</sup> Pero los elevados aforismos de Clausewitz no eran una ayuda para las tropas que se encontraban alejadas en medio de un inestable limbo. Avanzar por la carretera era imposible: estaba dividida en dos por un afluente del río Pena, y el puente no estaba diseñado para soportar vehículos blindados. La división ordenó al grupo de batalla que mantuviera su posición<sup>167</sup> mientras se le ocurría algo al cuartel general. El grupo de batalla envió los cañones de asalto a través del puente uno a uno, estableció un perímetro en la otra orilla y comenzó a pasar el batallón de reconocimiento por él muy inestable puente. Mientras estaba en marcha esta operación, los rusos comenzaron una secuencia de contraataques blindados. Cambiando de una posición a otra, los cañones de asalto alemanes, superados en número, consiguieron más de cincuenta blancos durante una tarde extremadamente larga. La cabeza de puente se sostuvo hasta que fue relevada por un segundo grupo de batalla de la Grossdeutschland, acompañado por un equipo de pontoneros.

La columna llegó a Verkhopenye al anochecer gracias en buena parte a los Stukas. Las alas SG 2 y 77 pusieron en el aire setecientos aparatos aquel 8 de julio, en formaciones de hasta cincuenta unidades, y pagaron el precio más alto de los combates hasta aquel momento. Los pilotos de combate rusos estaban dividiendo sus fuerzas tácticamente con un dispositivo que primero involucraba a los cazas de la Luftwaffe que protegían a los Stukas, y luego un segundo para los Stukas ahora desprotegidos. Las pérdidas resultantes eran insostenibles, especialmente cuando solo a raíz de estos ataques la columna de la Grossdeutschland fue capaz de «abrirse camino a toda costa» hacia una ciudad que la historia de la división denominó «un hueso duro de roer».

Verkhopenye, cuyos edificios se extendían a lo largo de ambas orillas del río Pena, era fundamental por su puente, que podría soportar el peso de los Mark IV. Capaz también de soportar a los T-34, el puente era demasiado importante para la red de defensa soviética como para demolerlo. El resultado fue una lucha amarga, con los alemanes sufriendo grandes pérdidas a causa de la artillería y los cañones antitanques concentrados en el lado opuesto del río. Una sola brigada de tanques rusos sufrió no menos de doce ataques<sup>168</sup> antes de retirarse tras el Pena y enterrarse como parte de lo que los alemanes esperaban que sería una última resistencia a la mañana siguiente.

Sus oponentes inmediatos estaban tambaleándose. El 3er Cuerpo Mecanizado había llevado la peor parte de los enfrentamientos en el sector Oboyan-Syrzevo durante tres violentos días. El comandante de su 1ª Brigada Mecanizada señaló que, para la noche del 8 de julio, su regimiento de tanques ya no podía mantener su posición. Sus comunicaciones de radio no funcionaban y sus reservas de proyectiles perforantes estaban casi agotados. Los heridos se amontonaban. La brigada colindante se había retirado; la 1ª Mecanizada parecía estar «en una isla en medio de un mar de fuego. No tenía sentido permanecer más tiempo en este sector».

La Grossdeutschland eran los glamurosos chicos del ejército: los primeros en la cola para recibir nuevas armas y reemplazos entrenados. Su estatus le permitió incluso publicar, durante la posguerra en la República Federal, una historia de la división en tres volúmenes. Pero los guerreros «de diario»<sup>169</sup> de la 11ª División Panzer mantuvieron el ritmo a la derecha de la Grossdeutschland. No fue una tarea fácil. El continuo cambio de Vatutin de sus

reservas hacia Oboyan creó una situación en la que, una vez que se penetraba una línea, los atacantes se enfrentaban a nuevas tropas aún más numerosas. Sin embargo, sin igualar el avance de su vecino hacia el Pena, el 11° Regimiento Panzer protegió el flanco de la Grossdeutschland y avanzó hacia las unidades adelantadas del Cuerpo SS, que simultáneamente estaba cambiando su eje y redistribuyendo sus activos.

#### IV

Para el 8 de julio, Hausser propuso<sup>170</sup> enviar la fuerza blindada combinada de Leibstandarte y la Das Reich al noroeste hacia el Psel. Los granaderos panzer de la Das Reich continuarían hacia Prokhorovka —si lo harían como punta de lanza o como guardia de flanco móvil todavía era una cuestión por discernir—. La Totenkopf debía volcarse en su misión de ser el flanco de seguridad de la 167ª División de Infantería, en ese momento desplegada entre la Das Reich y el 11er Regimiento Panzer, y avanzar hacia el noroeste hasta el flanco izquierdo de la Leibstandarte. Esta maniobra, si tenía éxito, establecería un contacto firme con el 11er Panzer, llevaría a las SS a la otra orilla del Psel y abriría un camino claro hacia el norte para el Cuerpo SS y el XLVIII Cuerpo Panzer en tándem, a diferencia de los salientes paralelos existentes.

El «si» era grande. El bálsamo de la Totenkopf comenzó a las 2.15 de la madrugada, pero tardó la mayor parte del día en completarse en lo que fue una notable labor de Estado Mayor de unas SS a menudo descritas como indiferentes a este tipo de detalles. El cuerpo informó de una noche «tranquila» —al menos según los estándares de Ciudadela— pero a las 8.00 de la mañana, las patrullas y los movimientos de las tropas eran visibles a lo largo de todo el frente. Los tanques SS y los cañones de asalto avanzaron con sucesivas paradas y arranques,<sup>171</sup> golpeando fuertemente contra los T-34 superados en un terreno relativamente abierto. Los repetidos contraataques soviéticos que parecían encontrar cada hueco existente en el frente alemán dejaron paso durante el día a los cada vez más formidables ataques de infantería, aéreos y blindados, compuestos de hasta cien carros. La Leibstandarte ganó unos veinte kilómetros al precio de perder contacto con la 11ª División Panzer, y se detuvo cinco kilómetros al oeste de la carretera de



Oboyan. La Das Reich hizo unos trece kilómetros, cortando hacia el oeste detrás de los defensores soviéticos y llegando a unos pocos kilómetros de la tercera línea del frente Voronezh, y a dieciséis kilómetros de Prokhorovka.

El camino hacia la retaguardia del Primer Ejército de Tanques parecía abierto. El 31<sup>er</sup> Cuerpo informó de defensas rotas y hombres huyendo presas del pánico. Kruschev, conmocionado, contactó con Vatutin. El comandante del frente prometió un contraataque inmediato.<sup>172</sup> También ordenó a lo que quedaba del 31<sup>er</sup> Cuerpo de Tanques y del 3<sup>er</sup> Cuerpo Mecanizado que retrocedieran a nuevas posiciones al norte de Verkhopenye, al otro lado de la carretera de Oboyan, y a lo largo del río Solotinka hacia el Psel. Vatutin esperaba que Katukov pudiera aguantar hasta que tuviera tiempo de desarrollarse su golpe desde el noreste.

La supervivencia del Primer Ejército de Tanques ya debía mucho a la creciente presión sobre el flanco derecho de las SS. La Das Reich, en particular, que comenzó alrededor de las 11.00 de la mañana, informó haber tenido que desviar fuerzas para asegurar el flanco derecho inmediato de su grupo de batalla blindado y para aliviar un poco la presión que sufrían los granaderos blindados de la división. El batallón de reconocimiento, el de cañones de asalto y finalmente el regimiento panzer volvieron para enfrentarse a los contraataques blindados. Cerca del anochecer, la Luftwaffe apareció con fuerza. Sus Stukas y bombarderos medios fueron bien recibidos por los hombres que se habían quedado solos durante la mayor parte del día.

El Cuerpo Panzer SS informó de 290 vehículos blindados de combate soviéticos destruidos de los cuales un tercio de ellos se adjudicó a soldados de infantería que usaban «medios de combate cuerpo a cuerpo». Eso significaba granadas, cargas explosivas y cócteles molotov. También significaba poder de combate. Uno de los regimientos de granaderos panzer de la Das Reich<sup>173</sup> había «organizado» una sección de inteligencia de media docena de «auxiliares» rusos, prisioneros de guerra que, por muchas razones, eligieron trabajar para sus captores durante su cautiverio. Parte de su trabajo consistía en vigilar el tráfico de radio, a menudo en ruso, más que en código, por prisa o como consecuencia de la fatiga. Cuando dos cuarteles generales comenzaron a intercambiarse amenazas por la no aparición de las reservas, una compañía de las SS se infiltró en las líneas rusas, se dirigió al puesto de

mando de una brigada de fusileros y regresó con el comandante, su Estado Mayor y toda la compañía del cuartel general. La hazaña se vio facilitada por la falta de defensas urbanas características de las principales zonas de combate. Pero se considerase un «truco de húsar», como en la expresión alemana, o un «John Wayne», en argot de la era de Vietnam, seguía siendo, en cualquier caso, el tipo de actuación que las Waffen SS esperaban de sí mismas. Podrían ser siervos voluntarios de un régimen criminal, pero los hombres del Cuerpo Panzer SS también eran hombres de guerra.

Después de su comunicación con Stalin durante la noche del 7 de julio, Vatutin reorientó el punto focal de su contraataque principal. Las órdenes del frente emitidas a las 11.00 de la noche<sup>174</sup> enviaban al nuevo II Cuerpo Panzer SS al sudoeste por la carretera desde Prokhorovka en dirección a Teterivino. A la izquierda, el 5º Cuerpo de Tanques atacaría directamente hacia el oeste. El 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia, desplegado a la izquierda del 5º, se movería contra el flanco derecho y la retaguardia de los SS mientras cubría el contraataque del frente contra un III Cuerpo Panzer que se suponía estaba demasiado ocupado en su propio sector como para tener mucho impacto en otros lugares.

La fuerza combinada de los cuatro cuerpos ascendía a alrededor de cuatrocientos vehículos blindados de combate. El ataque estaría respaldado por treinta minutos de preparación de artillería, compensando en intensidad lo que le faltaba en duración; y por un esfuerzo máximo del Segundo Ejército Aéreo. Las cosas empezaron a ir mal cuando la Leibstandarte y la Das Reich cruzaron sus líneas de inicio antes del ataque del 10º Cuerpo de Tanques proyectado para el amanecer. El cuerpo, uno de los dos recién asignados a Vatutin por la Stavka, estaba saboreando por primera vez la guerra blindada al estilo de Ciudadela. Sus brigadas fueron cogidas desprevenidas y su comandante reaccionó iniciando los ataques mencionados anteriormente, lo que retrasó a los alemanes, aunque no los detuvo.

El 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia, la otra contribución de la Stavka, proporcionó —de mala gana y sin darse cuenta— los resultados iniciales más espectaculares del contraataque de Vatutin.<sup>175</sup> También se había desplegado lentamente, entrando solo alrededor del mediodía, y estaba esencialmente libre de compromiso cuando Vatutin le ordenó avanzar en respuesta al informe

de Kruschev. El avance algo desorganizado fue detectado rápidamente por un patrullero Hs-129 pilotado por el comandante de los cazadores de tanques.

El Hs-129B era un artefacto de finales del Tercer Reich con un diseño prometedor, futurista, cuyo armamento principal también redefinía la vanguardia. El cañón automático MK-101 de 30 mm era preciso, contundente y capaz de disparar nueve tipos de municiones, desde explosivos convencionales hasta balas perforadoras con núcleo de tungsteno. Pero el tungsteno era escaso, y el MK-101 tenía problemas típicos de cualquier producto nuevo. El avión en sí estaba propulsado por dos motores Gnome-Rhône provenientes de Francia, cuya baja potencia en caballos reducía aún más una capacidad de vuelo ya limitada. Hasta ese momento, los Henschels habían sido retenidos. Su gran tamaño y su maniobrabilidad limitada los volvía desproporcionadamente vulnerables a los cazas y cañones antiaéreos, especialmente si se comparaban con los Stukas. Pero el 6 de julio habían demostrado —contra el mismo 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia— lo que incluso un pequeño número de ellos podría hacer en las condiciones adecuadas. Cuatro escuadrones de ellos entraron a intervalos cuidadosamente cronometrados: uno atacando, otro en camino, otro despegando y uno volviendo a repostar y rearmarse. Un participante describió la fórmula del éxito: una carrera de bajo nivel y un disparo cuidadosamente acompasado y bien dirigido en el momento justo. «Diría que era un verdadero arte», concluía. Su práctica requería ignorar el fuego de armas pequeñas devuelto por los desesperados tanquistas. También requería el tipo de control del espacio de batalla logrado por los cazas de la Luftwaffe que acudían desde cualquier parte del sector, lo que le dejaba a los Henschels una mano completamente libre.

Después de dos horas, a pesar de señales perdidas, cañones atascados y ejemplos similares de niebla y fricción,<sup>i</sup> más de cincuenta T-34 ardían o permanecían inmóviles. El resto del cuerpo se encontraba en una de las pocas retiradas desordenadas realizadas por ambos bandos durante Ciudadela. Fue un *tour de force* que el Cuerpo Panzer SS reconoció de todo corazón: una «buena cooperación con la Luftwaffe»<sup>176</sup> había hecho posible el «completo éxito defensivo» del día. También fue un susto desagradable para las tripulaciones de los tanques y los generales de blindados del frente de

Voronezh. A diferencia de las bombas lanzadas por los Stukas, que solo podían causar daños superficiales incluso con un impacto directo, una bala de alta velocidad de 30 mm de diámetro de tungsteno a través de la cubierta trasera de un T-34 era una muerte garantizada y un incendio casi seguro. Por primera vez en la historia, una gran fuerza blindada había sido completamente destruida desde el aire. ¿Cuántos de aquellos malditos aviones tenían los Fritz? ¿Y dónde estaban los tan cacareados Halcones Rojos?

La respuesta directa más obvia fue no hacer más movimientos de blindados a gran escala a la luz del día. Eso, a su vez, ralentizó los movimientos de las reservas locales para bloquear las penetraciones alemanas —una clave para la conducción de la batalla de Vatutin—. Y si eso no fuera suficiente, los alemanes parecían a punto de desarrollar una nueva y potencialmente oleada decisiva en un sector inesperado del frente:<sup>177</sup> el del III Cuerpo Panzer. El avance del cuerpo del 7 de julio había ampliado la brecha entre este y el II Cuerpo Panzer SS a unos treinta y dos kilómetros. La respuesta de Breith dependía de la división de infantería asignada a su cuerpo. La 168ª había mantenido la línea del Donets a la izquierda de las tres divisiones panzer del cuerpo desde el comienzo de Ciudadela. La 19ª División Panzer recibió órdenes de girar bruscamente hacia la izquierda, sorprender a los rusos por la retaguardia y despejar ese sector. De una manera para ese momento predecible, el ataque logró ganancias iniciales; después, quedó detenido ante los campos de minas y una segunda línea de defensa intacta.

Las cosas fueron un poco mejor en el resto del sector de la 19ª, donde dos regimientos de granaderos panzer quedaron reducidos durante la mañana a la fuerza combinada de un batallón. Breith tuvo que enviar a la 168ª División de Infantería para restaurar la situación. En el centro del III Cuerpo Panzer, la 6ª División Panzer se retrasó una hora cuando no se materializó el bombardeo de artillería programado. El grupo de batalla blindado entró en el flanco de la 19ª Panzer, fue detenido por el mismo campo de minas, y fue blanco de una artillería masiva y el bombardeo de Katyushas. Los zapadores despejaron un camino. Unos minutos más tarde, los panzer se encontraron con una zanja antitanque. Los zapadores tardaron tres horas en echar abajo los laterales. Eran las 4.00 de la tarde cuando la 6ª Panzer, ahora con apoyo de los Tiger y cubierta por la artillería de la división y un batallón antiaéreo, llegó a

Melikhovo. Sufrió grandes pérdidas por los T-34 enterrados hasta sus torretas, por la infantería rusa que parecía haber muerto dos veces, y por los cañones antitanque. El tripulante de un Tiger recordaba: «Había tantos que me dio diarrea permanente». Cada treinta minutos «me ponía en cuclillas en la parte trasera del tanque sin que el enemigo se diera cuenta».

Otra victoria para el diario de guerra del regimiento; otro día que no llevaba a ningún lugar en particular, y que tan solo creaba otro saliente que necesitaría protección. La 7ª División Panzer se pasó el día cubriendo la derecha de la 6ª Panzer cuando la 106ª División de Infantería no pudo cumplir su misión y asumir el papel de pantalla. De hecho, la 106ª fue empujada con tanta dureza que la 7ª Panzer tuvo que enviar tanques en su apoyo.

Raus, uno de los mejores comandantes de blindados alemanes, no se inquietaba con facilidad —una de las razones para encomendarle el poco glamuroso, pero vital trabajo, de dirigir la protección del flanco del grupo del ejército—. Pero la 106ª estaba tan desbordada que el día anterior un tanque soviético había alcanzado su puesto de mando. El propio Raus lideró el contraataque que restauró la línea. También solicitó refuerzos: los restos del Ejército Rojo estaban llevando a su XI Cuerpo hasta el límite. En ese punto, la réplica de Napoleón a Ney en Waterloo pudo haber cruzado la mente de Manstein: «¿Tropas? ¿Cree que puedo crearlas?». El comandante del grupo de ejércitos consultó a Zeitzler,<sup>178</sup> solo para que le dijera, en efecto, que hiciera más con menos: Alemania y su Führer estaban observando.

## V

El mejor amigo de un comandante es un enemigo amable. Un enemigo amable no es aquel que simplemente comete errores, sino uno que actúa como si sus órdenes hubieran sido escritas por su oponente. En Walther Model, Rokossovsky había encontrado —o mejor dicho, sus soldados habían creado— un enemigo amable. Para el 9 de julio, Model concentró cinco divisiones panzer en un frente de dieciséis kilómetros: más de trescientos vehículos blindados de combate, los últimos recursos del Noveno Ejército. El elemento central del esfuerzo era la nueva 4ª División Panzer, que incluía un centenar de tanques, la mayoría de ellos del nuevo modelo de Mark IV con cañones largos

de 75 mm. Había sufrido una noche de ataques aéreos incesantes a medida que se desplegaba. El clima tampoco había ayudado, lo que significaba un terreno empapado, visibilidad reducida y apoyo aéreo limitado. Pero parecía que solo era necesario un empujón más.

Rokossovsky, por su parte, había utilizado el tiempo ganado por sus unidades de vanguardia para transferir a Teploye-Olkhovatka-Ponyri todo de lo que se pudiera prescindir en los sectores tranquilos: dos divisiones de fusileros, una división de artillería y una bolsa mixta de unidades más pequeñas. Rokossovsky también estaba apurando el fondo del tarro del frente Central.<sup>179</sup> Específicamente, la moral en el Segundo Ejército de Tanques también se estaba deshilachando por los bordes. Los análisis soviéticos, y ahora rusos, de la Segunda Guerra Mundial afirman o implican que casi todos los camaradas fueron valientes en defensa de la patria, el comunismo y Stalin. De hecho, las tripulaciones de los T-34 se encontraban en la misma situación que sus homólogos estadounidenses y británicos que condujeron los tanques Sherman en Normandía. Durante un año, los T-34 habían sido los dueños técnicos del campo de batalla blindado. Ahora estaban siendo atacados a distancias desde las cuales no podían responder. Cargar hacia adelante solo los acercaba a los vehículos blindados de combate alemanes que parecían capaces de ajustar su fuego automáticamente contra los tanques en movimiento y concentrarse en ellos cuando se detenían para usar sus propios cañones. Rokossovsky respondió destacando dos brigadas nuevas del cuerpo de tanques que había dejado cubriendo Kursk como defensa final contra un gran avance alemán. En sus memorias confesó que aquellos tanques eran su última esperanza. Como dijo Wellington en Waterloo, se golpeó con fuerza. La pregunta era quién podría golpear durante más tiempo.

A las 8.00 de la mañana del 8 de julio, la 2ª División Panzer avanzó contra Olkhovatka. La 4ª y la 20ª siguieron un nuevo eje, a la derecha del XLVII Cuerpo Panzer hacia la aldea de Samodurovka, buscando abrir una brecha que hasta ahora había demostrado ser un espejismo al desarrollar una hendidura entre los ejércitos 13º y 60º. La inteligencia de la Luftwaffe marcó los primeros puntos<sup>180</sup> al captar por radio la orden del 16º Ejército del Aire para un gran ataque de Shturmoviks al amanecer, que apoyaría un contraataque contra las posiciones alemanas en Ponyri. Un grupo de Messerschmitt 190

esperaba en las alturas y dispersó a los atacantes. Para cuando comenzó el ataque terrestre, el clima se había oscurecido y cerrado. Durante tres horas, la 307ª División de Fusileros se enfrentó a la infantería alemana sobre un lodo que se parecía al de Passchendaele,<sup>j</sup> con niebla y lluvia que redujeron la lucha a forcejeos mano a mano en el fango y que dejó a los fusileros del Ejército Rojo en posesión de parte de Ponyri,<sup>181</sup> aunque esto depende de qué informe se lea.

La artillería de ambos bandos disparaba casi a ciegas, pero los soviéticos tenían muchos más cañones en acción y estaban más acostumbrados a bombardear esa zona. En la derecha alemana, los granaderos de la 20ª División Panzer encabezaban el trayecto hacia Samodurovka. Algunas compañías reducidas a la fuerza de un pelotón fueron comandadas por sargentos en la primera hora de una serie de ataques de un día de duración que inmovilizaron a los rusos pero que, por lo demás, hicieron pocos progresos contra el 17º Cuerpo de Fusileros de la Guardia. Un observador calificó a El Alamein como una operación modesta<sup>182</sup> en comparación con esta y declaró que incluso Stalingrado ocuparía el segundo lugar. La 20ª División Panzer tenía solo un batallón de tanques, y su diario de guerra describe un día moviéndose de un lugar a otro,<sup>183</sup> apoyando a la infantería, revisando los contraataques rusos, evitando equipos de ataque cerrado y adentrándose en campos minados. El batallón había entrado en acción el 5 de julio con setenta y cinco tanques: treinta y nueve seguían operativos cuando la unidad tomó posiciones durante la noche.

Las perspectivas de la 4ª División Panzer<sup>184</sup> podrían haber mejorado si el comandante del XLVII Cuerpo Panzer, Joachim Lemelsen, no hubiera enviado el regimiento blindado de la división para formar parte de una brigada de tanques provisional, reemplazándolo con un batallón de cañones de asalto que dejó a la 4ª con casi la mitad de su número estándar de vehículos blindados de combate. En estas condiciones, un grupo de batalla de la división luchó hasta Teploye y se movió hacia el terreno elevado al sur de la aldea. Cuando los granaderos panzer no pudieron adentrarse más en el fuego ruso, los blindados continuaron solos. Un pelotón, bien dirigido o simplemente afortunado, eliminó suficientes posiciones de cañones de primera línea como para brindar a la infantería la oportunidad de avanzar hacia el terreno elevado al sur de la

aldea. Las reservas rusas apoyadas por tanques repelieron repetidamente a los alemanes. Los cañones anticarro rusos mantuvieron su fuego a apenas unos cuatrocientos metros. En un solo batallón, una batería quedó reducida a un solo cañón y tres servidores. Otra pieza de artillería, con su cureña destrozada, estaba apoyada sobre unas cajas de munición y apuntaba hacia abajo su cañón. Los fusileros antitanques evocaban los elogios alemanes por su «valentía y frialdad» que le costaban a una compañía un 70 por ciento de bajas. Pero, al final del día, las compañías de granaderos panzer también quedaban reducidas a quince o veinte hombres. Con el comandante de división y uno de los comandantes de regimiento heridos, parecía imposible ningún avance en el sector.

Lemelsen no había «prestado» los tanques de la 4ª Panzer por capricho. Artillero de oficio, Kluge le tenía en alta estima como comandante de cuerpo. Había tenido tres días para experimentar los límites de la cooperación entre tanques e infantería siguiendo la doctrina de blindados alemana ampliamente aceptada. Y merece la pena recordar que las divisiones panzer originales de la Wehrmacht estaban centradas en los blindados y en sus blindajes pesados, aunque estaban equipadas con tanques ligeros. A primera vista, no era quimérico pensar que una fuerza grande y concentrada de vehículos blindados de combate —alrededor de doscientos cuando se sumaron juntos los regimientos panzer de las Divisiones 2ª y 4ª, los Tiger y algunos cañones de asalto extraviados— se abriera paso entre lo que deberían ser las posiciones soviéticas finales. En cambio, la 6ª División de Infantería —lo que quedaba de ella— se quedó detenida en las laderas de la Colina 274 a las afueras de Olkhovatka, el punto clave de la defensa en ese sector y ocupado por el Decimoséptimo Ejército. Los panzer avanzaron incesantemente y fueron rechazados repetidamente. Al final de los combates del día, alrededor de las 5.00 de la tarde, solo continuaban en servicio tres Tiger y el terreno elevado seguía en manos soviéticas.

La primera reacción de Model a otro día en vano<sup>185</sup> fue considerar relevar a varios de sus comandantes subordinados. La segunda fue ordenar a los regimientos panzer que regresaran a sus propias divisiones. La tercera fue planear un nuevo ataque para la mañana siguiente. Entonces intervino el Estado Mayor del Noveno Ejército. Más de tres mil doscientos hombres



habían sido sacrificados por avances que se medían, en el mejor de los casos, en cientos de metros. La mitad de los granaderos panzer de las divisiones 2ª, 4ª y 9ª eran bajas. Cientos de tanques estaban siendo sometidos a reparaciones importantes. Las reservas de combustible y municiones eran bajas. El único producto abundante era el cansancio, con cuatro días de insomnio como norma en las divisiones de infantería. Model respondió utilizando el 9 de julio para descansar y reorganizarse en todas partes excepto en los alrededores de Ponyri,<sup>186</sup> donde los elementos de la 292ª División consiguieron por fin tomar y mantener la Colina 239 al este de la aldea. Sobre un mapa, el éxito ofrecía una oportunidad de avance. Sobre el terreno, presentaba otra colina fortificada, la 253, en el nuevo flanco derecho alemán. La 292ª estaba combatiendo y para este momento resulta casi redundante decir que los rusos llenaron literalmente la Colina 253 y sus alrededores con cada arma que pudiera encontrar una posición, desde tanques T-34 hasta ametralladoras ligeras.

La decisión de Model de suspender las operaciones llevó a Kluge a convocar una reunión de oficiales de alto rango<sup>187</sup> por la mañana. Se reunió con Model, Harpe y Lemelsen en el cuartel general del XLVII Cuerpo Panzer y abrió la discusión con un implícito «¿Y ahora qué?». Harpe dijo que se estaba quedando sin infantería; Lemelsen dijo que se estaba quedando sin tanques. Cuando Kluge ofreció tres divisiones móviles más como refuerzos, Model respondió que lo mejor que podía esperarse era un *rollenden Materialabnutzungsschlacht*, una «batalla de desgaste de material rodante». El subtexto de la Primera Guerra Mundial de este circunloquio teutónico no se había perdido entre aquellos hombres que habían sido suboficiales en 1914-1918. ¿Estaban Kluge y Model reconociendo que la mitad norte de Ciudadela había fracasado, buscando proporcionar una cortina de humo contra la insistencia en continuar expresada por Hitler? Ciertamente, ambos hombres estaban preocupados por el riesgo que se estaba fraguando de un ataque importante en el sector central. Ciertamente también, el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro, físicamente aislado y responsable de un frente estático, se había convertido en un punto focal para la conspiración contra Hitler. Pero no había señales de una cortina de humo en el ataque que el XLVII Cuerpo Panzer lanzó el 10 de julio.<sup>188</sup>

Una vez más, los objetivos iniciales eran el terreno elevado al sur y al sudoeste de Olkhovatka y la muy disputada aldea de Teploye. La 1ª División Aérea, un tanto revitalizada por su falta de actividad a causa del clima el 9 de julio —solo realizaron unos cuatrocientos vuelos de bombardeo y ataque— realizaron casi setecientos ataques contra las posiciones de los cañones que habían azotado los ataques de los dos días anteriores. Sus cazas llevaron la acción a los aeródromos del Decimosexto Ejército, controlando efectivamente el cielo durante la mayor parte de la mañana. En tierra, Model repitió la acción de Lemelsen<sup>189</sup> del 8 de julio, combinando tanques de la 2ª, 4ª y 20ª Divisiones Panzer en una brigada improvisada. Llegó hasta Teploye, que finalmente fue despejado por la infantería de la 4ª División Panzer. Rokossovsky había reforzado la defensa con una nueva división de fusileros del Septuagésimo Ejército. En la noche del 7 al 8 de julio, envió su última reserva acorazada inmediata, el 9º Cuerpo de Tanques. Resultó ser suficiente, y una vez más los alemanes fueron retenidos o rechazados a lo largo del frente del Decimoséptimo Ejército de Fusileros, sacrificando algunas de sus pequeñas ganancias anteriores. El éxito del día anterior en Ponyri había llevado a Model a aliviar a la 298ª con una de las nuevas divisiones de Kluge y a hacer una prueba más también en ese sector. La 10ª División de Granaderos Panzer entró lentamente en línea, impedida por el fuerte viento y la lluvia, y, pese al apoyo cercano de los Ferdinand supervivientes, sus ataques de última hora de la tarde se hundieron como todos los demás en la determinación y la potencia de fuego de los soviéticos.

El 11 de julio, el frente Central montó una serie de contraataques<sup>190</sup> en todo su sector. Vistos en retrospectiva, se trataba de operaciones locales o, al menos, de avances locales por parte de alemanes cuya resistencia no era menos decidida que la de sus homólogos del Ejército Rojo. Pero las ganancias fueron lo suficientemente serias para los exhaustos hombres y generales. Las ideas inicialmente optimistas de desgaste y ruptura dieron paso a una sensación casi visceral de que, después de todo, las reservas rusas podrían ser inagotables.

Al final del día, a Model no le quedaba nada con lo que cambiar la situación. Las zonas inmediatas de retaguardia del Noveno Ejército eran en ese momento una combinación de tierra yerma, un depósito de chatarra y una

carnicería. Los vehículos inutilizados, las armas destruidas y el equipo abandonado cubrían un área invadida por rezagados y *Versprengten* — hombres literalmente noqueados— que habían perdido el contacto con sus unidades por el intenso e ininterrumpido combate. Kursk fue un ejemplo temprano de un fenómeno que se manifestó completamente dos años más tarde en Okinawa. La guerra industrial de alto nivel, con tanques y aviones sumados a la artillería y las ametralladoras, y todo ello combinado con un entorno extremo, podría afectar a los hombres no en cuestión de semanas o meses, sino de días. No fue un caso de desmoralización sistémica, como en las unidades de la retaguardia alemana cuando los rusos envolvieron Stalingrado. Los rusos no eran inmunes. Como defensores, los hombres de Rokossovsky tenían posiciones estables, cuyo abandono implicaba a menudo más riesgos que aguantar. Era probable que a los que se les considerase gandules o fugitivos fueran despachados sin rodeos más rápidamente por la policía militar soviética y el NKVD que por los, con razón, temidos «perros con cadena»<sup>191</sup> de la Wehrmacht. El 10 de julio, el comandante del Decimosexto Ejército Aéreo respondió a los informes, según los cuales sus cazas tenían una mentalidad defensiva<sup>192</sup> y patrullaban a una distancia segura detrás de la línea del frente, amenazando a los «cobardes» con el traslado a un batallón de castigo o con una ejecución sobre el terreno.

El OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas) reaccionó al callejón sin salida percibiendo la necesidad de revertir el equilibrio del desgaste. Model respondió con un plan revisado.<sup>193</sup> Previamente, Kluge le había prometido a Model la 12ª División Panzer y la 36ª División de Infantería. Entonces también le ofreció, una vez que llegaran, la 5ª y la 8ª Divisiones Panzer, recientemente reacondicionadas y asignadas al Grupo de Ejércitos Centro. La intención de Model era reforzar el XLVI Cuerpo Panzer aún no comprometido y utilizarlo para envolver las alturas de Olkhovatka de su flanco izquierdo. Sus cuatro divisiones de infantería eran las últimas tropas relativamente nuevas del orden de batalla original del Noveno Ejército. Pero solo un grupo de batalla de la 12ª División Panzer alcanzó el sector del Noveno Ejército, y lo hizo demasiado tarde para que fuera de utilidad. Un ataque nocturno limitado en el sector del XLVI Cuerpo Panzer no fue a ninguna parte; para entonces, el Ejército Rojo era dueño de la noche a lo largo de todo el frente de Model. El

Noveno Ejército había perdido solo alrededor de setenta y cinco vehículos blindados de combate. La 1ª División Aérea mantuvo el control de los cielos cuando el Decimosexto Ejército Aéreo soviético redujo la actividad para dar descanso a sus tripulaciones, pero sin un cambio importante en la situación general, las perspectivas racionales de un nuevo ataque parecían sumarse a una lista de bajas que ya superaba las veintidós mil.

Ese cambio importante lo proporcionaría pronto el Ejército Rojo. El frente Central de Rokossovsky había detenido a los alemanes casi en seco. El Decimotercer Ejército y el Segundo Ejército de Tanques habían echado a perder media docena de divisiones panzer. En ninguna parte los Tiger y los Ferdinand habían contribuido a algo más que a victorias tácticas limitadas. El precio había sido alto ya que casi la mitad de los tanques del frente se consideraban desechados. Los costes humanos siguen siendo discutibles. Los antiguos archivos soviéticos enumeran 34.000 bajas entre el 5 y el 11 de julio, casi la mitad de ellas muertos. Pero las cifras de fuerzas para el frente Central<sup>194</sup> durante el mismo periodo muestran una reducción de casi 93.000 sin grandes cambios en el orden de batalla. No puede pasarse por alto una discrepancia de 59.000, pero aún hoy sigue sin explicación.

Rokossovsky, que señaló que el poder de combate y la habilidad táctica de los alemanes lo habían obligado a enviar las reservas<sup>195</sup> antes de lo previsto y a mantener los sectores en lugar de montar un contraataque general, mostró su rechazo hacia la situación del suministro calificándola de caótica. Sin embargo, lo que era importante era la confianza de Rokossovsky en que el frente Central había ganado su batalla. Más importante aún era que Zhukov estuviera de acuerdo.

A primera hora del 9 de julio, Stalin había llamado a Zhukov para expresar su opinión de que la ofensiva en el sector de Orel estaba lista para ser lanzada.<sup>196</sup> Zhukov estuvo de acuerdo. Los alemanes, declaró, ya no tenían los recursos para lograr un avance contra el frente Central. Eso, sin embargo, no les impediría seguir intentándolo. Que los alemanes se desangrasen durante uno o dos días más, mientras se cerraban los inevitables cabos sueltos de lo que se había bautizado como operación Kutuzov. El tiempo lo era todo. Si Kutuzov comenzaba demasiado pronto aunque fuera un solo día, el Noveno Ejército aún podría ser capaz de sacar uno de los llamados «conejos fuera del

casco» alemanes y golpear el flanco izquierdo ruso. No es irrespetuoso para Rokossovsky y sus hombres decir que, en el mejor de los casos, el frente Central se enfrentaba a una dificultad extrema al montar un ataque lo suficientemente fuerte como para mantener a los alemanes en su lugar.

Stalin estuvo de acuerdo. No fue sino hasta la noche del 11 de julio cuando las patrullas habituales en los sectores designados a Kutuzov dieron paso a sondeos e iniciativas de los batallones que proporcionaron información para un reajuste final de las formaciones de ataque y los objetivos de la artillería. Hasta el 12 de julio no comenzaría el Ejército Rojo a cambiar los parámetros de la operación Ciudadela y de la guerra ruso-alemana.

## DECISIONES

El fuerte de Erich von Manstein era la batalla de maniobra: masa multiplicada por impulso. Hasta aquel momento, el impulso del Grupo de Ejércitos Sur había sido circunstancial. La masa la habían proporcionado los rusos. En la noche del 8 de julio, Vatutin y Vasilevsky tenían una misión: mantener a los alemanes en su lugar para las próximas contraofensivas a ambos lados del saliente de Kursk. Eso significaba conservar el centro, desde Prokhorovka hasta la carretera de Oboyan, y seguir golpeando a Knobelsdorff y Breith mientras atacaban las defensas de su frente.

### I

Eso, a su vez, requería barajar.<sup>197</sup> Vatutin aprovechó la noche, y una disminución del esfuerzo aéreo alemán, para ordenar que el 5º Cuerpo de Tanques de la Guardia se moviera en dirección oeste, hacia la carretera de Oboyan, y se uniera al Primer Ejército de Tanques. El 10º Cuerpo de Tanques también se trasladaría al sector de Oboyan, mientras que el 2º Cuerpo de Tanques se haría cargo de la carretera de Prokhorovka. El 31º Cuerpo Mecanizado y el 3er Cuerpo de Tanques se volverían a una nueva línea desde la carretera de Oboyan hasta el río Psel. Refuerzos —divisiones de fusileros, regimientos de tanques, de artillería y antitanques de la reserva de la Stavka y tanques de reemplazo— se distribuían generosamente a medida que llegaban. El alto mando soviético ordenó que el 69º Ejército se desplazara entre el

Sexto y el Séptimo de la Guardia a la izquierda de Vatutin, aumentando la presión general sobre los alemanes. También ordenó que el Quinto Ejército de la Guardia, con siete divisiones de primera clase, se trasladara desde el frente de la Estepa al sector Oboyan-Prokhorovka.

Ese refuerzo no fue menos bienvenido por requerir varios días de marcha. El Quinto Ejército de la Guardia había luchado en Stalingrado igual que lo había hecho el 66° Ejército, conservando cuatro de las divisiones atemperadas en aquel caldero, y añadiendo tres nuevas: dos aerotransportadas y una de fusileros, todas de la Guardia, y totalmente equipadas. Era un signo del cambiante equilibrio del frente Oriental que la Stavka tuviera este tipo de fuerza de infantería de élite disponible para una tarea casi rutinaria, mientras que los alemanes se esforzaban por controlar sus sectores «tranquilos» con cualquier hombre capaz de apuntar con un fusil y caminar sin ayuda. Sin embargo, la principal iniciativa de la Stavka fue transferir el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia desde el frente de la Estepa al mando de Vatutin. El Quinto Ejército de Tanques de la Guardia era una carta alta.<sup>198</sup> Se había formado el 10 de febrero de 1942, y se consideraba que su 5° Cuerpo de Guardias Mecanizados y los 18° y 29° Cuerpos de Tanques estaban bien entrenados, bien equipados y bien dirigidos. Su comandante, el teniente general Pavel Rotmistrov, era una figura colorida para los estándares relativamente anónimos del Ejército Rojo después de la purga. Lucía el uniforme soviético desde 1919 y se movía con un aire similar al de Vasko Denisov, el personaje de Tolstoi; o al de Denis Davydov, homólogo de Denisov en la vida real. Tanquista con experiencia en combate, se había desempeñado bien al mando de una brigada y un cuerpo. Quedaba por ver si podía hacer lo mismo como comandante de un ejército.

Al otro lado de la línea, Hoth también estaba comprobando el cambio del viento.<sup>199</sup> El Cuarto Ejército Panzer se había reducido a seiscientos vehículos blindados de combate listos para la acción en la mañana del 9 de julio, una pérdida del 40 por ciento sobre el total. Las puntas de lanza del ejército estaban todavía a 80 kilómetros de Kursk, casi a 160 del atascado frente de Model, y con tres días de retraso respecto al objetivo inicial de una cabeza de puente de dos cuerpos sobre el Psel.

Hoth no había perdido la confianza en las perspectivas de un eventual avance y una victoria. Pero el XLVIII Cuerpo Panzer todavía estaba bajo una presión tan fuerte en su flanco izquierdo que no podía desplegar frontalmente toda su fuerza. Los panzer de Breith permanecían enredados en las defensas soviéticas en la orilla este del Donets. El reconocimiento de la Luftwaffe informaba de grandes y cada vez mayores fuerzas blindadas soviéticas que se desplazaban hacia el oeste y hacia el sur, hacia el Psel.

Tanto la doctrina oficial como el sentido común exigían un esfuerzo total para interceptar el movimiento. La Luftwaffe había sido configurada originalmente justo para ese tipo de misión. Pero la necesidad de un apoyo directo en tierra se había intensificado tanto que no se podía reservar ningún avión<sup>200</sup> de las líneas del frente. Por lo tanto, solo se podía esperar que los contraataques desde el noreste en los que estaban involucradas las SS aumentaran en fuerza y potencia de combate hasta que acabaran igualando y superando a los panzer. La idea original de Hoth<sup>201</sup> para esta contingencia fue atraer a los soviéticos a una batalla en un terreno elegido por los alemanes: un terreno abierto, donde el mayor alcance de los cañones de sus tanques y su excelente óptica les daría el tipo de ventaja técnica negada en los combates anteriores en lugares cerrados. El peso del plan descansaba directamente sobre los hombros de las Waffen SS. Hoth no lo admitiría voluntariamente, pero la ideología, la experiencia y el armamento hacían que las SS fueran más adecuadas que los panzer del ejército para forzar un avance en un ataque frontal. Además, como tropas del partido en una guerra del ejército, eran más prescindibles.

Hoth había esperado en un principio que el ejército y las SS mantuvieran el ritmo y estuvieran en condiciones de actuar conjuntamente a medida que se acercaban al Psel. En cambio, el XLVIII Cuerpo Panzer se estaba quedando atrás: una consecuencia de la resistencia en su frente y de la continua amenaza contra su flanco izquierdo. La Orden N° 4 del 9 de julio para el Cuarto Ejército Panzer era ambigua.<sup>202</sup> El XLVIII Cuerpo Panzer presionaría el poderoso flanco derecho por la carretera de Oboyan, arrojaría a los rusos sobre el Psel y, al mismo tiempo, aseguraría su flanco izquierdo para siempre atacando y envolviendo al 6° Cuerpo de Tanques. El II Cuerpo Panzer SS se dirigiría hacia el noreste con «toda la fuerza disponible» y, a la vez,



mantendría un fuerte flanco protector contra cualquier ataque procedente de Prokhorovka. El 10 de julio, se esperaba que Hausser estuviera listo para cambiar su eje de avance hacia la propia Prokhorovka, si el movimiento se hacía necesario a medida que llegaran los refuerzos soviéticos.

Manstein respaldó directamente la jugada de Hoth dando prioridad a Hausser para el apoyo aéreo. Más importante fue la continua presión de Manstein sobre Kempf y Breith para que el III Cuerpo Panzer avanzara hacia el norte, hacia Prokhorovka, ensanchando e integrando su frente, cubriendo a las SS mediante la intercepción del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia. Pero antes Breith tenía que limpiar su propio sector.<sup>203</sup> La 19ª División Panzer pasó un largo, caluroso y frustrante 8 de julio en una serie de tiras y aflojas con contraataques rusos que casi rompieron las en exceso estiradas líneas de la 168ª División de Infantería, complicando su avance sobre el Donets desde Belgorod. Se necesitaron los últimos cuatro Mark VI operativos de una compañía Tiger, más media docena de tanques lanzallamas, antes de que la 19ª pudiera siquiera considerar irrumpir y avanzar en cualquier escala. En el otro flanco del III Cuerpo Panzer, la 7ª División Panzer seguía comprometida en su función de protección del flanco: «No hay cambios planeados para hoy... Yo había dormido bien», en palabras de un comandante de la compañía Tiger. Pero una división de infantería, la 106ª, estaba siendo acuciada para aliviar a los panzer, haciendo que la 7ª estuviera disponible para apoyar lo que parecía ser la primera oportunidad táctica real que el cuerpo de Breith había creado desde que comenzara la lucha.

Ese era el trabajo de la 6ª División Panzer, cuyo día comenzó cuando abrieron fuego sobre dos de sus compañías de tanques mientras se reabastecían en un área de vanguardia y continuó cuando un teniente inexperto y ambicioso condujo a su pelotón de tanques en una carga «con la cabeza baja» hasta la cima de una colina, solo para encontrarse inmovilizado por el habitual fuego pesado defensivo soviético. Pero las cosas mejoraron cuando los guardias blindados de la división encontraron suficientes puntos explotables en las defensas de la 92ª de Fusileros de la Guardia para alcanzar y capturar el terreno elevado al norte de Melikhovo, una veintena de kilómetros al noreste de Belgorod, antes de toparse con intransitables cinturones de campos minados, cañones y zanjas antitanques. Hasta ese

momento, era solo otro saliente, otro dedo corazón extendido. Pero si la 19ª y la 7ª Panzer lograban cerrarse sobre la 6ª, el resultado podría ser un golpe de kárate paralizante con el puño cerrado.

«Podría ser», ese era el mantra de Ciudadela en el bando alemán. Al principio, Knobelsdorff respondió<sup>204</sup> a las órdenes revisadas de Hoth redistribuyendo un grupo de batalla de la Grossdeutschland; dos batallones de granaderos panzer, y más de cincuenta tanques y cañones de asalto, incluida una compañía Tiger, haciéndolos girar hacia el oeste para que cooperaran con la 3ª Panzer y la 332ª Infantería en el remate del 6º Cuerpo de Tanques. Knobelsdorff creía que la distracción sería temporal. Pero a pesar del «sobresaliente» apoyo de los Stukas, el avance necesitó noventa minutos para llegar a las últimas casas en la parte norte de Verkhopenye contra la 67ª División de Fusileros de la Guardia apoyada por tanques. Además, aquello no era lo mismo que tener la aldea limpia y asegurada. El grupo de batalla también estaba bajo el fuego de artillería pesada y los Katyusha procedente del oeste: una clara indicación de que la 3ª División Panzer aún no estaba fuera de peligro.

El otro regimiento de granaderos panzer y el batallón de reconocimiento de la Grossdeutschland, con el resto de los blindados de la división, reanudaron el avance sobre Oboyan alrededor de las 6.00 de la mañana. Los granaderos tropezaron con una pantalla antitanque; el batallón de reconocimiento lo esquivó y siguió moviéndose bajo la cobertura de los Stukas. Hasta ahí, todo bien, al menos lo suficiente como para que el comandante de la Grossdeutschland moviera los tanques que había en Verkhopenye para reforzar lo que él consideraba el *Schwerpunkt* de su ataque. Los panzer pasaron entre los semiorugas y los cañones de asalto del grupo de combate de reconocimiento y entablaron combate con la 86ª Brigada de Tanques a distancias lo suficientemente largas como para permitir que los Panthers y los Tiger mantuvieran el avance por la carretera de Oboyan hasta que las órdenes superiores los hicieran detenerse por la tarde alrededor del pueblo de Novoselovka.

La 3ª División Panzer era otro guerrero para una jornada laboral normal. No tenía derecho a tener Tiger o Panthers. La mitad de los algo más de ochenta tanques que la división tenía en la batalla eran Mark III con cañones de 50

mm. Pero, hasta ese momento, sus pérdidas en hombres y tanques no habían sido particularmente severas, especialmente en comparación con otros sectores de Ciudadela. Desde el general de división Franz Westhoven hasta los batallones y compañías, sus mandos eran sólidos. La división realizó una docena de ataques tácticamente exitosos durante el día. El problema era que los cañones antitanque y los T-34 enterrados, apoyados por los blindados móviles del 6º Cuerpo de Tanques, impedían que la 3ª Panzer constituyera un *Schwerpunkt* que funcionase. En cambio, una secuencia de avances oportunistas llevó a sus elementos de vanguardia hasta el río Pena, pero produjo y confirmó un desplazamiento hacia el oeste del frente general de la división, casi un ángulo recto con la ruta prevista del XLVIII Cuerpo Panzer hacia Oboyan. La 332ª División de Infantería a la izquierda de la 3ª Panzer forzó un cruce del Pena contra la 71ª División de Fusileros de la Guardia y elementos del 6º Cuerpo de Tanques. Sin embargo, con el objetivo de facilitar un avance de la 3ª División Panzer, la 332ª fue como un cuchillo en un tiroteo. En su propio sector, los panzer alcanzaron el Pena y comenzaron a construir un puente lo suficientemente fuerte como para soportar a los Mark III y IV, aunque la artillería, los cohetes y los morteros soviéticos hicieron bien su trabajo desde la noche hasta la mañana.

La Grossdeutschland respondió a la situación de la 3ª Panzer dejando a la mayoría de sus granaderos para mantener el sector de Oboyan y dirigiendo sus tanques y el batallón de reconocimiento otra vez hacia el oeste para despejar el frente de la 3ª Panzer. Puede que no fuera poca cosa, pero definitivamente era demasiado tarde, al menos para aquel día. Hasta las 10.00 de la noche, las puntas de lanza de la Grossdeutschland no establecieron contacto con tanques soviéticos alrededor de Verkhopenye. Después de quince horas de combates y maniobras, solo tenía sentido una orden: mantener la posición por la noche, repostar, rearmar, reparar y descansar. La 11ª División Panzer, a la derecha de la Grossdeutschland, o bien logró en un primer instante un grado de sorpresa táctica, o bien fue arrastrada por la estela de su compañera, dependiendo de los informes y las noticias recibidas. Cualquiera que fuera el motivo, hizo un buen progreso a lo largo de la carretera de Oboyan a primera hora del día, aunque solo para crear otro pequeño saliente, con sus elementos de vanguardia por delante de la Grossdeutschland en un flanco y las SS en el otro.

Como se dijo anteriormente, las órdenes que Hoth dio al II Cuerpo Panzer SS contenían hasta cuatro misiones potenciales: atravesar a los soviéticos en su frente inmediato, interrumpir los contraataques que se avecinaban por parte de las reservas del Ejército Rojo, arrastrar con ellos a los panzer del ejército a su izquierda y abrir una ruta alternativa hacia Kursk. Cualquiera de ellas era una tarea importante. Las órdenes de Hausser,<sup>205</sup> emitidas a las 11.00 de la noche del 8 de julio, eran, en consecuencia, ambiciosas. La intención general era que los cuerpos establecieran contacto con la 11ª División Panzer, destruyeran las fuerzas soviéticas al sur del Psel y establecieran cabezas de puente a través del río como preparación para un nuevo avance en un amplio frente, en dirección noreste. La Das Reich desarrollaría su posición actual como una línea de batalla principal (*Hauptkampflinie*). La Totenkopf avanzaría hacia el oeste-noroeste, contactaría con la 11ª Panzer y forzaría un paso del Psel. La Leibstandarte despejaría su frente, luego comenzaría a cambiar de posición, moviéndose entre la Totenkopf y la Das Reich para convertirse en la división central del cuerpo. Tan pronto y en la medida que fuera posible, los regimientos de tanques de la Leibstandarte y la Das Reich iban a ser retirados de la línea para su reabastecimiento y el descanso de sus agotadas tripulaciones.

La Leibstandarte avanzó<sup>206</sup> alrededor de las 10.00 de la mañana del 9 de julio, con los cuatro Tiger que le quedaban encabezando la marcha. La división había sufrido mil quinientas bajas en cuatro días, la mayoría de ellas en los regimientos de combate, pero la moral era alta y mejoró más cuando una compañía de Mark IV dispersó el contraataque de un regimiento de T-34. Para el mediodía, las SS habían cruzado el río Solotinka y habían entrado en contacto con la vanguardia de la 11ª División Panzer. Los elementos de ambas divisiones llegaron a la aldea de Kochetovka, cuartel general del Sexto Ejército de la Guardia, antes de ser detenidos por un 10º Cuerpo de Tanques reorganizado que demostró que todavía le quedaban ganas de pelea, y por los cohetes pesados y el fuego de artillería.

A medida que declinaba el día, la Leibstandarte comenzó a girar el ala izquierda del cuerpo hacia la Totenkopf. Esta relativamente nueva división de la calavera no perdió tiempo para organizar un ataque frontal cabeza abajo hacia el Psel. A pesar de la fuerte resistencia de los guardias de la retaguardia

y los supervivientes del 3<sup>er</sup> Cuerpo Mecanizado, del 31<sup>er</sup> Cuerpo de Tanques y de las 51<sup>a</sup> y 52<sup>a</sup> Divisiones de Fusileros de la Guardia, los SS ganaron unos dieciséis kilómetros. Los cañones de artillería y los tanques de la división literalmente volaron la sede de los Guardias en las afueras de Kochetovka antes de que los granaderos panzer tomaran el pueblo por asalto. El ataque principal de la Totenkopf giró a continuación hacia el noroeste, a un terreno elevado a unos dos o tres kilómetros fuera de Kochetovka que daba a los accesos al Psel. Allí se topó por primera vez con las tácticas de «escudo y espada» de los tanques enterrados y las defensas fijas peleando hasta el final mientras los T-34 móviles lanzaban repetidos contraataques. La Totenkopf se quedó inmóvil y, hasta el anochecer, sus zapadores y granaderos panzer no consiguieron construir un puente sobre el Psel y establecer un punto de apoyo en la otra orilla.

La Das Reich también pasó el día sin moverse, bloqueando con relativa facilidad (para los estándares de Ciudadela) una serie de ataques a lo largo de la carretera de Prokhorovka por parte del 2<sup>o</sup> Cuerpo de Tanques y del 5<sup>o</sup> Cuerpo de Tanques de la Guardia. Pero por la noche, el II Cuerpo Panzer SS recibió informaciones de reconocimiento terrestre y aéreo que confirmaban los principales movimientos de blindados<sup>207</sup> hacia el noreste, contra el flanco derecho del cuerpo, junto con la intensa actividad aérea. Una columna con 250 camiones y hasta 80 tanques ya había pasado por Prokhorovka. La fuerza soviética era de tal tamaño que las fuerzas alemanas que exploraban en la dirección opuesta habían sido retiradas. Era probable que se introdujeran reservas adicionales de blindados fuera del sector de Ciudadela.

El 9 de julio fue largo en el cuartel general principal del frente de Voronezh.<sup>208</sup> Al final de ese día, el Sexto Ejército de la Guardia y el Primer Ejército de Tanques habían sacrificado la maniobrabilidad táctica más básica, sus formaciones originales estaban trituradas, y los sucesivos refuerzos no presentaban un mejor estado. Katukov pudo reunir cien vehículos blindados de combate, más o menos —bastante menos que más—. Los comandantes de ambos ejércitos habían pasado la mayor parte del día solicitando apoyo inmediato y preguntando cuándo llegaría el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia.

Vatutin respondió durante la noche del 9 al 10 de julio organizando su frente. De derecha a izquierda, el sector de Katukov estaba ahora en manos del 6 ° Cuerpo de Tanques a lo largo del río Pena; el 3<sup>er</sup> Cuerpo Mecanizado, o lo que quedaba de él, al otro lado de la carretera de Oboyan y el 31<sup>er</sup> Cuerpo Mecanizado extendiendo la línea hasta el Psel. Tres nuevas divisiones de fusileros estaban tomando posiciones en la retaguardia del ejército. Y lo que era más significativo: Vatutin colocó al 10° y al 5° Cuerpo de Tanques bajo el mando directo de Katukov. Aquellos eran los últimos elementos fiables del frente de Voronezh. Ahora dependía de las dotes de Katukov para mantener su sector y de la capacidad del Quinto Ejército de la Guardia y del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia para llegar a tiempo y dar un vuelco a la batalla. Dependía también de la capacidad del frente para detener un cambio en el desarrollo del foco del Cuarto Ejército Panzer en dirección a Prokhorovka. La redundancia del sistema de comunicaciones de campo soviético había demostrado repetidamente su valor desde el comienzo de Ciudadela. Para media tarde, estaban llegando informes por radio, teléfono y mensajería de que las SS estaban, en efecto, reemplazando a la Leibstandarte por la Totenkopf, empujando así a todo el cuerpo hacia la derecha, lejos de la carretera de Oboyan. Había una sola dirección en la que podrían ir: hacia Prokhorovka.

Hasta ese momento, el teniente general Vasily Kriuchenkin había sido un espectador virtual. Ahora, su 69° Ejército estaba reforzado por el 2° Cuerpo de Tanques<sup>209</sup> y por la habitual mezcla heterogénea de brigadas y regimientos independientes, y se le había ordenado que sostuviera el flanco noreste del frente de Voronezh y su arteria, la carretera hacia Prokhorovka. Para que no se le pasara nada, Vatutin telefoneó personalmente al 2° Cuerpo de Tanques justo antes de la medianoche y advirtió a su comandante de que esperara un ataque importante al día siguiente.

Vatutin describiría posteriormente el 9 de julio como el punto de inflexión en su sector. El comandante del frente podría haberse sentido confiado para el final del día, pero demasiadas cosas habían ido mal muy a menudo desde el 22 de junio de 1941 como para permitirse cualquier complacencia. Aparte de los alemanes en su frente, Vatutin y Vasilevsky todavía estaban un paso por detrás del equipo Rokossovsky-Zhukov en la

mitad norte del saliente. La ofensiva de Model se había detenido por completo. Manstein había llegado al Psel, el último sistema de defensa preparado antes de la estepa abierta. El sector de Prokhorovka todavía estaba siendo defendido a tramos. Incluso si las reservas de la Stavka contenían y derrotaban un avance alemán, Stalin se acordaría del general que enterró tanques hasta las torretas y agotó las reservas en una vana defensa. Y si el Vozhd se olvidaba, Zhukov estaría allí para recordárselo.

Al tomar y poner en marcha las decisiones para el 10 de julio, Manstein y Hoth tuvieron que tomar en consideración otro conjunto de estadísticas. El Cuarto Ejército Panzer había recibido un esfuerzo máximo<sup>210</sup> por parte del VIII Cuerpo Aéreo. Pero ese término significaba algo diferente después de cuatro días intensos. La Luftwaffe realizó más de mil quinientas salidas, el doble del número logrado por la Fuerza Aérea Soviética el 9 de julio. Los Stukas, Heinkels y Ju-88 atacaron las defensas rusas, pero contra una defensa tierra-aire en constante mejora. El Grupo III de la JG 52 perdió una escuadrilla completa de cuatro aviones en una misión de reconocimiento meteorológico a primera hora de la mañana, elevando su total de aviones derribados e inutilizados a dieciséis de cuarenta y dos desde el 5 de julio. La escasez inicial de combustible se expandió a las herramientas y los repuestos. Un tanque reparado a toda prisa por unos mecánicos agotados podría ser abandonado si se volviera a averiar. Para los aviones, esa opción era demasiado arriesgada.

Más grave fue la pérdida de once de los pilotos del grupo. La capacidad alemana de mantener una ventaja en el aire dependía de la calidad de sus tripulaciones, y las tasas de derribos de la Luftwaffe disminuían con cada ataque. Dos o tres Shturmoviks a cambio de uno o dos cazas era insostenible. Los cinco aviones perdidos por la 2ª Ala Stuka del VIII Cuerpo Aéreo fueron un recordatorio del destino de estos aviones pesados en otros teatros de operaciones, al principio de la guerra, cuando se usaban en masa durante el día. La ventaja de cualquier bombardero de picado era su capacidad de convencer a todos los que estaban debajo de los aviones de que cada uno, personalmente, era el punto focal del ataque. De hecho, una vez lanzados en picado, los Stuka y cualquiera de sus parientes, eran objetivos colgantes. La mejor posibilidad que tenía un equipo antiaéreo era mantenerse junto a sus

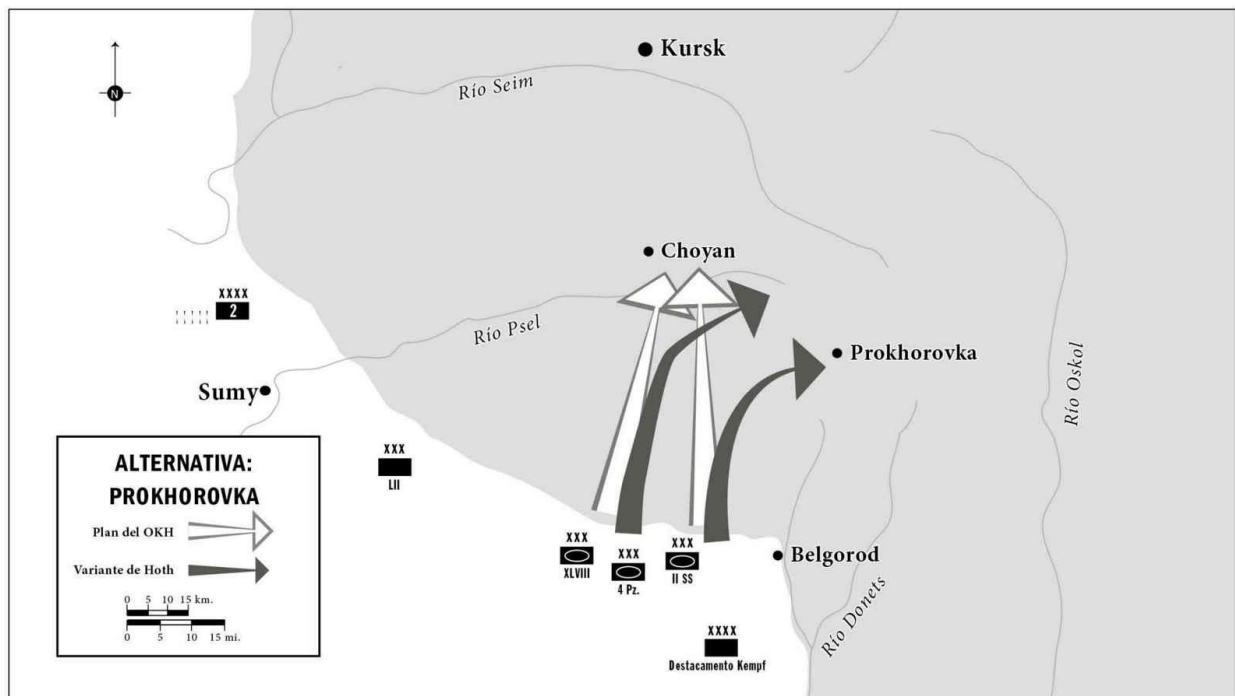
armas; el mejor mecanismo de supervivencia prolongar las ráfagas de disparos. Para el 9 de julio, los rusos tenían suficiente experiencia para convencerse, y los Stukas estaban pagando el precio.

En el aire también, los pilotos de combate rusos describían a sus oponentes como menos dispuestos a correr riesgos y más comprometidos con la escolta cercana de los bombarderos que a los vuelos independientes que tan costosos habían resultado en los primeros días de Ciudadela. En parte, aquello reflejaba un aumento del cansancio y unas órdenes para acompañar a los bombarderos hasta el final. Pero también reflejaba el eficaz, aunque costoso, curso intensivo de tácticas aéreas que la Luftwaffe le había proporcionado a la Fuerza Aérea Soviética desde el 5 de julio. El teniente Ivan Kozhedub aún no era rival para los *Experten* alemanes. Pero se anotó dos victorias el 9 de julio para aumentar sus derribos individuales el 6 y 7 de julio. Terminaría la guerra como el as soviético con mayor número de victorias, 64. No todos los pilotos de combate eran Kozhedub. Pero los descuidados, los aprendices lentos y los desafortunados se habían ido. Los supervivientes estaban aprendiendo sobre todo a cómo escoltar los ataques de Shturmoviks que hostigaban y retrasaban los movimientos de los blindados alemanes en todo el sector sur. El apoyo aéreo, tan vital incluso para los limitados avances realizados hasta la fecha, era un activo en disminución (cuando no un desperdicio). Ya el 7 de julio, casi la mitad de los aviones de combate del VIII Cuerpo Aéreo habían sido asignados al sector de Model. Para el 10 de julio, todos los bombarderos medios también fueron asignados a Model, y se envió un gran número de cazas para realizar batidas en los aeródromos soviéticos que apoyaban al frente Central. Eso significaba que, después de cinco días, Manstein y Hoth podían contar con solo un tercio del apoyo aéreo originalmente disponible, y eso asumiendo que la situación de Model no se volviera repentinamente desesperada.

En tierra, Hoth había esperado que el XLVIII Cuerpo Panzer estuviera en ese momento en la otra orilla del Psel y que el III Cuerpo Panzer estuviera cerrándose sobre el flanco derecho de las SS. En cambio, ambos estaban librando todavía sus propias batallas. La presión contra los flancos del Cuarto Ejército Panzer había aumentado exponencialmente a medida que progresaba el avance. Hoth era lo suficientemente optimista para creer que el XLVIII



Cuerpo Panzer podría, en un día o dos, despejar su flanco y cruzar el Psel. Creía que Breith era capaz de liberarse para apoyar a Hausser tal como estaba previsto. Pero ambas circunstancias seguían siendo «condicionales en Ciudadela». Ni Knobelsdorff ni Breith parecían capaces en la práctica de salirse de su propio camino. Hoth decidió que había llegado el momento de apretar el interruptor.<sup>211</sup>



## II

Eso implicaba persuadir a Manstein, que aún quería que el cuerpo de Hoth cruzara el Psel, aunque fuera en frentes estrechos y en sectores separados. Eso, aseveraba Manstein, proporcionaría un terreno favorable a los tanques al norte del río y —probablemente— abriría una brecha susceptible de ser explotada entre los defensores de la línea del río y los refuerzos que se aproximarán. Hoth demostró ser persuasivo. En algún momento entre el mediodía y la 1.30,<sup>212</sup> se redactó y distribuyó la Orden del Ejército N° 5.<sup>213</sup> La orden describía al enemigo en el frente del ejército como si llevara a cabo una retirada combatiendo hacia el norte mientras buscaba mantener la línea del río

Pena. Las nuevas fuerzas motorizadas (el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia) avanzaban hacia el oeste desde el río Oskol. Para el 10 de julio, el Cuarto Ejército Panzer expandiría su sector en un flanco moviéndose hacia el noreste, y por el otro rodeando a las fuerzas rusas en la curva del Pena: el sector de la 3ª División Panzer. Específicamente, el XLVIII Cuerpo Panzer («¡por fin!» estaba implicado fuertemente) remataría al 6º Cuerpo de Tanques de la Guardia en el sector del Pena mientras continuaba el reconocimiento hacia el norte, hacia el Psel. La misión de las SS solo tenía una fase: empujar a los rusos que estaban al suroeste de Prokhorovka hacia el este, y tomar el terreno elevado al noroeste de la ciudad a ambos lados del Psel. No se refería específicamente a ninguna nueva amenaza de las reservas soviéticas, pero Hausser ya se estaba moviendo en la dirección que pretendía Hoth.

Una indicación de hasta qué punto se tomaba en serio Hoth su enfoque llegó cuando, a medianoche, recibió una orden procedente del Grupo de Ejércitos Sur para apoyar a Breith directamente enviando una división a través del norte del Donets. Hoth respondió que ya había recibido sus órdenes y que era demasiado tarde para cambiarlas. Aquel no era el momento para debatir sobre el terreno los detalles con el comandante, por lo que Manstein lo dejó estar.

Con estas órdenes es donde las evaluaciones de las decisiones de mando alemanas divergen más allá de la obvia reconciliación. Los historiadores David Glantz y Jonathan House describen a Hoth alterando «fatalmente» sus planes debido a la inesperada eficacia de la defensa del sector Oboyan por parte del Ejército Rojo, agravada por la continua presión sobre los flancos del Cuarto Ejército Panzer. Sus datos se remontan tan lejos como la declaración de Vatutin del 10 de julio, en la que se hace el mismo comentario. Los estudios del Estado Mayor soviético, las historias oficiales y los relatos generales — aunque no había mucha diferencia entre ellos en la conceptualización y la construcción— ofrecen la misma explicación. Y se repitió acríticamente en los correspondientes relatos de la Alemania Oriental. La interpretación es creíble y favorecedora, una combinación sólida para la historia militar oficial y semioficial en cualquier cultura. Su drama puede mejorarse sugiriendo o implicando que los hombres que sostenían la línea de Oboyan estaban en la última zanja, que un empujón más habría llevado a los panzer «a través del

lodo y la sangre, hasta los verdes campos que se extendían más allá» y los situaría en la retaguardia del saliente y en la ruta directa hacia Kursk. En cambio, Hoth y Manstein intentaron evitarse el encuentro decisivo y buscaron un camino más fácil, lo que los condujo hasta el matadero de Prokhorovka y la ruina final de las esperanzas del Tercer Reich.

Lo que ocurrió exactamente en Prokhorovka es el tema de un capítulo posterior. La importancia actual de la tesis rusa convencional es que presenta la decisión alemana como más reactiva que proactiva. Pero el Estado Mayor y los oficiales de campo que discutieron el tema en los análisis de posguerra encargados por el ejército de Estados Unidos, o en memorias e historias posteriores, hablaron con una voz común al insistir en que la «variante Prokhorovka» no fue una improvisación sobre la marcha y, ciertamente, no una consecuencia del inesperado poder de combate soviético.

La evidencia documental apoya la posición básica alemana de que el cambio en el eje de avance de las SS fue una muestra de previsión. ¿Pero fue el manejo de los tiempos por parte de Hoth solo una reacción de mayor nivel ante la creciente cantidad de reservas soviéticas que se concentraban hacia el noreste? ¿Hubo ventajas inmediatas, cualquier explotación de «niebla y fricción» que se ganase con aquella decisión? Ni Hoth ni Manstein discutieron el tema en detalle, lo que merece una especulación cuidadosa.

Hasta aquel punto, Hoth y Manstein habían dejado la conducción primaria de las operaciones a sus respectivos subordinados. Pero las «tácticas de la misión», en la medida en que el concepto existía realmente en el ejército alemán, no era un eufemismo para la pasividad del mando. Ni el Cuarto Ejército Panzer ni el Grupo de Ejércitos Sur habían logrado nada parecido a un eficaz teatro de maniobras. Desde el punto de vista material, los informes de los subordinados de Hoth combinaron al principio el optimismo con la frustración específica por la efectividad de la defensa y la lentitud del avance. El 11 de julio, las cifras de pérdidas/recuperaciones/reparaciones<sup>214</sup> del Cuarto Ejército Panzer para vehículos de combate acorazados eran, a primera vista, favorables. Más de 450 permanecían operativos. En cuanto al 11 de julio, las pérdidas totales ascendieron a solo 116. El saldo, otros 450, se encontraban en distintas etapas de reparación. Pero las estadísticas acumuladas también indicaban que un buen número de tanques y cañones de

asalto habían sido dañados más de una vez, y aquello era tan solo la etapa inicial de la batalla.

En cuanto a los refuerzos, el 9 de julio Manstein volvió a pedirle a Zeitzler que informara a Hitler de que el resultado de Ciudadela dependía de utilizar el XXIV Cuerpo Panzer.<sup>215</sup> Hitler estuvo de acuerdo con la concentración de la formación cerca de Kharkov, pero siguió siendo una reserva de alto mando bajo el control directo del Führer. Para entonces, el cuerpo contenía tres divisiones: la Wiking SS y las 17ª y 23ª Panzer. Su comandante, Walther Nehring, era de primera clase; el cuerpo incluía casi doscientos vehículos blindados de combate y, no menos importante en el contexto de Ciudadela, trece batallones de granaderos panzer.

Sigue siendo discutible si el cuerpo pudo haber llegado a tiempo o si hubiera marcado una diferencia de haberlo hecho. Por un lado, su presencia podría haber permitido que descansaran las unidades agotadas y hubiera apoyado un impulso final, ya fuera desde Oboyan o desde Prokhorovka. Por otro lado, dado el potencial del Ejército Rojo para reforzar a Vatutin, enviar al XXIV Cuerpo Panzer podría simplemente haber arrojado carbón sobre el fuego. En cualquier caso, por lo que afectaba a Hoth, la pregunta era discutible el 9 de julio.

El comandante del Cuarto Ejército Panzer tenía la cartografía de su lado. Y de las dos posibles soluciones, la suya era la más cercana a permitir una ruptura significativa.<sup>216</sup> Geográficamente, Prokhorovka estaba en el medio del puente entre los ríos Psel y Donets. Al oeste y al sur de la ciudad, un terreno relativamente alto proporcionaba la estepa abierta. El control de ese terreno era, desde los puntos de vista operativo y táctico, un elemento importante en la proyección de la economía de fuerzas de defensa proyectada por Hoth contra todo lo esperado. Ese éxito, sin embargo, sería solo la primera etapa. Prokhorovka era también una importante carretera y unión ferroviaria en el eje Belgorod-Kursk. Para cuando las SS hubieran eliminado a los rusos del noreste, Hoth esperaba que al menos la Grossdeutschland hubiera completado la misión secundaria de asegurar el flanco izquierdo de su cuerpo y retomado su posición en la carretera de Oboyan.

Junto con la 11ª Panzer, y quizás también la 3ª Panzer, apoyaría directamente a las SS o sería parte de un movimiento doble hacia Kursk desde

Prokhorovka y Oboyan. Cualquiera de las alternativas era una oportunidad para hacer pasar a Ciudadela del nivel de tácticas menores a, por lo menos, el nivel inferior del arte operativo.

Tanto Hoth como Manstein eran maestros de la guerra de maniobras en el contexto de la tecnología moderna. Manstein también había demostrado su comprensión de la guerra posicional durante su conquista de Crimea en 1941-1942. Aquella operación se había ejecutado contra defensas fijas en un área geográfica limitada, con fuerzas mucho menos formidables que las disponibles para Ciudadela. Incluso en esas circunstancias, Manstein había buscado con cierto éxito evitar una simple batalla de desgaste,<sup>217</sup> y Ciudadela se estaba acercando demasiado a ese modelo como para sentirse cómodo. Manstein también era un consumado jugador de bridge y ajedrez. Uno de sus dones como planificador y comandante era la capacidad de pensar varios movimientos por adelantado. Otra, menos demostrada porque el talento de Manstein le daba menos oportunidades, era reconocer cuándo un subordinado pensaba incluso un paso más allá. Centrarse en un asalto frontal era arriesgar la visión del túnel para obtener resultados limitados. Hoth había hecho la oferta. Manstein dijo: «Hagámoslo».

### III

Las frustraciones del Cuarto Ejército Panzer el 10 de julio comenzaron en su siempre molesto flanco izquierdo. Desde el principio de Ciudadela e incluso antes, la Grossdeutschland había sido la principal baza de Hoth,<sup>218</sup> con más esperanzas depositadas en ella que en las SS. Incluso con los efectivos que le quedaban a la 10ª Brigada Panzer que se le había adjuntado, la división contaba con menos de noventa vehículos blindados de combate a las 3.30 de la madrugada, cuando su grupo de combate blindado avanzó contra el terreno elevado al otro lado de la carretera, hacia el sur, hasta Berezovka y la 3ª División Panzer. Aquella carretera —poco más que un camino rural según los estándares occidentales— era también la principal arteria norte-sur del sector y el principal vínculo de los defensores con la base de suministros soviéticos en Kruglik. Si se cortaba de forma permanente, los problemas de flanco del XLVIII Cuerpo Panzer darían un gran paso hacia su resolución.

La Grossdeutschland aseguró una sorpresa táctica suficiente como para sobrepasar a la 200ª Brigada del 6º Cuerpo de Tanques y atraer a dos brigadas más a una batalla en el que los alemanes sacaron ventaja de sus armas combinadas. La artillería de la Grossdeutschland y las baterías de cohetes adjuntas se complementaron, cuando la lluvia y las tormentas eléctricas lo permitieron, con bombarderos de nivel masivo y ataques de los Stukas. Un diario de guerra de un batallón comentaba la «maravillosa precisión» de los ataques con bombarderos de picado, que parecían capaces de atacar y destruir los T-34 casi a voluntad. En una maniobra ejemplar de tácticas de grupos de batalla, el batallón de reconocimiento de la Grossdeutschland, sus granaderos panzer mecanizados y los cañones de asalto se apoderaron de la Colina 247. Después de tres duras horas, el regimiento panzer condujo a los granaderos transportados en camiones a la vecina Colina 243. El 6º Cuerpo de Tanques luchó exasperadamente para reabrir la ruta hacia el norte, pero la desesperación provocó la improvisación, lo que todavía no era un punto fuerte del Ejército Rojo. Los ataques ordenados para fuerzas del tamaño de una brigada se convirtieron en ataques de batallones y compañías, que acabaron trastocados y mal dirigidos entre bosques, forestas y barrancos que salpicaban la zona de combate. Mientras tanto, la 3ª División Panzer terminó su puente y cruzó el Pena en un corto gancho de izquierda que flanqueó a los obstinados guardias rusos de retaguardia y llevó al grupo de batalla blindado de la división a ponerse en línea con la Grossdeutschland. Durante la tarde, las dos divisiones alemanas atraparon a los rusos en una tenaza que, al anochecer, dejó la línea de frente en las alturas de Berezovka y redujo al 6º Cuerpo de Tanques a menos de cincuenta vehículos blindados de combate, la mitad de los cuales eran tanques ligeros T-70, poco más que carnaza para los panzer.

Pero, una vez más, los rusos se doblaron sin quebrarse. Algunas unidades rodeadas se abrieron paso a través del mismo tipo de terreno que había interrumpido sus ataques y que ahora obstruía los de los alemanes. Otros lucharon hasta el final, usando Katyushas contra los vehículos blindados de combate hasta que los panzer los tuvieron a su alcance. Pero el oficial al mando del cuerpo, el general de división A. L. Getman, formó una nueva línea más corta alrededor del pueblo de Novoselovka. Katukov lo respaldó con refuerzos, incluido el 10º Cuerpo de Tanques. El regimiento de granaderos

panzer que la Grossdeutschland dejó frente al Psel sufrió repetidos ataques de unidades que, incluso para los estándares del frente del Este, deberían considerarse ineficaces. Pero Ciudadela era diferente. Los alemanes pusieron en juego cualquier cosa que se moviera sobre orugas o que disparase rápido. Los cañones anticarro con blindaje fino, abiertos por arriba y autopropulsión ocuparon los lugares de los cañones de asalto que deberían haberse empleado en otras circunstancias. Los cañones antiaéreos de 88 mm se anclaron a improvisadas posiciones de tierra, y sus tripulaciones agradecieron que el clima impidiera los ataques aéreos soviéticos. Y al anoecer, los agotados alemanes se quedaron en su lugar, todavía muy lejos de donde Hoth y Knobelsdorff habían esperado que estuvieran.

La 11ª División Panzer alcanzó un terreno elevado en su frente pero luego se estancó. Desde allí era literalmente cuesta abajo hacia el valle de Psel y unos veinte kilómetros de Oboyan. Los edificios de la ciudad eran visibles con prismáticos.<sup>219</sup> Pero los rusos mantuvieron la Colina 244.8, en la propia carretera de Oboyan, contra todo lo que envió la 11ª Panzer. El comandante de la división solicitó en vano el apoyo de los Stukas. Como resultado, se pasó el 11 de julio<sup>220</sup> consolidando sus posiciones y patrullando hacia el Psel. Parecía una tarea militar doméstica, pero las perspectivas de una sola división atacando un sistema defensivo al estilo de Ciudadela, aunque estuviera interrumpido, eran casi nulas. La mayor parte de la Grossdeutschland, junto con la 3ª Panzer, todavía estaba ocupada en limpiar de fragmentos soviéticos el flanco izquierdo del XLVIII Cuerpo Panzer, explorar las nuevas líneas de defensa en ese sector y reagruparse.

Como si Knobelsdorff no tuviera suficientes problemas, a las 11.30 de la mañana del 10 de julio, su cuartel general dio la bienvenida a un visitante. Heinz Guderian, en el exilio desde el fracaso de Barbarroja, había sido nombrado<sup>221</sup> el 1 de marzo de 1943 inspector general de las tropas acorazadas. El alto mando del Ejército le había encargado que averiguara por qué los Panthers parecían estar actuando tan mal.

El ejército alemán tenía una palabra para estos visitantes: *schlachtenbummler* (vagos de batalla). Pero Guderian no era un *voyeur*. Llegó a la conclusión de que un problema importante era el entrenamiento. Los batallones Panther enviados a Ciudadela no habían podido acostumbrarse a

sus nuevos vehículos, lo que significaba un alto nivel de problemas técnicos menores y una presión creciente en las unidades de mantenimiento de campo. Ni siquiera se habían probado los radios y ajustado a las frecuencias correctas antes de que comenzara la ofensiva. Knobelsdorff y su Estado Mayor no podían ser considerados responsables de decisiones tomadas muy por encima de su nivel de autoridad.

Aquella absolución no resolvió el dilema táctico de Knobelsdorff. Para comprender lo que podría parecer una actividad limitada por parte del XLVIII Cuerpo Panzer el 11 de julio, merece la pena señalar que llevó tiempo despejar sectores, reorganizar unidades y llevar a cabo el reabastecimiento y el mantenimiento. Además, la retaguardia recientemente ganada del cuerpo no había desarrollado ni siquiera una red de caminos, y mucho menos de carreteras. A medida que las unidades de combate y los escalones de apoyo comenzaban a cambiar de posición, el control del tráfico se fue convirtiendo en un gran desafío. Una semana de combates de un tipo que ponían a prueba la resistencia hasta sus límites más extremos también tuvo consecuencias humanas, que iban desde órdenes incomprendidas hasta estallidos de ira o simples errores físicos cometidos por hombres exhaustos o traumatizados. Las memorias personales alemanas y las historias de las unidades que tratan sobre el frente Oriental animan a pasar por alto estos factores. Por lo general, están impregnadas de una especie de vitalismo heroico que implica que el miedo y la fatiga eran debilidades que había que reconocer, pero superar. Otto von Knobelsdorff no era Erwin Rommel o Erhard Raus cuando se trataba de esfuerzos supremos inspiradores o convincentes. Sin embargo, mantuvo el control de su sector y confiaba en que su sistema pudiera mantenerse lo suficientemente lejos de su homólogo ruso como para ofrecerle cierta ventaja el 12 de julio. También había razones materiales para el optimismo.<sup>222</sup> El provisional regimiento de Panthers, todavía unido a la Grossdeutschland, había entrado en acción el 10 de julio con solo diez carros de combate. Durante el 11 de julio, veinte más fueron devueltos al servicio desde talleres cuyo personal estaba comenzando a estar al tanto de las peculiaridades mecánicas del tanque. Para el final del día, el comandante del regimiento informó que había treinta y ocho Panthers operativos. Si se jugaba



correctamente esta baza, sus largos cañones de 75 mm podrían resultar una carta de triunfo.

#### IV

Nikolai Vatutin no sobrevivió a la guerra. Resultó mortalmente herido en febrero de 1944 —irónicamente por una banda de partisanos ucranianos antisoviéticos—. No dejó reflexiones sistemáticas sobre su dirección del frente de Voronezh durante Ciudadela. Pero en la noche del 9 de julio, estuvo reflexionando seriamente.<sup>223</sup> Las puntas de lanza alemanas todavía estaban a una buena distancia de Oboyan y Prokhorovka. Sin embargo, en los últimos dos días habían avanzado a un ritmo mucho más rápido y estable que al comienzo de Ciudadela. La lógica —y el enfoque de la guerra del Ejército Rojo como un ejercicio científico y racional— sugería que las pérdidas deberían haberlos retrasado. Vatutin había estado enviando sus propias reservas por cuerpos, divisiones, regimientos y batallones durante cinco días. Diez de sus regimientos antitanques habían perdido todos sus cañones; veinte más estaban a menos de la mitad de su fuerza. La lógica sugería que los alemanes estaban trayendo reservas, o bien que su poder de choque y su destreza de combate igualaban, e incluso superaban, los de los hombres de Vatutin. Además, los servicios de inteligencia del frente habían estado informando de la llegada y la puesta en servicio de nuevas fuerzas alemanas desde la noche del 5 de julio.

Vatutin consideró las tácticas de su frente. En las primeras etapas de Ciudadela, habían presentado una defensa activa. Contraataques cortos, afilados, con tanques pesados, que habían ensangrentado las narices alemanas y retrasado su avance. El 8 y 9 de julio, las bajas y las pérdidas materiales se combinaron con la «niebla y la fricción» para imponer un enfoque pasivo. ¿Cuáles eran las perspectivas si se volvía a un modo agresivo?

Reevaluando los informes de inteligencia, Vatutin y su personal se dieron cuenta de la existencia de informes ignorados durante los grandes combates de los días anteriores. En un momento tan temprano como las 7.00 de la mañana del 8 de julio, se había informado que los alemanes construían trincheras en su cada vez más prolongado flanco izquierdo. Para el 9 de julio, estaban

surgiendo trincheras en ambos lados del saliente, complementadas con minas y alambre de púas, lo que sugería una ocupación a largo plazo. Un preso alemán descontento había dicho que era uno de los treinta hombres de una compañía veterinaria transferidos por necesidad a un regimiento de infantería que guardaba el flanco: una señal de que los alemanes estaban raspando hasta el fondo el cupo de mano de obra.

¿Se trataba de una señal? Quizás. Para Vatutin, bastó para concluir que el reciente avance alemán se había logrado concentrando sus fuerzas mecanizadas a expensas de sus flancos. Aquello, a su vez, significaba que los panzer estaban introduciendo sus propias cabezas en una soga: un saliente dentro de un saliente. ¿Cuál era la mejor forma de aprovechar esta situación? En un ejercicio de mapa, la respuesta estaba clara, golpear las sobreextensiones. Pero las realidades del frente de Voronezh hacían que esa opción fuera imposible. Los alemanes habían dejado tan clavadas a las fuerzas principales de Vatutin como a las propias. Un contraataque vigoroso requeriría las reservas recién liberadas de la Stavka. Y tanto el Quinto Ejército como el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia se concentraban en la punta del saliente: alrededor de Prokhorovka. Incluso si Vatutin hubiera considerado redistribuirlos, no había tiempo. Él y su frente eran el punto de equilibrio para toda la secuencia de ofensivas estratégicas desde Leningrado hasta Ucrania, proyectadas para terminar con la guerra ruso-alemana a finales de año. La primera —o la siguiente— fase, la operación Kutuzov, estaba planificada para comenzar contra el Grupo de Ejércitos Centro el 12 de julio.

La mejor forma de describir la operación Kutuzov es como una Ciudadela a la inversa.<sup>224</sup> Su génesis se hace evidente incluso con una mirada casual a la forma única en su especie del frente post-Stalingrado, después de Khárkov, en el sur de Rusia, con sus dos salientes coincidentes entre sí. La planificación preliminar comenzó en abril. A mediados de mayo, la operación estaba sobre la mesa. A principios de junio, se habían asignado las fuerzas y se habían establecido los detalles. Directamente, Kutuzov era un contrapunto a los planes para una batalla defensiva alrededor de Kursk. Indirectamente, era parte de otra de las series de ofensivas estratégicas coordinadas de la Stavka. Una vez que hubiera surtido efecto el golpe de Orel, los frentes de Voronezh y la Estepa acabarían con el grupo de ejércitos de Manstein. La Stavka esperaba

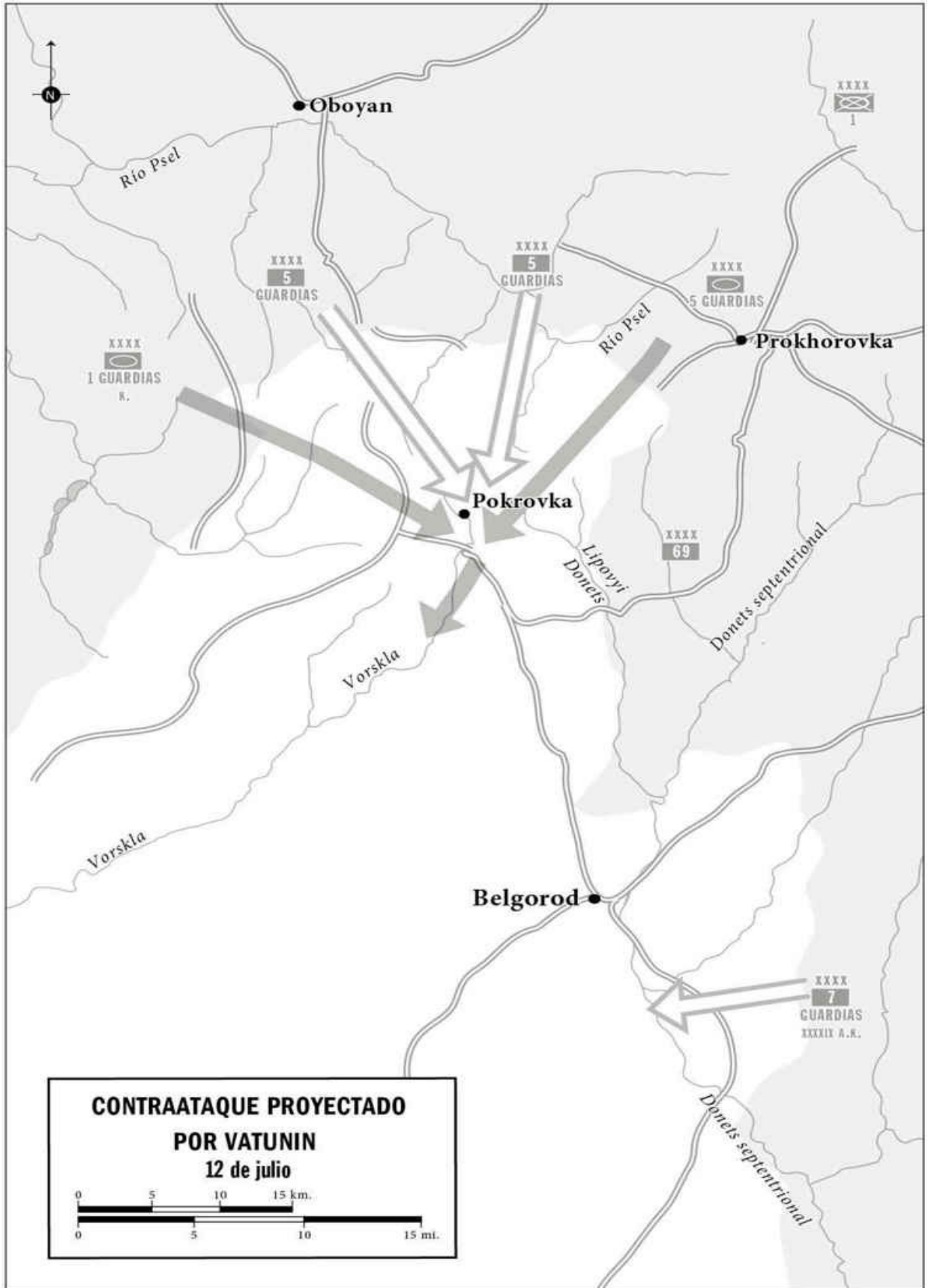
que esta tarea fuera más fácil porque el II Cuerpo Panzer SS habría sido enviado al norte para detener la marea en el sector de Orel. Incluso antes de Stalingrado, esto se había convertido en una reacción alemana casi automática: se buscaba restaurar un avance con una fuerza mínima aplicada rápidamente. Esta vez sería demasiado escasa y demasiado tarde. Una vez que los alemanes fueran detenidos y bloqueados en Kursk y Orel, los frentes del sudoeste y del sur comenzarían las ofensivas de distracción en sus sectores, para fijar las fuerzas alemanas en esas áreas y privar a Manstein de refuerzos. Se esperaba que la etapa final tuviera lugar cuando las fuerzas soviéticas alrededor de Leningrado y los dos frentes del sur lanzaran ofensivas a gran escala contra todo lo que quedase en sus sectores.

Aunque Vatutin apenas era un arribista, era poco probable que sus perspectivas mejoraran si Stalin lo veía como si bailara con los alemanes en lugar de golpearlos. De hecho, el Vozhd ya estaba comentando con acritud quién asumiría la responsabilidad si los alemanes irrumpían en la retaguardia del frente de Voronezh.<sup>225</sup> Vatutin tampoco podía olvidarse de los alemanes. Aunque desconocieran la magnitud de la campaña estratégica a la que se enfrentaban —algo que no se puede asumir— la concentración y el despliegue de sus fuerzas indicaba un último intento de romper el sistema defensivo del frente de Voronezh. Manstein había demostrado en Crimea que no temía ni las ofensivas frontales ni las fuertes bajas. Si a esto se le añadían los informes de inteligencia sobre crecientes concentraciones de vehículos blindados de combate en la región del Psel, y se conectaba con el decidido ataque de la Totenkopf en la curva del río, la pregunta decisiva sería cuál de los dos adversarios sería el primero en equivocarse.

Casi de manera predeterminada, la decisión de Vatutin fue hacer su mayor esfuerzo alrededor de Prokhorovka. Su preparación implicaba el reajuste de los despliegues, el reabastecimiento de las formaciones de primera línea, el suministro de pedidos detallados y la supervisión de su cumplimiento. Ese último punto reflejaba menos una manía del Ejército Rojo por el control basada en la doctrina que el gran número de formaciones independientes, del tamaño de un regimiento o un batallón, que habían sido barajadas casi al azar desde ejércitos a cuerpos y a divisiones. Solo determinar sus ubicaciones constituía una tarea exigente después de lo acaecido la semana anterior. Sobre

todo, era necesario informar a la Stavka<sup>226</sup> y obtener un permiso seguro. La noche del 10 de julio, el frente de Voronezh informó que los alemanes habían sufrido numerosas bajas, habían agotado sus reservas y se estaban concentrando en el sector de Prokhorovka. El frente propuso atacar con toda la fuerza disponible en la mañana del 12 de julio. El ataque principal sería lanzado por el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia: cuatro cuerpos de tanques y uno mecanizado, más de setecientos tanques, reforzados por tres cuerpos de fusileros adicionales. En el sector izquierdo del frente, dos cuerpos de tanques y elementos de apoyo del Primer Ejército de Tanques, más dos cuerpos de fusileros del Sexto Ejército de la Guardia, golpearían el flanco sobreextendido del XLVIII Cuerpo Panzer. El resultado previsto era el cerco y la aniquilación de media docena de las mejores divisiones acorazadas de la Wehrmacht: un contrapunto perfecto para el ataque simultáneo en el saliente de Orel.

Los guardias de Rotmistrov eran la clave.<sup>227</sup> El 10 de julio se reunió con Vatutin en el cuartel general del frente en Oboyan. Vatutin le explicó la situación y la misión y le dijo a Rotmistrov que tendría dos cuerpos de tanques adicionales. Entonces intervino Vasilevsky. Los alemanes, dijo, estaban desplegando nuevos tanques pesados, Tiger y Ferdinands, que habían sido muy efectivos contra Katukov. ¿Cómo se sentía Rotmistrov al enfrentarse a ellos? Rotmistrov respondió con confianza. El frente de la Estepa, declaró, había proporcionado información táctica y técnica sobre los nuevos tanques alemanes. Rotmistrov y su Estado Mayor habían considerado formas de combatir a los pesos pesados alemanes. El grueso blindaje frontal de los Tiger y los cañones de largo alcance significaban que los T-34 podían tener éxito solo en lugares cerrados, haciendo uso de su superior movilidad para atacar el blindaje lateral más débil. «En otras palabras», observó Vatutin, «entablar combate cuerpo a cuerpo y abordarlos».



Quizás el comandante del frente estaba siendo sarcástico. Puesto que sabía que un gran número de tanques de Rotmistrov eran los ligeros T-70, también podía estar indicando que era consciente de que el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia podía esperar grandes pérdidas, cualesquiera que fueran sus tácticas. Un indicio más de su preocupación vino más tarde aquel mismo 10 de julio, cuando él y Krushev se reunieron con los comandantes de cuerpo de Rotmistrov<sup>228</sup> y sus oficiales políticos. Krushev insistió en la importancia de la preparación moral. «Prepare a los hombres para luchar», le dijo. «Explique nuestros objetivos. Recuérdeles el sufrimiento de sus compatriotas bajo la ocupación alemana. Dígales que la victoria está cerca, y que comenzará aquí, en el saliente de Kursk». Vatutin subrayó que los guardias no deberían esperar un éxito fácil. La obstinación, la acción decisiva y las maniobras hábiles eran esenciales. En conclusión, consciente de que probablemente las SS presionarían su ofensiva al día siguiente, subrayó que debían mantenerse las líneas de inicio. Su expresión facial reforzó el subtexto: aguante, cueste lo que cueste.

El Estado Mayor del frente de Voronezh trabajó durante toda la noche y hasta la mañana siguiente en los detalles del ataque. Vatutin ordenó que se implementaran todas las medidas preliminares en un plazo de veinticuatro horas: el 11 de julio y durante la mañana siguiente. Aquel era un estándar casi de nivel *blitzkrieg*,<sup>229</sup> imposible de poner en práctica sin errores, malentendidos y conexiones perdidas. Los ejércitos subordinados recibieron sus órdenes en diferentes momentos entre las 9.00 de la mañana y las 5.00 de la tarde. Hasta la medianoche del 11 de julio no se difundieron a algunas de las brigadas y regimientos independientes.

Simultáneamente, Vatutin y Rotmistrov consideraron el punto de lanzamiento para el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia. En un primer momento, Vatutin defendió concentrarse en la derecha, contra el sector de Psel. La combinación de un terreno seriamente inundado, pocos puntos de cruce favorables, y atravesar directamente a la Totenkopf, aunque estuviera debilitada, dejó de un lado esa opción. Rotmistrov y su equipo se inclinaron por entrar por el lado opuesto, el izquierdo, del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia. Una penetración por ese lado colocaría a los rusos directamente en

la retaguardia del Cuerpo Panzer SS y en buena posición de campo para girar hacia Oboyan. El frente alemán lo sostenía una división de infantería sobreexplotada: un objetivo más asequible que enfrentarse a las Waffen SS. Aquí, sin embargo, el terreno quebrado y el terraplén ferroviario empinado y fuertemente minado obligaban a pensárselo bien.

Al final, para la elección del *Schwerpunkt* del día siguiente resultó decisiva la convicción de Rotmistrov de que el terreno llano y abierto al este del Psel y frente al centro del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia ofrecía la mejor oportunidad para el tipo de ataque que había esbozado Vatutin a su llegada: una carga respaldada por cada cañón, Katyusha, y avión que pudiera reunir el frente. Hecho a todo gas, llegarían muy cerca antes de que los alemanes tuvieran tiempo de reaccionar. Podría significar sufrir las pérdidas de una semana en unas pocas horas si fuera necesario, pero la superioridad numérica permitiría al Quinto Ejército de Tanques de la Guardia entrar, abrirse paso y salir.

Vatutin dio su consentimiento; continuaron los preparativos de Rotmistrov. Sin tiempo para la reflexión, y con las formaciones que se esforzaban por situarse en sus posiciones mientras llenaban los tanques de combustible y los bastidores de municiones y mantenían la disciplina de camuflaje, un punto queda claro: se esperaba que el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia llevara a cabo tanto el avance como la explotación inmediata del mismo con sus propios recursos, pero un ejército de tanques carecía de artillería pesada propia. Los dos cuerpos de tanques que le adjuntó Vatutin, cuando se calcula el mantenimiento y el desorden, le proporcionaron al Quinto Ejército de Tanques de la Guardia más de ochocientos vehículos blindados de combate disponibles en la mañana del 12 de julio. Esto era casi un centenar de tanques por cada kilómetro y medio de frente, una concentración sin precedentes en la guerra de blindados. Pero olvidar a los alemanes, o subestimarlos, podría cambiar cualquier pronóstico a toda prisa.

## V

Habían dado las 10.00 de la noche del 9 de julio antes de que estuvieran listas las órdenes finales de Hausser<sup>230</sup> para el día siguiente. Resumidas, describían

un giro a gran escala hacia el noreste, con la seguridad en ambos flancos dejada en manos de puntos fuertes aislados a menos que surgiera una amenaza importante. La Totenkopf, ahora a la izquierda del cuerpo, recuperaría su batallón de cañones de asalto procedente de la 167ª División, cruzaría el Psel con fuerza, giraría a la derecha y estaría listo para montar un ataque a las 10.00 de la mañana en apoyo de la Leibstandarte. Esa división, conducida por un regimiento de granaderos panzer acompañados por Tiger y cañones de asalto, avanzaría a las 6.30, y luego capturaría y retendría Prokhorovka. La Das Reich mantendría el ritmo en escalón a la derecha de la Leibstandarte y ocuparía el terreno elevado al suroeste de la ciudad.

Lo que aquello suponía en distancia era un avance promedio de alrededor de once o doce kilómetros. En el contexto de los dos días anteriores, la expectativa parecía razonable. El comandante de la Leibstandarte, con la ventaja de una verdadera carretera asfaltada en su eje de avance, esperaba estar en Prokhorovka al caer la noche. Pero el grupo de batalla blindado de la división solo tenía cuarenta tanques, cuatro de ellos Tiger. De acuerdo con ello, su avance dependía de la capacidad de la Totenkopf para establecer cabezas de puente al otro lado del Psel, y luego girar a la derecha para entrar en el flanco izquierdo de la Leibstandarte. El terreno elevado al noreste del Psel estaba repleto de cañones, morteros pesados y lanzacohetes. El terreno en el frente de la Leibstandarte estaba abierto —un buen campo para los tanques, pero que proporcionaba muy poca cobertura y podría convertirse en un matadero—. Se esperaba que los Stukas y los cazabombarderos del VIII Cuerpo Aéreo lo compensaran bombardeando la vanguardia del ataque. Pero a las 8.45 de la mañana, Hausser fue informado de que la visibilidad era demasiado pobre para que los controladores aéreos pudieran dirigir ataques de apoyo cercano. Ese mismo mal tiempo, más el intenso fuego de artillería, estaba retrasando a la Totenkopf. Los lanzacohetes de apoyo de la Leibstandarte también estaban atascados en el fango, y sus observadores de artillería no estaban mejor que sus homólogos de la Luftwaffe.

Aquello colocaba la carga sobre los granaderos panzer, nada realmente nuevo en Ciudadela. Partieron a las 10.45 de la mañana, soportaron fuego de artillería, se enfrentaron a los tanques con las granadas de mano y cargas explosivas y, antes de la 1.00 de la tarde, se habían abierto camino hasta la



Granja Estatal Komsomolets, en la carretera de Prokhorovka. La resistencia rusa no fue menos decidida. Se usaban granadas, útiles para cavar trincheras y pistolas, y a veces cuchillos y bayonetas, para el trabajo de cerca, mientras las SS luchaban por las pendientes de su próximo objetivo: la Colina 241.6. Luego vinieron los Tiger: cuatro de ellos, avanzando lentamente mientras balas y fragmentos de metralla provocaban chispas sobre sus blindajes. El ataque de la Leibstandarte<sup>231</sup> golpeó a la 183ª División de Fusileros. Esta fue una de las formaciones anónimas del Ejército Rojo que las historias del frente Oriental relegan, por lo general, a las tablas de organización y a los índices. Se enfrentó a una feroz lucha a pesar de la vigorosa aparición de los Stukas a medida que mejoraba el clima. Los bombarderos de picado y los tanques avanzaron, eliminando los T-34 enterrados mientras los zapadores despejaban los campos de minas. Los alemanes necesitaron dos horas para llegar a la cima de la Colina 241.6 y dos horas más para asegurarla.

Un área que nunca se esperaba que los alemanes alcanzaran no tenía el complejo sistema defensivo de los sectores más expuestos. Elementos de la Leibstandarte, algunos fusileros montados en tanques al estilo del Ejército Rojo, avanzaron a lo largo del ferrocarril que conducía a la estación de Prokhorovka hasta que fueron frenados por un regimiento de tanques pesados de la Guardia<sup>232</sup> equipado, en el colmo de todas las anomalías posibles, con Mark IV Churchill británicos en préstamo. Sus cañones de seis libras no podían competir con los de un Tiger, pero su blindaje relativamente grueso ayudaba lo suficiente para amortiguar el ataque. No obstante, solo uno de los doce Churchill siguió operativo hasta el final, cuando la Leibstandarte dio por terminado el día y se atrincheró para reanudar su avance a la mañana siguiente.

Durante la mayor parte del día, la Leibstandarte se había visto frenada por el fuego pesado, aunque intermitente, de la artillería y los cañones anticarro del sector del Psel. La Totenkopf pasó una noche larga y difícil trasladando su equipo pesado a través del terreno pantanoso en su lado del río. Sus órdenes eran forzar un cruce,<sup>233</sup> establecer una cabeza de puente, y girar hacia el noreste para asegurar el flanco de la Leibstandarte tomando el terreno elevado a lo largo de la orilla del río, especialmente la Colina 226.6. Luego, los tanques de la división debían cortar la carretera Oboyan-Prokhorovka,

interrumpiendo las líneas de suministro y las comunicaciones soviéticas, y preparando el escenario para un ataque final contra la propia Prokhorovka.

El clima y los rusos<sup>234</sup> tenían algo que decir sobre los tres objetivos. La lluvia se hizo más pesada antes del amanecer —tanto que la Luftwaffe no pudo apoyar el cruce del río—. Sin embargo, los aviones soviéticos no tuvieron dificultades para hostigar los despliegues alemanes de manera consistente y eficaz. El núcleo de la defensa era la 52ª División de Fusileros del Sexto Cuerpo de la Guardia. Bien apoyada por la artillería, repelió los intentos iniciales alemanes de cruzar el Psel en botes de goma. Un punto de apoyo establecido alrededor de las 11.00 de la mañana fue, más bien, un puntito de apoyo, porque los cazas rusos bombardeaban continuamente la orilla del río, sin la interferencia de la Luftwaffe. Otra cabeza de puente temporal hubo de ser retirada bajo un intenso fuego. Luego, durante la tarde, los cielos se despejaron. La artillería y los lanzacohetes alemanes se enfrentaron a sus homólogos soviéticos. Los stukas realizaron una buena aparición. Los cañones rusos se silenciaron; la infantería rusa comenzó a retroceder. Cada vez más botes de goma llegaban a la otra orilla del Psel y realizaban travesías de regreso. Los zapadores alemanes ya se habían apoderado de un pequeño puente sin daños. Entonces se convirtió simultáneamente en un embudo y en un punto de estrangulamiento para una pequeña y precaria cabeza de puente de menos de 900 metros de ancho y pozos de protección poco profundos en muchos lugares. Hasta las 4.00 de la tarde, el cuartel general de la división no estuvo lo suficientemente satisfecho con la situación como para informar del éxito después de una «lucha encarnizada».<sup>235</sup> Y ese éxito dependía en gran medida de la capacidad de los zapadores especialistas para tender puentes estables sobre el Psel durante la noche.

La Das Reich pasó la mayor parte del 10 de julio manteniendo sus posiciones según lo ordenado.<sup>236</sup> La iniciativa estaba limitada por un batallón de tanques reducido a cincuenta y seis efectivos, incluido un solo Tiger y siete T-34 capturados y restaurados. La Das Reich informó también de movimientos constantes de tanques y tropas a través de la línea, pero sus puestos avanzados no pudieron determinar si involucraban refuerzos o cambios de posición. La mejor respuesta parecía ser dar tiempo a los mecánicos para aumentar los recursos de blindados de la división y esperar desarrollos, especialmente

desde que los rusos montaban numerosos ataques a pequeña escala en el flanco derecho de la división, donde la 167ª División de Infantería estaba relevando a un regimiento de Granaderos Panzer SS para las operaciones del día siguiente. Más significativos desde la perspectiva del cuerpo fueron los ataques de deterioro similares en el sector izquierdo de la Das Reich. El batallón asignado para apoyar a la Leibstandarte no pudo avanzar hasta la 1.45 de la tarde —demasiado tarde para hacer algo bueno— y al anochecer permanecía más de un kilómetro por detrás de la punta de lanza de su vecina. ¿Estaba el Cuerpo Panzer SS en un estado de sobreextensión de alto riesgo o en una posición potencial para iniciar el avance de la visión original de Ciudadela?

A las 7.45 de la tarde, Hausser informó a Hoth<sup>237</sup> de que el clima estaba nublado con lluvias ocasionales, las carreteras eran en parte malas, aunque en general transitables. El enemigo estaba resistiendo con fuerza hacia el norte y el noreste y parecía estar desplegando tanques e infantería motorizada en el flanco derecho de su cuerpo. Se quejó por la falta de apoyo aéreo e informó de los éxitos de la Leibstandarte y la Totenkopf.

El general de las SS se ciñó a los hechos. Aunque su informe no fue espectacular, pareció haber animado a Hoth.<sup>238</sup> Su exhaustivo informe del ejército, publicado a las 8.30 de la tarde, mencionaba sin alarma particular que las reservas de «áreas distantes del frente», específicamente el Quinto Ejército de la Guardia, estaban desplegándose en el sector del Psel. No se decía nada sobre el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia, porque ni el reconocimiento aéreo ni la inteligencia de señales habían informado todavía de su traslado, y mucho menos de su llegada. De lo que sí informaron los servicios de inteligencia del grupo militar fueron de las elevadas pérdidas de los tanques soviéticos y la correspondiente evidencia de que las formaciones blindadas y mecanizadas soviéticas estaban siendo redesplegadas para apuntalar puntos débiles o bien retirándose por completo, pulverizadas y quemadas por el ataque alemán. Por lo tanto, el XLVIII Cuerpo Panzer y las SS debían continuar su avance: el primero hacia Oboyan, las últimas hacia Prokhorovka.

La intención de Hausser para el 11 de julio era avanzar a la luz del día. Pero la lluvia en el sector de la Totenkopf, combinada con el tráfico de

vehículos, había convertido las orillas del Psel en un barrizal de quinientos metros,<sup>239</sup> prácticamente intransitable incluso para los tanques. A las 3.00 de la madrugada, la Totenkopf comunicó por radio que los puentes estarían listos para las 7.00. A partir de las 3.20 de la madrugada, la división también informó a intervalos frecuentes de ataques soviéticos cada vez más pesados, escasez creciente de municiones de artillería y empeoramiento de las condiciones de las carreteras. Entonces llegó la noticia de que el pesado equipo del puente, bajo fuego de artillería, se había puesto a cubierto en una profunda hondonada, se había atascado y se retrasaría indefinidamente. Los zapadores estaban improvisando un camino de troncos con cualquier madera que pudieran encontrar. Los tanques, en lugar de prepararse para la batalla, estaban forzando sus transmisiones arrastrando los equipos del puente a través del pantano. La Totenkopf, en resumen, no iba a ir a ninguna parte deprisa.

Una vez más, la Leibstandarte estaba sola.<sup>240</sup> Sus elementos de vanguardia se trasladaron después de sufrir las fuertes lluvias de una noche de verano del sur de Rusia. El barro hizo que el movimiento campo a través fuera casi imposible; la niebla y la llovizna provocaron lo mismo respecto al apoyo aéreo y la bochornosa humedad desgastaba a los hombres haciendo que el trabajo físico resultara estresante. La carretera que la Leibstandarte esperaba tomar en Prokhorovka era el distintivo central de un corredor que limitaba al norte con el río Psel y al sur con un terraplén del ferrocarril, construido inusualmente alto debido a las frecuentes inundaciones. Pequeñas aldeas satélite a lo largo del Psel ofrecían a los tanques y cañones anticarro lugares para ocultarse. Sin embargo, los puntos focales de la posición rusa eran la gran Granja Estatal Octubre y la vecina Colina 252.6. Ambas se habían transformado en formidables puntos fuertes con campos de minas, barreras antitanque y entramados de alambre de púas. No era probable que Prokhorovka fuera a resultar un tranquilo paseo bajo el sol —suponiendo que los defensores igualaran sus posiciones—. La línea de frente estaba inicialmente defendida por los miembros de la 52ª División de Fusileros de la Guardia y la 183ª División de Fusileros. Respaldándolos estaba el 2º Cuerpo de Tanques. Esto era una improvisación. Un cuerpo de tanques ruso tenía blindaje pesado, adaptado para avances y explotaciones de los avances, y el 2º Cuerpo de Tanques había sufrido grandes pérdidas en los últimos dos días.

Solo alrededor de la medianoche del 10 al 11 de julio fue capaz de transmitir órdenes detalladas de puesta en práctica para las unidades que la componían, y estas subrayaban el establecimiento de puntos fuertes para defensa en lugar de la preparación para contraataques.

La situación rusa se iluminó al amanecer.<sup>241</sup> Desde el comienzo de Ciudadela, el frente de Voronezh se había centrado en la situación del sector de Oboyan. La decisión de Vatutin de trasladar dos cuerpos de tanques y elementos de apoyo desde Prokhorovka al frente de Katukov había sido una apuesta, supeditada a la inminente llegada de refuerzos desde la reserva de la Stavka. El 10 de julio, Vasilevsky informó al comandante del Quinto Ejército de la Guardia que los alemanes podrían intentar abrirse paso en Prokhorovka y que debía moverse rápidamente. Durante la noche, dos de las divisiones del ejército comenzaron a formar una segunda línea de defensa en el sector Psel-Prokhorovka: la 95ª de Fusileros de la Guardia a la izquierda, y la 9ª Aerotransportada de la Guardia directamente a través de la línea de ataque proyectada por la Leibstandarte. Al igual que sus homólogas de la Luftwaffe, las tropas aerotransportadas rusas estaban configuradas en esta etapa de la guerra más para combatir en tierra que para saltar desde los aviones. Pero se veían a sí mismas como una élite, doblemente desde que adquirieron el estatus de la Guardia. Si era probable que cualquier división en el orden de batalla del Ejército Rojo les ofreciera a las SS toda la pelea que quisieran, la 9ª Aerotransportada de la Guardia era la primera de la lista.

El mariscal Vasilevsky visitó el cuartel general del 2º Cuerpo de Tanques poco después de las 4.00 de la madrugada del 11 de julio, solicitó un informe de situación y luego lo interrumpió para entregar su auténtico mensaje.<sup>242</sup> Aguantar a toda costa durante veinticuatro horas. Al día siguiente mejorarían las cosas. El Quinto Ejército de Tanques de la Guardia atacaría en este sector. «¡Aguanten!».

El empuje principal de la Leibstandarte fue por el medio de su sector. La 2ª de Granaderos Panzer, respaldada por cañones de asalto y los cuatro Tiger que tan buena labor habían realizado el 10 de julio, seguiría la línea férrea hacia y más allá de la Colina 252.2. Simultáneamente, el batallón de reconocimiento iba a limpiar las aldeas a lo largo del Psel y enlazar con las vanguardias de la Totenkopf. Una vez que los granaderos panzer hubiesen

abierto el camino, el grupo panzer —cincuenta y dos tanques y el batallón de semiorugas— avanzaría hacia Prokhorovka. Esta pequeña ofensiva reflejaba y reproducía el dilema fundamental de Ciudadela. Ni a la división al norte del cuerpo ni al Cuarto Ejército Panzer le quedaban reservas. La intención de Hausser era permitir a la Das Reich tener todo un día de inactividad para el descanso y el reacondicionamiento, algo que los rusos podrían admitir a fin de explotar el esperado avance de la Leibstandarte. Eso significaba que la Leibstandarte tenía que proporcionarse su propia seguridad de flanco<sup>243</sup>. En lugar de dar peso al ataque principal, un regimiento de granaderos panzer completo fue el responsable de despejar las amenazantes posiciones rusas, lo que probablemente supondría un día completo de trabajo. Para empeorar las cosas, la Leibstandarte no tenía cerca artillería suficiente para neutralizar las baterías soviéticas. La Luftwaffe informó otra vez de que el tiempo era demasiado malo para volar. Pero los fusileros todavía podían caminar. Casi de inmediato, fueron arrojados al suelo por un fuego abrumador desde el frente y ambos flancos. Los cazas soviéticos, alimentados con adrenalina, informaron de más de dos docenas de vehículos blindados de combate alemanes inutilizados o destruidos, incluidos los Tiger. Entonces comenzó a brillar el sol, la niebla a ras de suelo se disipó, y los Stukas, que estaban listos para el despegue desde antes del amanecer, intervinieron.

Desde el comienzo de Ciudadela hasta su final, el éxito de los ataques alemanes dependió en gran medida de la precisión del apoyo cercano proporcionado en particular por los obsoletos Ju-87. La ausencia de cobertura aérea alemana ofreció a los omnipresentes cañones antitanque soviéticos mayores oportunidades de tiro a corta distancia. Entonces, mientras los bombarderos de picado golpeaban y silenciaban las posiciones de la artillería, los granaderos panzer empujaron hacia la Colina 252.2, con los pocos Tiger a la cabeza mientras sus torretas y blindajes frontales desafiaban impactos de proyectil casi continuos. Para las 10.00 de la mañana, los preliminares habían terminado: las SS y los Guardias Aerotransportados se encontraron y entablaron combate.

El discurso de Vasilevsky en el cuartel general del 2º Cuerpo de Tanques llegó a las compañías de fusileros de una forma más burda: «¡Recuerden la Orden 227! ¡Ni un paso atrás!». Para las 10.30, los campos minados habían

sido suficientemente despejados para que la Leibstandarte enviara su grupo panzer. Esto fue tanto una respuesta a la desesperada resistencia soviética como un intento de iniciar un avance. La Luftwaffe cooperó con un ataque de ochenta aviones, pero las posiciones defensivas clave permanecieron operativas, cuando no absolutamente intactas. Se requirió el envío del batallón de semiorugas de la Leibstandarte para asegurar la cresta de 252.2 alrededor de la 1.30 de la tarde. Aproximadamente al mismo tiempo, el batallón de reconocimiento se abrió paso en el sector de la 95ª División de Fusileros de la Guardia. Cuando el apresurado despliegue inicial de las dos divisiones rusas comenzó a mostrar tensión, los alemanes presionaron hacia la Granja Estatal Octubre. Los defensores, una mezcla de fusileros con poca munición y artilleros disparando por encima de los objetivos, resistieron durante más de dos horas mientras los alemanes buscaban puntos débiles. Las narraciones rusas hablan de la ausencia de un mando centralizado, lo que dificultó la dirección del fuego de apoyo de artillería y la asignación de refuerzos. El 69º Ejército, nominalmente a cargo del sector, estaba librando una batalla aún más desesperada contra Breith y no tenía tiempo para Prokhorovka. Sin embargo, se pueden discernir tres cosas. Las unidades rusas se erosionaban bajo presión; los oficiales estaban deteniendo a los hombres que huían a punta de pistola. Sin embargo, las bajas rusas indicaban que luchaban con siniestra determinación; solo la brigada motorizada del 2º Cuerpo de Tanques informó de seiscientos muertos, heridos y desaparecidos. Y las SS hablaban con un respeto abrumador de sus oponentes como soldados y tanquistas.

Aparte de unos pocos cazas de vez en cuando, hasta el momento la Fuerza Aérea Soviética había brillado por su ausencia, en particular a juicio de las tropas terrestres. La mayoría de los activos aéreos disponibles del frente de Voronezh habían sido enviados al sur contra el III Cuerpo Panzer, y gran parte del resto se estaba desplegando para cubrir, con buenos resultados, las vulnerables zonas de retaguardia contra bombarderos medianos alemanes. Sin embargo, aquellas disposiciones contenían subtextos. Las pérdidas cada vez mayores para los cazas alemanes, combinadas con el alto número de incursiones, generaron una precaución debida al estrés. El Segundo Ejército Aéreo del frente de Voronezh había reemplazado a algunas de sus formaciones más afectadas, incluida una división de cazas completa, por lo que los recién

llegados necesitaban un tiempo de adaptación. El frente de Voronezh también ordenó el descanso temporal de sus Shturmoviks como paso preliminar para la ofensiva prevista de Vatutin. A última hora de la tarde, un ataque de emergencia con Shturmoviks detuvo temporalmente a los alemanes en torno a la Granja Estatal Octubre. Alrededor de las 5.00 de la tarde, regresaron los panzer, solo para verse atrapados en una serie de contraataques montados por lo que quedaba de la 95ª División de Fusileros y el 2º Cuerpo de Tanques. Las unidades de primera línea informaron de fuertes bajas, de la dura resistencia de los rusos y de la sofocante humedad durante todo el día. Prokhorovka permaneció fuera del alcance de los alemanes:<sup>244</sup> a unos quinientos metros de sus alrededores fue lo más cerca que los panzer pudieron llegar antes de ponerse a resguardo para pasar la noche.

En su informe diario, la Leibstandarte culpó de lo que denominó éxito limitado<sup>245</sup> principalmente a la Totenkopf y la Das Reich. Su incapacidad para mantener el ritmo había creado un saliente mal expuesto en ambos flancos y un objetivo táctico fuertemente defendido, Prokhorovka, y parecía improbable que pudiera ser tomado por una avalancha de blindados. El mando de la división recomendó suspender las operaciones en su sector y concentrar todos los activos del cuerpo para llevar a la Totenkopf hacia adelante a la mañana siguiente. Una vez completada esa tarea, la Leibstandarte y la Das Reich podrían acabar con los rusos alrededor de Prokhorovka. Hausser telefoneó a la Leibstandarte, consultó a su propio Estado Mayor y aceptó.

La Leibstandarte todavía cubría su apuesta ligeramente, proclamando su intención de continuar el ataque al día siguiente únicamente «con una preparación más fuerte por parte de los Stukas» y solo una vez que la Totenkopf hubiera asegurado la Colina 226.6, estableciendo así un contacto sólido. En su descarga, la Totenkopf podría haber alegado un día largo y difícil en el barro.<sup>246</sup> Uno de sus batallones de granaderos panzer estaba ocupando posiciones defensivas al este del punto de cruce, en la orilla sur del Psel. Su misión inicial era asegurar el flanco derecho de la Totenkopf y los puentes, y la Totenkopf consideraba que un buen ataque era la mejor defensa, especialmente porque esta era la unidad más cercana al flanco izquierdo abierto de la Leibstandarte, a unos tres kilómetros de distancia. Alrededor del mediodía, un batallón del Regimiento Theodor Eicke de la Totenkopf, cuyo



«título honorífico» conmemoraba a un antiguo comandante de Dachau, se dirigió hacia el pueblo de Vasilyevka. A las 2.00 de la tarde, tenía la mayoría de las casas en llamas en su poder, pero fue rechazado por un contraataque de una brigada de tanques, que, a su vez, fue controlado a corta distancia por los lanzacohetes alemanes. La Totenkopf envió un batallón de tanques. Los carros de combate y los granaderos panzer despejaron el pueblo de blindados soviéticos a las 2.40 de la tarde, pero los fusileros soviéticos se mantuvieron en la mitad este de Vasilyevka: una desolación de barro, humo, llamas y escombros.

Hasta casi las 3.00 de la tarde los ingenieros no informaron de que los puentes sobre el Psel estaban listos para su uso, lo que obligó al comandante de la Totenkopf a aplicar sus habilidades matemáticas. Sus pérdidas de tanques habían sido ligeras y sus mecánicos estaban ocupados; la Totenkopf podría reunir en ese momento casi cien tanques, diez de ellos Tiger, y veinte cañones de asalto. Si los últimos dos días hubieran salido como estaba planeado, podrían estar desplegándose en la izquierda de la Leibstandarte para llevar a las SS hasta Prokhorovka. Tal como estaban las cosas, los rusos se estaban concentrando para otro ataque contra Vasilyevka a pesar de los mejores esfuerzos de la artillería divisional de la Totenkopf. Los tanques y camiones estaban teniendo más problemas que nunca para atravesar el barro; las reservas de combustible y municiones eran limitadas. Las pérdidas del 11 de julio ascendieron a 450 muertos y heridos —la mayoría de ellos en el batallón que había librado el grueso de los combates y que soportaría el peso de cubrir a los tanques—. Apenas faltaban cuatro horas para la caída de la noche y la mayor parte de ese tiempo se necesitaría para pasar a la posición de ataque en dirección a la Leibstandarte. Esto significaba adentrarse en el tipo de terreno quebrado que, a menos que estuviera patrullado y despejado, era una cubierta natural para los cañones anticarro. La Totenkopf resolvió esta particular ronda de piedra-papel-tijera informando a Hausser de que no sería capaz de atacar hasta la mañana siguiente.

La Das Reich pasó casi todo el 11 de julio<sup>247</sup> entregando la parte sur de su sector a la 167ª División de Infantería, y desplazando sus regimientos de granaderos panzer hacia la izquierda para concentrarse en el ataque a Prokhorovka. Un regimiento no comenzó a llegar a su nuevo sector hasta

después del mediodía. En ese momento, el otro regimiento había quedado atrapado en un ataque soviético dirigido al flanco de la Leibstandarte para el que se le había asignado la función de protección. Los informes de división y cuerpo se refieren a «una fuerte resistencia» y contraataques pesados, con los bosques y el terreno elevado enfrente del avance fuertemente ocupados. En conjunto, el 11 de julio no fue uno de los días más espectaculares de la Das Reich.

Si los alemanes no habían cumplido las expectativas, los rusos estaban explicando una derrota.<sup>248</sup> El comandante del Quinto Ejército de la Guardia admitió que su gente se había visto sorprendida. A las 7.45 de la tarde, Vatutin informó a los comandantes del 69º Ejército y del Segundo Cuerpo de Tanques que el avance alemán era el resultado de su descuido y de su deficiente preparación, y ordenó que se recuperara de inmediato el terreno perdido. Quince minutos antes, el Sexagésimo Noveno Ejército había emitido órdenes similares. A las 11.00 de la noche, informó que la situación se había estabilizado a pesar de los continuos ataques de la aviación y los blindados alemanes. El subtexto no declarado era que no se podía esperar más a una hora tan tardía. Ciertamente, los ataques llevados a cabo durante el resto de la noche por las divisiones de fusileros de primera línea nunca llegaron a entrar a distancia de tiro de los cañones de pequeño calibre de la Granja Estatal Octubre.

Desde la perspectiva de Vatutin, seguía existiendo una serie de amenazas a medida que avanzaba el día. Los alemanes estaban alcanzando los límites de los cinturones defensivos preparados en la zona del frente. Si atravesaban Prokhorovka, las siguientes fortificaciones de campo se encontraban de veinte a veinticinco kilómetros de distancia, en lo profundo de la retaguardia del frente de Voronezh. Para estar seguros, el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia obstruyó esa ruta. Pero los alemanes también tenían la opción —que le había preocupado a Vatutin durante tres días— de girar a la izquierda, cruzar el Psel y dirigirse hacia Oboyan. El contraataque de Rotmistrov<sup>249</sup> pretendía evitar aquella alternativa. Pero una buena parte de las líneas de inicio proyectadas por Rotmistrov estaban ahora en manos alemanas, un hecho que exigía más improvisación sobre las improvisaciones anteriores, casi

alemanas en su escala, y no calculadas para mejorar la tranquilidad mental del comandante del frente.

Tampoco Stalin permanecía inactivo. Alrededor de las 7.00 de la tarde, Vasilevsky apareció en el cuartel general de Rotmistrov de manera inesperada y sin previo aviso. El comandante del ejército le informó de sus planes y disposiciones. Vasilevski dio su visto bueno e informó a Rotmistrov de que el Vozhd le había ordenado que coordinara y prestara toda su ayuda al Quinto Ejército de la Guardia y al Quinto Ejército de Tanques de la Guardia. Para comenzar, Vasilevsky propuso aprovechar la menguante luz del día para visitar las posiciones que los 29º y 18º Cuerpos de Tanques ocuparían para el ataque de la mañana. Mientras los generales paseaban en su vehículo, Rotmistrov le indicaba las posiciones a las que sus tanques se trasladarían durante la noche. De repente, Vasilevsky ordenó al conductor que se detuviera y saliera de la carretera. El ruido claramente audible de los motores de los tanques dio paso a los vehículos mismos. Vasilevsky se volvió hacia Rotmistrov y le preguntó por qué los tanques destinados a atacar por sorpresa se movían tan cerca del frente a la luz del día, bajo la mirada de los alemanes. ¡Rotmistrov miró a través de sus prismáticos y respondió que eran alemanes!

Vasilevski replicó que el enemigo debía haber irrumpido en algún lugar y se dirigía a Prokhorovka. Rotmistrov ordenó a dos de sus propias brigadas de tanques que avanzaran como un simple gesto, y los dos generales regresaron al cuartel general del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia. Rotmistrov y su Estado Mayor revisaron rápidamente los detalles de su plan táctico:<sup>250</sup> apoyo de artillería, sectores de formación, rutas de ataque y todo lo demás. Las inesperadas e inadvertidas ganancias alemanas requerían recalibrar las brigadas y los regimientos, cuyos mandos y estados mayores probablemente encontrarían difícil los que ahora estaban completamente absortos en sus propios preparativos detallados. La situación empeoró cuando quedó claro que el 2º Cuerpo de Tanques estaba enredado en la línea del frente y había sufrido unas bajas demasiado fuertes como para ser un factor de importancia en la ofensiva del día siguiente.

Con su fuerza de ataque reducida en un quinto y obligada a encontrar nuevas líneas de inicio antes de la medianoche, Rotmistrov no estaba en condiciones de comenzar de cero. El plan era desplegar el 2ª Cuerpo de

Guardia, el 29º y el 18º Cuerpo de Tanques en la primera línea, con el 5º Cuerpo Mecanizado de la Guardia a continuación para explotar el éxito y reaccionar ante las emergencias. El 2º Cuerpo de Tanques contribuiría con lo que pudiera. El ataque se iniciaría a las 3.00 de la madrugada: el 2º Cuerpo de Guardia contra la Das Reich, los otros dos cuerpos contra la Leibstandarte y cualquiera de las unidades de la Totenkopf que se encontraran dentro de su alcance de tiro.

Rotmistrov depositó sus esperanzas en el impacto inicial. Iban a entrar en acción quinientos vehículos blindados de combate. Vatutin había peinado sus escalones traseros para formar una brigada de artillería, cinco regimientos independientes de cohetes y morteros, y una división completa de cañones antiaéreos. Las brigadas de vanguardia del 29º y el 18º Cuerpo de Tanques fueron reforzadas con un batallón extra de T-34. Puede que sus ligeros T-70 fueran poco más que objetivos en movimiento, pero, al menos, podrían disparar y proporcionar una distracción. Contra los Tiger y sus excelentes puntos de mira, contra los Stukas y los lanzacohetes, a lo largo de los casi veinte kilómetros de terreno abierto al oeste y sudoeste de Prokhorovka, la mejor oportunidad para los blindados era acercarse lo más rápido posible — poco menos de 500 metros era la distancia de tiro generalmente aceptada para un T-34 frente a un Tiger—. Dados los niveles de estrés y fatiga en las compañías de tanques, un avance directo a toda velocidad era probablemente también lo más prometedor en términos humanos. La conciencia situacional sofisticada no sería una gran ventaja cuando las alternativas eran drásticas: matar o morir.

## DUROS GOLPES

**H**ausser estaba listo para cumplir. Sus órdenes para el 12 de julio eran directas. No más tonterías. Esta vez habría que aplicar el mantra de los panzer: *Klotzen, nicht kleckern*<sup>251</sup> («De una vez, no por entregas» es una representación aproximada del coloquialismo alemán). Eso, sin embargo, no significaba un ataque frontal masivo, tres divisiones al mismo tiempo, adentrándose en las fauces de los cañones rusos. Hausser pretendía una operación secuencial. El grupo de batalla blindado de la Totenkopf cruzaría el Psel y avanzaría hacia el norte, luego giraría hacia el este para alcanzar la carretera Karteshevka-Prokhorovka, que en el mapa ofrecía una ruta clara hacia la retaguardia de la principal posición rusa.

El 1<sup>er</sup> Regimiento de Granaderos Panzer de la Leibstandarte, con un batallón de carros, se pondría en marcha a las 4.50 de la mañana y establecería una protección del flanco izquierdo. El resto de la división debía capturar la Colina 252.4, la Granja Estatal Stalinsk, luego Prokhorovka, pero solo una vez que el ataque de la Totenkopf hubiera desestabilizado a los rusos: no había necesidad de arriesgarse rompiendo un saliente. La Das Reich, a su vez, se dirigiría hacia el este, tomaría los terrenos elevados al sur de Prokhorovka y establecería posiciones para extender el ataque el 13 de julio. Las órdenes de la Das Reich también dejaban claro que se esperaba que la división acelerara el ritmo y mantuviera el contacto con sus socios, independientemente de las amenazas contra su flanco sur.

Los equipos de mantenimiento del cuerpo trabajaron toda la noche para poner en línea más de trescientos tanques y cañones de asalto. Pero tanto en

los cuarteles generales de los cuerpos como en los superiores del ejército, la pregunta se hacía cada vez más evidente: ¿dónde estaba el III Cuerpo Panzer? En el frente Oriental, la voluntad de «barrer la mierda» era una forma de pensar necesaria. Pero ¿y si el trabajo simplemente se acumulaba y no había más escobas... ?

## I

El número de escobas de las tres divisiones panzer<sup>252</sup> se había mantenido casi en su lugar desde los inicios de Ciudadela. Incluso en las mejores circunstancias, cualquier éxito obtenido por las SS en Prokhorovka iba a ser limitado, cuando no efímero, si el III Cuerpo Panzer no irrumpía con vigor desde el sur. En la mañana del 9 de julio, sus circunstancias no parecían especialmente prometedoras.

Contra el recién reforzado 35º Cuerpo de Fusileros de la Guardia, los alemanes se encontraron con otro día de duros combates para obtener unos resultados limitados. Justo antes del mediodía, cuatro Tiger, los últimos operativos en el III Cuerpo Panzer, condujeron a una compañía de granaderos panzer hacia la Colina 211.1 en el sector de la 19ª Panzer. Pero los contraataques de los tanques rusos se volvieron tan duros que el regimiento de infantería adjunto de la 19ª Panzer cedió terreno, y más tarde informó que ya no podía resistir más. El comandante de la división logró restablecer la línea, pero, para el final del día, la 19ª Panzer contaba solo con una docena de tanques operativos. Kempf informó que el III Cuerpo Panzer no podría avanzar más. Manstein respondió haciendo a Kempf una visita supuestamente inspiradora y le ordenó que continuara el ataque.

La experiencia de la 7ª Panzer fue similar. Hasta las 4.00 de la tarde, sus tanques no lograron avanzar —gracias en buena parte a una Luftwaffe disminuida durante todo el día por las nubes bajas que aprovechó una tregua del clima para montar un ataque incendiario en el bosque que se encontraba delante de la línea del frente de la 7ª—. Pero ese ataque tampoco produjo más beneficio que un saliente casi indefendible. Todo aquel ruido y toda aquella furia estaban muy lejos de un avance y un impulso hacia el norte para apoyar a las SS, que era la nueva misión principal del III Cuerpo Panzer.

Un oficial de Estado Mayor de la 6ª División Panzer, enviado al cuartel general de Hoth como enlace en la noche del 10 de julio, describió una mezcla de energía y resignación frente a un contexto general de fatiga. La atmósfera en el cuartel general de Kempf era más o menos la misma. Manstein, un firme creyente en las cualidades reparadoras de una noche de sueño, esperó a actuar hasta el día siguiente, cuando se reunió con Hoth y Kempf<sup>253</sup> para discutir la situación. Ciudadela, les dijo, se estaba fragmentando. Dado que el Noveno Ejército estaba totalmente atascado a causa del rápido aumento de las fuerzas soviéticas en el sector sur, ¿era hora de suspender también el ataque del Grupo de Ejércitos Sur?

En un primer momento, Hoth recomendó continuar el ataque, pero recogió el subtexto de Manstein de que ahora Kursk estaba fuera de su alcance, y respondió sugiriendo el objetivo más limitado de destruir las fuerzas soviéticas al sur del Psel. Kempf era menos optimista. El plan de Hoth dependía en gran medida de la rápida intervención del III Cuerpo Panzer.<sup>254</sup> Y aunque el reconocimiento aéreo informaba que solo quedaba una línea defensiva preparada, detrás de esa línea aguardaban al menos un cuerpo de tanques y una docena de divisiones de fusileros —suficientes para que los pocos kilómetros que separaban en el mapa al III Cuerpo Panzer de Prokhorovka estuvieran a una distancia enorme sobre el terreno.

Erhard Raus, el pensador militar más proclive a las órdenes de Kempf, resumió el dilema en la retrospectiva de la posguerra. Dado un avance exitoso, un giro al norte necesitaba de toda la fuerza blindada del III Cuerpo Panzer. Aquello, a su vez, solo sería posible si fueran destruidas o rechazadas las fuerzas rusas que permanecían en la cuenca del Donets. Ambas operaciones deberían ser ejecutadas simultáneamente. Sin embargo, desde el comienzo de Ciudadela, Kempf había estado cambiando recursos inadecuados de un lugar a otro para obtener, en el mejor de los casos, éxitos limitados. El Cuarto Ejército Panzer no tenía ayuda que ofrecer. Incluso si llegara el refuerzo quimérico del XXIV Cuerpo Panzer, Kempf argumentó que sería demasiado poco y demasiado tarde.

Hoth acusó a Kempf de ser pesimista. Manstein decidió verlo por sí mismo y se dirigió al cuartel general de Breith. En esta discusión no queda claro dónde se encuentra el equilibrio exacto entre retorcer un brazo y lograr

un consenso. El resultado hizo que Manstein le ordenara a Breith que concentrara dos de sus divisiones panzer, rompiera las defensas rusas a toda costa y entregara a las SS Cuerpo Panzer la sala de maniobras conduciendo al 69º Ejército hacia el este. Y Breith correspondió con algo parecido a buenas noticias. El día anterior, Kempf y Breith habían devuelto el grupo de batalla de la 7ª División Panzer a su división original. Esta asumió entonces la parte del sector de la 6ª Panzer, permitiendo a esta última división concentrar sus recursos para un esfuerzo de avance. El comandante de la 6ª Panzer, el general de brigada Walther von Hünersdorff, era abiertamente antinazi, pero también era hábil y lo suficientemente prometedor como para haber sido ascendido a pesar de ello. A su división le quedaban cuarenta tanques en la mañana del 11 de julio. El 503er Batallón Panzer, agregado a su división, estaba operando como una unidad por primera vez en Ciudadela. Su mecánica infatigable agregó diecinueve Tiger, un número que afirmaba la capacidad de supervivencia fundamental del diseño.

El efecto potencial de lo que podría parecer una pequeña fuerza se incrementó debido a que el 69º Ejército no tenía ningún blindado y unas reservas limitadas. Su misión no se modificó: evitar que los alemanes cruzasen el Donets y se dirigieran hacia el norte. Las órdenes de Breith eran que la 6ª División Panzer, en el centro de su línea, atacara al norte en dirección a Miasoedovo. La 19ª Panzer, a la izquierda desempeñando la misión secundaria de forzar sus propias cabezas de puente a través del Donets, y la 7ª, a su derecha, apoyarían a la 6ª.

A su vez, cubriendo los flancos de las divisiones Panzer se encontraban dos de las divisiones olvidadas de Ciudadela:<sup>255</sup> la 168ª de Infantería en el extremo izquierdo y la 198ª en el extremo derecho. Ambas habían sido indispensables desde el 5 de julio. Sus piezas de artillería y sus carros de suministros adquiridos sobre el terreno, todos ellos tirados por caballos, parecían napoleónicos entre los tanques y semiorugas de Breith. Pero en sus tareas de bloquear los contraataques, apoyar a los panzer y, con frecuencia, asumir el papel principal en los ataques locales que habían llevado al Destacamento de Ejército Kempf tan lejos como había llegado, los *Landser* se habían esforzado hasta la extenuación: *immer bereit, still zu verbluten im*



*feldgrauen Kleid*,<sup>256</sup> «Siempre listo para desangrarse silenciosamente con el uniforme gris de campaña».

La estrofa es evocadora y precisa a pesar de su procedencia tradicionalista. Y se puede aplicar igualmente a los fusileros rusos en toda la línea de batalla, específicamente a los hombres del 35º Cuerpo de Fusileros de la Guardia en la mañana del 11 de julio. La artillería del cuerpo panzer comenzó su bombardeo alrededor de las 2.00 de la madrugada, seguido por ataques masivos de los Heinkel 111 del VIII Cuerpo Aéreo. Tres horas después comenzó el ataque por tierra. La 19ª Panzer, operando por primera vez en varios días con todos sus batallones de combate, asaltó una colina tan bien fortificada que las trincheras eran invisibles a menos de cinco metros. El informe alemán también se tomó la molestia de observar que la mayoría de los defensores eran «asiáticos»,<sup>257</sup> de los que se decía que su primitivo nivel de desarrollo los hacía inmunes psicológicamente a la impresión de Stukas y panzer. Los intentos de eludir este punto fuerte se vieron frustrados por el terreno pantanoso y los campos de minas. Alrededor de las 3.30 de la tarde los elementos de la 19ª no consiguieron doblegar la resistencia. Sus tanques y granaderos panzer, con el apoyo de los Stukas, llegaron a las aldeas de Kisilevo y Kholokovo y más allá.

El ataque de un día de duración de la 19ª División Panzer atrajo suficiente atención de los soviéticos como para que el grupo blindado de batalla de la 6ª Panzer se abriera paso a través de las defensas de su sector. Nuevamente, los Tiger marcaron la diferencia. Abrieron camino y aprovecharon su ventaja, rompiendo las restantes posiciones antitanques, y ganando terreno constantemente. Los Tiger continuaron en dirección norte, hacia el primer objetivo de Olkhovatka, apoyados por lo que fuera que la vecina 7ª División Panzer pudiera proporcionar sobre la marcha.

Ambas mitades de la maniobra tuvieron éxito. El 35º Cuerpo de Fusileros de la Guardia se desmoronó y acabó cediendo terreno. Los tanques de la 6ª Panzer pudieron detectar y sortear un campo minado, y luego continuar. La 7ª Panzer solo pudo reunir once tanques, pero cubrieron más de dos kilómetros antes de encontrar una resistencia seria. Los Tiger del 503º llegaron a Olkhovatka<sup>258</sup> virtualmente sin oposición, y el avance continuó durante otros dos kilómetros antes de encontrarse con otra serie de puntos fuertes. Con los

cañones antitanque rusos en los flancos y los soldados de infantería rusos arrojando cócteles molotov desde enfrente, un comandante de un Tiger solo vio una solución: «¡Deprisa!». Este tanque en particular lo hizo a toda velocidad. El grupo de batalla, sin embargo, se vio frenado por la llegada de la noche, y por la resistencia que desafió el poder de combate de los granaderos panzer que lograron mantenerse o alcanzar a los blindados. Pero la 6ª Panzer había llegado a la aldea de Kazache, el centro de la segunda línea defensiva del 69º Ejército y logrado una ganancia total de once kilómetros. Un comandante de la división soviética decidió «reubicar» su cuartel general en la retaguardia, dejando a los subordinados a su suerte en una noche (literalmente) oscura y tormentosa.

Fue un buen día de trabajo; el mejor para el III Cuerpo Panzer desde el comienzo de Ciudadela. No fue un gran avance al estilo de 1940 y 1941. Pero hubo ganancias, e incluso tener una corta noche de julio para rearmarse, hacer reparaciones y descansar resultó un buen augurio táctico para el 12 de julio. El general al mando del Grupo de Ejércitos Sur estuvo de acuerdo.<sup>259</sup> Como se señaló anteriormente, Erich von Manstein prefería los juegos científicos como pasatiempo. Probablemente, ni el *blackjack* ni la ruleta habrían estado en lo más alto de su lista como formas de perder dinero. Pero, cuando evaluó los informes del día, Manstein no vio exactamente una apuesta, sino una oportunidad que dependía de Breith.

Para el 12 de julio, el III Cuerpo Panzer iba a continuar por su eje principal de avance hacia el norte. A medida que se cerrase el campo de tiro, Breith debía balancear su ala izquierda hacia el oeste y cooperar con el ala sur o derecha del II Cuerpo Panzer SS para rematar al 69º Ejército. Con la aprobación inequívoca de Hoth, Manstein también ordenó a los XLVIII y II Cuerpo Panzer SS, respectivamente, que establecieran cabezas de puente a través del Psel y capturasen Prokhorovka. El siguiente paso sería invertir los frentes y lidiar con el enemigo que quedaba entre Kempf y Hausser, como un enorme furúnculo en la axila derecha. Según el jefe de Estado Mayor de Hoth,<sup>260</sup> Manstein propuso en un primer momento reservar una división panzer y una división de infantería para tal fin. Hoth argumentó que aquello sería insuficiente. Si Ciudadela había demostrado algo, era que ninguna operación

podría tener éxito si se montaba con un presupuesto mínimo, e hizo una encendida defensa para usar todo el Cuerpo Panzer SS.

Con o sin los añadidos propuestos por Hoth, el plan de Manstein invitaba a una consideración como inaceptablemente arriesgado. La inteligencia aérea y terrestre alemana habían proporcionado una idea razonable de lo que la Stavka estaba concentrando en torno al saliente que había creado el Cuarto Ejército Panzer. Organizar una gran ofensiva en las fauces de un ataque soviético aún más masivo era algo que se acercaba a jugársela a los dados. Pero los puntos fuertes de los panzer eran la movilidad y la flexibilidad. La mejor oportunidad de derrotar al Ejército Rojo era confundirlo, volverlo sobre sí mismo. En ese contexto, una batalla de encuentro prometía mucho más que mantenerse en su lugar.

Eso nuevamente puso el foco sobre el III Cuerpo Panzer. Si Breith avanzaba hacia el norte el 12 de julio, incluso si Prokhorovka seguía fuera de su alcance, podría comenzar el proceso de desequilibrar a los rojos por primera vez en esta operación mal concebida. Al otro lado del frente, el 69° Ejército había conseguido<sup>261</sup> armar una línea de defensa que aún resistía a las puntas de lanza de los panzer a unos 24 o 30 kilómetros de Prokhorovka. Pero sus reservas estaban casi agotadas. A efectos prácticos, no tenía en absoluto vehículos blindados de combate. El general al mando del 69° Ejército abrigaba las suficientes dudas acerca de sus perspectivas como para que el 11 de julio recurriera a Vátutin en busca de ayuda.

Stalin vigilaba atentamente a ambos generales, exigiendo acción. El 12 de julio, el III Cuerpo Panzer se propuso darle al teniente general Vasily Kriuchenkin todavía más motivos para preocuparse. La acción comenzó cuando Breith ordenó a la 6ª División Panzer, a la izquierda del cuerpo y la más cercana a Prokhorovka, que llegara al Donets en Rshavets y estableciera una cabeza de puente, permitiendo así que la 19ª y la 7ª Panzer cruzasen y montasen un movimiento a toda potencia hacia las Waffen SS. El plan inicial era para un ataque a gran escala a plena luz del día. El comandante del 11° Regimiento Panzer y el oficial al mando de su batallón panzer desarrollaron una alternativa: una operación nocturna de alto riesgo y altas ganancias<sup>262</sup> que podría tener un efecto moral aún más decisivo que otro ataque directo.

Poco antes de la medianoche, salió el grupo de batalla: dos frágiles compañías de tanques, un batallón de granaderos panzer, montados en camiones para —con suerte— resultar menos llamativos, y los Tiger, cerrando la marcha en una situación en la que la velocidad y la sorpresa eran esenciales. En punta iban dos T-34 capturados, manejados por tripulaciones alemanas y claramente marcados con la cruz griega, la *Balkenkreuz* alemana, sustituyendo a la estrella roja. De paso, dado el abuso casi sistemático de las tácticas de engaño por parte de la Wehrmacht, esta era una artimaña de guerra legitimada desde que las armadas del siglo XVIII incorporaron las naves capturadas y los capitanes se vieron obligados a prestar más atención a los colores que se agitaban al viento que a los diseños de los cascos y los aparejos.

Ayudada por una noche sin luna, la columna alemana avanzó durante tres horas, encontrándose únicamente con un convoy ruso de camiones, lo que le permitió continuar su camino. Entonces, el T-34 que lideraba el cuerpo principal ¡se averió en medio de la carretera! Todavía no había reacción soviética, ni siquiera de los que observaban. Casi se podía oír a hombres cansados murmurar: «¡Dejen que el maldito *tankisty* haga su trabajo!» mientras los tripulantes alemanes salían y se subían a los vehículos restantes. Alrededor de las 4.00 de la mañana, la vanguardia, un pelotón de panzer IV dirigido por el T-34 que quedaba, entró en Rshavets y atravesó la ciudad sin verse comprometido. Susurrando, el comandante informó de unas dos docenas de T-34 en sus inmediaciones. El oficial a cargo de la fuerza de ataque, el comandante del batallón de tanques, era reservista: el comandante Dr. Franz Bäke. La mayoría de los oficiales de la Wehrmacht con doctorados los tenían en alguna rama de Humanidades. Bäke ejercía como dentista en tiempos de paz. En la guerra, se había labrado una reputación de militar agresivo, exitoso y afortunado. Llevó una compañía de tanques hacia adelante, marcando un ritmo lo suficientemente rápido como para que ningún rezagado soviético intentara unírsele. Luego, los alemanes se encontraron con una columna de T-34 que iba en la dirección opuesta. Los rusos estaban cansados y se sentían seguros en su propia zona de retaguardia. Cuando una voz del tanque alemán que iba delante dijo en ruso: «Manténganse a la derecha», la columna soviética se hizo a un lado amablemente, hasta que alguien notó que estaban

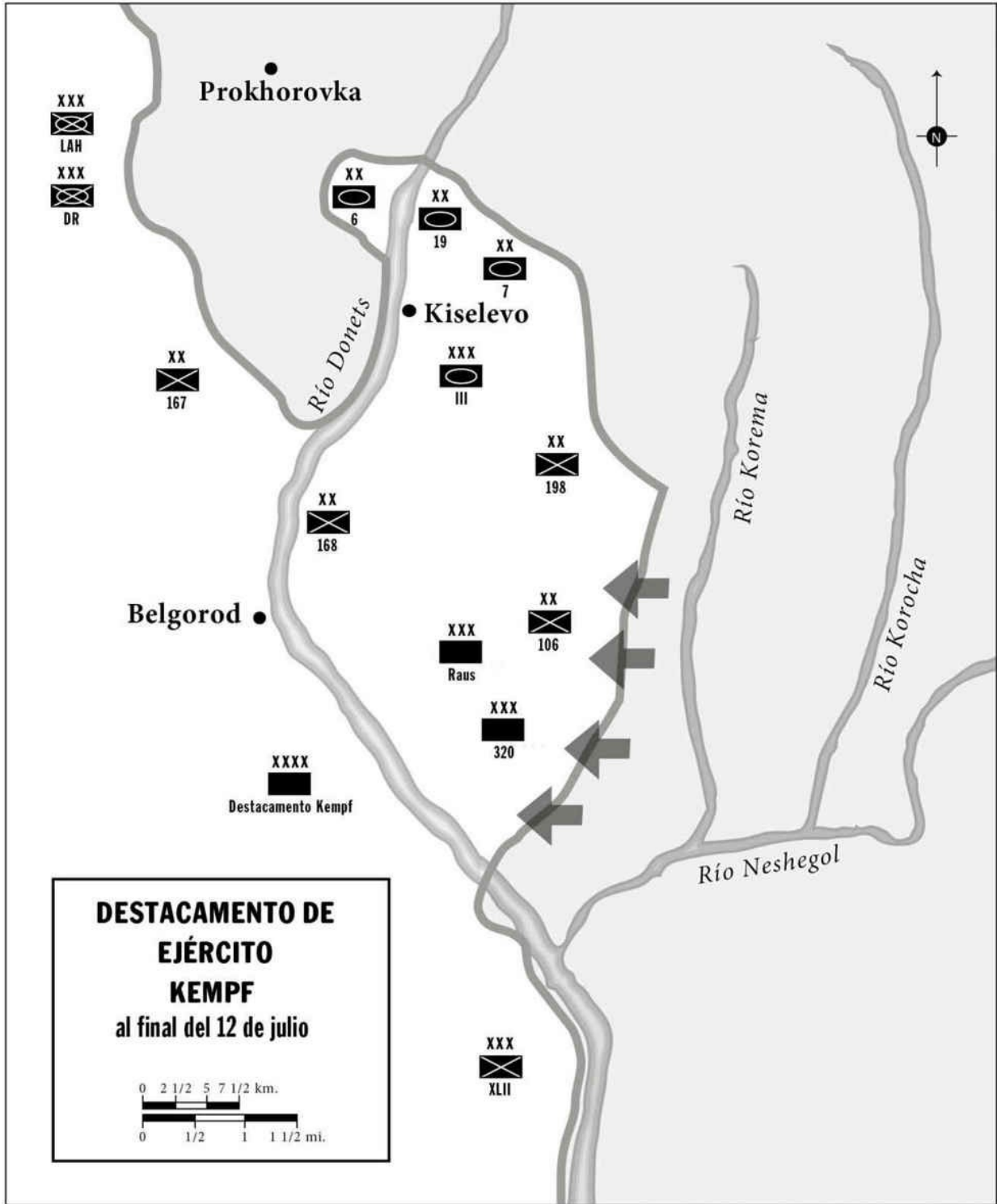
dejando paso a tanques con insignias alemanas. El cuerpo a cuerpo resultante sacó a relucir granadas, ametralladoras y cargas explosivas lanzadas a mano, así como disparos a quemarropa. Cuando se calmó el fragor de la lucha, había quedado inutilizada alrededor de una docena de tanques rusos, varios de ellos a manos de Bäke y uno de sus tripulantes que corrían de tanque en tanque colocando a mano bombas de carga hueca.

El ejército colonial francés tenía una palabra, *baraka*. Su significado original era religioso y se refería a la fuerza espiritual. Su versión militar significaba «luchar contra la suerte del hombre», y seguramente la *baraka* había estado con la penetración de la 6ª Panzer en la retaguardia soviética. Pero Belona, la diosa de la guerra, no es la prostituta de nadie. Los tanques de vanguardia de Bäke estaban a trescientos metros del puente cuando una serie de explosiones anunciaron su destrucción. Los alemanes se habían pasado de largo el camino que conducía hasta el mismo. Jaque, pero aun no mate. Alrededor de las 6.00 de la mañana, el grupo de batalla de la 6ª División Panzer estaba a casi veinte kilómetros de Prokhorovka, con una buena carretera por delante. Los granaderos de la columna panzer tendieron un puente peatonal sobre el Donets, y más tarde lo ampliaron a una cabeza de puente. Cogidos por sorpresa, los tanques y la infantería rusa retrocedió en pequeños grupos en lugar de contraatacar. Un Estado Mayor de una división informó que estaba rodeado por trescientos tanques. Un comandante de división se declaró tan acosado por otros tanques alemanes que había perdido el control de su formación durante catorce horas. Y el cuartel general del 69º Ejército repitió su petición de ayuda al frente de Voronezh.

Aun así, la situación no era tan prometedora para los alemanes. Pero más se había logrado, comenzando con menos, en los primeros días de Barbarroja. Hünersdorff y su grupo de mando, quienes dirigían las operaciones desde el propio frente, se instalaron en la orilla norte del Donets para agilizar y coordinar la expansión de la cabeza de puente. Al mismo tiempo, la Luftwaffe comenzó a realizar incursiones de debilitamiento sobre las posiciones soviéticas de vanguardia. Un grupo de Heinkel 111 que llegaba a baja altura detectó varios tanques y vehículos en campo abierto: el tipo de objetivo cada vez más difícil de encontrar a medida que avanzaba Ciudadela y llegaron a confundir a los alemanes con los rusos,<sup>263</sup> eliminando incluso el cuartel

general de la 6ª Panzer. Cincuenta hombres murieron o resultaron heridos, incluido el propio Hünersdorff y dos comandantes de regimiento. ¡Los Heinkels se habían guiado por un T-34 claramente visible en medio de la masa de vehículos! Fuego amigo y karma de combate con venganza. La investigación posterior declaró que se habían tomado todas las precauciones y que no se debería hacer responsable a nadie.

Aunque los contraataques locales hicieron inseguro el control de Rshavezh hasta alrededor de las 9.30 de la mañana, a las 10.00 el pueblo estaba en manos de los alemanes que ya se encontraban reforzando la cabeza de puente. El peso de los Tiger todavía los mantenía al otro lado del río, pero a las 11.15 los alemanes estaban haciendo progresos claros. Si esos cien tanques divisados por los aviadores de Vatutin hubieran estado realmente disponibles, la situación rusa habría sido desalentadora. La pregunta crucial en aquel momento era: «¿Dónde estaban todos los demás?».264 Se había esperado que la 19ª División Panzer hubiera avanzado por la ribera del río, a través de Kiritsevo, y se hubiera unido a la 6ª Panzer en algún momento después del anochecer. Aquello resultó más fácil de ordenar que de lograr. Hasta las 2.15 de la tarde, la avanzada de la 19ª Panzer no alcanzó las posiciones de la 6ª. Otros elementos de la división se acercaron a la aldea de Shchplokovo con la intención de forzar otro cruce del Donets. Pero los fusileros del 69º Ejército, finalmente reforzados por el 5º Cuerpo Mecanizado de la Guardia, resistieron y contraatacaron varias veces. Alrededor de las 11.00 de la noche, una parte de los granaderos panzer cruzó por fin el Donets en barcas. Poco después, los zapadores completaron un puente lo suficientemente pesado como para llevar a los Mark IV a la otra orilla.



Bäke, ahora al mando del 11º Regimiento Panzer, recibió no obstante la orden de atacar con todo lo que los alemanes pudieran cruzar a la otra orilla del Donets. La hora fijada fueron las 6.00 de la tarde pero las fuerzas eran

escasas para prosperar y la hora era demasiado tardía para que las SS lograran cualquier avance inmediato. Al final, se canceló el ataque de Bäke. Se ordenó a su grupo de batalla que reforzara a la división a la que pertenecía, mientras que la 19ª Panzer se hacía cargo de la cabeza de puente en la que se habían depositado tantas esperanzas. Para el III Cuerpo Panzer, mañana sería otro día. Esa declaración de intenciones refleja el hecho de que 1943 no era 1941. En 1941, lo que los alemanes hubieran hecho por la mañana habría sido suficiente para crear un avance susceptible de ser explotado. Lo que Vatutin y Rotmistrov hicieron durante el resto del día demostraba que ahora el juego táctico estaba parejo.

Desde la perspectiva de Vatutin, el frente de Voronezh tenía que lidiar no solo con la cabeza de puente alemana en Rshavezh, sino con el inesperado éxito del avance<sup>265</sup> de la 168ª División de Infantería. Despreciada por los rusos como la fuerza de seguridad del flanco izquierdo de Kempf, combatió hasta llegar al Donets, tomó más de doscientos prisioneros y estaba trabajando para forzar un cruce del río con sus propios recursos. Los alemanes cruzando un río, cualesquiera que fueran sus fuerzas, constituían un mal presagio. En concreto, los grupos de batalla de Breith habían demostrado un alto nivel de movilidad, apareciendo repetidamente de forma inesperada donde no se suponía que deberían estar. Y cuando el 69º Ejército comenzó a combinar una vez más sus fuerzas para hacer frente a los desarrollos de la mañana, la línea de defensa que se enfrentaba al Destacamento de Ejército Kempf se volvió aún más irregular.

A la 1.15 de la madrugada del 12 de julio, Stalin, cada vez más preocupado por lo que parecía un imparable avance alemán, dio órdenes al frente de la Estepa<sup>266</sup> para que concentrara un ejército de fusileros y dos cuerpos mecanizados a fin de enviarlos al amenazado sector sureste del saliente de Kursk. La fecha límite, sin embargo, era el final del 13 de julio. Eso dejaba a Vatutin en una situación en la que debía restaurar la situación inmediata solo con sus propios recursos. El 69º Ejército había tomado una decisión esperable al ordenar a su departamento de contrainteligencia —una rama uniformada de Smersh (acrónimo ruso de «Muerte a los espías») — que evitara un mayor abandono del campo de batalla. A las 4.00 de la tarde del 13 de julio, el oficial superior responsable informó que habían sido «detenidos»



2.842 oficiales y hombres y se había frenado la retirada masiva. De lo contrario, el comandante del frente iba de farol. A cada formación disponible de cualquier tamaño útil se le encomendó una defensa o un contraataque. La inteligencia aérea rusa tendía a contar los semiorugas blindados como panzer, una acción lógica dada la ausencia de tales vehículos en el Ejército Rojo en aquel momento. Como resultado, los informes indicaban aproximadamente doscientos tanques<sup>267</sup> en la zona de ruptura. Rotmistrov calculaba el doble.

Tal vez fue por eso que cooperó de manera tan exhaustiva con la completamente inesperada orden de Vatutin de las 5.00 de la mañana del 12 de julio para que enviara una poderosa fuerza<sup>268</sup> al área de Rshavezh. Rotmistrov dio instrucciones a su adjunto, el general de división K. G. Trufanov, para que reuniera al 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia, dos brigadas mecanizadas del 5º Cuerpo Mecanizado de la Guardia y unidades de apoyo, giraran hacia el sur y destruyeran al enemigo en el área de Rshavezh. Trufanov también debería informar de sus avances cada dos horas. Fue una reducción sustancial de la fuerza de asalto principal del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia. Pero tener tres divisiones panzer emergiendo en un flanco abierto mientras se enfrentaba frontalmente con las Waffen SS era una perspectiva aún más sombría.

La «brigada de bomberos» de Trufanov llegó a intervalos,<sup>269</sup> alcanzando sus áreas de concentración a las 2.15 de la tarde: 160 tanques, cada uno de ellos una alegría para la vista de los hombres del 69º Ejército y su comandante. Trufanov no tenía cuartel general; las dos formaciones subordinadas, el 5º Cuerpo Mecanizado de la Guardia y el 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia, se hicieron cargo de cualquier unidad que encontraran en sus zonas geográficas, un sistema de grupo de cuasi-batalla que repartía los esfuerzos y transformaba un contraataque a gran escala en unas respuestas para taponar vías de agua al nivel de un sector.

Esta es la versión *a posteriori*, construida mediante consultas de órdenes, informes y mapas, con tantas horas para evaluar las decisiones como minutos tuvieron los comandantes para tomarlas. Hacia el mediodía, la 11ª Brigada Mecanizada entró en combate contra la 19ª Panzer. Su comisario político informó más tarde que la brigada había sido arrojada a la lucha sin información de inteligencia, sin preparación de artillería y sobre una línea de

defensa insostenible. Los resultados incluyeron el fracaso de la cooperación aire-tierra, el pobre enlace con las unidades vecinas y un ejercicio de mando poco sistemático.

Los combates en este sector fueron feroces desde el principio, y los defensores quedaron en gran parte abandonados a su suerte. Compañías y batallones —lo que quedaba de ellos— abandonaron posiciones sin recibir la orden incluso sin presión alemana. Un comandante de batallón condujo a su unidad lejos del frente hasta que la desbanda fue detenida por el jefe de Estado Mayor de la división, alrededor de Alexandrovka. Los tanques rusos abrieron fuego unos contra otros mientras los Shturmoviks disparaban contra las posiciones de la división de fusileros que se suponía que estaban apoyando los tanques. En el mismo sector, la retirada ordenada de un regimiento de tanques (ordenada, al menos, según el informe oficial) atrajo a grupos de infantería. Los cañones antitanque confundieron el resultado de un avance alemán y apenas se les impidió abrir fuego contra toda la masa. El comandante de la 81ª División de Fusileros de la Guardia ordenó a sus comandantes de regimiento «aplicar la más estricta disciplina»<sup>270</sup> y «poner en práctica la Orden N° 227».

La orden N° 227, mencionada anteriormente en el texto, fue la directiva de Stalin «ni un paso atrás» del 28 de julio de 1942, que prohibía a cualquier comandante retirarse sin órdenes y permitir la ejecución sumaria de «los que siembren el pánico y los cobardes» mediante unos «destacamentos de bloqueo» organizados a tal fin. Aquel aspecto de la orden había sido descartado de manera extraoficial unos meses más tarde. Pero el 12 de julio, el destacamento Smersh del 69º Ejército improvisó siete de ellos. Pero, aunque las defensas soviéticas se vieron sacudidas, el frente nunca se resquebrajó. La 19ª División Panzer continuaba abriéndose paso a través de sus oponentes inmediatos al final del día.

El frente de Voronezh no estaba para celebraciones. La noche del 12 de julio, Vasilevsky informó a Stalin<sup>271</sup> de que la amenaza de un avance desde el sur era real y que estaba haciendo todo lo posible para reforzar el sector con el resto del 5º Cuerpo Mecanizado de la Guardia y cuatro regimientos antitanque adicionales. Sin embargo, los soviéticos habían estabilizado sus posiciones sin recurrir a los juicios sumarios a gran escala y las ejecuciones

*ad hoc*. Los alemanes fueron incapaces de convertir su avance en un gran adelanto.

Se podría llamar a esto un «plan y/o/ambos». El 12 de julio, la lucha en este sector se había descuidado relativamente, incluso en relatos detallados de la batalla. Por lo general, se atribuye a los alemanes cierto mérito por sus avances, aunque variable por no haber alcanzado el objetivo. De hecho, la experiencia del cuerpo de Breith refleja la intersección de dos curvas de rendimiento. Los rusos, tanto los defensores originales como los refuerzos de Rotmistrov, estaban aprendiendo a responder a las emergencias sobre el terreno y no recurrieron a las retiradas y avances a gran escala que habían puesto de relieve sus tácticas hasta un momento tan tardío como las secuelas de Stalingrado. Por su parte, los alemanes mostraban los efectos del desgaste, las roturas y la abrasión en su maquinaria. Aquí, como en el resto del sector de Manstein, no se trataba solo de disponer de un número insuficiente de tanques en el extremo opuesto, sino de que demasiados tripulantes veteranos y oficiales experimentados de la compañía, habían caído. Muchos de los reemplazos estaban aprendiendo sobre la marcha contra un enemigo cuyas destrezas estaban aumentando. Y aunque los registros, memorias y recuerdos se combinan para negarlo, la tensión del combate parecía haber comenzado a erosionar no tanto la valentía, como el buen juicio: la sensación en la punta de los dedos, la conciencia situacional, central en el enfoque alemán de la guerra. Las oportunidades, descubiertas o creadas, no se estaban desarrollando con la velocidad y el estilo de meses anteriores, por no mencionar los años. Eso requería de un enemigo amable y el Ejército Rojo no lo era.

## II

Girando hacia el flanco opuesto, el frente de Voronezh había pasado la mayor parte del 11 de julio proporcionando el músculo para el golpe directo de derecha<sup>272</sup> de su pretendido contraataque. Las órdenes se transmitieron en varias ocasiones durante la tarde y el anochecer del 11 de julio. Según el comandante del Primer Ejército de Tanques, Mikutil Katukov, Vátutin dijo el 10 de julio que no esperaba mucho: un kilómetro o dos de terreno y mantener a los alemanes en el sector a distancia de la reforzada Prokhorovka. Pero las

órdenes de Katukov eran más optimistas, o al menos eso parecía. Les dijo a los comandantes de su cuerpo que el objetivo era una penetración más profunda. Después de todo, no se podía esperar que unos hombres con objetivos limitados combatieran con la determinación de los que están dispuestos a romper toda la profundidad de las defensas enemigas. Psicología motivacional al estilo del Ejército Rojo, *circa* 1943.

El plan revisado ordenaba al 3<sup>er</sup> Cuerpo Mecanizado y al 31<sup>o</sup> Cuerpo de Tanques, reforzados por dos divisiones de fusileros, que mantuvieran sus posiciones al este de la carretera de Oboyan, pasando a la ofensiva solo cuando los alemanes cedieran ante el ataque principal del 5<sup>o</sup> Cuerpo de Tanques de la Guardia y del 10<sup>o</sup> Cuerpo de Tanques contra la Grossdeutschland y la 3<sup>a</sup> Panzer a las 8.30 de la mañana. Katukov no actuaba completamente por propia iniciativa. Los informes de inteligencia habían revelado tanto la reorganización táctica del XLVIII Cuerpo Panzer como el traslado de dos divisiones de infantería procedentes del LII Cuerpo para cubrir las posiciones de flanco ahora ocupadas por la 3<sup>a</sup> División Panzer. Desde una perspectiva rusa, el despliegue alemán que estaba teniendo lugar parecía una versión reducida del saliente de las SS en Prokhorovka. Merecía la pena intentar una irrupción, especialmente teniendo en cuenta las expectativas puestas en el ataque de Rotmistrov. Y la mejor oportunidad era cuando los alemanes se reagrupasen, estableciéndose en nuevas posiciones y estuvieran explorando posibles rutas de avance.

El desplazamiento lateral de la Grossdeutschland<sup>273</sup> se desarrolló según lo planeado, una cosa muy poco común en el frente ruso: las unidades de artillería y antitanques se movieron primero, con el batallón de reconocimiento y un regimiento de granaderos panzer esperando a que la 3<sup>a</sup> Panzer cambiara de posición. Pero los tanquistas alemanes habían sufrido grandes bajas el día anterior, y la ruta de avance estaba plagada de minas, alemanas y rusas, muchas de ellas sembradas al azar. A las 5.00 de la tarde, los rusos habían avanzado casi dieciséis kilómetros en el sector de la 3<sup>a</sup> Panzer y estaban a punto de arrojar a la 332<sup>a</sup> División de Infantería al río Psel. Un batallón de granaderos panzer y los artilleros antitanque de la división desmocharon el avance soviético, y la 3<sup>a</sup> Panzer fue capaz incluso de montar un contraataque cuando terminaba el día; pero, cuando se contabilizaron las

pérdidas, la fuerza de tanques operativos de la 3ª Panzer se había reducido en la tarde del 12 de julio a alrededor de veinte unidades. La división no solo no podía ofrecer ayuda a la Grossdeutschland, sino que necesitaría apoyo contra lo que parecía ser un ataque soviético con el poder potencial de dividir por la mitad al XLVIII Cuerpo Panzer.

Que el frente alemán resistiera se debía en buena medida al retraso del 19º Cuerpo de Tanques, a la izquierda del 5º de la Guardia, a la hora de avanzar. Con más de 120 vehículos blindados de combate, contaba con el músculo necesario para conceder la iniciativa al Primer Ejército de Tanques. Pero, según el relato de Katukov, el comandante del cuerpo fracasó<sup>274</sup> tanto a la hora de desplegar sus unidades como a la de esclarecer las órdenes que se habían explicado previamente en detalle. Por otro lado, esas órdenes equivalían a poco más que a «avanzar y seguir» hacia objetivos a unos quince a veinte kilómetros de distancia. Quizás el comandante del cuerpo consideró que su misión era imposible y eludió deliberadamente los preparativos. Tal vez su actuación se vio afectada por las heridas que había sufrido unos días antes. Puede que Katukov estuviera buscando un chivo expiatorio. No obstante, una vez que se inició el ataque ruso, la Grossdeutschland, sin ayuda de ningún tipo que llegara desde el oeste, tenía más de lo que podía digerir en su sector a pesar de la confusión de los mandos, que desaceleró en un primer momento el ataque ruso. Los Shturmoviks lanzacohetes de la 291ª División de Ataque Terrestre se sumaron al ataque. Sin cobertura aérea propia, primero el batallón de reconocimiento y luego los granaderos panzer se vieron «obligados a retirarse temporalmente».<sup>275</sup>

La anodina jerga burocrática oscurece el combate cuerpo a cuerpo que tuvo como resultado la aniquilación de una compañía completa de la Grossdeutschland e impulsó a un comandante de batallón a ignorar sus dos heridas y liderar el contraataque que recuperó sus posiciones perdidas de vanguardia. Según algunas versiones alemanas, los rusos estaban a punto de irrumpir en la retaguardia de la Grossdeutschland hasta que, una vez más, los blindados alemanes salvaron la situación. Esta vez fueron los tanques pertenecientes a la Grossdeutschland los que hicieron el trabajo en un contraataque tan bien sincronizado como bien ejecutado. Los Tiger provocaron una especial impresión en los ya agotados artilleros y fusileros soviéticos.

Todos los proyectiles, excepto el último modelo de balas perforantes de 76 mm, salían rebotados contra los blindajes laterales y frontales. Las ametralladoras antitanque, más ligeras, no hacían más que abollar el grueso acero, incluso a corta distancia. Sin embargo, la infantería de la Grossdeutschland, duramente machacada, fue incapaz de hacer algo más que retomar algunas de sus posiciones originales, y eso tanto a través de retiradas soviéticas locales como mediante contraataques a cualquier escala.

Alrededor de las 4.00 de la tarde, el Primer Ejército de Tanques pasó a una acción de contención en todo su sector, una decisión alentada por el exitoso ataque de la 11ª Panzer en el flanco izquierdo de su división de fusileros. La 11ª Panzer seguía siendo un hueso atragantado en la garganta de la ofensiva rusa. Las compañías de granaderos panzer se habían reducido a dos o tres docenas de hombres exhaustos, y los ataques y contraataques habían tenido un coste desproporcionado de mandos de rango inferior y sus potenciales sucesores. Pero lo que le quedaba a la 11ª había resultado suficiente —solo suficiente—. Cuando el comandante del 5º Cuerpo de Tanques de la Guardia informó que ya no podía avanzar más,<sup>276</sup> Katukov le ordenó que se detuviera en su lugar y mantuviera sus líneas actuales.

El análisis y las recriminaciones indican que los rusos estaban bastante decepcionados con los resultados del 12 de julio en el sector de Oboyan. Tal vez Vatutin y su Estado Mayor habían sobreestimado la capacidad del frente de Voronezh para pasar de una defensa hasta el último hombre a una ofensiva flexible en cuestión de horas. Sin embargo, si se tuviera que evaluar la responsabilidad personal, es razonable describir a Katukov más como zapatero remendón que como herrero.<sup>277</sup> Podía coser y reparar; sus dones no alcanzaban para agitar el martillo de cuatro kilos de un asalto blindado masivo. También se debería señalar que el Primer Ejército de Tanques había cargado con la parte más exigente del envite alemán en el norte durante una semana. Estado Mayor y cuadros de mando, oficiales y hombres, incluido el general, habían caído en una rutina táctica sin tiempo para cambiar las mentalidades hacia otro enfoque. Los tanques y las brigadas mecanizadas habían sido barajados y tomados prestados tan a menudo para enfrentarse a emergencias que no solo se habían interrumpido las cadenas de mando, sino las relaciones de mando. Y en el Ejército Rojo, obedecer las órdenes del

general equivocado podría ser tan fatal desde el punto de vista profesional y personal como obedecer las órdenes del general correcto. Una conclusión razonable es que el mando del frente y el comandante del ejército esperaban que sus subordinados demostraran flexibilidad e iniciativa al estilo alemán. Ese momento se acercaría, pero estaba a varios meses y kilómetros, y muchos cadáveres y tanques quemados, más adelante.

Al otro lado de la línea de combate, al final del día, las perspectivas de un avance inmediato sobre Oboyan eran tan cercanas a cero como podría determinar el Estado Mayor del XLVIII Cuerpo Panzer. La Grossdeutschland, con el papel clave del avance, ya se estaba cambiando a una posición defensiva,<sup>278</sup> concentrando sus para entonces desperdigados granaderos panzer y agrupando sus tanques detrás de los granaderos como fuerza de contraataque sectorial. Alrededor de las 4.00 de la tarde, Manstein apareció por el cuartel general del cuerpo.<sup>279</sup> En contraste con Model, Manstein raramente realizaba visitas improvisadas al frente; no formaban parte de su habitual estilo de mando. Su presencia indicaba una preocupación excepcional. Sin embargo, no desafió las órdenes finales de Knobelsdorff<sup>280</sup> para el 13 y 14 de julio. La 11ª Panzer se mantendría en su lugar e intentaría restablecer el contacto con la Totenkopf. La Grossdeutschland iba a enviar su grupo de blindados —lo que quedaba de él— para reforzar a la 3ª Panzer, y entonces, con la fuerza combinada, no atacarían hacia el norte, hacia Oboyan, sino hacia el oeste.

Hoth estuvo de acuerdo, pero subrayó que él mismo había visto la necesidad aquella mañana. El golpe propuesto por Knobelsdorff estaba en ángulo recto con el eje original del cuerpo. Su objetivo, la carretera Rakovo-Kruglik, se encontraba en el medio de ningún sitio en particular. Si se alcanzaba, el resultado más probable sería cortar las líneas de suministro locales de los rusos y aliviar la presión local rusa. Sin embargo, ese alivio se había vuelto vital para el cuerpo de Knobelsdorff y para el Cuarto Ejército Panzer. El flanco izquierdo del cuerpo pendía de un hilo, avanzando más hacia el norte de lo que exigía cualquier discusión táctica. El sector de Oboyan se había convertido en un saliente de alto riesgo cuyas mejores esperanzas se encontraban en otras partes del sector meridional. Al igual que ocurría en el flanco derecho del Cuarto Ejército Panzer, la situación de la izquierda se

podía describir, en el mejor de los casos, como equilibrada pero en el filo de la navaja.

### III

La creación de aquel equilibrio preparó el escenario para el acontecimiento definitivo de Kursk: la batalla de tanques en Prokhorovka. Todos los elementos del mito estaban a mano. Prokhorovka ofrecía un enfrentamiento frontal y directo entre las tropas de élite de los mejores ejércitos del mundo, en un frente de cinco kilómetros bajo condiciones que no dejaban lugar para maniobras sofisticadas o para que las fuerzas aéreas y la artillería tuvieran mucha importancia. El drama se ve realzado por una imagen familiar de ambos bandos atacando simultáneamente una batalla de encuentros en sentido literal, que sugiere depredadores en celo. Al igual que la carga de Pickett en Gettysburg, Prokhorovka ofrecía un punto de inflexión emocional: después, nada sería igual. Tras esta, la marea de la guerra arrastró solo en una dirección: Berlín. El mariscal Konev denominó a Kursk el canto del cisne de los panzer,<sup>281</sup> y él se encontraba en posición de saber por qué. Prokhorovka también tuvo su Homero: Pavel Rotmistrov, cuya dramática narración de un ataque heroico que dejó a docenas de Tiger en llamas fue durante años una de las piezas centrales de la conmemoración soviética y uno de los pocos relatos de las líneas del frente del Ejército Rojo generalmente disponibles en Occidente.

En cuanto a los alemanes, debieron contentarse, y así lo hicieron, con los contra-mitos de combatir hasta el último hombre y el último tanque. Aquello no era un detalle trivial en el contexto de una cultura occidental de heroica derrota que celebra la última resistencia desde las Termópilas hasta el Álamo, Dien Bien Phu y más allá, sin importar su procedencia o matriz.

Durante toda la noche del 11 al 12 de julio, los elementos de primera línea de la Leibstandarte y la Das Reich se mantuvieron despiertos<sup>282</sup> por culpa de las omnipresentes «máquinas de coser» de las brujas nocturnas y el sonido de los motores de los tanques rusos —muchos motores de tanques—. La pregunta era: ¿se estaban concentrando los soviéticos para una ofensiva o se estaban desplegando en otro lugar? Poco después de la medianoche, un



batallón de granaderos panzer, empujado hacia adelante como una fuerza de reconocimiento, proporcionó una pista sobre la respuesta cuando retrocedió al encontrarse frente a una resistencia fuerte y alerta. El siguiente paso para la confirmación llegó al amanecer, cuando los Shturmovik se materializaron surgiendo de entre la niebla. Acercándose volando a la altura de la copa de los árboles, dispararon contra todo lo que cruzara en sus puntos de mira, sin importar su dirección. Más o menos al mismo tiempo, la artillería rusa abrió fuego inicialmente no como un bombardeo masivo, sino como un fuego incontenible. Eso significaba que el bombardeo real podría comenzar en cualquier momento y, cuando se sumaron los morteros, la Leibstandarte comenzó a ajustar sus disposiciones de primera línea para enfrentarse a lo que se estaba convirtiendo en la certeza de un ataque a gran escala a la luz del día.

El ataque que habían ordenado Hoth y Hausser dependía del avance de la Totenkopf hacia la izquierda de las SS. La intención de la Leibstandarte era mantenerse en su lugar hasta que los tanques de la Totenkopf comenzaran a aplicar presión sobre el flanco ruso. Ahora esa misión parecía más complicada. Los observadores de artillería de vanguardia informaron que grandes formaciones de tanques se acercaban al flanco izquierdo de la Leibstandarte. Las patrullas y los observadores confirmaron el aumento de la actividad sobre el terreno hacia el frente de la división, incluidos los gases de los tubos de escape lo suficientemente pesados como para poder ser oídos a gran distancia. Entre los granaderos panzer, el enfoque para ese momento no era atacar en cualquier dirección, sino prepararse para resistir lo que parecía ser el ataque soviético más poderoso desde que comenzase Ciudadela.

Sobre el papel, la Leibstandarte tenía el escenario a su favor. El terreno que tenía delante era relativamente abierto, los barrancos que lo cruzaban aleatoriamente de punta a punta eran poco profundos y los amplios campos de cereales y girasoles no eran lo suficientemente altos como para albergar ninguna fuerza más grande que una patrulla de infantería. Los cañones antitanques comenzaron a moverse cautelosamente hacia adelante, hacia posiciones de emboscada. Los alemanes tenían la ventaja adicional de poder revertir algunas de las defensas rusas que habían capturado el 11 de julio. En las dos guerras mundiales, una diferencia significativa y pasada por alto entre los alemanes y sus oponentes británicos y estadounidenses fue que los *Landser*

no se oponían tan enérgicamente a cavar. Y si las trincheras invertidas no eran tan efectivas como la versión original, las trincheras y búnkeres ocupados por las SS, especialmente en la Colina 252.2 en el centro de su línea, supusieron una mejora significativa con respecto a una zanja de gran tamaño excavada con herramientas de trincheras. Los reemplazos ni siquiera eran tan jóvenes y tan inexpertos como para pensar: «¡Que vengan!». Pero, a medida que se llevaban a la mano más granadas, a medida que volvían a comprobar los MG 42 y sus cinturones de municiones, no tenía sentido que aquel cigarrillo encendido durante los descansos fuera el último. Mejor no pensar en ello. Lo mejor era comprobar una vez más el equipo y confiar en la «suerte del soldado».

Los tanquistas de Rotmistrov no estaban menos nerviosos.<sup>283</sup> Juguetaban con los motores y las recámaras de sus cañones. Cargaban munición y gasolina adicionales, aceptando con el aumento correspondiente el riesgo de incendiarse incluso por un impacto oblicuo. Un T-34 parado era un T-34 destruido; el combustible era incluso más vital para la supervivencia que los obuses. Las tripulantes esperaban «con la boca seca y retortijones en el estómago». Un oficial político describió haber presenciado discusiones «sobre los temas del juramento militar, su conocimiento de las directivas de la Stavka, el sabotaje oculto, la llegada de la hora de la venganza... Se redactaban solicitudes para ingresar en el partido... La conciencia política y la moral eran altas».

Es probable que la comida caliente ofrecida a la mayoría de las unidades avanzadas sirviera para elevar la moral, al menos para aquellos que pudieran comerla. Aun más bienvenido fue el vodka que acompañaba —o reemplazaba— a la comida. Todos sabían que el ataque tendría que cruzar campo abierto. Y no ayudaba saber que, en caso de emergencia, no resultaba fácil salir del T-34, diseñado para ahorrar espacio interno, y que las maltratadas escotillas de la torreta se atascaban con frecuencia. Tampoco era útil recordar que los uniformes de los tanquistas no eran ignífugos. Los alemanes comentaban habitualmente que los tanques en llamas engendraban antorchas humanas, que apretar el gatillo significaba un tiro de gracia y no un crimen de guerra.

No todos los tanquistas rusos en Kursk eran hombres.<sup>284</sup> Cuántos murieron allí sigue sin saberse a ciencia cierta. Pero las mujeres se habían unido a las unidades de tanques del Ejército Rojo desde antes de Stalingrado,

siendo especialmente valoradas como conductoras. Su tamaño, generalmente más pequeño, les facilitaba el encaje en el estrecho compartimiento delantero del T-34. Otras eran comandantes o artilleras. Aleksandra Samusenko fue condecorada por la destrucción de tres Tiger y acabó convirtiéndose en la única mujer comandante de un batallón de tanques de Rusia; murió en combate durante la batalla de Berlín.

Al igual que otros muchos detalles de Kursk, sigue sin estar claro cuándo y cómo exactamente comenzó lo que un superviviente denominó «el vals del diablo». Rotmistrov llegó al puesto de mando<sup>285</sup> del 29º Cuerpo de Tanques poco antes del amanecer y le dijeron que todo estaba listo. A las 5.15 de la mañana, informó a Vatutin de que todo estaba en orden. La preparación completa de la artillería comenzaría a las 8.00 de la mañana, y los tanques se pondrían en marcha treinta minutos más tarde. Por otro lado, los registros de la Leibstandarte describen aproximadamente en ese momento una serie de ataques de sondeo, pero ningún movimiento soviético serio. Probablemente, la mejor prueba contra un ataque alemán preventivo o simultáneo fue que los hombres de una compañía de tanques de la Leibstandarte en el sector que iba a ser el objetivo, agotados por la lucha del día anterior, se quedaron literalmente atrapados en sus mantas<sup>286</sup> cuando los rusos completaron su despliegue final. El comandante de la compañía se golpeó la cabeza y casi perdió el conocimiento al salir arrastrándose de debajo de su tanque en respuesta a una llamada del comandante de su batallón. La orden que recibió fue vaga: establecer contacto con la infantería y prepararse para intervenir si necesitaban apoyo.

Como la compañía tenía solo siete tanques aquella mañana,<sup>287</sup> «intervenir» era todo lo que podía hacer. El capitán Rudolf von Ribbentrop había regresado a su unidad y estaba tomando café cuando miró hacia el este y vio «una pared de humo púrpura». El púrpura era el color de las bengalas y proyectiles que anunciaban un ataque de tanques. Un motociclista de los granaderos panzer apareció en medio de una nube de polvo, cerrando el puño como señal para avanzar. Cuando los panzer llegaron a la cima del terreno elevado que tenían enfrente: «Lo que vi me dejó sin palabras... frente a mí aparecieron quince, luego treinta, después cuarenta tanques. Finalmente, había demasiados para poderlos contar, rodando hacia nosotros a gran velocidad».

Ribbentrop respondió llevando sus tanques cuesta abajo hacia los rusos, no en un intento de suicidio, sino para evitar que sus siluetas aparecieran recortadas en la cima. Un avance también tenía sentido porque el bombardeo soviético no cumplió con las expectativas<sup>288</sup> y los requisitos, al menos en retrospectiva. Había una gran cantidad de cañones y lanzacohetes en algún lugar de la zona de combate. Pero los regimientos y las baterías se habían movido a su posición de una manera desordenada que provocó un cierto descuido de las comunicaciones. Los suministros de municiones se distribuyeron igualmente al azar. Los comandantes de la brigada de asalto estaban demasiado preocupados con sus propias misiones como para coordinarse sistemáticamente con los artilleros que los apoyaban. La fijación de objetivos también fue aleatoria ya que no se pudieron ajustar los puntos de mira de los cañones con una precisión mínima.

El resultado fue una preparación de la artillería rusa más cercana en cuanto a método y efecto a 1915 que a 1943, y aún más alejada de los bombardeos que abrirían las ofensivas del Ejército Rojo de 1944-1945. En los informes alemanes, la impresión general era que, para la infantería de las SS, el bombardeo resultó perturbador, pero no devastador, al menos no del tipo que empujaba a los hombres al suelo y silenciaba cualquier reacción más allá de la casi inútil de desear su final. Tampoco la artillería del cuerpo de Hausser permaneció inactiva. Su fuego de contrabatería fue ganando en eficacia, especialmente contra Prokhorovka y las carreteras que conducían desde ella hacia las posiciones rusas.

Rotmistrov no pudo hacer más que informar a Vatutin que la preparación de la artillería era insuficiente. Rotmistrov era muy consciente de algo que los relatos y análisis posteriores tienden a pasar por alto: esta fue la primera batalla del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia.<sup>289</sup> Se había organizado recientemente —de hecho, se podría decir que se habían unido— a partir de unidades con poca experiencia que colaboraban entre sí. Por lo general, la calidad de los altos mandos individuales habría sido menos un problema central. Todo lo que tendrían que hacer era avanzar sus tanques, no importaba cómo, y fijar a los alemanes hasta que las sucesivas oleadas pudieran completar el avance y la explotación de las ganancias. Pero la orden de Vatutin de aquella mañana de reforzar el flanco izquierdo del frente contra Breith le

había costado a Rotmistrov tres brigadas de su ya de por sí débil segundo escalón. Además, Rotmistrov había creado independientemente su propia guardia de flanco valiéndose de regimientos de cañones de asalto independientes, un poder sorprendente que no estaría disponible para el ataque principal.

Cuando se terminó de reorganizar, la reserva desplegable del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia se había reducido a dos brigadas con menos de cien tanques entre ambas. La inteligencia del frente atribuía a los alemanes en el sector de Rotmistrov de 250 a 300 tanques, pero no proporcionaba información detallada del posible número que se enfrentaría al ataque de Rotmistrov. Aunque su plan apenas se estaba desenmarañando, ya había tanta arena en la maquinaria que la primera oleada del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia tendría que hacer algo más que abrirse paso hasta que se gastara. Además, uno de sus comandantes de cuerpo era nuevo. Rotmistrov consideraba al otro comandante de una calidad lo suficientemente dudosa como para enviar al jefe del Estado Mayor del ejército para que lo vigilase. Las comunicaciones entre los cuerpos y las brigadas, y las brigadas y los batallones, eran tan irregulares que resultaría difícil de mantener el tipo de control prescrito por la doctrina del Ejército Rojo y alentado por la experiencia.

El tiempo de los retoques terminó a las 8.30 de la mañana, cuando se disparó la última salva de Katyushas. Los cañones y los lanzacohetes guardaron silencio: era la señal para atacar. La palabra clave para el ataque salió por la emisora de radio del ejército: «¡Acero! ¡Acero! ¡Acero!»,<sup>290</sup> repitió una y otra vez, y soltó un resorte que para ese momento se había tensado casi hasta el punto de ruptura. Algunos de los *tankisty* de Rotmistrov bien podrían haber anticipado la orden. Entonces, el resto arrancó sus motores y corrió a toda velocidad hacia las alturas de su frente. A las 9.20 de la mañana, Vatutin notificó a Stalin que el frente de Voronezh había pasado a la ofensiva según lo planeado. Pero «ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo», y el frente de Voronezh no fue una excepción. Rotmistrov declaró que, cuando el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia entró en acción, la Luftwaffe lanzó un ataque aéreo masivo.<sup>291</sup> Hausser había solicitado apoyo aéreo contra la amenaza acorazada que se avecinaba repentinamente hacia su

sector. El general de brigada Paul Deichmann, comandante de la 1ª División Aérea, había puesto todo lo que tenía en preparación para apoyar el ataque de Hausser proyectado originalmente. Los equipos de tierra habían trabajado durante todo el día para devolver los aviones al orden de batalla. Como resultado, el VIII Cuerpo Aéreo pudo responder inmediatamente que dos grupos de ataque terrestre estaban en camino.

Eso fue solo el comienzo. Los Messerschmitt despejaron el cielo por encima y por delante de los aviones de ataque. Una oleada tras otra de bombarderos medianos buscaron las posiciones de la artillería. Guiados por un sistema de control de tierra todavía eficiente, los Henschel del Schlachtgeschwader 1 y el Jagdgeschwader 51 se combinarían para casi 250 incursiones el 12 de julio. Los Henschel bimotores habían demostrado repetidamente su valía contra los blindados. Trabajando con ellos no solo estaban los bombarderos de picado convencionales, sino una nueva variante. El Ju-87G era un destructor de tanques puro, con blindaje adicional y dos cañones de 37 mm debajo de las alas. Incluso con sus numerosas bajas anteriores, las alas de Stukas estaban pilotadas en gran parte por expertos, y ninguno era mejor que Hans-Ulrich Rudel.<sup>292</sup> Veterano con más de mil misiones de combate con el Ju-87, fue uno de los primeros defensores del asesino de tanques especializado y ahora volaba en uno de los primeros en llegar al frente.

Al igual que muchos otros pilotos, Rudel podía contar una historia de guerra en su favor: «El primer vuelo, vuela detrás de mí<sup>293</sup> en el único avión que lleva cañones... En el primer ataque, cuatro tanques explotaron bajo el martilleo de mis cañones; por la tarde, el total ascendía a doce. Todos estamos atrapados en una especie de pasión por la caza...». El número y el momento de las víctimas de Rudel siguen siendo controvertidos. Pero aquel día y en aquel lugar, sus afirmaciones son razonables. El efecto de los golpes que los alemanes se anotaron se vio reforzado por el combustible extra que llevaban los prudentes comandantes de tanques rusos. El mejor lugar para transportar las latas adicionales estaba en la cubierta trasera, y el fuego de las ametralladoras desde arriba solía ser suficiente para convertir el vehículo en una antorcha cuando la gasolina ardiendo entraba por los ventiladores y llegaba a los motores ya calientes.

Los aviones de ataque tenían la ventaja adicional de una oposición aérea relativamente limitada. Los rusos no tenían el sofisticado sistema de enlace aeroterrestre de los alemanes ni las capacidades de mantenimiento de la Luftwaffe. Los tiempos de salida de los rusos eran considerablemente más largos, especialmente en situaciones de alto estrés. Los cazas rusos hicieron una demostración tan pobre que los informes de la fuerza terrestre describieron uniformemente el apoyo aéreo como tan limitado que los alemanes pudieron seleccionar sus objetivos sin interferencia.

Para los hombres que estaban bajo las alas parecía como si toda la Luftwaffe intentara matarlos específicamente a ellos. Un fusilero habló por muchos: «No vi un avión que se lanzara hacia nosotros, pero, momentos después, un grito de advertencia anunció que el suelo delante de nosotros levitaba. Era como si un gigante hubiera agarrado el campo de batalla y lo hubiese sacudido.<sup>294</sup> Caí aturdido al suelo, pero me pusieron de pie y se le ordenó al pelotón que mirara al frente y se mantuviera firme...». Incluso cuando no encontraban un objetivo, las bombas ayudaban a los defensores alemanes al aumentar las nubes de polvo que arrojaban los tanques que cargaban contra ellos. En muchos puntos, los rusos avanzaban casi a ciegas.<sup>295</sup> Puede que el T-34 fuera el mejor tanque de batalla de la Segunda Guerra Mundial, pero su tripulación de cuatro hombres requería que el comandante también actuara como artillero. Eso hacía que le resultase casi imposible circular con la escotilla abierta como hacía su homólogo alemán, en busca de obstáculos, amenazas y oportunidades.

Con las pérdidas a punto de aumentar, este es un buen momento para abordar la todavía fastidiosa cuestión de las cifras. ¿Cuántos tanques se enfrentaron finalmente en los campos alrededor de Prokhorovka? La respuesta depende en parte de cómo se defina la zona de batalla y, en parte, de a qué informes sobre qué periodos de tiempo se conceda más crédito. Los números también incorporan un elemento mítico. Tanto para los alemanes como para los rusos, cuanto más remotas fuesen las probabilidades, mayor sería el heroísmo. Pero los rusos se encuentran ante una cierta paradoja. El éxito de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial fue, y sigue siendo en buena parte, definido en contextos de masas: la capacidad de la URSS y su pueblo para

sumergir al monstruo fascista en material y ahogarlo en sangre. Cuantos más tanques hubiera disponibles, más convincente es la imagen.

Observando las cuestiones más importantes con perspectiva, el análisis más reciente y detallado de las fuerzas rusas sitúa 234 tanques en la primera oleada del ataque.<sup>296</sup> La 181ª Brigada de Tanques estaba a la derecha, junto al río Psel. La 170ª era la siguiente, frente a las posiciones alemanas en torno a la Granja Estatal Octubre. La 31ª y 32ª Brigadas de Tanques del 29º Cuerpo de Tanques apuntaban a la Colina 252 desde la derecha. La 25ª Brigada de Tanques del cuerpo avanzó en el flanco derecho del ejército, al sur de la vía del ferrocarril. Un oficial superior que marchaba con la 32ª describió la escena:

Al instante, el campo, que parecía estéril y muerto, cobró vida.<sup>297</sup> Aplastando arbustos a su paso y agitando los cultivos con sus orugas, los tanques se precipitaron hacia adelante, disparando en movimiento... Los comandantes entendieron que los Tiger se aprovecharían de cada parada, de la menor vacilación en movimiento o de cualquier indecisión.

Inicialmente, se enfrentaron solo a la compañía de Ribbentrop del batallón de tanques de la Leibstandarte. Los tanquistas, como los pilotos, pueden contar historias heroicas. La de Ribbentrop podría titularse «solo en Prokhorovka».<sup>298</sup> Durante los primeros minutos, al menos, sus siete panzer IV sufrieron un bochorno de objetivos. Intentando disparar a los flancos contra un blindaje relativamente fino, cada tanque cubriendo a otro, estaban incendiando a los rusos a menos de cien metros de alcance de tiro. La única pregunta era si se agotaría primero su munición o su suerte. El tanque del propio Ribbentrop fue pasado por alto en medio de la carga soviética. Se encontró sorprendiendo a los tanques y la infantería de los rusos desde la retaguardia mientras luchaba por volver a su punto de partida, y saliendo finalmente airoso de un duelo a muerte con un T-34 a distancia de tiro de cañón.

Entonces, de manera inesperada, se rompió el impulso ruso no por la resistencia en tierra o por los ataques aéreos, sino por una zanja antitanque excavada como parte del sistema defensivo soviético original. Tenía más de cuatro metros de profundidad, y los tanques que conducían a toda velocidad cayeron en ella. Parece ser que no se tenía conocimiento de su existencia<sup>299</sup> en ningún nivel del 29º Cuerpo de Tanques. Como regla general, este tipo de



obstáculos estaban claramente marcados en los mapas más importantes. Pero, en aras de la seguridad, la distribución de mapas estaba severamente restringida, y los tanquistas de Rotmistrov eran nuevos en el sector. El reconocimiento terrestre podría haber cambiado eso, pero la lucha continuaba durante la noche.

El resultado de esta «niebla y fricción» nocturnas fue que, a la mañana siguiente, los conductores cegados por el humo, el polvo y la adrenalina, se precipitaron de cabeza en una zanja diseñada para detener a los Tiger. Otros tanques, al desviarse para evitar la zanja, chocaron con sus vecinos. La gasolina se incendió y el metal voló por los aires. Al igual que los soldados de infantería de la Primera Guerra Mundial con los alambres de púas, los tanques buscaron los pocos puntos de cruce disponibles mientras otros se amontonaban en un amasijo. Ribbentrop describió «un infierno de fuego, humo, varios T-34 ardiendo,<sup>300</sup> rusos muertos y heridos». Dice bastante de la dureza de los tanques rusos que muchos pudieran seguir después de sufrir choques y colisiones que hubieran incapacitado a cualquiera de sus homólogos alemanes. Sin embargo, el mando y el control se erosionaron,<sup>301</sup> a medida que los oficiales superiores, al avanzar para restaurar el orden y el impulso, perdían el contacto con el frente y la retaguardia por igual. En las unidades de tanques de la Guardia, los comandantes de pelotón tenían radios, pero eran frágiles. Las conmociones cerebrales fruto de los golpes los dejaba a menudo fuera de combate. Para los otros dos tanques sin radio de un pelotón, la regla todavía era seguir al líder. La visibilidad limitada, los números grandes y el fuego alemán redujeron las opciones prácticas de maniobras a dos: hacia delante o hacia atrás.

Para entonces, el regimiento de artillería de la Leibstandarte había entrado en acción, tendiendo una cortina de fuego entre la zanja antitanque y la infantería de primera línea de la división. Lo que comenzó como una avalancha se convirtió en una piedra de moler a medida que los blindados soviéticos combatían para avanzar casi de forma individual. La 31ª Brigada perdió la mitad de sus tanques en la loca carrera por establecer contacto. Pero hubo suficientes tanques que alcanzaron sus objetivos de combatir contra los alemanes en algunos de los enfrentamientos más feroces de Ciudadela.<sup>302</sup>

La mayoría de los T-34 transportaban infantería, tanto los «marines de tanques» pertenecientes a las brigadas como los pasajeros que se desplazaban desde las divisiones de fusileros que los apoyaban. Otra infantería a pie seguía a los tanques a pesar del inminente riesgo de ser atropellados por sus propios carros de combate o tiroteados por sus propios hombres. Pero los fusileros soviéticos, especialmente los de la 9ª Aerotransportada de la Guardia, avanzaron, abriéndose paso a través de la pila de chatarra que había en la zanja antitanque. Cuando los T-34 abrieron camino hacia la Colina 252.2, los granaderos panzer utilizaron todo lo que tenían a mano: granadas, cargas en las mochilas y ametralladoras, estas últimas para limpiar a los soldados de infantería que montaban sobre los tanques antes de que pudieran bajar y acercarse. En la Colina 252.2, los rusos invadieron el cuartel general de un batallón de granaderos panzer de la Leibstandarte. Su oficial al mando, el famoso Joachim Peiper, se deshizo personalmente de un T-34<sup>303</sup> con un manojo de granadas de mano, lo que no era misión habitual de un oficial superior, ni siquiera en las Waffen SS.

El tanque de Ribbentrop y otros dos lograron regresar a sus propias líneas. Las estadísticas alemanas atribuyen a Ribbentrop solo catorce muertes en el breve combate cuerpo a cuerpo. Otra tripulación justificó siete de las que cinco fueron después de que el tanque se estropeará y tuvieron que disparar desde su posición fija. Los números exactos son discutibles, pero los rusos pudieron haberse hecho tanto daño a sí mismos como la media docena de Mark IV. Pero, ya fuera directa o indirectamente, los tanques de Ribbentrop contribuyeron significativamente a la debacle en la zanja antitanque.

Las tripulaciones de Ribbentrop también ganaron tiempo para que las otras dos compañías del batallón de tanques de la Leibstandarte se desplegaran en apoyo de su presionada infantería. Indiscutiblemente de mayor importancia, la resistencia de Ribbentrop permitió a la compañía Tiger de la división tomar posiciones apuntando hacia abajo en la Colina 252.2, y cubriendo la Granja Estatal Octubre. Las brigadas de vanguardia del 18º Cuerpo de Tanques tenían la tarea de atravesar el flanco izquierdo de la Leibstandarte, aun abierto de par en par en ausencia de los panzer de la Totenkopf. En un primer momento, cuatro Tiger bloquearon su avance. Uno de ellos estaba comandado por un héroe SS aún más icónico que Ribbentrop. Las

leyendas que envuelven a Michael Wittmann oscurecen el hecho de que, incluso en esta etapa temprana de su carrera, sus camaradas lo consideraban único por su conocimiento de la situación y su cabeza fría.<sup>304</sup> Aquello lo convirtió en el hombre correcto en el lugar correcto cuando cientos de tanques soviéticos avanzaron hacia la Granja Estatal Octubre. Comenzando a distancias de mil ochocientos metros, los Tiger liquidaron metódicamente un T-34 tras otro. Y había muy pocos Tiger para ofrecer un blanco a la artillería rusa de apoyo.

Sin embargo, los tanques soviéticos seguían llegando. A medida que disminuía la distancia de tiro, sus alternativas eran menores. El alcance real de aciertos mortales de un Tiger comenzaba aproximadamente a novecientos metros. Pero para un T-34, incluso dañar un Tiger a distancias de más de ochenta o cien metros requería un objetivo constante y mucha suerte. Y Belona tiende a conceder la fortuna a quienes no la necesitan. Los experimentados conductores de los Tiger —el único tipo de tanque que les quedaba para el 12 de julio— habían aprendido a detenerse ofreciendo un ángulo,<sup>305</sup> por lo que incluso los impactos directos en el blindaje frontal probablemente rebotarían. Cuando de los T-34 salían llamas, de los Tiger solo saltaban chispas.

Los desesperados tanquistas rusos dieron ejemplos casi suicidas para reducir las probabilidades. El incidente más habitual, posiblemente el acontecimiento definitorio de Ciudadela,<sup>306</sup> ocurrió cuando un T-34 fue alcanzado casi a quemarropa y se prendió fuego. Los tripulantes trasladaron al comandante malherido a un lugar seguro. Luego, el conductor vio que se acercaba un Tiger. Volvió a entrar en el tanque en llamas y se dispuso a embestir al alemán. La versión de la historia de Rotmistrov hizo que el esfuerzo tuviera éxito, y que el fuego y la explosión resultantes destruyeran ambos vehículos. La narración alemana es más detallada. La tripulación alemana se sorprendió cuando el T-34 en llamas se precipitó contra ellos. El comandante ordenó un avance, para librarse del humo. El artillero disparó y el proyectil rebotó. El ruso siguió acercándose y embistió al Tiger. Mientras las llamas cubrían ambos tanques, el alemán retrocedió de repente. A cinco metros de distancia, el T-34 explotó. El Tiger retomó su posición original con poco más que la pintura rayada y —probablemente— cinco personas con los nervios a flor de piel.

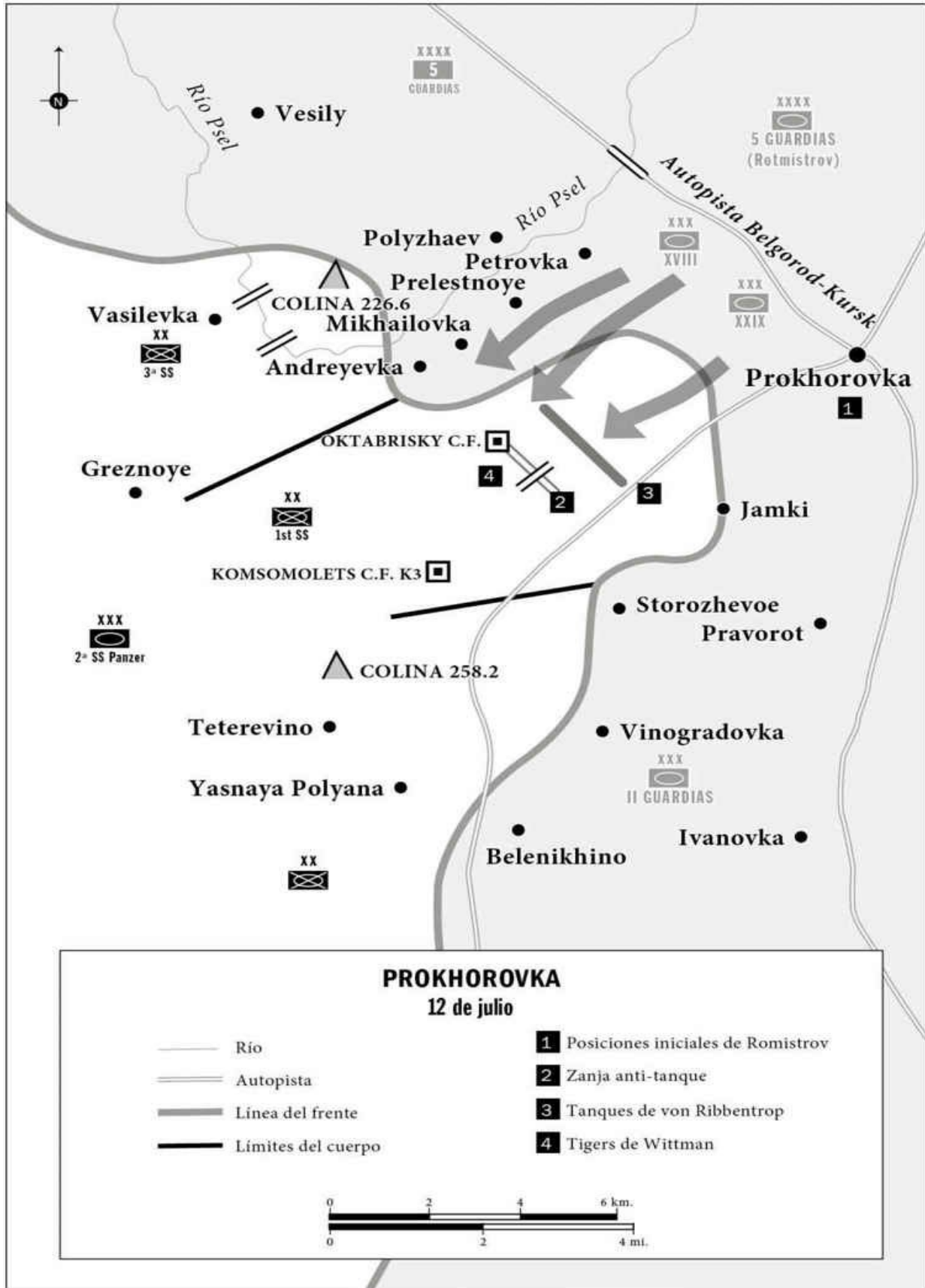
Si es necesario determinar cuál es la cuestión más importante de la historia, es que, incluso después de una semana de combate cuerpo a cuerpo y de alta tecnología, la valentía no era un bien escaso en ninguno de los bandos. Y aunque el coraje no resistía los proyectiles perforantes de 88 mm, los tanquistas supervivientes de la 170ª Brigada de Tanques tenían suficiente espíritu de lucha como para entrar en la confusa y todavía desesperada pelea<sup>307</sup> de la Colina 252.2. Su comandante murió allí —según Peiper, en un combate cuerpo a cuerpo con un oficial de las SS que mató al ruso con su propio cuchillo—. No fue suficiente. Incluso cuando los maltratados restos soviéticos finalmente recibieron la orden de regresar, durante el resto de una larga tarde, continuaron los ataques rusos episódicos. El resultado global fue mantener a los alemanes agotados en el sector y fijados firmemente en el lugar.

La 25ª Brigada de Tanques escapó de la debacle en la zanja antitanques, pero se tropezó a toda velocidad con el 1er Regimiento SS de Granaderos Panzer<sup>308</sup> y, lo que era más importante, con el batallón antitanque de la Leibstandarte. Sus vehículos autopropulsados, con blindaje ligero y techo descubierto, no eran rival para un T-34. Pero sus cañones de tres pulgadas de alta velocidad disparaban mortalmente desde posiciones ocultas. Los fusileros de la SS abordaron directamente los tanques para luchar cuerpo a cuerpo con los supervivientes de los «marines de tanques», abrieron las escotillas y arrojaron granadas dentro de los compartimentos de combate. El comandante del regimiento describió haber visto a los conductores de los semiorugas intentar embestir repetidamente a los T-34 con sus vehículos más ligeros. «Por todas partes», recordaba un artillero antitanque alemán, «había armazones de tanques en llamas... Se suponía que en el ataque habían participado ciento veinte tanques... ¿Quién los contó?».

Es bastante fácil escribir una y otra vez desde la comodidad de un estudio cubierto de libros, sin riesgo alguno mayor que cortarse con un papel, sobre tanques quemados y explotando. Después de la guerra, un veterano del 10º Cuerpo de Tanques que estuvo en el sector de Oboyan escribía:<sup>309</sup>

El T-34 tiene tres tanques de combustible de 100 litros en el lado derecho, y un tambor adicional de 100 galones con aceite de motor en el lado izquierdo. Cuando un proyectil antiblindaje perfora el lateral, el aceite combustible o el aceite del motor se derrama por el tanque, una cascada de chispas cae sobre el uniforme y todo arde. Dios no permita que un ser vivo tenga que presenciar a una

persona herida, retorciéndose, mientras se quema viva, o que alguna vez tenga que experimentar lo mismo. Es por ello que entre los tanquistas existe una medida de valentía no oficial y única... el número de veces que ha estado en llamas dentro de un tanque...



Veintiséis de los treinta y cuatro T-34 que lideraron aquel ataque fueron destruidos. Todos sus cañones de asalto de apoyo se perdieron, al menos uno de ellos al embestir a un vehículo blindado de combate alemán.<sup>310</sup> El nivel de heroísmo fue tal que la cantidad de condecoraciones otorgadas resultó inusual en el contexto de un fracaso. Y fue un fracaso. La línea alemana se mantuvo firme. Los ataques disminuyeron y la lucha se terminó, en parte por el cansancio mutuo y en parte porque en el bando ruso no quedaba nada importante por hacer. El ataque de Rotmistrov había consumido sus fuerzas; la Leibstandarte también estaba acabada, al menos temporalmente, como formación de ataque.

En el sector de la Das Reich, la correlación entre mito y realidad fue más estrecha.<sup>311</sup> Tal vez herido por un fracaso implícito a la hora de avanzar el 11 de julio, el mando de división propuso abrirse paso con la fuerza de un batallón a su izquierda, luego trasladar su Panzergruppe para presentarse ante los rusos de frente. En un primer momento, los granaderos panzer llevaron a cabo un buen progreso, y luego estuvieron en cabeza en el ataque del 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia y el 2º Cuerpo de Tanques. Se ordenó a los guardias que rompieran las posiciones alemanas que tenían enfrente, se desplazaran a continuación hacia el sur para cubrir el principal ataque del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia, y explotaran hasta donde pudieran su propio éxito. En lugar de eso, se toparon y rebasaron a los elementos delanteros de un batallón de granaderos panzer, irrumpieron en los escalones traseros del regimiento de origen y se vieron obligados a retroceder tras librar feroces combates callejeros en las aldeas ocupadas por los alemanes y en sus alrededores.

A primera hora de la tarde, la segunda oleada rusa entró en escena cuando el 2º Cuerpo de Tanques golpeó las posiciones de las SS. Era la más débil de las formaciones principales de Rotmistrov. Una de sus brigadas se reducía a ochenta fusileros y veinte tanques, la mitad de ellos T-70. Otra contaba con cuarenta hombres y catorce tanques. Sin embargo, cerca de treinta de los tanques del grupo se abrieron paso, solo para encontrarse con los panzer de la Das Reich, que, tras haber abandonado hacía tiempo cualquier idea de ofensiva, estaban respaldando la principal línea de resistencia. Los

alemanes hicieron un uso particularmente eficaz de una improvisada compañía de T-34 capturados,<sup>312</sup> cuyas siluetas familiares significaban mucho más para sus oponentes que las insignias y pinturas alemanas aplicadas a toda prisa. Las tripulaciones alemanas tuvieron tiempo suficiente para aprender los puntos débiles del T-34 desde su interior y buscaron sistemáticamente tiros de flanco apuntando a los barriles de combustible externos. Según un informe oficial, «en un corto periodo de tiempo, los 50 tanques estaban en llamas».

Durante la tarde, el sector de la Das Reich se vio golpeado por violentas tormentas que convirtieron el campo de batalla en un cenagal, limitando la movilidad incluso de los T-34. El 2º Cuerpo de Tanques de la Guardia regresó a sus líneas de partida, dejando docenas de restos de naufragios e informando que los alemanes estaban pisando los talones del cuerpo. De hecho, el cuartel general de la Das Reich entendía que la división no podía hacer nada más que asegurar sus propias posiciones y ver lo que sus enemigos podían hacer al día siguiente. Pero, a medida que los rusos retrocedían en desorden, los regimientos de granaderos panzer de la Das Reich comenzaron a avanzar. Sus contraataques locales no fueron en absoluto un serio intento de avance o un movimiento de flanco, pero sirvieron para mantener a los soviéticos bien desequilibrados a medida que terminaba el día. Alrededor de las 5.00 de la tarde, Rotmistrov llegó<sup>313</sup> al cuartel general del 2º Cuerpo de Tanques y dio órdenes para renovar el ataque a las 6.30. Pero, unas pocas horas más tarde, Vatutin estaba informando a Stalin que se necesitaban con urgencia refuerzos importantes para completar la destrucción del enemigo. El de la Das Reich no era el único cuartel general que estaba ganando tiempo cuando el 12 de julio llegó a un final ahogado en agua.

Los acontecimientos en los frentes de la Das Reich y la Leibstandarte estuvieron enormemente supeditados a la actuación de la Totenkopf.<sup>314</sup> Al amanecer, el grupo panzer de la Totenkopf que estaba en vanguardia descubrió que la infantería rusa de su frente había sido relevada por el 3er Cuerpo de Fusileros de la Guardia del Quinto Ejército de la Guardia: tres divisiones reforzadas con cañones extra, lanzacohetes y cañones anticarro. Sus órdenes eran destruir la cabeza de puente alemana en la otra orilla del Psel. Los planes de ambos bandos se interrumpieron cuando sus respectivos ataques se interpusieron en el camino del otro. Los granaderos panzer de la Totenkopf



fueron presionados con tanta fuerza que los tanques tuvieron que adelantarse repetidas veces en su apoyo. El intenso fuego de la artillería soviética obligó a los fusileros de las SS a buscar protección bajo sus propios tanques, un último recurso para un soldado de infantería experimentado. Entonces, los Shturmovik se sumaron sin oposición. Sin embargo, se mantuvieron los objetivos iniciales de los blindados de la Totenkopf: dos colinas lo suficientemente altas como para dominar el terreno circundante.

Ocupando ese terreno había dos divisiones de fusileros de la Guardia. La 52ª, moviéndose en sus propias posiciones de asalto, fue cogida por sorpresa cuando las SS aparecieron de frente. Pero los guardias eran un rival a la altura, e incluso superior, para los granaderos panzer de la Totenkopf tanto en valentía como en habilidad táctica. Según un comisario político, su espíritu político también era elevado. Las posiciones cambiaron de manos tan a menudo que el curso exacto de los eventos sigue siendo impreciso. Las SS, con el apoyo de los Stuka tan bienvenido como tardío, lograron un progreso inicial suficiente como para abrigar esperanzas sobre el largamente retrasado enlace con la Leibstandarte. Más tarde, los elementos de vanguardia del grupo de batalla blindado se encontraron cada vez con más tanques de la 181ª Brigada de Rotmistrov. Los relatos alemanes describen explosiones espectaculares, enormes bolas de fuego y suficientes pérdidas para infundir cautela para el momento en el que la Colina 226.6 quedó en manos alemanas. Los tanques y los granaderos panzer se encontraron con una serie de posiciones defensivas, algunas preparadas y otras improvisadas, todas erizadas de cañones anticarro. Los tanquistas de la Totenkopf intentaron aplastar trincheras y pequeños reductos, enterrando vivos a los defensores a su paso. Pero hasta las 3.00 de la tarde los alemanes no comenzaron a romper las defensas soviéticas más allá del terreno que habían recuperado.

No todos los camaradas eran valientes.<sup>315</sup> Algunos comandantes de regimiento y batallón de la 52ª se declararon enfermos, se quedaron atrás o simplemente huyeron. Cuando los panzer alcanzaron la Colina 236.7, algunos elementos de la 95ª División de Fusileros de la Guardia también se rompieron y se dispersaron. Pero, alrededor de las 4.00 de la tarde, el 33er Cuerpo ordenó el máximo fuego de protección: cada cañón y lanzacohetes que pudiera resistir apuntaría hacia los tanques de la Totenkopf, incluso cuando se

encontraban en posiciones rusas. El aluvión eliminó el ímpetu de un ataque de las SS ya erosionado por una defensa lo suficientemente obstinada en algunas posiciones como para considerarse suicida.

Sin embargo, continuaron los avances a pequeña escala. A partir de las 10.45 de la noche,<sup>316</sup> la Totenkopf se sintió suficientemente cómoda como para informar que su grupo panzer había llegado a la carretera Karteshevka-Prokhorovka con un día de retraso y una gran escasez de hombres y tanques. En el mapa, solo unos pocos kilómetros separaban a la Totenkopf de la carretera que conducía a la retaguardia del frente de Voronezh. Sobre el terreno, el batallón de reconocimiento de la Leibstandarte había establecido contacto con la punta de los dedos, pero estaba demasiado estirado como para ser algo más que un alambre sin nada detrás. En términos absolutos, las bajas del día no habían sido altas, poco más de trescientas. Pero las pérdidas se acumulaban. Para ese momento, las compañías de granaderos panzer de la Totenkopf se habían reducido a cincuenta hombres o menos, tan cansados después de días de combate cuerpo a cuerpo que los estimulantes estándar estaban teniendo el efecto contrario. El regimiento blindado había perdido casi la mitad de sus tanques luchando por salir de la cabeza de puente del Psel. Cuarenta y cinco habían sido destruidos o dañados, incluidos todos los Tiger. Las tripulaciones de los cincuenta y seis Mark III y IV restantes estaban agotadas. El combustible y las municiones eran escasos. Aunque solo unos pocos de los tanques averiados se perdieron de forma permanente, los equipos de mantenimiento se encontraban en el otro extremo del Psel. Tanto traer a sus hombres y vehículos hacia delante como hacer retroceder a los tanques significaba desafiar las prioridades más elevadas de comida, gasolina y municiones en una dirección, o la evacuación de los heridos en la otra. Los puentes siguieron siendo vulnerables al ataque aéreo y a la posibilidad aún existente de un avance enemigo por sorpresa.

El cuadro original de mando de la Totenkopf provenía de los campos de concentración. Su primer comandante había pasado un tiempo en un hospital psiquiátrico,<sup>317</sup> lo que no era un paso habitual hacia el alto mando ni siquiera en el Tercer Reich. No resulta sorprendente que el espíritu de la división fuera hacer el trabajo a cualquier precio; la imaginación no era una virtud valorada. De manera que, cuando en la noche del 12 de julio, la Totenkopf expresó su

preocupación por las fuerzas soviéticas y el número de refuerzos que parecían llegar por momentos, cuando comenzó a prepararse intensamente para un ataque aún más fuerte en su todavía reducida cabeza de puente, fue una clara señal de que el SS Cuerpo se había detenido por completo, al menos en la mente de aquellos que llevaban la peor parte del día en el bando soviético y leían las intercepciones de radio descodificadas.

#### IV

Mucho —tal vez demasiado— se ha dicho sobre los mitos de Prokhorovka, que en buena parte todavía definen la batalla de Kursk. La versión soviética original<sup>318</sup> habla de más de mil quinientos tanques, la mitad alemanes y la mitad rusos, combatiendo cara a cara en una arena de cinco kilómetros de ancho que, al final del día, estaba sembrada de más de cuatrocientos panzer inutilizados o en llamas, setenta de ellos Tiger. Era un precio justo por lo que incluso Rotmistrov admitió que fueron unas pérdidas equivalentes por parte del Ejército Rojo.

La aritmética de servilleta basada en estadísticas de larga disponibilidad cuenta otra historia. Las divisiones SS involucradas, la Leibstandarte y la Das Reich, tenían el 12 de julio un total combinado de alrededor de doscientos vehículos blindados de combate disponibles. Los informes del 10 al 13 de julio para la Leibstandarte y la Das Reich enumeran tres tanques como pérdidas totales. El comandante de una compañía de tanques de la Leibstandarte mencionó solo uno el 12 de julio,<sup>319</sup> a pesar de unas probabilidades de diez a uno. El mejor cálculo de pérdidas materiales presenta más de trescientos vehículos blindados soviéticos destruidos. La mayoría de sus tripulaciones murieron en explosiones o incineradas. El cuerpo de tanques de Rotmistrov enumeró más de siete mil bajas. Había más muertos o desaparecidos —tres mil seiscientos— que heridos: una estadística inusual incluso en el frente ruso. Reemplazar tales pérdidas era solo la mitad del problema de los generales. Stalin insistió en solicitar informes telefónicos inmediatos sobre las principales operaciones. Ni Vasilevski ni Rotmistrov se habrían atrevido a ocultar las pérdidas del Quinto de Tanques de la Guardia. Como ocurría con Dios, nadie se burlaba del Vozhd. Stalin, famoso por

describir un millón de muertes como una estadística, llamó a Rotmistrov para rendir cuentas, exigiendo saber qué le había pasado<sup>320</sup> a su «magnífico ejército de tanques». Podía existir una amenaza, ciertamente implícita, de una pérdida de mando, y tal vez un consejo de guerra. Una sesión de uno-a-uno con Stalin en noviembre de 1942 ya había dejado a Rotmistrov temblando de estrés<sup>321</sup> y sin ganas de repetir la experiencia. Su respuesta, apoyada por Vasilevsky y Kruschev, presentó unas cuentas muy embellecida que apaciguaron al Vozhd y fueron fijadas en la memoria mediante una actuación de campo posterior lo suficientemente sólida como para llevar al nombramiento de Rotmistrov como comandante adjunto de las fuerzas blindadas y mecanizadas del Ejército Rojo en noviembre de 1944. Con la cara salvada desde todos los puntos de vista, las memorias de Rotmistrov publicadas en 1972 repitieron la historia aderezada, otorgándole una condición pública canónica mientras resistió la Unión Soviética.

Stalin seguía lo suficientemente angustiado<sup>322</sup> como para transferir a Vasilevsky al frente Sudoeste y encargar personalmente a Zhukov, que estaba en el frente de Bryansk, que actuara como solucionador de problemas a pesar del lanzamiento inminente de una gran ofensiva en aquel sector. La presencia de Zhukov no era necesaria. Porque los relatos revisionistas que describen el ataque de Prokhorovka del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia como un error, una derrota, un fiasco, han obviado la situación al otro lado de la línea.

En la noche del 12 de julio, Manstein «agradeció y alabó»<sup>323</sup> a las divisiones de las SS por su «sobresaliente éxito y conducta ejemplar». Los informes de pérdidas de tanques soviéticos y los relatos de primera mano de lo que les había sucedido reforzaron aún más la creencia de Manstein de que las posibilidades eran buenas y los rojos se estaban desangrando. El cuerpo de Breith estaba en movimiento. Manstein estaba tan seguro de recibir más refuerzos blindados, en forma del XXIV Cuerpo Panzer que, a las 9.10 de la noche del 12 de julio, el cuartel general de Hoth ordenó al II Cuerpo Panzer SS que dejara espacio en la retaguardia para los recién llegados.

La situación real merecía un estado de ánimo más tenue. Hoth estaba nervioso.<sup>324</sup> Sus dos cuerpos principales habían sido golpeados con fuerza en el frente por los tanques rusos, cuyo número excedía con creces la preocupación original que había llevado a Hoth a planear el giro de las SS

hacia Prokhorovka en primer lugar. Tampoco los informes posteriores de inteligencia y reconocimiento prepararon al mando del Cuarto Ejército Panzer para unos cuerpos y ejércitos de tanques que parecían materializarse desde los mismos bosques y estepas. Para que el XLVIII Cuerpo Panzer continuase su ofensiva, había que eliminar la amenaza a su flanco izquierdo u occidental. Ni el ejército panzer ni el grupo de ejército tenían reservas para enviar. Knobelsdorff tendría que arreglárselas solo. Y sus mecanismos para arreglarse por su cuenta eran limitados. Entre ellos, las tres divisiones panzer del cuerpo contaban con alrededor de cien tanques cuando terminaron los combates de aquel día. Era razonable esperar que ese número aumentara por la mañana una vez que los talleres se pusieran a trabajar. En el mejor de los casos, sin embargo, el aumento estaría en cifras bajas.

Las pérdidas de personal del día no eran en sí mismas paralizantes. Las SS contaron alrededor de 200 muertos y desaparecidos probablemente muertos. Pero el número de heridos era mucho mayor. Solo la Leibstandarte informó de 321 heridos, la mayoría en las compañías de tanques y fusileros. Y —para repetir el canto fúnebre universal de Ciudadela— nada podría reemplazar a los veteranos, los comandantes de pelotón y compañía, los comandantes de tanques y los suboficiales que se sacrificaban cada vez más asumiendo riesgos suicidas para compensar la reducción de habilidad, energía y moral en unas unidades agotadas y con escasez de hombres.

Desde el 5 de julio, los tanquistas de las SS y los granaderos panzer, los fusileros y los artilleros habían sido llevados al límite mental, emocional y físico por la naturaleza e intensidad de los combates. Un buen número de hombres, incluso entre la tropa, estaban levemente heridos o conmocionados, pero preferían quedarse con sus uniformes antes que un sistema de evacuación médica por exceso de trabajo. La combinación de calor húmedo y lluvia torrencial también pasó factura. La sed hasta el punto de la deshidratación era un problema especial para los tanquistas. La comida, si es que la había, con algo caliente, incluso café, era una anomalía bien recibida. La constante universal, sin embargo, era la falta de sueño. Cuando la oscuridad daba por terminados los combates, comenzaba la excavación y el transporte. Cuando concluían estas tareas, encontrar un lugar seco para cualquiera que no fuera tripulante del vehículo era pura casualidad. El acoso desde el aire era una

constante. La luz del día comenzaba alrededor de las 4.00 de la mañana. Y también lo hacía el siguiente ciclo de estrés. Un tripulante de un Tiger describió una diarrea tan grave que se salió del tanque sin preocuparle la situación: «Ya no me importaba nada más».<sup>325</sup> Al final de Ciudadela, su peso había caído por debajo de los 50 kilos.

No es necesario señalar la evidencia de que las cosas no eran mejores en el lado ruso. Pero lo que en 1941 ya era una combinación tóxica de racismo ideológico y arrogancia cultural<sup>326</sup> en el ejército alemán, dos años más tarde se convirtió en un mecanismo de supervivencia. Dada la abrumadora ventaja material rusa, la superioridad militar y el espíritu guerrero estaban mutando en mecanismos de supervivencia. Cualquier cosa —cualquier cosa en absoluto— que desafiara esos mecanismos de defensa era un presagio de desastre colectivo y una sentencia de muerte individual. Para los alemanes en el extremo afilado de Kursk, la negación no era una opción.

No obstante, en general y en conjunto, para la noche del 12 de julio, Prokhorovka parecía una forma de reivindicación para el comandante del Cuarto Ejército Panzer. Desde el comienzo de Ciudadela, había previsto la amenaza que suponía el poderoso ejército de tanques de Rotmistrov. Había hecho planes para la contingencia de su despliegue casi exactamente donde surgió. Los dos cuerpos de tanques que eran su núcleo ofensivo habían sido paralizados por las SS a un precio muy aceptable. Hoth consideró interrumpir el ataque al noroeste y devolver el Cuerpo Panzer SS a su eje original de avance. Quizás dos cuerpos panzer pudieran ser capaces de destruir a los rusos en el sector de Oboyan donde uno no lo había conseguido. Pero para las SS, que parecían estar tan comprometidas, combatir en dos sectores, a pesar de que se enfrentaban en dos direcciones, era la mejor opción. Las órdenes iniciales del Cuarto Ejército Panzer a Hausser para el 13 de julio fueron transmitidas por teléfono<sup>327</sup> a las 6.35 de la tarde: continuar la operación de flanco desde la cabeza de puente del Psel. Cuando Manstein llamó más tarde por la noche, Hoth declaró que consideraba que la oposición de la Totenkopf se había debilitado lo suficiente durante los combates de ese día como para que existieran perspectivas sólidas para un avance<sup>328</sup> contra las debilitadas fuerzas soviéticas.

Alrededor de las 8.45 llegaron las órdenes finales de Hoth.<sup>329</sup> Describían la intención del Cuarto Ejército Panzer de mantenerse en el centro y expandir sus flancos, lo que en otras palabras significaba ganar espacio para maniobrar. El Cuerpo Panzer SS iba a comenzar a concentrarse en la orilla norte del Psel, la zona de la cabeza de puente, y empezar a envolver a las formaciones blindadas alrededor de Prokhorovka con el objetivo de rodearlas. Cualquier ofensiva más al este y al norte dependería del éxito de ese cerco.

Los primeros informes de situación de Hausser no reflejaban ni triunfo ni ambición. Tampoco el resumen de inteligencia del cuerpo<sup>330</sup> presentado a las 9.00 de la noche. Describía los ataques principales en todo el sector y su repugnancia por las grandes pérdidas —y quedaban al menos trescientos tanques enemigos operativos—. El SS Cuerpo Panzer se enfrentaba a tres cuerpos de tanques más tres o cuatro divisiones de fusileros. Las reservas adicionales parecían estar en camino desde los frentes vecinos. Las interceptaciones de radio indicaban las intenciones soviéticas de reanudar la ofensiva el 12 de julio. En resumen, declaró el jefe de inteligencia, el enemigo tenía la intención de detener la ofensiva alemana a través del Psel a cualquier precio.

Hausser respondió a Hoth<sup>331</sup> ordenando a la Das Reich que consolidara sus posiciones, organizara una reserva y mantuviera su batallón de cañones de asalto listo para apoyar a la 176ª División de Infantería que estaba a su derecha. La Leibstandarte desarrollaría una línea de defensa principal a su derecha, pero mantendría sus elementos de flanco izquierdo, listos para cooperar con la Totenkopf cuando los blindados de aquella división aparecieran desde la cabeza de puente del Psel. Se ordenó a la Totenkopf reanudar su ataque a primera hora del 13 de julio. El batallón de reconocimiento de la división examinaría la izquierda y restablecería el contacto con la 11ª División Panzer. Uno de sus batallones de granaderos panzer, apoyados por cañones de asalto, limpiaría el área del Psel. El grupo panzer iría por la carretera de Karteshevka hasta la retaguardia de los 18º y 29º Cuerpo de Tanques, con tanto apoyo aéreo como la Luftwaffe pudiera proporcionar teniendo en cuenta el clima y la situación general. Una advertencia que acompañaba a las unidades antiaéreas de las SS para que no

confundieran al Hs 129 con un bombardero bimotor soviético sugiere que Hausser no era optimista en sus expectativas.

Comparado con las misiones asignadas a la Leibstandarte y la Das Reich, la Totenkopf parecía recordar los días felices de 1941 cuando hacía mucho con poco. Las órdenes de Hausser dividían la fuerza de combate de la división y la atención de su cuartel general en tres direcciones diferentes. Los alemanes habían comenzado Ciudadela como una batalla de ejércitos y cuerpos. Ahora, el punto focal de la ofensiva en un sector crítico era un regimiento de tanques atenuado y un par de desgastados batallones de granaderos panzer.



## ENCRUCIJADAS

Al igual que la propia Ciudadela, la perspectiva de este relato se ha reducido constante e inexorablemente: desde un cascanueces de dos frentes en un enfrentamiento de ejércitos completos, pasando por maniobras de cuerpos y divisiones, hasta llegar al ámbito de regimientos y batallones. Ahora es el momento de pasar de la microhistoria del campo de batalla a la influencia de la estrategia y la gran estrategia en una operación que había llegado a un punto muerto.

### I

El aspecto directo de ese desarrollo comenzó el 11 de julio. Se trató de una operación que aún se pasa por alto y que podría considerarse la mejor prueba del progreso del Ejército Rojo en la tan frecuentemente citada batalla al sur. A fin de cuentas, Kursk, visto desde la perspectiva de los rusos, fue una batalla rusa tradicional. Citando a Zorndorf y Kunersdorf, Friedland y Borodino, fue una prueba de resistencia destinada a permitir que el Ejército Rojo comenzara a marcar el paso. La operación Kutuzov, el asalto al saliente conservado por los alemanes que comenzó el 12 de julio, fue algo esencialmente diferente.

Las formas de guerra alemana y rusa abordaban el arte operacional desde direcciones opuestas. El ejército prusiano/alemán había desarrollado su versión del arte operacional como respuesta a la limitación de las tácticas de campaña en una era de ejércitos enormes. Los rusos llegaron a ella<sup>332</sup> a través

de una evolución en la comprensión sobre cómo los gigantescos espacios de Rusia podrían complementar los imponentes ejércitos que habían hecho posibles la industrialización y la burocratización. Grandes fuerzas llevando a cabo grandes ataques en un frente amplio, masas de caballería penetrando profundamente en la retaguardia del enemigo, ejércitos de campo coordinando ofensivas en cientos de kilómetros, todo se integró en la teoría y la práctica entre la guerra de Crimea y la Revolución de 1917. El Ejército Rojo había agregado los conceptos de batalla profunda, y había evaluado el uso de fuerzas mecanizadas para explotar los avances iniciales y el valor de las operaciones consecutivas: ataques coordinados a través de un frente que podría cubrir la Unión Soviética desde Murmansk hasta el Cáucaso, montados en una rápida sucesión que el enemigo no tendría tiempo de recuperarse ni de desplazar las reservas de un lugar a otro.

Como era de esperar, cada uno de estos conceptos tuvo su momento duro y su minuto de gloria. Las luchas políticas internas de la década de 1920 y las purgas de la década de 1930 complicaron aún más las disputas internas y profesionales sobre la configuración de la fuerza y la planificación estratégica. La operación Barbarroja sorprendió al Ejército Rojo en medio de una compleja reconfiguración con muchos aspectos contradictorios. Lo que David Glantz denomina acertadamente su «renacimiento» fue un proceso que duró dos años.<sup>333</sup> Pero una cosa que se mantuvo constante fue el compromiso de la Stavka —y Stalin— con las operaciones consecutivas. Desde la contraofensiva de invierno de 1941 hasta la campaña de Stalingrado, el objetivo final de la URSS estuvo a un gran nivel estratégico: una serie de ofensivas sincronizadas y coordinadas que convertirían a Rusia en el cementerio de la Wehrmacht.

El problema radicaba en la puesta en práctica a nivel operacional: comunicaciones, logística, coordinación. Hasta aquella fecha, los mayores éxitos ofensivos de los soviéticos se habían logrado con la ayuda del clima. La nieve y el frío, el lodo y la lluvia habían sido tan importantes como las nuevas generaciones de generales y armas. En Kursk, el Ejército Rojo había demostrado que podía igualar a los alemanes en pleno verano con una actitud defensiva. Ahora, por primera vez, demostraría que podría llevar a cabo

operaciones ofensivas consecutivas cuando los días eran largos y el sol secaba rápidamente la tierra empapada por las tormentas.

Los preparativos para Kutuzov<sup>334</sup> fueron supervisados y coordinados por Zhukov y por otro representante de la Stavka: el mariscal Nikolai Voronov, jefe de artillería —esta última designación es un indicio de las tácticas que iban a emplearse en batalla—. Como en Kursk, la operación implicaba dos frentes. A la izquierda, el general Vasily Sokolovsky desplegó el 11° y el 50° Ejército de la Guardia en primera línea, con el 1er y 5° Cuerpo de Tanques como apoyo: más de 200.000 hombres y 750 vehículos blindados de combate. En el sector de la derecha, el frente de Bryansk del general Markian Popov, estaban, de izquierda a derecha, los ejércitos Tercero, 61° y 63°, apoyados por dos cuerpos de tanques y uno de fusileros —170.000 hombres y 350 vehículos blindados de combate.

El plan era que los ejércitos Tercero y 63° de Popov llegaran al frente del saliente, con el 61° Ejército dirigiendo una maniobra de distracción de apoyo a la derecha. Sokolovsky entraría donde comenzaba la protuberancia norte, se abriría paso y se extendería hacia el este en dirección a Orel, coordinando, a medida que la situación se desarrollase, primero con el frente de Bryansk y más tarde con el frente Sudoeste de Rokossovsky que, el 15 de julio —al menos en teoría— atacaría hacia el norte desde sus posiciones alrededor de Kursk. Detrás del frente Occidental, como una fuerza de explotación de segunda oleada, la Stavka concentró al 11° Ejército y al Cuarto Ejército de Tanques, este último con otros 650 vehículos blindados.

Los cuadros de mandos superiores eran sólidos. Las plantillas de organización estaban completas. Los hombres estaban relativamente descansados. El sector había estado en silencio durante meses, y los comandantes del frente aplicaron la *maskirovka* de manera exhaustiva para que el Grupo de Ejércitos Centro no fuera consciente de lo que se estaba concentrando contra él. A nivel operacional y táctico, la principal ventaja alemana era la flexibilidad: la capacidad de responder a la iniciativa soviética organizando fuerzas de bloqueo *ad hoc* que, sobre el papel y sobre el terreno, parecían frágiles pero que, una y otra vez, habían demostrado ser absolutamente capaces de retrasar o hacer descarrilar las iniciativas mejor planificadas del Ejército Rojo.

La sincronización era aún más crítica que la sorpresa. Rokossovsky tenía que sangrar y fijar al Noveno Ejército de Model en Kursk hasta un punto en el que no pudiera volver a desplegarse a tiempo para hacer nada útil. Pero si Kutuzov comenzaba demasiado tarde, aunque fuera tan solo uno o dos días, los alemanes podrían estar dispuestos a cancelar Ciudadela, reducir sus pérdidas y estar en condiciones de contrarrestar cada ataque soviético. La posibilidad de que la planeada invasión aliada de Sicilia pudiera atraer tropas alemanas hacia el oeste no parece haber sido incluida en la planificación de la Stavka. Incluso si los británicos y los estadounidenses se decidían finalmente a actuar, la perspectiva de unas pocas divisiones poniendo a prueba los límites remotos de la «Fortaleza Europa» apenas impresionaba a un Ejército Rojo que se veía a sí mismo librando en solitario una guerra de grupos de ejércitos.

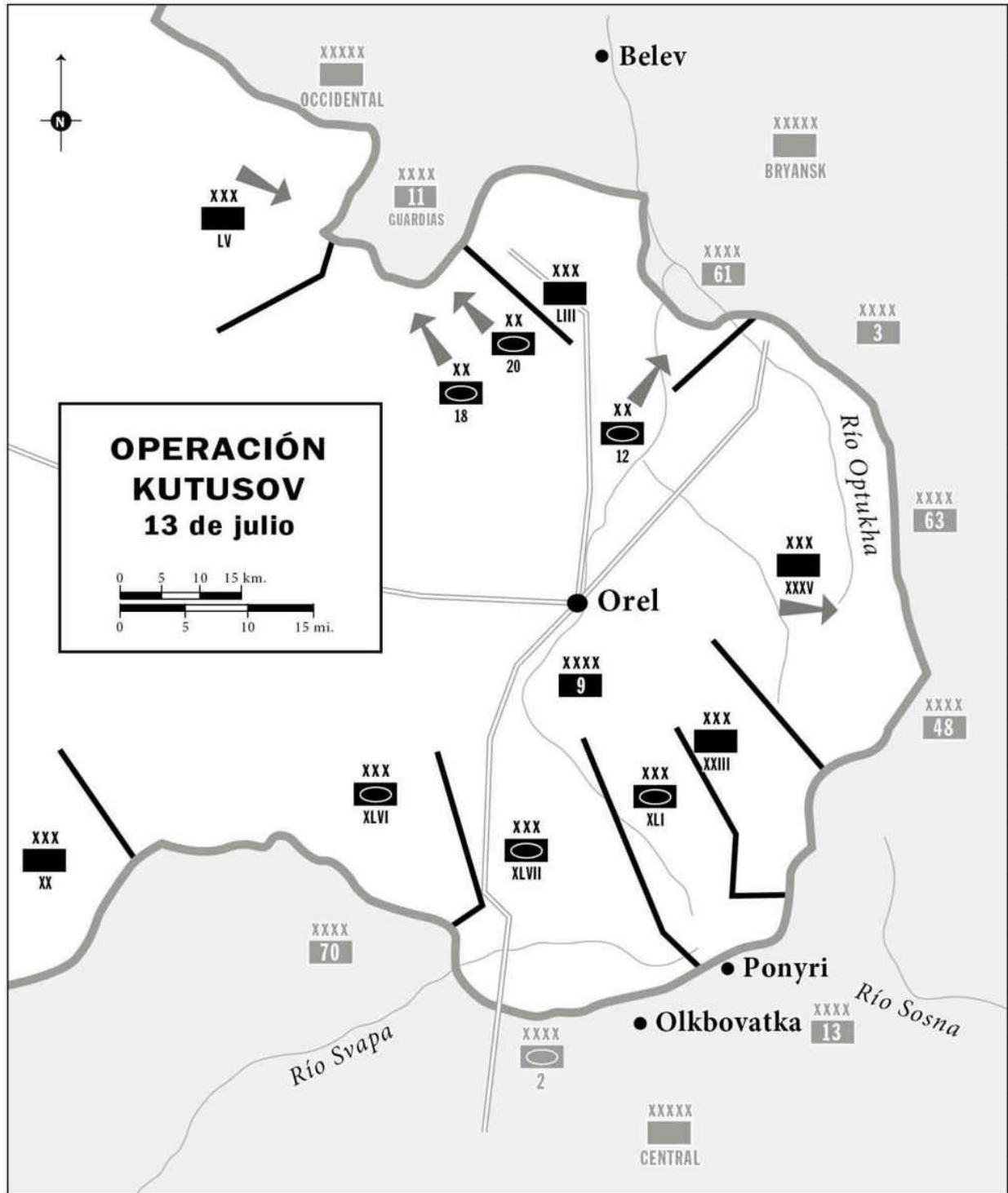
A la hora de desarrollar Kutuzov, el Ejército Rojo se enfrentó a un enemigo amable. En términos de estructura de fuerza, los alemanes se vieron obligados a tratar al Grupo de Ejércitos Centro como un sector inactivo.<sup>335</sup> Esto era más una cuestión de práctica que de política. Había comenzado gradualmente, y meses atrás: implicaba reemplazar las divisiones de fuerza completa por aquellas desgastadas en otros lugares, aumentar a continuación sus frentes y disminuir sus prioridades para los reemplazos. También implicaba la transferencia de activos aéreos y artillería pesada y la reducción de las reservas móviles. Las líneas defensivas secundarias y las posiciones de repliegue estaban limitadas porque no se disponía ni de los hombres ni del material para desarrollarlos.

La situación se agravó debido a las distracciones ocasionadas porque el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro, físicamente aislado, fue durante finales de 1942 y principios de 1943 el foco de una importante conspiración<sup>336</sup> para arrestar o ejecutar a Hitler cuando lo visitará en marzo. El mariscal de campo Günther von Kluge estaba disgustado por el comportamiento de Alemania en Rusia, y creía que declarar la guerra a Estados Unidos había sido un desastroso error. Aunque en última instancia se negó a apoyar la conspiración, fue suficientemente consciente de ella y se vio envuelto en el entorno de la misma hasta tal punto que sacar lo mejor de la situación táctica de su grupo de ejércitos pasó a ocupar un segundo lugar entre sus

preocupaciones. Presionar al Führer para que le concediera refuerzos apenas aparecía en el horizonte del mariscal de campo.

Dos años antes, bajo el mando de Heinz Guderian, el Segundo Ejército Panzer había liderado el avance hacia Moscú. El 11 de julio, ese ejército se enfrentó a la operación Kutuzov<sup>337</sup> con catorce divisiones de infantería harapientas, la mayoría compuestas por reemplazos inexpertos y heridos recuperados, una división de granaderos panzer e, irónicamente, una única división panzer. En total, cien mil hombres y alrededor de trescientos vehículos blindados de combate, con solo reservas locales disponibles. El orden de batalla mostró de manera despiadada cómo había cambiado el equilibrio de fuerzas en el frente Oriental. Los sectores divisionales con un promedio de treinta kilómetros o más formaban un «frente continuo» que no era más que una línea en un mapa; la realidad era una serie de puntos fuertes más o menos conectados por patrullas. Como un multiplicador de fuerza adicional, los soviéticos lograron una sorpresa casi total.<sup>338</sup> Al evaluar la *maskirovka* del Ejército Rojo, resulta apropiado preguntarse si fue buena o si la inteligencia alemana fue tan mala. En ese momento, bajo el mando de Reinhard Gehlen, los Ejércitos Extranjeros del Este, como se llamaba la organización de inteligencia alemana en el frente Oriental, era mejor reuniendo información que procesándola, aunque no era particularmente buena para ninguna de las dos tareas. Ciertamente, el servicio de Gehlen no logró descubrir las concentraciones soviéticas a la izquierda del Grupo de Ejércitos Centro y contra la punta del saliente. En un momento tan tardío como mediados de mayo, el Grupo de Ejércitos Centro y el Segundo Ejército Panzer aumentaron el estado de alerta en las líneas del frente y llevaron a cabo una extensa colocación de minas y cables, pero solo como un esfuerzo de sentido común para mejorar su preparación. El reconocimiento aéreo estaba limitado por la falta de aviones. Las atenuadas líneas de frente impedían el patrullaje agresivo en favor de algo así como un enfoque de «vivir y dejar vivir». Los partisanos rusos y las unidades de reconocimiento eran menos cooperativos y más informativos. A mediados de julio, tanto las formaciones de asalto del frente de Bryansk como del Occidental tenían información actualizada sobre a qué se enfrentaban en el sector de ataque proyectado.

El momento preciso de lanzamiento<sup>339</sup> de la operación Kutuzov lo determinó el exitoso avance alemán sobre Oboyan y Prokhorovka. A primera hora del 11 de julio, las patrullas fueron reemplazadas en toda la zona de ataque por ataques de fuerza de batallón sobre las posiciones avanzadas alemanas. Esa noche, los bombarderos rusos atacaron bases en todo el saliente. Las nuevas unidades de fusileros invadieron la línea a las 3.00 de la madrugada. A las 3.30, comenzó el bombardeo de artillería: el más pesado y mejor coordinado en la historia del frente Oriental. Dos horas y media después, tomaron posiciones las primeras oleadas de asalto y sus apoyos de blindados, y comenzaron los ataques iniciales de bombarderos y Shturmoviks. A las 6.05 de la mañana, empezó el ataque principal. A la izquierda del Segundo Ejército Panzer, seis divisiones de fusileros de la Guardia golpearon el punto de unión previamente reconocido entre dos divisiones alemanas, abriéndose paso con la suficiente facilidad para que, por la tarde, el 11º Ejército de la Guardia enviara su segunda línea para ampliar la brecha mientras los dos cuerpos de tanques de reserva se preparaban para aprovechar la ruta hacia el sur.



La fuerza aérea representó un papel principal<sup>340</sup> en la cambiante marea de la batalla. Entendiendo que el ataque del frente Occidental era solo una distracción, la Luftwaffe mantuvo la mayoría de sus aviones en el sector de Ciudadela, hacia el este. En un primer momento, la Fuerza Aérea Soviética fue

dueña del cielo en el frente del 11º Ejército de la Guardia, y los Shturmoviks martillaron sin piedad a los *Landser*. Por la tarde, cuando la 1ª División Aérea comenzó a desviar salidas hacia el norte, los elementos principales del 11º de la Guardia estuvieron a salvo bajo la cobertura de bosques espesos. Pero los *Stukagruppen* golpearon los elementos de seguimiento con tanta eficacia que los contraataques a pequeña escala organizados por la 5ª División Panzer fueron suficientes para retrasar al 1er Cuerpo de Tanques. El 11º Ejército de la Guardia dobló la apuesta y envió al 5º Cuerpo de Tanques. Sus T-34 se encontraban a casi diez kilómetros en el interior de la retaguardia alemana al caer la noche, cuando la 5ª Panzer también consiguió reducir su ritmo de avance.

Con los Stukas concentrándose en las pocas carreteras transitables para los tanques, el comandante del ejército decidió no bombardear más y ordenó un ataque formal para la mañana siguiente. Ivan Bagramyan había tenido sus altibajos<sup>341</sup> desde junio de 1941. Su enérgica defensa de la fracasada ofensiva de Kharkov de 1942 le había llevado a un eclipse temporal. Rehabilitado para favorecer y comandar el combate, lideró el 16º Ejército con tanto éxito que fue rebautizado como 11º Ejército de la Guardia y se le concedió un papel clave en Kutuzov. Bagramyan había aprendido en sus propias carnes que, contra los alemanes, un puño cerrado era preferible a un brazo roto. Pero su decisión de cambiar tiempo por sorpresa reflejaba también el procesamiento de los informes de la radio alemana, específicamente de la 5ª División Panzer, que indicaban que se necesitaban refuerzos inmediatos para evitar el desastre en el sector norte. La única fuente para esos refuerzos era el Noveno Ejército de Model. «Démosle a los *Fritz* unas horas para sudar, decidir y comenzar a mover tanques. Después», calculó Bagramyan, «golpearemos antes de que lleguen al campo de batalla».

En la nariz del saliente, el frente de Bryansk descubrió un hueso más duro de roer.<sup>342</sup> Los alemanes allí se encuadraban en el XXXV Cuerpo, bajo el mando del general Lothar Rendulic. Este prestó atención a los informes de inteligencia y al reconocimiento aéreo que confirmaron una concentración contra la unión de sus dos divisiones de primera línea. Desplegó de nuevo su infantería, concentró sus recursos de artillería y anticarros, y el 12 de julio hizo que el frente de Bryansk pagara metro a metro por sus ganancias.



Catorce divisiones soviéticas de fusileros en un frente de trece kilómetros parecían suficientes para la tarea de abrirse paso, especialmente cuando estaban apoyadas por tanques pesados. Se trataba del modelo KV-2: un diseño de antes de la guerra, obsoleto para los estándares de 1943, con poco poderío y armamento para su peso. Pero sus más de cincuenta toneladas incluían suficiente blindaje para hacerlos invulnerables a cualquier cañón de menos de tres pulgadas. Los KV-2 se adentraron en un campo minado sin reconocer. Al final del día, sesenta tanques soviéticos estaban destruidos o inutilizados. Los alemanes habían sido forzados a abandonar sus posiciones avanzadas, pero aún mantenían la línea principal de resistencia. Debían una buena parte de su éxito<sup>343</sup> a la Luftwaffe. Los pilotos de cazas alemanes conseguían de manera sistemática separar a los Shturmoviks de sus escoltas, para, a continuación, dispersar a los escoltas. Los Stukas y los bombarderos medianos atacaron repetidamente y casi sin oposición, con el VIII Cuerpo Aéreo desviando cada vez más aviones desde Oboyan y Prokhorovka hacia el saliente de Orel. El costo resultó familiar: una mayor sobreextensión de los ya escasos aviones de ataque a tierra y de cansadas tripulaciones. Un piloto de bombardero de picado realizó seis salidas diferentes en doce horas. Ese tipo de aumento de rendimiento no se podía continuar de manera indefinida.

En consecuencia, resultaba obvio desde el cuartel general de Rendulic hasta el de Kluge que el sector no podría sostenerse sin refuerzos inmediatos sobre el terreno. Eso significaba panzer. Y la concentración más cercana de panzer estaba en el Noveno Ejército. En dos sectores en un solo día, la operación Kutuzov obligó a los alemanes a enfrentarse a una situación de cambio de juego y muy poco tiempo de reacción. Model respondió a la nueva crisis con una rapidez que su biógrafo principal en inglés, Steven Newton, califica de sospechosa.<sup>344</sup> Newton argumenta que tanto Model como Kluge esperaban un importante ataque soviético en el saliente de Orel, especialmente después del fracaso de los ataques del Noveno Ejército en el sector norte de Ciudadela. En lugar de desafiar directamente a Hitler y al OKH, acordaron, con un guiño y un codazo, enviar a Ciudadela los blindados que serían más necesarios en otro lugar en cuestión de días. Sin duda, las divisiones que ofreció Kluge se desplegaron lentamente. Sin duda, también, Model no presionó el ataque del XLVI Cuerpo Panzer en el sector de Ponyri el 11 de

julio. A última hora de la tarde del 12 de julio, Model voló al cuartel general del Segundo Ejército Panzer y asumió su mando aún vacante sin renunciar al mando del Noveno. Él y Kluge habían acordado previamente este arreglo, que convertía a Model en responsable directo del saliente de Orel y la mitad del reentrante de Kursk. También le dejaba las manos libres para transferir fuerzas en un área tan amplia como cualquier oficial superior del Tercer Reich pudiera esperar.

Así, en la mañana del 13 de julio, se ordenó al comandante de la 4ª División Panzer que cancelara su ataque planeado, pasara a modo defensivo y asumiera las posiciones de su vecina, la 20ª División Panzer, que estaba desplegándose al norte. La comunicación reciente entre Model y Kluge se llevó a cabo mediante llamadas telefónicas no registradas y reuniones confidenciales cara a cara. De ese modo, afirma Newton, Kluge podría decirle a Hitler que no había ordenado el abandono de la ofensiva contra Kursk. Model solo estaba haciendo lo que le era más reconocido: responder decisivamente a un desarrollo inesperado, y estar a la altura de la reputación de «león defensivo» que se había forjado en la crisis del invierno de 1941.

Todo esto se convierte en otra fascinante e indemostrable historia entre las muchas engendradas durante el Tercer Reich. Lo que muestran los registros es que, en la noche del 13 al 14 de julio, la 2ª y la 8ª División Panzer del Noveno Ejército del alto mando de la reserva se estaban trasladando al sector de Rendulic. La 12ª, 18ª y 20ª Panzer respaldaban a la 5ª Panzer, que había sufrido una dura prueba contra Bagramyan. Esa simple declaración tenía una historia de fondo. Las redistribuciones de emergencia alemanas en el frente Oriental podrían haberse convertido en una rutina, pero el proceso fue todo menos eso. La 12ª Panzer había pasado una semana<sup>345</sup> buscando en vano un avance en dirección a Kursk. A las 12.45 de la noche del 12 de julio, se le ordenó que se dirigiera al sector de Orel. La orden fue una sorpresa, y el momento de recibirla no podría haber sido peor para todos aquellos que intentaban dormir un poco durante las cuatro horas antes del amanecer. Pero a la 1.00 de la mañana, el 5º Regimiento de Granaderos Panzer y el batallón de reconocimiento estaban en marcha —ciento treinta kilómetros por caminos de tierra destruidos después de semanas de tráfico militar—. Una hora más tarde, los elementos principales estaban tomando posiciones alrededor de Bolkhov,

el lugar previamente anónimo en el mapa donde el cuartel general del ejército consideraba que su presencia era más necesaria.

Los tanques necesitaron más tiempo, lo mismo que el resto de la división. La 12ª Panzer se trasladó *ad hoc* mediante pequeños grupos improvisados, cada uno de ellos esforzándose al máximo y reduciéndose cuando se vaciaban los tanques de combustible, fallaban las transmisiones y se apagaban los motores. Conducir con las ventanas y escotillas abiertas significaba ahogarse en un polvo fino. Cerrarlas suponía asarse de calor. Los vehículos fueron cargados y enviados casi al azar. Las paradas de descanso fueron igualmente aleatorias. Un comandante de la compañía hizo un alto no autorizado de veinte minutos en Orel para verificar el bienestar de su tía, enfermera en el hogar de soldados local. Las carreteras estaban bloqueadas por vehículos colisionados y averiados. Los tanques, cada uno envuelto en su propia nube de polvo, perdieron contacto entre ellos. Menos de la mitad de los que comenzaron de la 12ª Panzer alcanzaron a la línea de llegada.

Como era de esperar, Model perdió los estribos con el oficial al mando del regimiento y, como era previsible, le dio el mando de uno de los grupos de batalla que el mariscal de campo y los oficiales de su Estado Mayor estaban lanzando tan rápido como podían organizarlo. En ese momento, todos en la retaguardia del Segundo Ejército Panzer estaban viendo rusos por todas partes, y la 12ª Panzer se arriesgaba a desmembrarse cuando los oficiales de la retaguardia exigieron que tanto los tanques como los hombres restablecieran sus situaciones y calmaran los nervios.

El 5º Regimiento de Granaderos Panzer había estado en primera línea desde los primeros días de la guerra. Polonia, Francia, Barbarroja, Leningrado: sus hombres habían visto tantos combates como cualquiera en la Wehrmacht. Así que, cuando sus veteranos hablaban de Bolkhov como «las puertas para luchar contra el infierno»,<sup>346</sup> era más que un melodrama retrospectivo. El regimiento llegó a su sector asignado alrededor de la medianoche del 12 de julio, y comenzó a avanzar a las 9.00 de la mañana del 13 de julio. Al principio, todo parecía rutina: un avance constante contra una ligera oposición. Entonces, de repente, «se desató el infierno». El frente de Bryansk había enviado al 66º Ejército y a su 20º Cuerpo de Tanques de apoyo. La fuerza, intensidad y duración del fuego de apoyo excedía todo lo que los

veteranos del regimiento habían experimentado: una «bola de fuego» que envolvió todo el frente. Bajo el bombardeo, el avance de los granaderos panzer se retrasó, luego se detuvo y luego volvió a avanzar. Primero los Stukas, luego aproximadamente veinte de los tanques de la división, mantuvieron el impulso durante un tiempo, hasta que los tanques enterrados y los cañones antitanque camuflados empujaron a la infantería primero al suelo, y después a la retirada.

Como en los otros sectores de la ofensiva, no hubo penetración, pero limitar el avance soviético se cobró su precio entre los defensores. Hasta ahora, habían resistido, pero ¿cuánto tiempo podría sostenerse otro estancamiento táctico a gran escala? Los informes y las memorias de las divisiones que lucharon primero en el ataque del Noveno Ejército sobre Kursk, y luego en el saliente de Orel, transmiten una sensación involuntaria, casi inconsciente, de que esta vez había algo diferente en los rusos. No solo era la intensidad de su fuego de artillería. Era una relativa sofisticación. No solo era la profundidad de las posiciones defensivas o la determinación de sus defensores. Era un sentido más general de que la masa y la voluntad del Ejército Rojo estaban siendo informadas mediante la mejora de la sofisticación táctica y operativa —los niveles del arte de la guerra que, probablemente, más influían y frustraban directamente a las formaciones de primera línea alemanas.

## II

Si parafraseando a Napoleón después de Wagram, los animales estaban aprendiendo algo, las consecuencias quedaron claras en el contexto más amplio de Kursk-Orel. Por primera vez en la Segunda Guerra Mundial, la Alemania nazi no solo se encontraba en una encrucijada estratégica, sino en una gran encrucijada estratégica.<sup>347</sup> El 10 de julio, los británicos y los estadounidenses invadieron Sicilia. Incluso antes de aquello, la posición del Reich era inestable. El teatro de operaciones del Mediterráneo era geográficamente extenso y operacionalmente complejo. El éxito exigía armas combinadas: una sinergia de tierra, mar y aire que la Wehrmacht solo había podido lograr en el contexto limitado de la campaña noruega. La destrucción

de las fuerzas del Eje en el norte de África había confirmado la superioridad aérea y marítima de los Aliados en número y efectividad. Incluso en tierra, la creciente actividad de los partisanos en los Balcanes, combinada con las interminables exigencias del teatro de operaciones ruso, había dejado a las fuerzas alemanas explotadas más allá de su límite.

Desde el punto de vista militar y diplomático, Italia era una caña quebrada.<sup>348</sup> El gobierno italiano solicitaba material de guerra a una escala sin precedentes, y era obvio que la industria de guerra alemana no podría cubrir el inventario. No existía la menor duda, al menos en Berlín, de que Italia lo sabía. La conclusión más lógica era que Italia estaba buscando una excusa para retirarse de la guerra y de la alianza. Desde el punto de vista político, el régimen fascista de Mussolini estaba agotado. Para 1943, estaban aumentando las listas de bajas, los bombardeos aliados eran cada vez más duros, el desprecio alemán más obvio. Las élites políticas y económicas que habían colaborado con Mussolini en su propio beneficio estaban desarrollando proyectos para arrojar al Duce bajo las ruedas de la guerra a la que había arrojado a Italia. Y los alemanes estaban haciendo sus propios planes para desarmar y ocupar Italia a la primera señal de descontento, tal vez antes, si resultase oportuno o conveniente.

Es difícil imaginar una situación menos prometedora para una Wehrmacht cuyo estilo de hacer la guerra se basaba en la flexibilidad y la maniobra. Una invasión aliada era una conclusión inevitable. ¿Pero dónde?<sup>349</sup> Hitler consideraba que los Balcanes eran un sitio probable. Cerdeña y Córcega eran bases naturales para una futura invasión del sur de Francia. Sicilia estaba en la misma posición en relación con Italia. El resultado final fue una distribución más o menos uniforme de las fuerzas disponibles en los tres sectores amenazados de una forma más obvia. Aquello absorbió la mayor parte de las divisiones móviles disponibles de Alemania, casi todas las formaciones destruidas en Túnez y reconstituidas con hombres inexpertos. Las tropas italianas desplegadas en sectores avanzados eran consideradas como poco más que relleno. Un ejército alemán ya demasiado estirado tendría que asumir el espectro táctico/operativo del teatro de operaciones del Mediterráneo.

Objetivamente, el concepto de Hitler de «Fortaleza Europa» requería una recalibración y también la política y la estrategia del Reich en Rusia merecía

una reconsideración. Pero la crisis a corto plazo exigía atención inmediata. El 12 de julio, intervino el mariscal de campo Albert Kesselring, *Oberbefehlshaber Süd* (comandante en jefe del sur) de Alemania. Su reputación de optimista<sup>350</sup> le había granjeado el apodo de «Albert el Sonriente» y, en consecuencia, supuso un terrible impacto que informase que la situación era desesperada. Casi igual de desconcertante resultó la solicitud de Kesselring de otra división mecanizada para ayudar a mantener el anillo en Sicilia hasta que pudiera prepararse y poner en marcha una evacuación. Hitler autorizó el envío de la 29ª de Granaderos Panzer, lo que dejó la despena panzer del Reich casi vacía.

Lo que todo esto significaba para el frente Oriental era que, por primera vez desde Barbarroja, en el mejor de los casos competiría por los recursos y, probablemente, también se esperaba que proporcionara hombres y maquinaria para el emergente frente del sur de Europa. En todos los niveles, la estrategia del Reich se había quedado fuera del camino desde diciembre de 1941. El 10 de julio de 1943, aquello se había convertido en una rutina.

La decisión de Hitler sobre Ciudadela bien pudo haber sido tomada cuando convocó a Kluge y Manstein a su cuartel general de Prusia oriental para una conferencia el 13 de julio. Estos fueron los oficiales superiores involucrados de manera más inmediata en las grandes operaciones más importantes. Tiempo después, Manstein se quejó de que Hitler debería haberse presentado<sup>351</sup> en el cuartel general del grupo de ejército en lugar de relevar a sus comandantes en un momento tan crucial. Se podría decir que su queja fue un tropo por la forma en la que el Reich y la Wehrmacht lucharon y perdieron la Segunda Guerra Mundial: por microenfoque. Manstein no se sintió animado cuando llegó a primera hora de la mañana y descubrió que la reunión se celebraría aquella noche. Un baño en un lago cercano hizo poco para refrescarlo. Tampoco lo hizo una reunión informal con Erwin Rommel, recién llamado de Italia y promocionado por la fábrica de rumores del ejército como el nuevo comandante en jefe del frente Oriental. Rommel se describió a sí mismo como si estuviera tomando una cura de lámparas ultravioleta: absorbiendo color y fe. Manstein se había bañado desnudo y se encontraba en evidente desventaja hablando con alguien completamente vestido. Cuando le

preguntó a Rommel si se reunirían más tarde en circunstancias más formales, la respuesta fue: «Por supuesto, debajo de la lámpara de ultravioleta».<sup>352</sup>

La referencia a Hitler, imposible de pasar por alto, no era un sustituto del pensamiento claro. La presentación de Hitler<sup>353</sup> adoptó un tono apocalíptico. Sicilia, declaró, había terminado. El siguiente paso serían aterrizajes aliados a gran escala en Italia o los Balcanes. Enfrentarse a una amenaza así requeriría ejércitos frescos enteros, y la única fuente posible para tales fuerzas era el saliente de Kursk. Había que cancelar Ciudadela. Kluge estuvo de acuerdo. Ya había tres penetraciones profundas en el frente del Segundo Ejército Panzer. El Noveno Ejército se había quedado estancado incluso antes del último ataque ruso, y sus pérdidas ascendían ya a veinte mil hombres. Los recursos que le quedaban eran vitalmente necesarios para evitar no solo que se derrumbara todo el sector de Orel, sino todo el frente del Grupo de Ejércitos Centro. Ciudadela estaba acabada. No podría continuar ni reanudarse incluso aunque se resolviera con éxito la crisis de Orel.

Manstein era más optimista, más cauteloso o más contrario, según la perspectiva de cada uno. En el sector del Grupo de Ejércitos Sur, afirmó, la batalla estaba en su punto decisivo. Detenerse significaría renunciar a la victoria. El mariscal de campo citó las victorias del 12 de julio, obtenidas no solo contra los elementos rusos de vanguardia, sino también contra su reserva operacional, y describió la destrucción de mil ochocientos tanques soviéticos en una semana. Si el Noveno Ejército podía mantener en su lugar a los rusos en su frente, Manstein confiaba en que podría romperlos en su sector una vez que le autorizaran a enviar su reserva, el XXIV Cuerpo Panzer, para reforzar al Destacamento de Ejército Kempf. Las SS y el XLVIII Cuerpo Panzer se dirigirían entonces al norte, cruzarían el Psel, y tomarían Oboyan en un frente de dos cuerpos, para, a continuación, golpear a los rusos desde atrás.

Así pues, lo que comenzó como unas tenazas iba a convertirse en un martillo y un yunque. Lo que sucediera después dependería de los acontecimientos en el saliente de Orel. Si el Noveno Ejército no tenía ninguna posibilidad de reanudar su ataque original contra Kursk, afirmó Manstein, la operación que proponía le concedería al menos a su grupo de ejércitos tiempo y espacio para desatascarse: «Un respiro fácil». Pero medidas intermedias, infligiendo solo un daño parcial, significaban, en el área operacional del

Grupo de Ejércitos Sur, una crisis incluso mayor que cualquier cosa que ocurriera en el Grupo de Ejércitos Centro.

Hitler estuvo de acuerdo en que el Cuarto Ejército Panzer debería redoblar sus esfuerzos para destruir a los rusos que se enfrentaban a él al sur del Psel, pero que solo realizaría ofensivas limitadas al norte del río. El Destacamento de Ejército Kempf cubriría estos ataques, operando hacia el este. Hitler también liberó finalmente el XXIV Cuerpo Panzer para Manstein pero no para su uso a discreción. Cualquier éxito contra las fuerzas soviéticas en el sector de Manstein debía ser utilizado solo para romper el contacto y retirar fuerzas que se emplearían en otros lugares. La operación Ciudadela debía concluirse de inmediato. La nueva misión de Manstein era preparar a su grupo de ejército para enfrentarse a una importante ofensiva rusa más al sur, en la región de la cuenca del Donets, cuyos recursos Hitler consideraba vitales para el esfuerzo bélico del Reich.

Esa perspectiva estaba muy abajo en la lista de preocupaciones de Manstein. La conferencia había reflejado un cambio significativo en las opiniones de los dos mariscales involucrados. Kluge había sido un importante defensor de Ciudadela en sus etapas de planificación. Ahora dejaba clara su convicción de que era el momento de dar el brazo a torcer. El Noveno Ejército no había logrado abrirse camino, y las posibilidades de que alguna vez triunfara disminuían casi a cada hora. El ataque ruso contra el saliente de Orel, por el contrario, estaba teniendo demasiado éxito. Manstein, que había expresado una duda consistente cuando Kursk estaba en la mesa de operaciones, habló ahora como si confiara en la victoria, con el XXIV Cuerpo Panzer como su instrumento. Manstein había buscado desde el principio convencer a Hitler de que Ciudadela debía ser una jugada a todo o nada —ninguna apuesta cubierta, incluso si eso significaba poner en riesgo la cuenca del Donets—. Kluge finalizó la tarea reiterando que no había forma de que el Noveno Ejército esperara reanudar la ofensiva en Kursk. En lugar de mantener sus posiciones actuales, el Noveno iba a tener que retirarse en los próximos días.

Aquel era un juego que Hitler había desarrollado como un campeón desde que comenzara su carrera política: unir puntos de vista opuestos, dejar que los proponentes se agotasen y no revelar su decisión hasta que fuera un



final proclive para la situación de estancamiento y hasta que la infelicidad de una de las partes quedara equilibrada por la sensación de la otra parte de haberse ganado al Führer para su punto de vista. La conferencia finalizó con Hitler repitiendo su decisión de dar por concluida Ciudadela, añadiendo que él también estaba actuando en respuesta a los crecientes requisitos del teatro de operaciones del Mediterráneo.

Para entonces, ya era demasiado tarde aquel día<sup>354</sup> como para que cualquiera de los comandantes regresara a su grupo de ejército. Se unieron a Rommel en la casa de invitados del cuartel general en lo que el ayudante de Manstein describió como una noche de convivencia, con suficiente vino para soltar lenguas e invitar a confidencias. Kluge fue el primero en retirarse. Su bendición nocturna fue declarar que el final sería malo y anunciar su voluntad de servir bajo Manstein en una consecuencia implícita de esa catástrofe. Rommel continuó y, mientras el vino seguía corriendo, también predijo que «todo el castillo de naipes» se vendría abajo. Manstein respondió que Hitler renunciaría al mando supremo antes de que eso sucediera. Rommel aseguró que Hitler nunca cedería el mando. Cuando Manstein se levantó, preparándose para salir, Rommel también se declaró «listo para servir» bajo su mando.

Volviendo a las cuestiones más amplias planteadas en la discusión de los mariscales, las relaciones de los participantes con la resistencia alemana están fuera del alcance de este trabajo. Sin embargo, resulta apropiado contextualizar esta reunión con un número cada vez mayor de encuentros similares<sup>355</sup> que tuvieron lugar en 1943. En el siglo XVII, un general escocés declaró: «Teme demasiado a su destino o merece muy poco quien no es capaz de arriesgar para ganar o perderlo todo». La idea es clara, aunque el conde de Montrose se refería al amor, no a la guerra. También es sugestiva la fábula del ratón que se cayó en un barril de whisky y emergió lamiéndose los bigotes y arrastrando los pies, «¡Que salga ese [suprimido por malsonante] gato!».

Si Manstein era consciente de haber sido nominado para poner el cascabel a la bestia, no ofreció ningún indicio al regresar a su cuartel general el 13 de julio. Erich von Manstein es, posiblemente, el primer gran capitán desde Julio César que definió su propio lugar en la historia<sup>356</sup> a través de sus memorias. *Victorias frustradas* presenta al mariscal de campo como la encarnación del estilo de guerra alemán: maestro tanto de la planificación

estratégica, como del mando operativo y de la innovación táctica, un profesional consumado que se ganó y mantuvo el respeto de sus iguales, la confianza de sus subordinados y la fe de sus tropas. Siempre pensando en el futuro, notablemente exitoso en la mayoría de sus compromisos, Manstein es, sobre todo, frío y racional. No iban con él las emociones y el entusiasmo de un Model o un Rommel. Tampoco le iban el compromiso visceral con las últimas posiciones y las causas perdidas.

El auténtico Manstein era orgulloso hasta el punto de la arrogancia. Sabía cuánto valía hasta el último marco del Reich. En Crimea, en Stalingrado, y durante los meses siguientes, se había convertido mentalmente en el campeón del Reich para las causas perdidas: creando triunfo cuando otros veían solo el desastre. Asistió y se fue de la última conferencia de Hitler creyendo que, una vez más, podría volver a encauzar una situación desesperada. Su enfoque para evaluar los resultados del 13 de julio en el sector del Grupo de Ejércitos Sur fue una extensión lógica de esa premisa.

### III

Al otro lado de la línea de batalla, el cuartel general de Vatutin había estado haciendo lo mismo<sup>357</sup>, aunque con menos certidumbre. Vatutin era muy consciente de que las SS se habían mantenido firmes, e incluso habían ganado terreno, contra lo mejor y más numeroso que el frente de Voronezh había podido lanzar contra ellas. Era igualmente consciente de que los alemanes estaban cavando trincheras a lo largo de su frente, pero eso no impidió nuevas operaciones ofensivas. A última hora de la tarde del 12 de julio, él y Vasilevsky, todavía en el cuartel general de Rotmistrov, compararon notas. Estuvieron de acuerdo en que la mejor respuesta era mantener la presión. Las órdenes de Vatutin para el 13 de julio ordenaban al frente de Voronezh que se anticipara a lo que él consideraba las iniciativas alemanas más probables. Más en concreto, los ejércitos del frente debían evitar que llegaran refuerzos a Prokhorovka, destruir la cabeza de puente del Psel y las unidades avanzadas del III Cuerpo Panzer, y continuar atacando en el sector de Oboyan. No se especificaba cómo se haría todo esto debido a las pérdidas del 11 y 12 de julio. La orden de Vatutin para que el comandante del Quinto Ejército de la

Guardia no pasara a la defensiva demasiado rápido fue muy típica. Se estaban tomando medidas para destruir al enemigo; hasta que se pusieran en marcha, la presión del Quinto Ejército de la Guardia en su sector tendría una gran importancia. Por lo tanto, se debía actuar con más energía y, por implicación, «¡confiar en el sistema!».

Vatutin también informó a Stalin de que al menos once divisiones de tanques alemanas se habían concentrado en su sector. A pesar de aquella enorme oposición, el frente de Voronezh se había mantenido firme y había infligido muchas bajas. Rodear y destruir lo que quedaba supondría una gran derrota para los alemanes. Aquello, sin embargo, requeriría una mayor superioridad de fuerzas que el hecho de estar en posesión del frente. Vatutin solicitó refuerzos:<sup>358</sup> un cuerpo de tanques y otro mecanizado, más un cuerpo completo de Shturmoviks. La solicitud fue refrendada por Nikita Krushev.

Según todos los informes, Stalin no estaba contento. La Stavka había estado vertiendo recursos en el frente de Voronezh desde que comenzara Ciudadela. Rokossovsky se había arreglado muy bien con retales. El Vozhd respondió enviando a Zhukov por aire y a Vasilevsky en automóvil al cuartel general de Vatutin. Konev, cuyo frente de la Estepa sería el primero en la línea para proporcionar el apoyo solicitado, también estuvo presente en el consejo de guerra resultante en la madrugada del 13 de julio. Aquella fue una inusual concentración de personalidades alfa y talento de alto perfil fuera del alcance directo de Stalin, incluso en aquella etapa de la guerra. El propósito declarado de la reunión<sup>359</sup> era coordinar los frentes de Voronezh y de la Estepa en futuras operaciones ofensivas. No declarada, pero implícita, había una tarea paralela: evaluar y, si era necesario, resolver, la situación inmediata. El resultado fue una intención declarada de montar una contraofensiva en los talones del enemigo en retirada. La primera necesidad era obligar a esa retirada. Zhukov ordenó enérgicos contraataques para mantener a los alemanes desequilibrados. Ni él ni Vatutin, sin embargo, especificaron cómo el ejército y los comandantes de cuerpo iban a llevar a cabo el proceso. No declarado, pero lo suficientemente claro, fue el reconocimiento general de que el frente de Voronezh, y el Quinto Ejército de Tanques de la Guardia en particular, necesitarían algo de tiempo, al menos un día, para reagruparse y reacondicionarse.

Esa última era la máxima prioridad para los tanquistas de Rotmistrov. La eliminación de tanques inutilizados se vio obstaculizada por la falta de vehículos de recuperación especializados.<sup>360</sup> En general, se utilizaron tanques para esta tarea, en detrimento de sus propios motores y transmisiones. Al otro lado del frente, los alemanes pudieron recuperar o destruir la mayoría de los tanques que se encontraban entre las líneas. En cuanto al mantenimiento, escaseaban los equipos de soldadura y las herramientas, por lo que resultaba difícil reparar incluso las partes más sencillas. No había equipos de averías en las unidades de vanguardia, de manera que los mecánicos debían ser retirados de los trabajos de reparación para supervisar el desmontaje de las piezas de los vehículos inutilizados. Las principales reparaciones, en motores, cañones y torretas, se llevaban a cabo en el cuerpo de tanques. Estos depósitos estaban tripulados por mecánicos entrenados, muchos de ellos civiles uniformados procedentes de fábricas de tanques. Sin embargo, no tenían experiencia de trabajo en el campo. Durante la noche, por ejemplo, el 29º Cuerpo de Tanques solo pudo reparar cuatro de sus cincuenta y cinco tanques y cañones de asalto dañados para la mañana siguiente. Tampoco los repuestos podían adelantarse rápidamente desde los depósitos que se encontraban a más de trescientos kilómetros en la retaguardia.

Desde el punto de vista militar, la noche del 12 al 13 de julio fue tranquila en el sector de las SS.<sup>361</sup> Las violentas tormentas eléctricas proporcionaron la mayor parte del destello y el ruido; casi todo el tiroteo corrió a cargo de patrullas pequeñas y prudentes. Los cocineros y los sargentos primeros hicieron lo que pudieron para proporcionar comida caliente y café a unos hombres que se quedaban dormidos de pie. Oficial y extraoficialmente, el alcohol se estaba convirtiendo en un recurso estándar para combatir lo que hoy se diagnostica como estrés traumático continuo.

Ese punto se ha comentado tan a menudo, en este relato y en la mayoría de las otras discusiones del frente Oriental, que corre el riesgo de dar por bueno el tópico de la Wehrmacht de que los soldados alemanes estaban en una etapa más refinada de desarrollo mental y emocional que los eslavos brutales a los que se enfrentaban. En un grado significativo, la mitología rusa contribuye al tropo al enfatizar la dureza del soldado soviético: su habilidad única para soportar y superar cualquier condición a la que se enfrentase.

Las supuestas diferencias raciales/culturales eran mucho menos relevantes que el hecho de que las consecuencias del agotamiento de combate eran más importantes para los alemanes que para los rusos. La doctrina rusa se basaba en el control desde arriba. En el extremo más agudo, lo que al final importaba era la voluntad de obedecer. Los alemanes, en cambio, se vieron obligados a compensar la inferioridad numérica y material mediante intangibles: flexibilidad, iniciativa, conciencia situacional. Embotados por el estrés y el cansancio, no podían compensarla fácilmente. Un comandante de compañía en el batallón de reconocimiento de la Leibstandarte presentaba su estado mental en una anotación del diario escrita varios días después: «No podía soportarlo.<sup>362</sup> Era demasiado para mí. La presión mental amenazaba con destrozarme... No quiero enumerar todos los muertos aquí... ¡Qué viejos se han vuelto nuestros hombres!».

La mitología de la Wehrmacht presenta a Hitler viviendo en un mundo de sombras y abstracciones. ¿Cuántos comandantes de cuerpos, ejércitos y grupos de ejércitos también estaban, durante Ciudadela, actuando basándose en sus propias ilusiones? ¿Cuántos planes se apoyaban en que «los chicos de vanguardia» podían hacer que todo funcionara? Estas no son, de ninguna manera, preguntas retóricas. Los soviéticos que se enfrentaban a Manstein se habían visto sacudidos por los combates del 11 al 12 de julio. Pero cualquier posibilidad de explotar su sufrimiento dependía de que el tipo de respuesta alemana funcionara sin problemas, que no solo recobrarla la iniciativa, sino que acortara los tiempos de reacción y exacerbara los puntos de tensión en toda la línea de batalla. ¿Era eso todavía posible?

La respuesta comenzó a surgir en el frente de la Totenkopf.<sup>363</sup> Durante la noche, Rotmistrov había reforzado el sector del Psel con dos brigadas de su 5º Cuerpo Mecanizado de la Guardia y la 6ª División Aerotransportada de la Guardia, recién salida de la reserva. No hubo tiempo para el camuflaje habitual, y los aviones de reconocimiento alemanes anotaron e informaron debidamente de la presencia y las posiciones de los recién llegados. Luego, a las 9.30 de la mañana, la Totenkopf informó a Hausser de que el grupo panzer aún no podía reabastecerse debido a las condiciones de la carretera. Este claro ejemplo de retrasar las malas noticias y esperar un milagro fue especialmente significativo porque los tanques de la Totenkopf habían estado

soportando un ataque cada vez más fuerte desde el amanecer. Si los rusos conseguían penetrar, la cabeza de puente del Psel estaba a apenas unos metros de distancia. La División ordenó una retirada de regreso a la Colina 226.6, que todavía era un osario de la lucha del día anterior. Su guarnición de granaderos panzer se vio rápidamente golpeada por las dos brigadas de tanques nuevas de Rotmistrov.

Las SS combatían tan duro para conservar la colina como lo habían hecho para capturarla, pero los rusos seguían llegando. A las 11.15 de la mañana, los duros miembros de la Guardia habían forzado a los defensores a bajar por la ladera opuesta. Con fuertes tormentas de lluvia cegando a los observadores de la artillería y los Stukas en tierra, parecía abierto el camino hacia los puentes del Psel. Pero, unos minutos más tarde —tres minutos según los informes rusos— aparecieron los blindados. Uno de los batallones de tanques de la Totenkopf había conseguido hacerse con suficientes municiones como para volver a entrar en la pelea. Sus cañones hicieron el daño suficiente para detener un empuje soviético que se había desangrado en la Colina 226.6. Un contraataque atrapó a los soviéticos antes de que pudieran consolidarse, separando a la infantería de sus tanques de apoyo. A las 12.30 de la mañana, la Colina 226.6 estaba otra vez en manos alemanas. A las 3.00 de la tarde, los rusos habían retrocedido casi hasta sus líneas de inicio originales. Una idea de la conmoción y frustración del día la proporciona el informe del cuerpo de tanques soviético que describe un ataque de no menos de treinta y tres Tiger —más de lo que todo el grupo del ejército podría desplegar— y enumeró como trofeos de la jornada una ametralladora y una solitaria pistola ametralladora.

Los acontecimientos en la izquierda de la Totenkopf siguieron un curso similar, no menos dramático. En ese sector, un grupo de batalla ruso se abalanzó sobre un batallón de granaderos panzer y se dirigió hacia los puentes. La Totenkopf lanzó su batallón de granaderos panzer de semiorugas como sustituto de los tanques. Su desesperada carga dispersó a la infantería soviética y confundió a los tanques, aliviando al atropellado batallón, y luego se fue a pique contra los cañones antitanques emplazados a toda prisa. Una segunda oleada rusa, apoyada por Shturmoviks y otro de los sofisticados bombardeos que la artillería del Ejército Rojo era ahora capaz de desatar a pequeña escala, chocaron contra una batería de cañones de asalto con sus

armas apuntando hacia abajo que resistieron lo suficiente como para que el batallón de tanques de la Totenkopf y una batería antitanque agregasen a la defensa sus cañones de alta velocidad. A los artilleros antitanques, que tripulaban una docena de vehículos abiertos por arriba, con un blindaje ligero y muy vulnerables, se les adjudicó la destrucción de treinta y ocho T-34 al final del día.

A las 6.45 de la tarde, la Totenkopf informó al cuartel general del SS Cuerpo Panzer que los avances rusos habían sido detenidos, que la división estaba volviendo a ocupar sus posiciones anteriores, y que aún no se veía a la Luftwaffe por ningún lado. La lluvia y los cielos nublados no habían impedido que los Shturmoviks atacaran incesantemente los puentes y las columnas de suministros que intentaban atravesarlos, pero sus logros fueron más molestos que decisivos. Cuando los cielos se despejaron a primera hora de la tarde, volvieron a emerger los cazas alemanes. Desde el punto de vista táctico, había sido un buen día para la Totenkopf. La cabeza de puente estaba intacta. Más de sesenta tanques rusos yacían esparcidos por el matadero. La Colina 226.6 estaba en manos de las SS. Los rusos habían sido dañados lo suficiente como para que fueran completamente retirados una brigada de tanques y un regimiento de cañones de asalto.

Sin embargo, desde el punto de vista operacional, el 13 de julio en el sector del Psel fue algo a medio camino entre un desastre y una catástrofe. Los movimientos del SS Cuerpo Panzer partían de la base de la ruptura de la Totenkopf desde la cabeza de puente. En cambio, la división había luchado hasta llegar a un punto muerto tan solo para quedarse donde estaba. El último de sus Tiger había quedado atascado o inutilizado. Y para que los acontecimientos del día se considerasen una aberración, un despacho soviético interceptado declaraba que la cabeza de puente debía ser tomada a toda costa.<sup>364</sup> Basándose en experiencias recientes, aquella orden se interpretó de manera literal. Durante la noche, las patrullas terrestres rusas y su aviación de acoso parecían estar en todas partes. El fuego de mortero, de artillería y de los cohetes inundó las posiciones avanzadas y los escalones de retaguardia. Poco antes de la medianoche, el cuartel general del cuerpo confirmó lo obvio y ordenó a la Totenkopf que mantuviera sus posiciones frente a todos los

ataques. Cualquier ofensiva alemana renovada tendría que ser provocada por otro, en cualquier otro lugar.

Ese otro no sería la Leibstandarte. Sus posiciones fueron atacadas por aire y por la artillería a plena luz del día. Un intento del batallón de reconocimiento de establecer contacto con la Totenkopf se detuvo casi de inmediato. Entonces comenzaron los ataques soviéticos.<sup>365</sup> Rotmistrov había ordenado como hora de inicio las 8.00 de la mañana. Sus unidades de vanguardia, todavía aturcidas desde el día anterior, fueron lentas y mal coordinadas; no hicieron ningún progreso. A las 11.40 de la mañana, Rotmistrov informó a Vatutin que las SS parecían estar preparando un ataque importante para el día siguiente e insinuó con insistencia que deseaba suspender las operaciones y preparar una recepción apropiada. Vatutin respondió que consideraba esencial la ofensiva del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia y ordenó que continuara, prometiendo apoyo aéreo.

Rotmistrov pasó el resto del día luchando con un adversario imaginario. Hausser hizo lo mismo. Sus órdenes de ataque iniciales para la Das Reich se vieron frustradas internamente por «retrasos administrativos»: un eufemismo para todo el mundo que todavía estaba temblando por las cuarenta y ocho horas anteriores. Después de unas ganancias mínimas de territorio, la Das Reich se detuvo por aquel día. El comandante de la Das Reich se mostró reacio a ordenar un ataque a gran escala sin una preparación adecuada y sin apoyo aéreo, un gesto de desafío bastante contundente, especialmente en las Waffen SS. El informe diario del Cuarto Ejército Panzer<sup>366</sup> describía al II Cuerpo Panzer de las SS como remiso a los ataques de infantería pesados, apoyados por tanques, y mencionaba las retiradas de la Totenkopf. Sin embargo, también describía los informes de reconocimiento terrestre sobre una retirada soviética de lo que parecía una bolsa susceptible de ser explotada entre el cuerpo de avance de Breith y la Das Reich. Aunque no fue confirmada por la Luftwaffe, sugería al menos una oportunidad.<sup>367</sup> «Si» la Das Reich hacía un esfuerzo más, y «si» el cuerpo panzer de Nehring iba por delante de ellos, y «si» Breith hacía su parte cerrando la brecha con el Destacamento de Ejército Kempf... bueno, ¿quién sabía? Un último lanzamiento de dados había decidido muchas batallas a favor de Prusia y Alemania desde Fehrbellin en 1675.



Manstein también estaba mirando hacia los flancos del Grupo de Ejércitos Sur. El XLVIII Cuerpo Panzer, descrito diversa y legítimamente como aturdido y mecánico,<sup>368</sup> había pasado el 13 de julio reagrupándose, patrullando hacia el norte y apuntalando la parte posterior de su flanco izquierdo. A la derecha, los elementos delanteros del III Cuerpo Panzer estaban a menos de quince kilómetros de Prokhorovka en la noche del 12 de julio. La 7ª División Panzer estaba estancada y atrapada. La 6ª Panzer se había reducido a catorce tanques al final del día. Pero el cuerpo en su conjunto sumaba sesenta y dos, incluyendo media docena de Tiger. Con la 7ª Panzer cubriendo el flanco, las Divisiones Panzer 6ª y 19ª avanzaron la mañana del 13 de julio, ganando terreno lentamente entre los dientes de una defensa de «escudo y espada» bien coordinada: infantería de primera línea luchando — casi literalmente— hasta el último hombre, con el apoyo de contraataques blindados que una y otra vez hicieron retroceder a los alemanes. Las tácticas de los defensores diferían de la norma del Ejército Rojo para Ciudadela en que no había habido tiempo para preparar más que rudimentarias posiciones defensivas. En cambio, la intención era detener a los alemanes infligiéndoles pérdidas insostenibles en campo abierto. Los tanquistas y los fusileros del destacamento especial de Trufanov no se quedaron cortos por mucho. Cuando se detuvo la lucha, el III Cuerpo Panzer no estaba cerca de ninguno de sus sectores divisionales<sup>369</sup> en una confluencia con las SS alrededor de Prokhorovka.

Desde la perspectiva de Manstein a su regreso de Rastenburg, ninguno de estos acontecimientos le impidió traducir la intención general que había pergeñado durante los días previos en un plan revisado.<sup>370</sup> Aunque el 13 de julio podría parecer un día perdido, si el Grupo de Ejércitos Sur había podido recuperar el aliento, seguía quedando tiempo y, este, resultaba vital. El XLVIII Cuerpo Panzer y las SS seguirían llevando el peso principal, pero en una nueva dirección: se dirigirían hacia el norte hasta Oboyan, luego se desplazarían hacia el oeste y aplastarían a los rusos a lo largo del Psel. Pero, para que ese ataque tuviera éxito, era necesario un frente continuo y sólido al este/noreste. En otras palabras, el III Cuerpo Panzer no debía acoplarse simplemente a las SS, sino asumir sus posiciones meridionales, lo que le permitiría a la Das Reich en particular añadir músculo al avance sobre

Oboyan. Y eso requeriría terminar con los rusos al sur de Prokhorovka, específicamente con el 69º Ejército y las unidades de tanques que acababan de reforzarlo.

El plan fue bautizado como operación Roland: quizás una referencia semiconsciente al paladín carolingio de la batalla de Roncesvalles. El XLVIII Cuerpo Panzer se armó de fuerzas en la noche del 13 de julio para llevar a cabo un esfuerzo más. El batallón de reconocimiento de la Totenkopf había establecido un tenue contacto con la 11ª División Panzer, pero el 13 de julio se había visto forzado hasta el límite<sup>371</sup> para mantener sus posiciones. Las posibilidades de un apoyo significativo de las SS eran, en consecuencia, nulas. Como cada vez era más el caso, se depositaron una esperanza y un peso desproporcionados sobre una formación de élite. Una vez más, era el turno de la Grossdeutschland<sup>372</sup> de llevar la bandera, y de pagar las consecuencias.

Las órdenes de la división para el 14 de julio eran cambiar su eje a la izquierda y cooperar con la 3ª División Panzer en su maniobra envolvente en torno a Oboyan desde el oeste. Esto resultó ser una vieja historia en una página diferente. La Grossdeutschland, que había reunido la mayoría de sus elementos durante el 13 de julio, atacó a las 4.00 de la mañana en un páramo de árboles destrozados, maleza quemada, campos de minas diseminados y, también, entre los dientes del Quinto Cuerpo de Tanques de la Guardia y el 10º Cuerpo de Tanques. La intención de la Grossdeutschland era que su grupo de combate blindado flanquear el borde occidental del bosque devastado y continuara hacia el norte. Un segundo grupo de batalla, construido alrededor del batallón de cañones de asalto de la división, flanquearía el bosque desde la dirección opuesta. Sin embargo, tan pronto como los elementos de vanguardia de la Grossdeutschland cruzaron sus líneas de inicio, se encontraron bajo un feroz fuego de los tanques soviéticos, y luego se enfrentaron a un asalto a través de un terreno que se suponía iba a ser controlado por la 3ª Panzer. Esa división, a la que se le había ordenado y de la que se esperaba que avanzara a la izquierda de la Grossdeutschland, comenzó su ataque a las 7.00 de la mañana, se encontró con un campo minado y perdió dos tanques. Sin apoyo, los granaderos panzer fueron incapaces de romper las defensas rusas. «Solicitado» por la Grossdeutschland para dar forma y cerrar,

el cuartel general de la 3ª Panzer pidió apoyo aéreo. La respuesta fue que los Stukas estaban ocupados, salvo que se indicara lo contrario.

Un contraataque soviético hizo retroceder a los fusileros de la 3ª mientras los tanques evitaban el campo de minas, solo para quedar inmovilizados en una marisma. La 3ª Panzer se abrió paso contra una oposición cada vez más fuerte. La Luftwaffe hizo entonces todo lo posible por ayudar. Los Heinkel 111 del VIII Cuerpo Aéreo fueron desviados de sus objetivos normales en los escalones traseros para apoyar directamente a los panzer y llevaron a cabo un bombardeo especialmente preciso justo antes del ataque de la 3ª Panzer. Media docena de los cada vez más escasos Stukas fueron derribados por cazas soviéticos y fuego antiaéreo ligero. Sin embargo, hasta el final de la tarde, el 3er Regimiento de Granaderos Panzer de la división no pudo acercarse a las posiciones rusas alrededor de la Colina 258.5. Y hasta las 6.30 de la tarde no capturó el objetivo y despejó finalmente el camino para la Grossdeutschland.

El avance de esa división se frenó en seco alrededor de las 11.00 de la mañana por un ataque sorpresa de infantería de tanques con un devastador apoyo de cohetes y artillería. Un batallón de la 332ª División de Infantería, a la que se le había ordenado avanzar para tomar el control del terreno supuestamente ocupado por los panzer de la Grossdeutschland, encontró un espacio vacío. El cuartel general del cuerpo perdió contacto con el cuartel general de la Grossdeutschland. Habían dado las 5.30 de la tarde antes de que se reanudara el avance, ayudado tanto por la iniciativa de la 3ª Panzer como por cualquier impulso interno reciente. Los elementos de vanguardia fueron inmediatamente atacados por las reservas rusas redistribuidas a toda prisa. Las ganancias promediaron un poco más de kilómetro y medio, muy lejos de las expectativas de la mañana. El XLVIII Cuerpo Panzer había fracasado y la 3ª Panzer era una fuerza agotada. La Grossdeutschland estaba casi igual de deteriorada. Solo un puñado de Panthers permanecían operativos o reparables. Las pérdidas de las tripulaciones aéreas incluían a dos comandantes de *Gruppe*, uno con setenta y ocho victorias de cazas y el otro con setenta salidas de Stuka.

El Primer Ejército de Tanques se tambaleaba pero había hecho su trabajo.<sup>373</sup> El 13 de julio, Vatutin visitó el cuartel general de Katukov y repartió sus felicitaciones por todos lados. El ejército, declaró, merecía el

estatus de Guardia por su trabajo desde el 5 de julio. De hecho, ya había enviado la recomendación. Esas eran las buenas noticias. Las malas noticias eran que, aunque el Primero de Tanques esperara refuerzos, la Stavka ya había decidido: ni un solo hombre, ni un solo vehículo. Eso significaba reparar los tanques dañados y que los heridos leves regresaran a sus unidades, ambos lo más rápido posible. A continuación, Vatutin concluyó con las otras buenas noticias: el Primer Ejército de Tanques debía retirarse a la reserva y comenzar a prepararse para su futuro papel en la gran ofensiva de verano.

A las 10.00 de la mañana del 16 de julio, Vatutin ordenó al frente de Voronezh que «pasara a la obstinada defensa de sus líneas actuales».<sup>374</sup> Esa frase refleja la diferencia que habían marcado diez días las situaciones tácticas, operativas y estratégicas en el frente del Este. Los rusos eran capaces de reemplazar sus formaciones desgastadas por la batalla y mantener el terreno en lugar de atacar a través de él. Una de las ventanas de oportunidad proyectadas por Manstein estaba cerrada.

#### IV

Vatutin y Rotmistrov no estaban menos preocupados por la situación en su flanco izquierdo de lo esperanzados que estaban Manstein y Kempf. El avance del III Cuerpo Panzer había tenido lugar en un eje noreste que dejó al 69° Ejército y sus refuerzos atrapados en un estrecho saliente entre los panzer de Breith y la Das Reich, con espacio de maniobra limitado y la posibilidad de verse cortados en la base del saliente. Las órdenes iniciales de Vatutin para el 14 de julio eran que los ejércitos 69° y 5° de Tanques de la Guardia destruyeran a los alemanes. Una vez resuelta la retórica que agradase a la Stavka, la verdadera misión era, sobre todo, evitar un avance en cualquiera de los flancos del saliente recién creado. El frente de Voronezh respaldó sus palabras al reforzar al 69° Ejército con varias unidades de artillería, anticarros y Katyushas. Pero su retórica de ataque se vio cuestionada<sup>375</sup> por los informes de primera línea. La 81ª División de Fusileros de la Guardia constituía un caso típico. Describía a sus hombres como físicamente exhaustos, sin comida ni agua durante tres días, una quinta parte de ellos desarmados. Otra división de fusileros informó de tal escasez de caballos que se había

visto obligada a abandonar ocho cañones y una cuarta parte de su munición de artillería.

Los oficiales políticos interpretaban como excusas este tipo de declaraciones. Los esfuerzos para restaurar la disciplina incluyeron, una vez más, la creación de destacamentos de barrera de oficiales y hombres «comprobados minuciosamente», con la orden de «detener» a todos los que se movieran hacia la retaguardia sin autorización y enviarlos otra vez hacia adelante. Para el 17 de julio, se habían contabilizado casi siete mil soldados remisos. Sin embargo, habían permanecido en sus puestos suficientes hombres como para conservar tenazmente el terreno y haberse vistos obligados a ceder pese a su obstinación en el sector de Breith a lo largo del 14 de julio.

El Destacamento de Ejército Kempf había sido informado de que, por fin, podría esperar ayuda de la División Wiking SS. Hasta entonces, Breith se había valido por sus propios medios.<sup>376</sup> El III Cuerpo Panzer atacó en dirección norte-noroeste en la madrugada del 14 de julio con las 6ª y 7ª Divisiones Panzer, y la 19ª Panzer para asegurar el flanco izquierdo u occidental. Unirse con las SS era parte del objetivo del cuerpo, pero la intención más amplia, como se indicaba en la operación Roland, era crear y sellar una bolsa, interceptar o atrapar a las fuerzas soviéticas al sur de Prokhorovka, y luego aliviar a las SS para que pudieran cooperar con el XLVIII Cuerpo Panzer que atacaba hacia Oboyan. La 6ª División Panzer, a la derecha del cuerpo, bloquearía cualquier avance soviético alrededor de Alexandrovka, capturaría la ciudad y luego seguiría atacando hacia el noroeste con un grupo de batalla de blindados pesados. Dependiendo de las circunstancias, la 7ª Panzer, en el centro, debía apoyar a la 6ª o dirigirse hacia Prokhorovka de manera independiente, mientras la 6ª Panzer cubría su derecha. La 19ª Panzer, muy dañada por los combates de los días anteriores, mantendría la cabeza de puente y seguiría cualquier retirada rusa hacia el norte.

Una clara indicación del pretendido *Schwerpunkt* de Breith era su orden de que todos los Tiger del cuerpo en condiciones fueran asignados a la 6ª Panzer. Eso equivalía a una sola compañía procedente del 503º Batallón Panzer: ocho Tigres, dañados y reparados una y otra vez, que perdían piezas, pero capaces de salir una vez más. Los omnipresentes zapadores despejaron

los campos de minas. Los granaderos panzer descubrieron caminos que los rusos habían pasado por alto. Y lo que quedaba de los tanques orgánicos de la división, un batallón compuesto de unos veinte Mark III y IV, esperaba una oportunidad para salir.

Esa oportunidad tardó en llegar. Las posiciones de vanguardia de Alexandrovka cayeron sobre los cañones y ametralladoras de los tanques mientras los Tiger aplastaban a los fusileros bajo sus orugas y hacían explotar a los T-34. Pero entonces se estrechó la lucha tanque a tanque y el trabajo se hizo más difícil. Un informe ruso describía un tanque alemán que, de alguna manera, abría contacto por radio a lo largo de la línea de batalla para atraer a un T-34 que respondía metiéndose en una emboscada. Mientras los zapadores y los fusileros improvisaban senderos a través de la zanja antitanque de la segunda línea defensiva, los panzer se enfrentaban con los cañones que la cubrían. Un artillero ruso describía las consecuencias de un disparo errado: «Vimos la torreta girando hacia nosotros. Lo siguiente que recuerdo fue que estaba tumbado boca arriba... regresé, solo para encontrar apenas trozos de uniformes y un caos ensangrentado».

Había llegado la tarde antes de que el cuartel general de Breith recibiera la noticia definitiva de la captura de Alexandrovka. Para entonces, las pérdidas en hombres y tanques habían sido tan fuertes que lo mejor que se podía hacer era establecer un perímetro defensivo y reagruparse. En todo su sector, la 6ª Panzer había ganado terreno y se había adueñado de una impresionante cantidad de tanques, cañones antitanque y piezas de artillería. Pero la 6ª Panzer seguía muy lejos de Prokhorovka y, de hecho, de cualquier otro objetivo operacionalmente útil. La 19ª Panzer, reforzada por un batallón panzer de la 6ª y un batallón de cañones de 88 mm, también había tenido un buen día controlando los ataques de la infantería rusa. Pero estos éxitos también estaban en el lado equivocado de las ambiciones e intenciones de la operación Roland.

Desde el punto de vista de sus hombres, puede que el III Cuerpo Panzer avanzase lentamente, casi metro a metro y ciertamente muy lejos de ser un relámpago. Sin embargo, los comandantes de cuerpo y de división que se enfrentaban a él habían estado luchando contra los alemanes el tiempo suficiente como para estar bien al tanto de los riesgos tácticos de uno de sus

avances más afilados. El informe de Vasilevsky a Stalin de que las unidades del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia en el sector estaban «comportándose espléndidamente»<sup>377</sup> fue menos elogioso con respecto a los fusileros. A primera hora del 15 de julio, Vatutin respondió<sup>378</sup> a lo que parecía una situación de desestabilización haciendo personalmente responsables a Rotmistrov y al comandante del 69° Ejército (código del Ejército Rojo para su ejecución como posible precio del fracaso) para que contraatacaran de inmediato. La orden llegó un día tarde. El 69° Ejército ya había autorizado la retirada a una nueva línea defensiva.<sup>379</sup> Trufanov, al evaluar la operación mediante oportunos contraataques a pequeña escala, logró uno de los movimientos de retirada más suaves del Ejército Rojo. Al amanecer del 15 de julio, la mayoría de las tropas amenazadas habían llegado a sus propias líneas.

Sigue siendo discutible si los rusos estuvieron alguna vez realmente rodeados. Pero Zhukov también había dado órdenes: en el contexto de la gran ofensiva en curso en el sector de Orel y la planeada para los ríos Donets y Mius en el sur, resultaba aceptable una retirada local frente al cerco. Posiblemente de mayor consecuencia, y ciertamente sugerente en cualquier caso, fue el fracaso del III Cuerpo Panzer para comprender que los rusos que tenía enfrente se estaban retirando en lugar de cambiar a nuevos atrincheramientos y nuevos emplazamientos de emboscada, como había sido el caso desde que comenzara Ciudadela.

Los granaderos panzer de la Das Reich<sup>380</sup> habían atacado a las 4.00 de la madrugada del 14 de julio, apuntando primero hacia la carretera de Pravorot y más tarde hacia Prokhorovka y una unión con el III Cuerpo Panzer. En cambio, se encontraron con elementos del grupo de batalla del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia de Trufanov. Durante el resto del día, alemanes y rusos se combatieron a la distancia de un tiro de cañón y también casa por casa. Los Stukas del VIII Cuerpo Aéreo fueron otra vez cruciales para preparar el camino de los granaderos hacia, a través y más allá del fuertemente defendido pueblo de Belenikhino. Durante la noche, los talleres de la Das Reich habían reconstruido el regimiento panzer con alrededor de cien tanques. Pero incluso esta fuerza acorazada relativamente impresionante fue detenida por la masa de cañones anticarro cuando intentó una ruptura. Solo con el apoyo cercano de su propia artillería y los lanzacohetes, y a un ritmo mucho más mesurado,

consiguieron los tanques llegar al siguiente pueblo, Ivanovka. Para entonces eran las 5.15 de la tarde. Unas pesadas nubes hacia el este habían estado anunciando lluvia la mayor parte de la tarde, y el cielo acabó descargando alrededor de las 7.00 de la tarde. Ya estaba oscureciendo. La lluvia torrencial erosionaba la visibilidad hasta el punto de fuga. Carreteras y campos —cada vez resultaba más difícil percibir la diferencia— se convirtieron en un lodo espeso que atascó por igual tanques, semiorugas y vehículos de ruedas. El avance patinó hasta detenerse muy cerca de la carretera de Pravorot e incluso más lejos de las divisiones de Breith.

El III Cuerpo Panzer, que se encontraba más cerca, llegó a enlazar con las SS el 14 de julio cuando los elementos de la 7ª División Panzer, en una repetición de los gloriosos días de la campaña francesa de 1940, alcanzaron un punto en el mapa llamado Malo Jablonovo antes de quedar también empantanados por la noche. Alrededor de las 6.00 de la mañana del 15 de julio, establecieron contacto por radio con la Das Reich. Los esfuerzos de la Das Reich para fortalecer la conexión se vieron frustrados por un lodo tan formidable que, alrededor del mediodía, la artillería de la división informó que le era imposible mover sus cañones hacia adelante. Los suministros de combustible y municiones se encontraban aún más atrás. Los activos de la Luftwaffe se habían trasladado al norte, hacia el sector de Orel, y se desviaron para atacar a las fuerzas soviéticas que se estaban concentrando a ciento sesenta kilómetros al este, en la otra orilla del Donets. Durante el día, la Das Reich y la 7ª Panzer reforzaron su contacto. Pero la bolsa que una vez pudo haber sellado la unión estaba ahora vacía de todo lo que no fueran atrincheramientos, tanques y cañones abandonados, además de algunos rezagados.

El vínculo frágil, ahora inútil, incomodó, y probablemente afectó, a Manstein menos de lo que podría haberlo hecho. En el transcurso del día, el comandante del Grupo de Ejércitos Sur había refinado y reconceptualizado aún más<sup>381</sup> su propuesta de batalla. La posición de la Totenkopf en la cabeza de puente del Psel, más los avances exitosos, aunque limitados, del III Cuerpo Panzer y la Das Reich, se combinaron para apoyar la creciente creencia de Manstein de que el contraataque masivo que ocasionó el giro inicial hacia el este de los panzer SS había sido derrotado. Eso le brindaba la oportunidad,



como explicó más tarde a Hoth, de atacar y destruir las fuerzas soviéticas al sur y al oeste del Psel. La Totenkopf mantendría la cabeza de puente, no ya como un trampolín para un avance más hacia el este, sino como un guardia de flanco y eje de giro. La fuerza combinada del Cuarto Ejército Panzer y el Destacamento Kempf empujaría a los soviéticos de este a oeste a través del frente del XLVIII Cuerpo Panzer y los conduciría a la zona de retaguardia de los rusos que se enfrentaban al LII Cuerpo en el extremo izquierdo del grupo de ejército. El XXIV Cuerpo Panzer, que había comenzado a reunirse en la región de Kharkov el 12 de julio, podría ser enviado con dos días de antelación. Por el momento, su orden de batalla, que fluctuaba constantemente, solo incluía dos divisiones. Pero la Wiking y la 23ª Panzer tenían más de cien vehículos blindados de combate entre ambas y deberían ser capaces de proporcionar cualquier músculo adicional necesario para explotar la confusión resultante.

La noche del 15 de julio, Manstein se reunió con Hoth y Kempf en el cuartel general de Kempf. Les informó de las órdenes que había recibido de Hitler y de sus planes para poner en práctica su espíritu, si no su letra. Traducido a órdenes de movimiento, básicamente la Das Reich iba a encargarse del sector que miraba al norte de la 11ª Panzer, mientras que la Leibstandarte se desplegaría detrás de la línea del XLVIII Cuerpo Panzer como reserva táctica. La 7ª Panzer se trasladaría desde el III Cuerpo Panzer a Knobelsdorff como refuerzo adicional del ataque proyectado. La Totenkopf mantendría su posición; el Destacamento de Ejército Kempf, temporalmente bajo el mando de Hoth, se dirigiría hacia el norte sobre la Totenkopf. Y la 11ª División Panzer reemplazaría a la Leibstandarte en el flanco oriental, esencialmente como reserva para ese sector.

Existían dos posibilidades detrás del plan inmediato de Manstein. La «optimista» era el juicio de que las reservas rusas estaban lo suficientemente agotadas como para que otro golpe duro bastara para empujar a los rusos por la resbaladiza pendiente de la derrota. La interpretación «pesimista» sugería que Manstein estaba lógicamente preocupado por la situación en el frente de Model, y era penosamente consciente de las poderosas fuerzas soviéticas que se congregaban al este y sudeste, de manera que percibía la necesidad de crear espacio y fuerza para la defensa flexible y móvil, que era su gran talento como

comandante. Eso, a su vez, se lograba mejor dejando a los rusos la nariz lo más ensangrentada posible en el menor tiempo posible, luego rompiendo el contacto y retirándose hacia el suroeste.

La credibilidad de ambos, sin embargo, queda en entredicho por las órdenes de redespiegue presentadas anteriormente. El terreno en el que se esperaba que se movieran las divisiones de Manstein, en el que era difícil empezar, se había convertido en una carrera de obstáculos por el fuego de proyectiles, las huellas de los tanques, las bombas de la aviación y la lluvia. El casi agotamiento de las formaciones de combate ya subrayado varias veces con anterioridad se repetía en los escalones de servicio, y no menos en los cuarteles generales superiores. Nada en el comportamiento de Rotmistrov y Vatutin sugiere que ninguno de ellos hubiera sido indiferente a tales movimientos de tropas a gran escala. Finalmente, las reservas rusas en el sector de Kursk, la habilidad táctica mostrada por los comandantes rusos y el poder de combate demostrado por las tropas rusas significaron que el XXIV Cuerpo Panzer no revitalizaría la ofensiva de Manstein ni siquiera en el caso de que Hitler hubiera permitido su envío.

A este respecto, el mando del frente de Voronezh ya estaba orientado hacia adelante, preparando por adelantado su papel en la ofensiva que la Stavka había planeado<sup>382</sup> sobre el eje Belgorod-Kharkov. La operación Rumyantsev, llamada así por un heroico comandante de las guerras ruso-turcas del siglo XVIII, tenía como objetivo destruir no solo el Cuarto Ejército Panzer, sino también los otros componentes principales del grupo de ejército de Manstein: el Sexto Ejército y el Primer Ejército Panzer. Su objetivo geográfico final era el Mar Negro, a más de 190 kilómetros de distancia. Incluso en las etapas iniciales, era poco probable que una operación de ese alcance fomentara un enfoque estrecho.<sup>383</sup>

Una indicación final de las perspectivas limitadas para la revisión proyectada por Manstein para Ciudadela<sup>384</sup> se produjo en el sector del XLVIII Cuerpo Panzer. A las 5.30 de la mañana del 15 de julio, la 3ª División Panzer se adentró una vez más en el bosque de Tolstoye. La lluvia, el barro y la precaución la contuvieron cuando los rusos que se encontró en su camino se retiraron lentamente. La Grossdeutschland, en el centro, tuvo una experiencia inicial similar, y más tarde encontró resistencia suficiente para mantenerla en

su lugar la mayor parte de la tarde. La 11ª Panzer apenas pudo mantener sus posiciones frente a los repetidos ataques rusos. Para el final del día, los rusos se habían visto obligados a regresar, más o menos, a sus líneas de partida originales del 12 de julio. Pero las tres divisiones de Knobelsdorff estaban desgastadas peligrosamente por diez días de constantes combates cuerpo a cuerpo. La capacidad de combate rusa, por otro lado, parecía no haber disminuido. El estado de ánimo en el cuartel general de Knobelsdorff era sombrío, con recriminaciones manifiestas que aparecían incluso en los documentos oficiales. Al cuerpo le vendría bien quedarse donde estaba en lugar de atacar en cualquier dirección.

El 16 de julio, la variante de Manstein se trasladó definitivamente al archivo de «cosas que podrían haber sido» de Ciudadela.<sup>385</sup> Ese día, se les ordenó a la Leibstandarte y la Das Reich que establecieran «líneas principales de batalla» allí donde se encontraban, o en otras palabras, pasar a la defensiva. Esto ocurrió en el contexto de los planes de Manstein para la operación Roland, y el Estado Mayor del cuerpo estaba llevando a cabo preparativos detallados para el próximo conjunto de movimientos de tropas cuando por teletipo llegó una noticia desde el Grupo de Ejércitos Sur: «El Führer ha ordenado la retirada inmediata del Cuerpo Panzer SS y su concentración lo más rápida posible al oeste de Belgorod». A las 7.30 de la tarde, el Cuarto Ejército Panzer ordenó la destrucción de todo el material de guerra que quedaba en el campo de batalla.

Se había descartado el último avatar de Ciudadela. Pero la decisión de Hitler de revocar su autorización previa a Manstein para seguir atacando fue cualquier cosa menos espontánea. Stalin y la Stavka estaban ansiosos<sup>386</sup> por comenzar la proyectada ofensiva del sur lo más pronto posible. Zhukov no recomendó exactamente precaución, pero sí insistió en que tanto el frente de Voronezh como el de la Estepa requerirían unos días de recuperación y reagrupamiento antes de poder desempeñar los papeles que se les habían asignado. Eso significaba tomarse más molestias para atraer la atención alemana hacia otra parte. El 17 de julio, el frente Sudoeste golpeó al Primer Ejército Panzer y el frente Sur atacó al Sexto Ejército<sup>387</sup> a lo largo del río Mius. Tampoco hubo ataques de fintas o de distracción, en el sentido en que los alemanes entendían el término. Fueron operaciones a gran escala,

encabezadas por los ejércitos de fusileros de la Guardia y los cuerpos de tanques y mecanizados, respaldados por aire, blindados y elementos de artillería que sus sobrepasados oponentes ni siquiera podían intentar contrarrestar.



Hitler y el alto mando del Ejército, sin comprender en su totalidad el gran plan soviético de una serie de ofensivas secuenciales en todo el frente Oriental —otro espectacular fracaso de la inteligencia alemana— se rindieron finalmente a la evidencia.<sup>388</sup> La ofensiva de Orel no era una empresa local y única para interrumpir Ciudadela. Ninguna estructura ni plan podía sobrevivir a una serie continua del tipo de emergencias que podía crear ahora el Ejército Rojo. Ciudadela había sido un intento de recuperar la iniciativa. Ahora, Ciudadela no solo estaba *im Eimer* (lit. «en el cubo», se había perdido), sino que estaba en riesgo todo el sector sur. La primera respuesta obvia fue enviar al XXIV Cuerpo Panzer como «apagafuegos». La segunda fue observar detenidamente el sector de Orel. Hitler había acompañado la cancelación original de Ciudadela del 13 de julio con órdenes a Model para que restaurara la línea original. Esta orden demostró no estar en contacto con la realidad<sup>389</sup> cuando el frente Central comenzó a aplicar presión sobre el flanco derecho de Model y Bagrammy reforzó su ataque hacia la izquierda con un nuevo cuerpo de tanques. Las ya agotadas divisiones de Model enviadas contra este movimiento se desvanecieron hasta el punto de que destituyó a un comandante de división panzer por negarse a realizar un contraataque que consideraba suicida. Todo lo que quedaba en algunos sectores eran elementos de las divisiones de seguridad del escalón de retaguardia, más adecuados para ejecutar a civiles rusos que para destruir los T-34 rusos.

El hecho de que el frente alemán en el saliente de Orel se mantuviera más o menos unido reflejaba en buena parte el desprecio de Model por la orden de Hitler de que no se establecieran posiciones defensivas secundarias. Incluso antes de Kursk, Model había iniciado la preparación de una serie de líneas escalonadas que, para el momento de la operación Kutuzov, eran algo más que trazos en los mapas. Model manejó sus dispersas reservas con habilidad y sangre fría, enviándolas como baterías y batallones con la fuerza suficiente como para debilitar y retrasar los ataques soviéticos. La herramienta decisiva que tenía a mano, sin embargo, era la Luftwaffe.

La 1ª División Aérea realizó más de mil cien salidas el 18 de julio, casi la mitad por parte de los Stukas y los aviones de ataque terrestre. Al día siguiente, los tanques de vanguardia de Bagramyan emergieron del bosque y

los alemanes atacaron al amanecer. Los Stukas, Henschels y Fw 190 volaban a altitudes tan bajas que un piloto de Hs 129 estrelló su aparato contra el tanque que estaba atacando. Para ese momento, la experiencia y los rumores les habían enseñado a los tanquistas rusos todo lo que deseaban saber sobre los aviones de ataque alemanes. Algunas tripulaciones realizaban maniobras evasivas al azar, dispersándose en todas las direcciones. Otros simplemente abandonaban sus vehículos. La 1ª División Aérea se adjudicó 135 blancos solo el 19 de julio. Los registros soviéticos admiten que, el 20 de julio, el 1er Cuerpo de Tanques solo contaba con treinta y tres tanques. Los pilotos se adjudicaron a sí mismos haber evitado un «segundo Stalingrado». Model, un hombre nunca fácil de impresionar, felicitó por cable la operación aérea que con tanto éxito había detenido una ofensiva con buques.

El 19 de julio, el frente de Bryansk lanzó al Tercer Ejército de Tanques de la Guardia al ataque. Más de setecientos vehículos blindados de combate, apoyados por toda la fuerza del Decimoquinto Ejército Aéreo, avanzaron casi trece kilómetros al anochecer y siguieron martilleando. A pesar del «aliento» directo de Stalin, lo que se proyectó como un gran avance se convirtió en una batalla de desgaste. Model utilizó su aviación para compensar la cada vez más erosionada resistencia en tierra. Los bombarderos medianos de la Luftwaffe realizaban hasta cinco incursiones al día, y los cañones antiaéreos de 88 mm utilizados en el servicio antitanque se adjudicaron más de doscientos tanques destruidos. Los cazas rusos y alemanes luchaban por el control del aire, con un informe soviético que describe a un piloto aterrizando cerca de un Me-109 derribado y capturando al piloto. Lo que importaba era que, a medida que los aviones de la 1ª División Aérea se desplazaban sin piedad y se comportaban implacablemente, el juicio del piloto disminuía y aumentaban las pérdidas de tripulaciones. Un número desproporcionado de ellas correspondía a los veteranos con más vuelos y jefes de escuadrón y, en consecuencia, resultaban irremplazables a corto plazo.

## V

Ya el 16 de julio, de nuevo claramente en contra de las órdenes, Model había comenzado a trabajar en una posición de respaldo a lo largo del río Desna, en

la base del saliente. El 20 de julio, Hitler prohibió cualquier retirada posterior por parte del Grupo de Ejércitos Centro. Model pidió a Kluge que hiciera cambiar de opinión al Führer.<sup>390</sup> La posición actual era insostenible. La tormenta que surgió en el sector de Manstein significaba la redistribución de los activos aéreos indispensables lo antes posible. La posición estratégica y política de Alemania en el Mediterráneo se erosionaba constantemente.<sup>391</sup> A medida que los Aliados avanzaban a través de Sicilia, el dominio de Mussolini sobre la realidad y el poder se volvía cada vez más tenue,<sup>392</sup> y Hitler se reunió con él el 19 de julio para una discusión final, básicamente unilateral. El 23 de julio, Mussolini fue depuesto y detenido. Para entonces, había dieciséis divisiones alemanas en Italia. ¿Estaban allí para defender el país, para ocuparlo, o para ambas cosas? Lo cierto era que, en ninguno de los casos, estarían disponibles para el frente Oriental. Además, resulta fácil que los académicos británicos y estadounidenses, con sus profundas raíces en culturas de poder marítimo, pasen por alto la influencia que la supremacía naval de los Aliados ejerció sobre los alemanes —ya no era una mera superioridad— y lo que parecía un poder casi místico para atacar cuándo y dónde quisieran en el momento de su elección. Tanto desde el punto de vista operacional como estratégico, el Reich parecía de repente atrapado entre enemigos capaces de comportarse de manera similar: uno en el mar, el otro en tierra.

El 22 de julio, Hitler había aceptado una defensa elástica en el frente inmediato de Model. El 26 de julio, convocó a Kluge<sup>393</sup> y le informó de que el Cuerpo Panzer SS debía ser transferido de inmediato a Italia. Otras divisiones no especificadas tomarían la misma ruta. Esto significaba, afirmó el Führer, que el saliente de Orel debía ser evacuado también de inmediato. Cuando un sorprendido Kluge mencionó que las posiciones de reserva para esa contingencia apenas estaban en construcción, Hitler se mantuvo firme. El 28 de julio, el OKH emitió las órdenes específicas.

El alto mando del Ejército y el Führer habían respondido a la ofensiva meridional del Ejército Rojo dispersando no solo los refuerzos tantas veces solicitados por Manstein, sino también el núcleo del Cuarto Ejército Panzer. La SS Wiking fue asignada al Primer Ejército Panzer. La 23ª Panzer fue enviada al Mius. Fue seguida por el Cuerpo Panzer SS a excepción de la



Leibstandarte, que finalmente fue enviada a Italia. La Grossdeutschland, retirada de la línea de frente a corto plazo, se dirigió inicialmente al norte para reforzar al Grupo de Ejércitos Centro, que se encontraba en aprietos. Desde un punto de vista táctico, y contra todo pronóstico, el desmantelamiento de Ciudadela se llevó a cabo sin problemas. Desde los cuerpos a las compañías, es palpable por igual, tanto en los informes oficiales como en las comunicaciones privadas, una sensación de alivio por salir del matadero de Ciudadela. Desde la perspectiva rusa, los acontecimientos progresaban suficientemente de acuerdo con el plan, de manera que no se aplicó ninguna presión para una persecución más cercana.<sup>394</sup> En particular, el frente de Voronezh y los ejércitos que lo componían habían sufrido el tipo de vapuleo que hacía que incluso los guerreros comunistas más entregados requirieran algo de espacio para darse un respiro, al igual que el ejército de la Unión después de Gettysburg.

Lo mismo podría decirse de Manstein. Las órdenes de Hitler lo devolvieron otra vez a su tipo de guerra, tanto contra los rusos como contra sus superiores. Dejó testimonio de sus percepciones en sus memorias. Los rusos que se enfrentaban a su grupo de ejército disfrutaban de una superioridad de siete contra uno en hombres y material, lo que les daba la capacidad de atacar a voluntad. Tenían una capacidad similar para reemplazar las pérdidas, algo que el Reich no podía igualar. Los alemanes aún poseían una ventaja cualitativa, aunque se estaba agotando en las categorías cruciales de soldados experimentados de primera línea, oficiales de compañía y (no menos) oficiales de campo. Desde el comienzo de Ciudadela hasta el final de agosto, solo el Grupo de Ejércitos Sur perdió 38 comandantes de regimiento y no menos de 252 comandantes de batallón.

Estos activos debían gastarse con cuidado, para obtener la máxima ventaja y no desperdiciarse en las últimas resistencias en puestos de avanzada perdidos. Y esa era la responsabilidad de los mandos superiores. La contabilidad minuciosa y los cálculos nunca habían caracterizado el estilo de hacer la guerra de los alemanes. Lo que importaba en los niveles de alto mando era la voluntad de olvidar las probabilidades y confiar en la virtud de cada uno. Si eso significaba choques con superiores y subordinados, que así fuera. Los últimos activos de Alemania,<sup>395</sup> al menos en sus propias opiniones,

eran generales como Erich von Manstein. «Si», le informó a Zeitzler, «el Führer cuenta con un comandante o un cuartel general del ejército que tenga los nervios más templados... que muestre más iniciativa... que improvise mejor... Estoy listo para dejar mi puesto». Concluyó el mensaje declarando: «Mientras esté en este puesto, debo tener la posibilidad de usar mi propia cabeza».

Durante unos días, el Grupo de Ejércitos Sur pareció estar librando la guerra de Manstein.<sup>396</sup> Las SS restauraron el sector del Mius. El Primer Ejército Panzer montó una contraofensiva con un éxito local. Pero Manstein y su equipo se equivocaron en su estimación del tiempo necesario para que se materializase el ataque soviético a gran escala. La «niebla y la fricción» estaban, de hecho, omnipresentes en el bando ruso. Las pérdidas de Ciudadela en hombres y equipos se habían inventado al azar, en el mejor de los casos. Las órdenes escritas no aparecieron hasta dos días después del comienzo del ataque, y el Ejército Rojo no estaba precisamente pensado para la transmisión verbal. Sin embargo, la operación Rumyantsev comenzó en serio el 3 de agosto, con nueve ejércitos, dos ejércitos de tanques y dos ejércitos aéreos. El sector inicial fue bien elegido. Sus defensores, aún agotados por Ciudadela, se habían pasado dos semanas retrocediendo, no a posiciones preparadas, sino a cualquier cosa que los *Landser* pudieran excavar en la tierra y que pudieran improvisar los tanquistas. Su logística y su mantenimiento no eran mucho mejores que los de los rusos. Su situación de reemplazos era peor, especialmente en las divisiones de infantería. En un día, el frente de Voronezh abrió una brecha de trece kilómetros entre el Cuarto Ejército Panzer y el Destacamento de Ejército Kempf. Era una coda apropiada para Ciudadela, una despedida para un rejuvenecido Ejército Rojo. También fue solo un comienzo.

Durante los dos meses siguientes, Manstein fortaleció sector tras sector a medida que se expandía sin cesar la ofensiva soviética. Las incondicionales de Ciudadela: la Totenkopf, la Das Reich y la Grossdeutschland, desplegadas una vez más a toda prisa, representaron papeles centrales en un proceso unidireccional. Compraron días —pero no tiempo—. En las mordaces palabras de Robert Citino, «los mapas de situación eran una avalancha de flechas rojas<sup>397</sup> que se dirigían hacia el oeste». El 8 de agosto, Zeitzler hizo una visita no anunciada<sup>398</sup> al cuartel general de Manstein, para enfrentarse con

dos duras alternativas. O bien transferir no menos de veinte divisiones a los Grupos de Ejércitos Sur y Centro o llevar a cabo una retirada combatiendo hasta el río Dnieper. Cuando Hitler autorizó un refuerzo de media docena de divisiones, Manstein lo descartó por considerar que solo se trataría de ganar tiempo. En lugar de enviar todas las divisiones disponibles para sostener el frente del sur de Rusia, Hitler estaba preocupado por dónde caería del próximo golpe aliado en el Mediterráneo una contingencia que Manstein calificó de «tan improbable como poco importante».

Con la evacuación del saliente de Orel puesta en marcha con éxito, Hitler voló a Vinnitsa<sup>399</sup> el 27 de agosto y se reunió con Manstein. Después de unos escarceos preliminares, el mariscal de campo repitió sus alternativas: o reforzar de inmediato al Grupo de Ejércitos Sur con al menos doce divisiones o abandonar el área del Donets. Según Manstein, Hitler estuvo de acuerdo en proporcionar todo lo que se pudiera salvar de otros sectores en Rusia. En el contexto de otras ofensivas soviéticas en marcha, aquello resultó ser nada. Manstein comparó experiencias con Kluge, quien había recibido básicamente la misma respuesta. El 2 de septiembre, advirtió de nuevo a Zeitzler de que retrasar los refuerzos hasta que los Aliados abrieran un segundo frente corría el riesgo de ser un desastre inmediato en el este. Y el 3 de septiembre, Kluge y Manstein se reunieron con Hitler en Rastenburg e insistieron al unísono: enviar refuerzos considerables a sus grupos de ejército o autorizar «operaciones móviles» —lenguaje analgésico para retiradas organizadas protegidas mediante contraataques locales—. Esta vez, Hitler no se mostró cooperativo en absoluto, negando a sus subordinados tanto los refuerzos como la iniciativa. Se mostró incluso menos receptivo a su sugerencia de abordar los crecientes problemas de una guerra expandida estratégicamente en el Este y una guerra de dos frentes que estaba surgiendo en el Oeste mediante la creación un alto mando unificado.

La renovada intransigencia de Hitler reflejaba acontecimientos en el otro lado del continente. El 3 de septiembre, el Octavo Ejército británico desembarcó en Calabria, en la punta de la bota italiana. Ese mismo día, Italia firmó un armisticio con los Aliados. Y el 7 de septiembre, Manstein informó al OKH que, a menos que se hiciera algo inmediatamente, el Grupo de Ejércitos Sur podría dejar de tener «el control de la situación». Al día siguiente, Hitler

visitó el cuartel general de Manstein, comportamiento al menos susceptible de ser interpretado en el contexto de la montaña viniendo a Mahoma. Manstein respondió con un informe detallado que se centraba en la situación a la que se enfrentaba su grupo de ejércitos. Hitler reaccionó permitiendo que se retiraran el Sexto y Primer Ejércitos Panzer y, una vez más, prometiendo refuerzos al Cuarto Ejército Panzer y al Destacamento del Ejército Kempf, ahora rebautizado como Octavo Ejército. Repitió esa promesa mientras subía al avión.

Sin embargo, Manstein continuó la reunión con un mensaje que reiteraba la necesidad de una reasignación rápida e importante de las fuerzas en el frente Oriental y entre el este y los otros teatros de operaciones de la guerra. Ese mismo día, 9 de septiembre, las tropas aerotransportadas británicas se apoderaron de Tarento, y elementos del 5º Ejército de Estados Unidos desembarcaron en Salerno. Y el 14 de septiembre, Manstein informó al OKH de que, o bien autorizaba una retirada, o todo el grupo del ejércitos se replegaría a lo largo del Dnieper bajo su autorización. Recibió la respuesta de no actuar hasta que el asunto se discutiera con Hitler. Manstein, a su vez, exigió una reunión privada con el Führer,<sup>400</sup> con la única presencia de Zeitzler. Al día siguiente voló a Rastenburg, donde defendió sus puntos de vista con un giro leve pero significativo. Describió la retirada al Dnieper como una consecuencia de que no se hubieran cumplido las promesas previas de refuerzos y de que no se obedecieran las órdenes para enviarlos. Sin embargo, Manstein se declaró confiado en que «se obedecerían» las órdenes que pretendía dar el día siguiente. No cabía duda sobre lo que implicarían esas órdenes.

Aquel no fue un guante arrojado a los pies de Hitler, sino restregado por su cara. El biógrafo militar más destacado de Manstein comenta acertadamente que ningún dictador puede aceptar semejante desafío.<sup>401</sup> Tampoco puede un líder de una democracia aceptar este tipo de reto con ecuanimidad: viene a la mente la controversia entre Truman y MacArthur durante la guerra de Corea. Ante la alternativa de tener que destituir a Manstein en el acto, Hitler autorizó la retirada hasta el Dnieper. También habló nuevamente de refuerzos. Pero incluso si el Führer hubiera estado repentinamente dispuesto a despojar a las regiones ocupadas de sus guarniciones, ya no había tiempo para trasladarlas a

Rusia. Y tampoco había muchos sectores tranquilos en la «Fortaleza Europa». Como un contrapunto particularmente irónico, la 16ª División Panzer, enviada a Italia solo en junio, estuvo a punto de devolver al mar el desembarco de Salerno<sup>402</sup> del 14 de agosto.

Al menos desde mediados de julio, Kluge y Manstein habían actuado a partir de una matriz común. Estuvieron de acuerdo en que las circunstancias de estrategia y de gran estrategia del Reich eran lo suficientemente desesperadas como para necesitar un cambio importante en la estructura del alto mando de la Wehrmacht, con el objetivo inmediato de restaurar la situación militar en Rusia y, a largo plazo, de concluir la guerra de una manera aceptable; un teutonismo para algún tipo de compromiso de paz. Era un secreto a voces que ambos cuarteles generales contenían hombres más o menos conscientes de la resistencia. El coronel Rudolf von Gersdorff, del Estado Mayor de inteligencia del Grupo de Ejércitos Centro, había llegado tan lejos<sup>403</sup> como para tratar de asesinar a Hitler inmolándose como un terrorista suicida. Declaró que Kluge lo había enviado a Manstein con una proposición. Después de un exitoso golpe de Estado, Kluge le ofrecería a su colega el puesto de jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht, lo que en otras palabras suponía el mando supremo de las fuerzas armadas.

Gersdorff fue lo suficientemente cauteloso como para transmitir su mensaje inicialmente en términos de la necesidad de un mando unido y de frenar la propensión de Hitler a controlarlo todo por sí mismo. Manstein estuvo de acuerdo, pero dijo que carecía de la confianza de Hitler, especialmente desde que la «propaganda extranjera» lo había descrito ansiando el alto mando para sí mismo. Únicamente Kluge o el mariscal Gerd von Rundstedt tenían la antigüedad, la seriedad y la influencia para acercarse al Führer con este tipo de propuesta. Según las memorias de Gersdorff, la discusión se agrió cuando sugirió a Manstein que los mariscales de campo deberían enfrentarse a Hitler y «apuntar a su pecho con un arma» — probablemente en sentido metafórico—. La supuesta respuesta de Manstein (que los mariscales de campo prusianos no se amotinan) se ha convertido en un tropo para la mentalidad de todo el cuerpo de oficiales superiores. Su enmienda de que la destitución de Hitler solo llevaría al caos vino

acompañada por su garantía a Kluge de que él, Manstein, siempre permanecería fiel a la legítima autoridad estatal.

Para Manstein, el subtexto declarado de este encuentro era su creencia expresa de que aún no se había perdido la guerra o, al menos, no del todo. En sus memorias insistió una y otra vez en que estaba luchando por un empate — una *Remis-Frieden*—. «Remis» (*tablas*) es una palabra generalmente asociada con el ajedrez y los deportes. La guerra ruso-alemana, y, de hecho, toda la Segunda Guerra Mundial de Alemania, no encajan en ninguna categoría. ¿Cómo se lograría ese empate desde el punto de vista político? ¿Cuáles serían sus términos? En esos puntos, el «simple soldado» es simplemente silencioso.

Un subtexto alternativo bien podría haber sido el común entre los oficiales superiores de la Wehrmacht después de 1942: la visión autoimpuesta del túnel, centrándose en problemas inmediatos que eran lo suficientemente intimidantes por sí mismos como para justificar la postergación. En términos de carácter, esto reflejaba un doble compromiso hacia lo que Isabel Hull denomina «accionismo unilateral»: <sup>404</sup> una combinación de intelecto, voluntad e imprudencia para sacar lo mejor de una situación desesperada. Este elevado eco de los héroes de la *Nibelungenlied* iba probablemente acompañado por la consideración de que, si se perdía la guerra, los coroneles y los generales se convertirían en limpiabotas y bomberos, es decir, los que tuvieran esa suerte. Y los dos se combinaron para oscurecer una cuestión moral. ¿Es unilateral un juramento? <sup>405</sup> ¿Puede —de hecho, debe— un juramento definirse en contexto: a quién se le presta y cómo se utiliza?

Era más fácil no pensar en eso; era más fácil librar una guerra. Cuando el Grupo de Ejércitos Sur y Centro cayeron, hicieron una política de tierra quemada. <sup>406</sup> Ni Manstein, ni Model ni Kluge consideraron necesario consultar a una autoridad superior. Los apologistas declararon que solo estaban siguiendo los precedentes establecidos por los propios rusos en los primeros meses de Barbarroja. Una orden del Führer posterior a Stalingrado había establecido un precedente más claro: si fuera necesario una retirada, destruir cualquier cosa materialmente útil; evacuar a todos los hombres entre quince y sesenta y cinco años. Esto no era una simple quema de aldeas y saqueos de casas, sino, en palabras de Manstein, la destrucción sistemática de cualquier cosa que permitiera ocultarse o protegerse a los enemigos; cualquier cosa que

remotamente pudiera ayudar a la producción de guerra soviética. En la guerra total, eso significaba todo. La franja de devastación cubrió cientos de kilómetros cuadrados. Lo que no se quemó fue dinamitado. Como potencia ocupante, Alemania estaba obligada a proteger a los civiles bajo su control. En cambio, miles fueron conducidos al oeste con lo que pudieron llevar, con la alternativa de arriesgarse a ser ejecutados como presuntos partidarios o por simples disparos al azar. Los rusos, en palabras de uno de los soldados de infantería de Manstein, «no deberían encontrar nada más que un campo de escombros».<sup>407</sup>

Los archivos con la etiqueta «Protestas» y «Denegaciones» brillan por su ausencia en unos registros alemanes por lo demás bien cuidados. Lo importante era que el saqueo se llevara a cabo de manera ordenada y bajo un mando. Los soldados alemanes no eran meros bandidos. Creer eso requería niveles orwellianos de pensamiento contradictorio. Y es razonable sugerir que, como cualquier ejemplo de pensamiento contradictorio, creerlo requería aislar elementos de la mente y del espíritu que son cruciales para el mando en sus niveles más altos.

Manstein condujo su retirada con consumada profesionalidad. El Ejército Rojo pisaba los talones del Grupo de Ejércitos Sur. Vatutin acuñó un lema para su motivación: «Están quemando nuestro pan».<sup>408</sup> Había pocos soldados soviéticos que no hubieran experimentado el hambre. Cuando el Grupo de Ejércitos Sur alcanzó el Dnieper,<sup>409</sup> se había reducido a menos de trescientos tanques operativos. La fuerza media de primera línea de la división de infantería era alrededor de mil hombres; su sector promedio era de alrededor de veinte kilómetros. Los hombres estaban tan cansados y apáticos que un informe de la división de élite Grossdeutschland afirmaba que a sus hombres ya no les importaba si los fusilaban los rusos o sus propios oficiales.

El Grupo de Ejércitos Centro no estaba en mejores condiciones. En septiembre de 1944, uno de los comandantes del ejército dijo que su fuerza total de fusileros se había reducido a no más de siete mil hombres. Un accidente de automóvil el 12 de octubre dejó fuera de combate a Kluge; nunca regresó al frente Oriental. Solo la regresión rusa a tácticas que hacían que Passchendaele y el Somme parecieran sofisticadas permitió finalmente a los alemanes estabilizar —más o menos— ese sector durante parte del invierno.

Pero donde quiera que avanzara el Ejército Rojo, lo hacía con renovada determinación de llevar la lucha a su final, sin importar cuánto tiempo les llevara y pagando el precio que fuera necesario.



# Conclusión

## PUNTOS DE INFLEXIÓN

Al evaluar y situar Kursk en su contexto, queda una serie de cuestiones que merecen ser consideradas. Primero vienen las estadísticas.<sup>410</sup> En términos materiales, los soviéticos declararon haber destruido casi 2.800 tanques y cañones de asalto. Los archivos alemanes proporcionan una cifra de alrededor de 250, y solo 10 de estos fueron Tiger. Una documentación similar de los registros soviéticos ofrece un total de 536 vehículos blindados de combate perdidos para el frente Central, entre 1.200 y 1.400 para el frente de Voronezh y los refuerzos del frente de la Estepa. En conjunto, los totales varían entre 1.600 y más de 2.000 —aproximadamente una proporción de ocho a uno—. Más de 54.000 alemanes murieron, fueron heridos o se les consideró desaparecidos. El total de bajas rusas superó las 320.000.

Estas cifras ayudan a abordar algunos de los mitos predominantes de Kursk. El ejército alemán en el frente Oriental ni se desangró ni se deshonró por las pérdidas humanas y materiales de Ciudadela. Sus Tiger eran los señores del campo de batalla dondequiera que aparecieran. Incluso los a menudo denigrados Ferdinand prestaron grandes servicios en el sector de Model cuando se utilizaron de manera apropiada, en su prevista función antitanque. Puede que los intangibles sean otra historia. Ya sea en un contexto de irremplazable experiencia de combate perdida por muerte o heridas, o bien una insustituible confianza perdida a causa de un enfrentamiento que dejó a los rusos de pie y a los alemanes de rodillas, después de Kursk fueron estos los que reaccionaron ante las iniciativas rusas.

Para el Ejército Rojo, Kursk fue una de sus batallas más sangrientas y menos sofisticadas que absorbió cuerpos y ejércitos que originalmente formaban parte del diseño de la Stavka para una gran ofensiva, y que podría

retrasar un año la proyectada victoria rusa. Ya fuera como una función del sistema soviético, debido a la implacable matanza selectiva por parte de Stalin dentro del cuerpo de oficiales superiores en los años de la derrota, o por la habilidad táctica y operativa alemana, Kursk mostró en qué se convertiría el Ejército Rojo —no lo que era.

En cuanto a Prokhorovka, las principales narrativas de ambos contendientes son ciertas; ambas están incompletas. Las Waffen SS obtuvieron una victoria táctica el 12 de julio —Prokhorovka no fue un cementerio de Tiger, sino un depósito de chatarra de T-34—. Sin embargo, desde el punto de vista operacional, la palma de la victoria descansa sobre los hombros del Ejército Rojo. Prokhorovka se quedó con lo que le quedaba a los alemanes. El punto de inflexión de Ciudadela no fue el 12 de julio, sino el 13 de julio, cuando los alemanes se batieron desesperados y en vano, como un boxeador aturdido, para recuperar al menos la iniciativa local. Las operaciones Kutuzov y Rummyantsev los frustrarían.

Eso lleva a otro mito, denominado «el mito de la victoria negada». Podría describirse mejor como el mito del XXIV Cuerpo Panzer. Desde el comienzo de Ciudadela, Manstein vio esas divisiones como la piedra angular de la victoria y lamentó su ausencia como la clave de la derrota. Aparte de su papel crucial para estabilizar los sectores de los otros dos ejércitos de Manstein cuando comenzó la ofensiva soviética, nada indica en los detalles de los últimos días de Ciudadela que la Wiking y la 23ª Panzer habrían hecho más que poner aún más en juego algunas de las irremplazables divisiones móviles en una zona de batalla ya limitada de la que se habrían acabado retirando en cualquier caso.

Como se ha señalado a lo largo de este texto, Erich von Manstein no era un jugador. Quizás si el póquer hubiera sido su pasatiempo, podría haber recordado los axiomas clave del juego: «Saber cuándo aguantar y cuándo retirarse; saber cuándo alejarse y cuándo correr». Al igual que Lee en Gettysburg, se quedó con una carta de más.

Winston Churchill describió Kursk como el anuncio de la caída del ejército alemán en el frente Oriental. Esta obra presenta Ciudadela como un punto de inflexión en múltiples niveles. Destacan cuatro. Institucionalmente, la batalla de Kursk fue el punto de encuentro entre dos de los instrumentos

bélicos más formidables que el mundo haya visto, contruidos alrededor de paradigmas esencialmente diferentes. El Ejército Rojo entendía la guerra como una ciencia, siguiendo principios abstractos que son válidos para la razón y, por lo tanto, dependientes de la planificación. Para los alemanes, la guerra era, en última instancia, una forma de arte, cuyo dominio magistral requería lo que equivalía a un sentido estético. *Fingerspitzengefühl*, *Tuchfühlung*, y palabras similares salpican la literatura militar de Alemania —eufemismos para una intuición cultivada y enfocada.

«Paradigma» no significa «camisa de fuerza». En los años de entreguerras, la Unión Soviética desarrolló conceptos de operaciones móviles que superaron cualquier cosa del manual de juego de los alemanes. Las teorías del Ejército Rojo sobre operaciones profundas, realizadas en múltiples niveles y en contextos de armas combinadas, fueron blitzkrieg *avant la lettre*. Las campañas alemanas de 1939-1940, y en mayor medida la operación Barbarroja, incorporaban cálculos sinérgicos muy por delante de cualquier cosa que reunieran sus oponentes. Pero cuando la «niebla y fricción» reducían una campaña, una batalla o una escaramuza a los fundamentos, los soldados regresaban a sus respectivas raíces principales. Sacudida hasta los huesos por los iniciales éxitos alemanes de 1941, la URSS recuperó su sistema, planeando operaciones complejas para derrotar y destruir a la Wehrmacht igual que un maestro de ajedrez destroza a un novato, sin ningún respeto serio por los detalles de la puesta en escena. Los alemanes, sorprendidos en la carretera a Smolensk, recurrieron a la improvisación heroica hasta niveles en los que se dotaba a las divisiones panzer con tan solo un par de docenas de tanques operativos y algunos cientos de fusileros como efectivos de combate total en las profundidades de un invierno ruso.

La batalla de Kursk se libró después de que ambos ejércitos hubieran tenido dos años para aprender —y sufrir— de sus propios errores y de los ajenos. En lo bueno y en lo malo, ninguno de ellos era tampoco lo que habían sido durante Barbarroja o la lucha por Stalingrado. En Kursk, sus élites se encontraron cara a cara, cada una con tiempo para comprender la naturaleza del encuentro propuesto y para prepararse a su manera. El tamaño restringido del teatro de operaciones creó un escenario para el duelo. Eso exigía un enfoque: ninguno de los adversarios podría imponer su doctrina y voluntad

desde el principio. Exigía habilidad: los resbalones y errores no podían compensarse cambiando los parámetros de la batalla. Y exigía voluntad: ¿qué bando tenía la confianza y el valor para aguantar la carrera durante los cinco minutos finales? ¿Cuál sería el resultado? Perihelio y afelio, o punto muerto mutuo según el patrón de 1916: ¿Verdún y el Somme? La batalla de Kursk esbozó la respuesta y abrió la puerta a una nueva realidad. Después de Ciudadela, no hubo una posición que los alemanes pudieran defender, ninguna línea que pudieran mantener, si el Ejército Rojo estaba dispuesto a pagar el precio de tomarla o destruirla.

El segundo punto de inflexión de Kursk implicó la reconfiguración fundamental del ejército alemán. La Segunda Guerra Mundial comenzó como un instrumento de ofensiva y explotación. La base de su sistema de mando era la autoridad independiente. Dada una misión, los medios para lograrla eran responsabilidad del comandante. Esto reflejaba sistemas de capacitación y educación que significaban que la iniciativa y la adaptabilidad probablemente producirían resultados favorables en cualquier nivel. Reflejaba una cultura militar común, construida alrededor del cuartel general. Y reflejaba primar la creatividad, la agresividad y los grandes riesgos para obtener grandes ganancias.

Esta mentalidad se aplicaba en coordinación con una estructura institucional basada en formaciones de alta tecnología dentro de una masa. Los multiplicadores de fuerza desarrollados en la década de 1930, basados en motores de combustión interna y comunicaciones electrónicas, favorecieron el desarrollo de una élite, no en el sentido racial/ideológico de las Waffen SS, ni sobre la base de la selección de personal, como los paracaidistas británicos y estadounidenses, ni siquiera basándose en el rendimiento en combate, como las divisiones de la Guardia soviéticas, sino, más bien, una élite funcional basada en las habilidades aprendidas: las divisiones panzer y de granaderos panzer. Esa estructura se vio reforzada por las consecuencias a largo plazo del tan denostado Tratado de Versalles. Con el servicio militar obligatorio prohibido y el complejo de producción militar eviscerado, Alemania se vio obligada a movilizar a la mayor parte de su ejército para tiempos de guerra como infantería de a pie. Sus vehículos estaban tirados en gran parte por caballos; sus niveles de entrenamiento oscilaban a la baja desde niveles

mínimos; su armamento dependía en gran medida de lo que pudieran entregar las fábricas sobrecargadas o rescatadas de las últimas conquistas del Reich.

El éxito de esa estructura debe mucho a su propia calidad, pero no menos a sus afables enemigos. En 1943, el Ejército Rojo ya no era un enemigo amable. Kursk fue la última gran ofensiva a nivel operativo del ejército alemán. Durante el resto de la guerra, pasó a una orientación defensiva. Lo hizo en grado superlativo, y eso era una anomalía. Los estados, como regla, pueden ir a la guerra con los ejércitos que tienen. Por lo general, los ejércitos libran las guerras con las herramientas con las que comienzan. El ejército de Estados Unidos nunca superó su dicotomía interna entre movilidad y potencia de fuego. Las deficiencias británicas en las operaciones de armas combinadas se mantuvieron como una constante desde la evacuación de Dunkerque hasta el cruce del Rin. Pero, después de Kursk, en ambos frentes principales, el ejército alemán tuvo que reinventarse.

Hasta cierto punto, ese proceso reflejó la insistencia de Adolf Hitler en que sus comandantes informaran sobre las circunstancias operacionales al detalle y hablaran claramente cuándo no conseguían cumplir las órdenes encomendadas. Su creciente microadministración fue consecuencia de una cantidad cada vez mayor de información. La comunicación casi instantánea que facilitaba la electrónica moderna no solo le permitía a Hitler, sino a cualquier oficial superior, acceder directamente a los escalones de mando subordinados. Sin embargo, ese hecho no disminuyó automáticamente la efectividad operativa alemana. En un primer momento, la respuesta más familiar a la creciente capacidad ofensiva del Ejército Rojo fue el concepto de defensa flexible de Erich von Manstein: ceder terreno, dejar que el enemigo se sobrecargue, y luego devolver el golpe. Cuando estas maniobras de barrido se volvieron imposibles a medida que aumentaron los efectivos y la flexibilidad de los soviéticos, una nueva generación de veteranos del frente Oriental, como Erhard Raus y Walther Model, desarrollaron una defensa de zona de armas combinadas que frustraron tácticamente al Ejército Rojo hasta la ruptura final del Reich en 1945, y que dependía en gran medida de las comunicaciones que aceleraban la iniciativa en los niveles superiores de mando.

Desde un punto de vista material, el ejército alemán introdujo una «tecnología de pelotón»<sup>411</sup> que transformó el campo de batalla. Las MG-42,

con su alta tasa de disparo cíclico; los fusiles de asalto MP-43 y Sturmgewehr 44, y las armas antitanque portátiles Panzerfaust y Panzerchreck elevaron al soldado de infantería alemán a un nivel que el resto de los soldados de a pie del mundo no alcanzaría durante décadas. En sus versiones desarrolladas, los tanques Panther y Tiger, con sus cañones de alta velocidad, su blindaje en perfecta inclinación, y sus radios y sistemas ópticos de primer orden, combinaban el poder de combate y la capacidad de supervivencia en mayor grado que sus oponentes. Y fue en Kursk donde estos formidables vehículos blindados, como el ejército en su conjunto, comenzaron el cambio de paradigma de pilares ofensivos a defensivos.

Kursk también fue un punto de inflexión para la URSS. Marcó la primera etapa del desarrollo final del gran diseño estratégico de frente amplio que Stalin había buscado desde el comienzo de la guerra. Las versiones previas habían fracasado por una mala coordinación, una logística inadecuada, las habilidades tácticas limitadas y el poder de combate alemán. Desde la perspectiva soviética, el saliente de Kursk se desarrolló como una trampa estratégica: cuanto mayor fuera el compromiso alemán allí, más vulnerables serían a los ataques en los flancos. Desde el punto de vista operacional, el Grupo de Ejércitos Centro logró restablecer un frente. En el sur, durante el mismo periodo de tiempo, Manstein logró una retirada luchando hasta la otra orilla del Dnieper y celebró esta «heroica epopeya» en sus memorias. Y los rusos habían pagado caras sus victorias iniciales en Ucrania, con más de un millón y medio de bajas. Pero en octubre, una serie de ataques llevó al Ejército Rojo a través del Dnieper preparando así el escenario para el tercer punto de inflexión de Kursk: la despedida de la Unión Soviética.

Los cruces del Dnieper fueron señales del progreso táctico del Ejército Rojo.<sup>412</sup> La flexibilidad apuntada durante Ciudadela saltó a la palestra cuando, en una semana, más de veinte cabezas de puente, algunas de más de treinta kilómetros de profundidad, salpicaron una línea fluvial que en realidad los alemanes nunca establecieron en primer lugar. En noviembre, el frente de Voronezh penetró en Kiev, liberando a «la madre de las ciudades rusas» en una operación que combinó, en palabras de Vatutin, la «velocidad y resolución» que había buscado originalmente durante Ciudadela. El 24 de diciembre, el

Ejército Rojo atacó de nuevo, con fuerza: cuatro frentes, 3.250.000 hombres y 2.600 tanques actuando sincronizados.

Los alemanes que se encontraron en el camino del monstruo se abrieron paso hacia el oeste lo mejor que pudieron. Las puntas de lanza soviéticas cortaron sesenta mil hombres en una bolsa, más del triple en otra. Los alemanes respondieron con dos fugas épicas. Tampoco supuso más que un obstáculo para una ofensiva que, antes de quedarse sin empuje, rompió lagunas de ochenta kilómetros en las defensas alemanas, hizo que Hitler convirtiera en una obsesión el «permanecer firmes» y estructuró el diseño estratégico de la Stavka durante los siguientes dieciocho meses. Ese plan estaba basado en una serie de ofensivas estratégicas que se reforzaban mutuamente a lo largo de varios ejes, comenzando a principios de 1944. Las narraciones rusas subrayan un sistema,<sup>413</sup> con un empuje multifrontal en el sector de Leningrado y otro en Ucrania, preparando el escenario para un tercero: la operación Bagration, un golpe masivo contra el Grupo de Ejércitos Centro con la intención de aniquilar las fuerzas en ese sector y obligar a los alemanes en el norte y el sur a retirarse o arriesgarse a quedarse envueltos. El concepto subyacente era tanto político como estratégico. Si el éxito reforzaba el éxito, el camino hacia Berlín y Europa occidental podría abrirse antes de que los británicos y los estadounidenses hicieran algo más que ganar un punto de apoyo en el continente.

El análisis detallado de los registros recientemente disponibles, en particular por parte de David Glantz, presenta un patrón estratégico más complejo y oportunista, con nuevas misiones y objetivos asignados como los inicialmente desarrollados. Sigue siendo difícil determinar si las iniciativas particulares pretendieron explotar la exitosa moda del blitzkrieg, mejorar las perspectivas de futuras ofensivas sistemáticas o, simplemente, mantener a los alemanes adivinando, especialmente porque las operaciones fallidas tendieron a desaparecer en uno de los muchos agujeros de la memoria de la URSS. El resultado final fue el mismo: una continua y grave sobrecarga de unos recursos de la Wehrmacht cada vez más limitados. Y ya sea interpretado como la sofisticada forma de combate de un esgrimista o una muerte por mil cuchilladas, las operaciones que llevaron al Ejército Rojo hasta el río Oder y hasta Budapest fueron tan espectaculares como cualquiera en la historia de la



guerra. El 26 de febrero de 1944, se levantó el sitio de Leningrado. A partir del 22 de junio, la operación Bagration borró el Grupo de Ejércitos Centro, más de treinta divisiones, del orden de batalla alemán. Para diciembre, el sur de Rusia estaba libre de alemanes y los supervivientes intentaban aferrarse a Budapest, en el umbral del Reich. El movimiento de dos puntas hacia la capital de Hitler en los últimos meses de la guerra parece casi un anticlímax.

El enfoque estratégico de la Unión Soviética tenía tres raíces centrales.<sup>414</sup> Una era la creencia perdurable de Stalin de que si los alemanes eran atacados con la fuerza suficiente en todas partes, sus defensas acabarían rompiéndose en algún lugar —y lo harían de manera irreparable—. El segundo fue un énfasis en la velocidad y la sorpresa que aconsejaban las regulaciones de antes de la guerra y que nunca desapareció de los estados mayores de planificación. El tercero implicaba la incapacidad general de los comandantes de campo para decidir cuándo y dónde ocurriría la ruptura decisiva y su ambición personal de ser aquel que hiciera que sucediera. Para 1944, los comandantes de frente soviéticos tenían en común el apetito por el estatus y el temor a perderlo. Ambas mentalidades fueron creadas y controladas por un líder que se veía a sí mismo como todopoderoso. Con la historia de su parte, Stalin fue más allá de los acontecimientos: todo el camino hasta Berlín.

En el periodo posterior a Kursk, el Ejército Rojo también completó su transformación institucional, pasando de ser un garrote a convertirse no en un estoque, sino, sin duda, en una catana. Los comandantes rusos estaban aprendiendo cómo coordinar sus movimientos en los teatros de operaciones y cómo mantenerse en movimiento, sin las pausas y las interrupciones involuntarias que caracterizaban las ofensivas anteriores a Kursk. Los jeeps americanos en préstamo facilitaban la comunicación; los camiones estadounidenses de dos toneladas y media establecieron estándares de fiabilidad en los suministros. La cooperación aire-tierra mejoró constantemente, al igual que la dirección del fuego de artillería. Ambos habían comenzado desde puntos suficientemente retrasados como para permanecer muy por debajo de los estándares occidentales. Pero había suficientes cañones, Katyushas y Shturmoviks, para que en 1944-1945, esa eficiencia mínima resultara suficiente.

Desde el punto de vista técnico, la fuerza blindada en particular pasó a una fase avanzada.<sup>415</sup> En abril de 1943 comenzó a entrar en servicio una versión del T-34 con el armamento mejorado. Su cañón de 85 mm igualaba en un campo de batalla a los dos grandes felinos alemanes, y el JS-II le proporcionó un formidable compañero de establo. Bautizado así por Joseph Stalin, el tanque montaba un cañón de 122 mm, el más pesado de cualquier tanque de la Segunda Guerra Mundial. Apareció una nueva generación de cañones de asalto que transportaban piezas de 122 mm y 152 mm en soportes fijos sobre chasis de tanques. Utilizados por primera vez en Kursk, pronto recibieron el adecuado nombre de *zvierboy*, «cazadores de animales», y dieron cuenta de muchos Tiger y Panthers antes del día de la victoria en Europa.

La importancia de la movilidad mecanizada para el Ejército Rojo de 1944-1945 eclipsa en gran parte de la literatura el hecho de que, desde un punto de vista doctrinal, durante la guerra la infantería siguió siendo el brazo principal. Las tácticas de armas combinadas, la concentración de fuego artillado y el apoyo aéreo cercano se desarrollaba a partir de las necesidades de la infantería. En una fecha tan tardía como finales de 1943, solo alrededor de trescientos mil de más de cuatro millones de tropas terrestres servían en las formaciones móviles. En términos de tecnología, los soldados de infantería estaban cada vez más retrasados respecto a los tanquistas, los artilleros y los pilotos.

Las gigantescas pérdidas de 1941-1943 también alteraron la composición de las unidades de fusileros.<sup>416</sup> Cerca de un millón de presos fueron liberados del Gulag para ingresar en el ejército. La disminución de la reserva de mano de obra preferida de rusos étnicos llevó a un número creciente de reemplazos procedentes del Asia soviética y de las regiones occidentales recién liberadas. Se cuestionó su fiabilidad política, por razones raciales para los asiáticos y por temor a que los ucranianos y los bielorrusos hubieran sido contaminados por sus años bajo el fascismo. «No saben absolutamente nada<sup>417</sup> sobre combatir, la disciplina militar, el verdadero espíritu de los soldados», se lamentaba un frustrado capitán. Pero los fusileros del Ejército Rojo en 1944-1945 eran más que simples criadas de los tanques, mucho más que soldados de seguimiento y limpieza. Al final de la guerra, especialmente en los combates

callejeros en Viena, Berlín y las otras docenas de emplazamientos urbanos en el Reich, la infantería del Ejército Rojo fue un adversario más decidido y más formidable que sus homólogos británicos y estadounidenses.

En ese último contexto, el cuarto punto de inflexión de Kursk implicaba la determinación. Al menos desde la Edad Media, la guerra en el mundo occidental había desarrollado una cultura de acomodación,<sup>418</sup> de no hacer que las cosas fueran peores de lo que debían. Frecuentemente infringida, esa cultura tendía, no obstante, a reafirmarse constantemente, incluso durante las guerras civiles y las insurrecciones, si los oponentes eran profesionales de larga trayectoria o civiles apresuradamente uniformados. Sin embargo, desde los primeros días de Barbarroja, el comportamiento alemán en el frente y detrás de las líneas negó abiertamente su cumplimiento, incluso a niveles muy básicos. En Prokhorovka, un tripulante de un tanque de la Leibstandarte reflexionaba que el soldado ruso luchaba con valentía, «pero cuando cae prisionero... tiembla como un ratón...».<sup>419</sup> Sin ningún sentido de la ironía, el mismo tripulante describía a un grupo de prisioneros rusos, cuarenta o cincuenta de ellos, caminando hacia la retaguardia custodiados por un solo fusilero de las SS. «Entonces le preguntamos, “¿No tienes miedo?”. “¿Miedo?”, me respondió. “Mira”. El guardia dijo algo en ruso. Dos prisioneros salieron de la fila. “Nuestro muchacho les dio un golpe en el estómago con su ametralladora”, y gritó: “Fíjate lo asustado que estoy”».

Los soldados rusos, por su parte, procedían de una sociedad y una cultura donde sufrir dolor e infligirlo era el pan nuestro de cada día. Un cuarto de siglo de gobierno soviético había refinado, legitimado e institucionalizado esa mentalidad. El 10 de julio, un cañón antitanque autopropulsado de la Leibstandarte desapareció en una zona boscosa. Su tripulación de cuatro hombres fue capturada. Los rusos le pidieron a cada hombre que les dijera su edad.<sup>420</sup> El más joven se salvó, los otros tres fueron fusilados sumariamente.

Después de Kursk, esta brutalidad mutua documentada tan a menudo, se extendió y metamorfoseó en ambos bandos. Desde una perspectiva soviética, la guerra fue, en palabras de Stalin, «una guerra de liberación justa y patriótica».<sup>421</sup> Por muy complicados que fueran los orígenes del conflicto, no estaba en cuestión quién había atacado a quién el 22 de junio de 1941, al menos no más de lo que Estados Unidos podría ser acusado de atacar a la flota

japonesa fundada el 7 de diciembre de 1941. El tema de la autodefensa se vio reforzado por la historia de la barbarie alemana. Familiar para cualquier hombre y mujer del Ejército Rojo, se reforzó en las reuniones políticas, se mantuvo a través de los periódicos y las emisiones de radio, y se nutrió mediante el estímulo para mantener registros personales de las atrocidades anotadas y devueltas. Para cualquiera que buscara pruebas tangibles, Ucrania y Bielorrusia proporcionaron escenas de devastación inconcebibles incluso para los supervivientes de las grandes hambrunas. Las visitas familiares y los permisos locales eran quimeras. Una vez en el frente, los hombres se quedaban allí. La entrega del correo era aleatoria; los recuerdos se desvanecían en sueños. Los horizontes y las expectativas de los soldados soviéticos se reducían a medida que avanzaba la guerra. Sin embargo, cuanto más se acercaba el Ejército Rojo a las fronteras del Reich, se fue forjando un tópico que se basaba en la furia de los alemanes por atacar y despojar a la URSS en aparente desafío a su propio nivel de vida, que era inconmensurablemente superior. Su matriz era una sensación de triunfo desenfrenado. «Era una vida maravillosa», recordaba un teniente, «botín, vodka, coñac, chicas por todas partes». Su alcance era completo. Civil o soldado, alemán o trabajador forzoso, no había una diferencia esencial. Las violaciones, las palizas, los asesinatos, ni siquiera las deportaciones eran totalmente al azar. Eran una manifestación final, universal y directa de la guerra total.

Los alemanes también sufrieron una transformación moral y de comportamiento. Desde 1941 se desarrolló una cultura de primera línea de frente que combinaba comodidad e indiferencia, incrustada en una matriz de dureza, que no era ni crueldad ni fanatismo. Se entiende mejor como la voluntad de cumplir el objetivo a cualquier precio mediante la inteligencia. Era una forma de pensar que permitía la brutal conveniencia, que es un aspecto perdurable de la guerra.

Cuando comenzó la gran retirada después de Kursk, la dureza antes descrita como principal en la cultura, tanto moral como militar, de primera línea de la Wehrmacht se convirtió en secundaria de una misión más amplia. Los soldados alemanes se veían a sí mismos como defensores de la civilización occidental,<sup>422</sup> la nación alemana y sus propios hogares, contra lo que Hoth llamó en un memorando «un modo de pensamiento e instintos

primitivos asiáticos», inflamado y enfocado por intelectuales judeo-bolcheviques. En el oeste, los opositores al régimen nazi podrían hablar de suspender la resistencia, abrir el frente. En el este, fue una guerra a cuchillo hasta los últimos días y, a menudo, prosiguió después de que cesaran formalmente los combates.

La guerra adopta dos formas básicas. Una es una combinación de superioridades e inferioridades en momentos decisivos. La otra es un examen de fortalezas y voluntades, una crisis de desgaste. La batalla de Kursk fue el punto de transición del frente Oriental y también su punto de no retorno.

## Notas

Estas referencias están destinadas principalmente a servir como guía para lecturas adicionales para no especialistas en este complejo tema. Como tales, se han reducido al mínimo, citan las fuentes más accesibles sobre cada tema y tienen en cuenta las limitaciones probables del idioma de los lectores citando traducciones cuando sea posible. A aquellos que quieran investigar más profundamente la gran cantidad de datos de archivo se les anima a consultar la guía de lectura adicional como un paso intermedio.

### INTRODUCCIÓN

<sup>1</sup> **Fomenta tanto el mito como la historia:** Roman Töppel, «Kursk: Mythen und Wirklichkeit einer Schlacht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 57, no. 3 (2009): 349-384, y «Legendenbildung in der Geschichtsschreibung: Die Schlacht um Kursk», *Militärhistorische Zeitschrift* 61 (2002), pp. 369-401, son perceptivos y exhaustivos sobre esta cuestión.

<sup>2</sup> **En términos de recuento de páginas:** Norman Davies, *No Simple Victory: World War II in Europe, 1939–1945* (Londres: Penguin Books, 2008), es un útil corrector de este desequilibrio.

<sup>3</sup> **«Año perdido»:** Karl-Heinz Frieser et al., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 8, *Die Ostfront, 1943–44* (Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2007), p. 277.

<sup>4</sup> **Surgieron dos narraciones principales:** véanse como versiones típicas en lengua inglesa y desde polos opuestos del espectro de representación, Janusz Piekalkiewicz, *Operation Citadel: Kursk and Orel: The Greatest Tank Battle of the Second World War*, trad. Michaela Nierhaus (Novato, CA: Presidio Press, 1987), y David M. Glantz y Harold L. Orenstein, eds., *The Battle for Kursk, 1943: The Soviet General Staff Study* (Londres: Frank Cass Publishers, 1999). Una cuenta con narraciones heroicas y fotos evocadoras. La otra ejemplifica el «Dryasdust» de Carlyle. Aunque anticuadas, cada una sigue siendo útil como portal de entrada para las mentalidades de los antiguos combatientes en la época de la Guerra Fría.

<sup>5</sup> **Monopolio alemán de las narrativas del frente Oriental:** Ronald Smelser y Edward J. Davies II, *The Myth of the Eastern Front: The Nazi-Soviet War in American Popular Culture* (Nueva York: Cambridge University Press, 2007), es exhaustivo y perceptivo.

## 1. GÉNESIS

<sup>6</sup> **Operación Barbarroja:** la invasión ha generado suficiente discusión y análisis como para justificar una monografía solo sobre esta cuestión. Como introducción, destaca Geoffrey Megargee, *War of Annihilation: Combat and Genocide on the Eastern Front, 1941* (Lanham, MD: Rowman, 2006). Para un análisis, David Stahel, *Operation Barbarossa and Germany's Defeat in the East, 1941* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009), resulta equilibrado y fácil de leer. Más detallada, si bien principalmente desde una perspectiva alemana, es Horst Boog et al., *Germany and the Second World War*, vol. 4, *The Attack on the Soviet Union*, traducción de Ewald Osers et al. (Oxford: Oxford University Press, 1998). David M. Glantz, *Barbarossa Derailed: The Battle for Smolensk, 10 July–10 September 1941*, 2 vols. (Solihull, UK: Helion & Co., 2011–12), es agotadoramente superlativo sobre las dinámicas de combate tácticas y operativas en un sector y un marco temporal cruciales. Alex J. Kay et al., eds., *Nazi Policy on the Eastern Front: Total War, Genocide, and Radicalization* (Rochester, NY: Rochester University Press, 2012), es una antología de casos de estudio bien ejecutados.

<sup>7</sup> **Hitler promulgó la Directiva 41:** el esquema básico de la Operación Azul está reimpresso en Walther Hubatsch, ed., *Hitlers Weisungen für die Kriegführung* (Frankfurt: Bernard & Graefe, 1962), pp. 183–191.

<sup>8</sup> **Un objetivo secundario era Stalingrado:** para una perspectiva estratégica/operativa de la campaña de Stalingrado, la mejor combinación de narrativa y análisis es Robert M. Citino, *Death of the Wehrmacht: The German Campaigns of 1942* (Lawrence: University Press of Kansas, 2007). Joel S. A. Hayward, *Stopped at Stalingrad: The Luftwaffe and Hitler's Defeat in the East, 1942–1943* (Lawrence: University Press of Kansas, 1998), complementa la presentación orientada al terreno de Citino. También es esencial Bernd Wegner, «The War Against the Soviet Union», en Horst Boog et al., *Germany and the Second World War*, vol. 6, *The Global War*, trad. Ewald Osers et al. (Oxford: Oxford University Press, 2001), pp. 853–1158.

<sup>9</sup> **Esperaban que los alemanes atacaran:** para el contexto general del plan estratégico soviético, véase lo más reciente: Peter Mezhrirsky, *On the Precipice: Stalin, the Red Army Leadership and the Road to Stalingrad, 1931–1942*, trad. Stuart Britton (Solihull, UK: Helion & Co., 2012).

<sup>10</sup> **Una gran ofensiva que reconquistase la ciudad de Kharkov:** para la génesis y resultado final de Kharkov, David M. Glantz, *Kharkov 1942: Anatomy of a Military Disaster Through Soviet Eyes* (Shepperton, UK: Ian Allan Publishing, 1998), crea un perfecto equilibrio entre un estudio del Estado Mayor soviético y los comentarios sistemáticamente perspicaces del editor. Hans Doerr, «Der Ausgang der Schlacht um Charkow im Frühjahr 1942» *Wehrwissenschaftliche Rundschau* 4, no. 1 (enero de 1954), pp. 9–18, mucho más superficial, es obra del entonces jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejército profundamente involucrado en la batalla.

<sup>11</sup> **Iván todavía no suponía un desafío para los tanques de Hitler:** Christian Hartmann subraya en este contexto el persistente y a menudo citado patrón alemán de menospreciar a su oponente soviético, Halder: *Generalstabschef Hitlers, 1938–1942* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 1991), pp. 318–319.

<sup>12</sup> **No fueron meros contraataques:** David M. Glantz ofrece el mejor relato en cualquier lengua: «Forgotten Battles of the German-Soviet War (1941–1945)» part 7, «The Summer Campaign, 12 May–8 November 1942: Voronezh, July 1942», *Journal of Slavic Military Studies* 14, no. 3, 2001, pp. 150–220.

13 **Aumento de la división y distracción:** Para un resumen relativamente breve del desarrollo de la operación Stalingrado, véase Wegner, «War Against the Soviet Union», en *The Global War*, pp. 958–990. David M. Glantz y Jonathan M. House, *To the Gates of Stalingrad: Soviet-German Combat Operations, April–August 1942* (Lawrence: University Press of Kansas, 2009) y *Armageddon in Stalingrad: September–November 1942* (Lawrence: University Press of Kansas, 2009), profundizan en los detalles. Antony Beevor, *Stalingrad: The Fateful Siege, 1942–1943* (Londres: Penguin Books, 1998), precede a los titanes académicos pero no resulta menos valioso desde el punto de vista intelectual y tiene una introducción menos exigente para los lectores legos en la materia.

14 **Operación Marte:** David M. Glantz es fundamental para entender esta operación poco conocida, analizando la batalla en torno a Rzhev en *Zhukov's Greatest Defeat: The Red Army's Epic Disaster in Operation Mars, 1942* (Lawrence: University Press of Kansas, 1999).

15 **Primer paso necesario para recuperar la guerra de maniobras:** para la toma de decisiones de Manstein, veáanse sus memorias *Lost Victories: The War Memoirs of Hitler's Most Brilliant General* (Londres: Methuen & Co., 1958), pp. 297–303. Mungo Melvin, *Manstein: Hitler's Greatest General* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2010), pp. 287–307, es el análisis más equilibrado. El mejor tratamiento crítico es Heinz Magenheimer, *Stalingrad* (Selent, Germany: Pour le Mérite-Verlag für Militärgeschichte, 2007).

16 **Animaban a la Stavka a ir un paso más allá:** David M. Glantz, *After Stalingrad: The Red Army's Winter Offensive, 1942–43* (Solihull, UK: Helion & Co., 2009), presenta la perspectiva soviética. Dana V. Sadarananda, *Beyond Stalingrad: Manstein and the Operations of Army Group Don* (Westport, CT: Praeger Publishers, 1990), es escasa para el otro bando del frente. Eberhard Schwarz, *Die Stabilisierung der Ostfront nach Stalingrad: Mansteins Gegenschlag zwischen Donez und Dnjeper im Frühjahr 1943* (Göttingen: Muster-Schmidt, 1985), se basa en la documentación del grupo de ejércitos de Manstein. Robert M. Citino, *The Wehrmacht Retreats: Fighting a Lost War, 1943* (Lawrence: University Press of Kansas, 2012), pp. 41–74, resulta excelente acerca de los «límites del mando» en el contexto del contragolpe de Manstein.

17 **«milagro»...«genio»:** Melvin, *Manstein*, pp. 344–346, resume la actuación de Manstein desde la perspectiva de un general y la de un consumado historiador.

18 **Proceso de recuperación de dos desconexiones:** para la dinámica interna del Ejército Rojo, véase Roger R. Reese, *Stalin's Reluctant Soldiers: A Social History of the Red Army, 1925–1941* (Lawrence: University Press of Kansas, 1996), y *Red Commanders: A Social History of the Soviet Army Officer Corps, 1918–1991* (Lawrence: University Press of Kansas, 2005), pp. 12–134. Mark von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917–1930* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1993), cubre los aspectos ideológicos; David R. Stone, *Hammer and Rifle: The Militarization of the Soviet Union, 1926–1933* (Lawrence: University Press of Kansas, 2000), resulta excelente sobre los efectos distorsionantes casi desastrosos de una producción militar excesiva.

19 **Efecto dominó:** David M. Glantz, *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War* (Lawrence: University Press of Kansas, 1998), es, una vez más, el mejor comienzo para abordar el tema.

20 **La guerra no era una contingencia:** Richard W. Harrison, *The Russian Way of War: Operational Art, 1904–1940* (Lawrence: University Press of Kansas, 2001), es la mejor presentación de



este proceso. Mary R. Habeck, *Storm of Steel: The Development of Armor Doctrine in Germany and the Soviet Union, 1919–1939* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2003), es un excelente análisis comparativo desde una perspectiva técnica. Sally W. Stoecker, *Forging Stalin's Army: Marshal Tukhachevsky and the Politics of Military Innovation* (Boulder, CO: Westview Press, 1998), aborda las luchas internas de alto nivel cuando las apuestas eran literalmente a vida o muerte.

<sup>21</sup> **Reconstruirse prácticamente desde los cimientos:** Steven J. Zaloga y Leland S. Ness, *Red Army Handbook 1939–1945* (Stroud, UK: Sutton, 1998), es bueno para los detalles de reorganización y rearme.

<sup>22</sup> **Dependía de la perspectiva:** Boris Gorbachevsky, *Through the Maelstrom: A Red Army Soldier's War on the Eastern Front, 1942–1945*, trad. y ed. Stuart Britton (Lawrence: University Press of Kansas, 2008), pp. 108–113.

<sup>23</sup> «Hasta la trituradora»: *ibid.*, p. 130.

<sup>24</sup> **Eviscerada en cuestión de semanas:** sobre este punto, cf. David Porter, *Soviet Tank Units, 1939–45* (Londres: Amber Books, 2009), y Steven J. Zaloga and James Grandsen, *Soviet Tanks and Combat Vehicles of World War Two* (Londres: Arms and Armour Press, 1984).

<sup>25</sup> **Desagradables sorpresas tácticas:** véanse, por ejemplo, los informes de este periodo resumidos en Thomas L. Jentz, ed., *Panzertruppen: The Complete Guide to the Creation & Combat Employment of Germany's Tank Force, 1933–1942*, vol. 2 (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 1996), pp. 21–46.

<sup>26</sup> **Cuatrocientos mil tanquistas:** entre muchos ejemplos, cf. Dmitriy Loza, *Commanding the Red Army's Sherman Tanks: The World War II Memoirs of Hero of the Soviet Union Dmitriy Loza*, trad. y ed. James F. Gebhardt (Lincoln: University of Nebraska Press, 1996), y Evgeni Bessonov, *Tank Rider: Into the Reich with the Red Army* (Londres: Greenhill, 2005). Ambos son de un periodo posterior que el abordado en este libro, pero no parecen haber sobrevivido demasiados tanquistas de los primeros años como para haber dejado constancia de sus experiencias. Artem Drabkin y Oleg Sheremet, *T-34 in Action: Soviet Tank Troops in WWII* (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2008), sintetizan las historias de once tanquistas, pero, una vez más, todos salvo uno de un periodo posterior de la guerra.

<sup>27</sup> **Con el catalizador adecuado:** esto se demostró cada vez más gracias a unos cuadros de mando emergentes de jefes talentosos. Véase Richard N. Armstrong, *Red Army Tank Commanders: The Armored Guards* (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 1994).

<sup>28</sup> **Los cañones habían sido importantes:** Chris Bellamy, *Red God of War: Soviet Artillery and Rocket Forces* (Londres: Brassey's, 1986). Petr Mikhin, *Guns Against the Reich: Memoirs of an Artillery Officer on the Eastern Front* (Barnsley, UK: Pen & Sword, 2010), comienza en Rzhev y lleva a su narrador a través de Stalingrado y Kursk.

<sup>29</sup> **Los soldados y civiles rusos se comportaron heroicamente:** Nina Tumarkin, *The Living & the Dead: The Rise & Fall of the Cult of World War II in Russia* (Nueva York: Basic Books, 1994).

<sup>30</sup> **Esperanza de que sus sacrificios:** Catherine Merridale, *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939–1945* (Nueva York: Metropolitan Books, 2006), y Roger R. Reese, *Why Stalin's Soldiers Fought: The Red Army's Military Effectiveness in World War II* (Lawrence: University Press of Kansas, 2011), se combinan para presentar las dimensiones humanas de los soldados soviéticos.

<sup>31</sup> **Gorbachevsky recuerda una discusión de la posguerra:** Gorbachevsky, *Through the Maelstrom*, p. 376.

<sup>32</sup> **Se entiende mejor en términos de sinergias:** sobre los vínculos más amplios entre ejército y

partido, la mejor visión de conjunto es Manfred Messerschmidt, «The Wehrmacht and the Volksgemeinschaft», *Journal of Contemporary History* 18, no. 4 (1983): 719–744. Sobre los aspectos militares, cf. Robert M. Citino, *The Path to Blitzkrieg: Doctrine and Training in the German Army, 1920–1939* (Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers, 1999), y James S. Corum, *The Roots of Blitzkrieg: Hans von Seeckt and German Military Reform* (Lawrence: University Press of Kansas, 1992).

<sup>33</sup> **Los militares confiaban:** Stephen G. Fritz, *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II* (Lexington: University Press of Kentucky, 1995), y Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich* (Nueva York: Oxford University Press, 1992), conservan su lugar como básicos. Sobre la cuestión de la participación, véase en particular Thomas Kühne, *Belonging and Genocide: Hitler's Community, 1918–1945* (New Haven: Yale University Press, 2010), pp. 95–136.

<sup>34</sup> **«Grupo de hermanos»:** Roger Beaumont, «On the Wehrmacht Mystique», *Military Review* 66, no. 6 (julio de 1986), pp. 45–56.

<sup>35</sup> **Su dominio exigía estudio y reflexión:** Dennis E. Showalter, «Prussian-German Operational Art, 1740–1943», en *The Evolution of Operational Art: From Napoleon to the Present*, ed. John Andreas Olsen y Martin van Creveld (Oxford: Oxford University Press, 2011), pp. 35–63. La cita es de las pp. 35–36. El tópico de la guerra como una forma de arte es un tema importante de Robert M. Citino, *The German Way of War: From the Thirty Years' War to the Third Reich* (Lawrence: University Press of Kansas, 2005). El arma de tanques se discute específicamente en Dennis E. Showalter, *Hitler's Panzer: The Lightning Attacks That Revolutionized Warfare* (Nueva York: Berkley Caliber, 2009).

<sup>36</sup> **Producto de la improvisación:** Wilhelm Deist, «The Rearmament of the Wehrmacht», en Diest et al., *Germany and the Second World War*, vol. 1, *The Build-up of German Aggression*, trad. Ewald Osers et al. (Oxford: Clarendon Press, 1990), pp. 373–540.

<sup>37</sup> **Deconstruir el concepto de blitzkrieg:** Cf. Karl-Heinz Frieser, *The Blitzkrieg Legend: The 1940 Campaign in the West*, trad. J. T. Greenwood (Annapolis: Naval Institute Press, 2005), y desde una perspectiva más amplia, Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* (Londres: Allen Lane, 2006).

<sup>38</sup> **Escasez crónica de oficiales de Estado Mayor:** el problema de la sobrecarga de trabajo del Estado Mayor es un tema central de Geoffrey P. Megargee, *Inside Hitler's High Command* (Lawrence: University Press of Kansas, 2000).

<sup>39</sup> **Una matriz de «dureza»:** el concepto se expone mejor en Sönke Neitzel y Harald Welzer, *Soldaten: On Fighting, Killing, and Dying: The Secret WWII Transcripts of German POWs*, trad. Jefferson Chase (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2012).

## 2. PREPARATIVOS

<sup>40</sup> **«La ha cagado»:** citado en Rick Atkinson, *An Army at Dawn: The War in North Africa, 1942–1943* (Nueva York: Henry Holt, 2002), p. 410.

<sup>41</sup> **La más vergonzosa:** Ken Ford, *The Mareth Line, 1943: The End in Africa* (Oxford: Osprey Publishing, 2012), es una buena introducción para esta secuencia de operaciones.

<sup>42</sup> **El último medio millón de cuerpos calientes:** Bernd Wegner, «Grundprobleme der deutschen Kriegführung nach Stalingrad», en Frieser et al., *Ostfront*, pp. 3–41.

<sup>43</sup> **Los historiadores de la posguerra en general:** Alfred Zins, *Die Operation Zitadelle: Die militärgeschichtliche Diskussion und ihre Niederschlag im öffentlichen Bewusstsein als didaktisches Problem* (Frankfurt: Peter Lang, 1986).

<sup>44</sup> **Negociación de una paz ruso-alemana:** Bernd Wegner, «Bündnispolitik und Friedensfrage», en Frieser et al., *Ostfront*, pp. 42–60.

<sup>45</sup> **Férrea determinación de Hitler:** Ian Kershaw, *Hitler, 1936–1945: Nemesis* (Nueva York: W. Norton & Co., 2008), pp. 391–497.

<sup>46</sup> **Esperar hasta 1944:** Heinz Guderian, *Panzer Leader*, trad. Constantine Fitzgibbon (Nueva York: Dutton, 1952), pp. 306–307.

<sup>47</sup> **La respuesta de Manstein era la defensa elástica:** Erich von Manstein, *Verlorene Siege* (Bonn: Athenäum Verlag, 1955), pp. 473–483. El tratamiento de Kursk de la versión inglesa es una quinta parte de la alemana, y mucho más anodino. Cf. Melvin, *Manstein*, pp. 349–355.

<sup>48</sup> **Orden de Operaciones N° 5:** Ernst Klink, *Das Gesetz des Handelns: Die Operation «Zitadelle» 1943* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1966), pp. 277–278.

<sup>49</sup> **Carecía de la fuerza necesaria para participar:** Bodo Scheurig, *Alfred Jodl: Gehorsam und Verhängnis* (Schnellbach: Verlag Bublies, 1999), pp. 225–226.

<sup>50</sup> **«Una persona y soldado tan capaz como Manstein»:** Guderian, *Panzer Leader*, p. 302.

<sup>51</sup> **Cirugía menor:** Alexander Stahlberg, *Bounden Duty: The Memoirs of a German Officer, 1932–45*, trad. Patricia Crampton (Londres: Brassey's, 1990), p. 295.

<sup>52</sup> **La ausencia de Manstein allanó el camino de Zeitzler:** Mark Healy, *Zitadelle: The German Offensive Against the Kursk Salient, 4–17 July 1943* (Stroud, UK: History Press, 2008), pp. 45–47. El texto de la Orden de Operaciones N° 6, básicamente obra de Zeitzler, se encuentra en Klink, *Gesetz des Handelns*, pp. 292–294.

<sup>53</sup> **El punto requiere una explicación:** Showalter, *Hitler's Panzer*, pp. 224–238, ofrece una panorámica general de los panzer alemanes en la primera mitad de 1943. Cf. Richard L. DiNardo, *Germany's Panzer Arm* (Westport, CT: Greenwood Press, 1997), pp. 11–20, y Thomas L. Jentz, *Germany's Panther Tank: The Quest for Combat Supremacy* (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 1995).

<sup>54</sup> **«El Tiger era todo músculo»:** Showalter, *Hitler's Panzer*, p. 232.

<sup>55</sup> **Un alternativa preferible:** Melvin, *Manstein*, p. 357.

<sup>56</sup> **Model es mejor recordado como un táctico:** Steven H. Newton, *Hitler's Commander: Field Marshal Walther Model—Hitler's Favorite General* (Nueva York: Da Capo Press, 2006), es el mejor análisis en inglés de Model como comandante. Walter Görlitz, *Model: Strategie der Defensive* (Wiesbaden: Limes, 1975), resta importancia a las simpatías nazis del individuo.

<sup>57</sup> **Reunión cara a cara:** Healy, *Zitadelle*, pp. 79–80.

<sup>58</sup> **Conferencia en Múnich:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 488–491, y Guderian, *Panzer Leader*, pp. 306–308, son informes de primera mano, ambos, lógicamente, interesados. El mejor análisis es el de Citino, *The Wehrmacht Retreats*, pp. 121–126.

<sup>59</sup> **Enfoque bien desarrollado para tratar con los altos oficiales:** Helmut Heiber y David Glantz, eds., *Hitler and His Generals: Military Conferences, 1942–1945* (Nueva York: Enigma, 2003), es la fuente básica para el enfoque del Führer en los años finales de la guerra.

<sup>60</sup> **Pospuso la operación:** Frieser et al., *Ostfront*, p. 76.

<sup>61</sup> **División de élite Grossdeutschland:** Michael Sharpe y Brian L. Davis, *Grossdeutschland: Guderian's Eastern Front Elite* (Hersham, UK: Ian Allan Publishing, 2001), es una breve panorámica general. Hans-Joachim Jung, *The History of Panzerregiment «Grossdeutschland»*, trad. David Johnston (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 2000), forma parte de un subgénero de publicaciones en inglés sobre la Wehrmacht y las Waffen SS: se centra, con miras estrechas, en la táctica y las historias bélicas y, por motivos prácticos, se muestra ciego y sordo ante los aspectos criminales del Tercer Reich, pero resulta útil dentro de sus limitaciones para su narrativa sobre los combates de blindados en Rusia.

<sup>62</sup> **Cuerpo Panzer SS:** rebautizado II SS Cuerpo Panzer justo antes de Ciudadela, muchas veces es mencionado sin el nuevo número. Para su pasado operativo reciente, véase George M. Nipe Jr., *Last Victory in Russia: The SS-Panzerkorps and Manstein's Kharkov Counteroffensive, February–March 1943* (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 2000).

<sup>63</sup> **Hoth tenía una amplia oferta de la misma:** Hoth se ha mantenido convenientemente alejado del cada vez más incómodo foco centrado en los altos comandantes de la Wehrmacht. No existe ninguna biografía suya y, a pesar de haber cumplido seis años de una condena de quince por crímenes de guerra, constituye una presencia marginal incluso en la obra de Johannes Hürter: *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/1942* (Munich: Oldenbourg, 2007), una obra que se centra tanto o más en el comportamiento criminal de cada sujeto como en su desempeño militar.

<sup>64</sup> **Venían con una restricción:** Frieser et al., *Ostfront*, p. 142.

<sup>65</sup> **Menos de cuatrocientos reclutas y convalécientes:** Steven H. Newton, «Ninth Army and the “Numbers Game”: A Fatal Delay?», en *Kursk: The German View*, trad. y ed. Steven H. Newton (Nueva York: Da Capo Press, 2002), pp. 371–380.

<sup>66</sup> **Las divisiones Panzer estaban listas para otra batalla:** Friedrich von Mellenthin, *Panzer Battles: A Study of the Employment of Armor in the Second World War* (Nueva York: Ballantine Books, 1971), p. 215.

<sup>67</sup> **Una bailarina en particular:** Gerd Schmückle, *Ohne Pauken und Trompeten: Erinnerungen an Krieg und Frieden* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1982), pp. 68–74.

<sup>68</sup> **Las victorias soviéticas no habían sido casos aislados:** David M. Glantz, «Prelude to Kursk: Soviet Strategic Operations, February–March 1943», *Journal of Slavic Military Studies* 8, no. 1 (1995): 1–35, y «Soviet Military Strategy During the Second Period of War (November 1942–December 1943): A Reappraisal», *Journal of Military History* 60, no. 1 (1996), pp. 115–150. Cf. A. M. Vasilevsky, *A Lifelong Cause* (Moscú: Progress Publishers, 1981), pp. 273–279.

<sup>69</sup> **El alivio de Leningrado:** David M. Glantz, *The Battle for Leningrad, 1941-1944* (Lawrence: University Press of Kansas, 2002).

<sup>70</sup> **Los contactos de tanteo entre las respectivas diplomacias:** Ingeborg Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutsch-sowjetische Geheimgespräche 1941–1945* (Berlín: Siedler, 1986), contextualiza esta cuestión todavía abierta a debate.

<sup>71</sup> **Stalin envió a Zhukov desde Leningrado:** G. K. Zhukov, *Reminiscences and Reflections*, vol. 2 (Moscú: Progress Publishers 1985), pp. 145–148.

<sup>72</sup> **Dirigiendo un círculo de espionaje:** Cf. Timothy P. Mulligan, «Spies, Ciphers and “Zitadelle”:  
Intelligence and the Battle of Kursk, 1943», *Journal of Contemporary History* 22, no. 2 (1987): 236–

260; y mucho más detallado, David M. Glantz, *The Role of Intelligence in Soviet Military Strategy in World War II* (Novato, CA: Presidio Press, 1990), pp. 172–283.

<sup>73</sup> **El 8 de abril envió un mensaje:** en David M. Glantz y Jonathan M. House, *The Battle of Kursk* (Lawrence: University Press of Kansas, 1999), pp. 361–362.

<sup>74</sup> **Zhukov y Vasilevsky entraron en el despacho de Stalin:** para información adicional sobre la reunión del 12 de abril y el subsiguiente plan soviético, véase Healy, *Zitadelle*, pp. 51–53, 61–63.

<sup>75</sup> **El sistema defensivo a gran escala más formidable:** el análisis más completo en inglés es — como era de esperar— el de David M. Glantz, *CSI Report No. 11: Soviet Defensive Tactics at Kursk, July 1943* (Ft. Leavenworth, KS: Combat Studies Institute, 1986). Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 63–78, es más breve y claro.

<sup>76</sup> **Operaciones de los partisanos:** Leonid Grenkevich, *The Soviet Partisan Movement, 1941–1944*, ed. David M. Glantz (Londres: Frank Cass Publishers, 1999), contextualiza las irregulares contribuciones a Ciudadela.

<sup>77</sup> **Zona operativa del frente Central:** Glantz and House, *Battle of Kursk*, pp. 58–60, 299–306.

<sup>78</sup> **General Konstantin K. Rokossovsky:** la carrera de Rokossovsky aparece resumida en Richard Wolff, «Rokossovsky», en *Stalin's Generals*, ed. Harold Shukman (Nueva York: Grove Press, 1993), pp. 177–196, y presentada en su autobiografía, *A Soldier's Duty*, trad. Vladimir Talmy, ed. Robert Daglish (Moscú: Progress Publishers, 1970).

<sup>79</sup> **Nikolai Vatutin se unió al Ejército Rojo:** sobre Vatutin, véase David M. Glantz, «Vatutin», en *Stalin's Generals*, pp. 287–298. Valeriy Zamulin aporta una valoración perspicaz y positiva de la actuación de Vatutin durante Ciudadela en «The Battle of Kursk: New Findings», *Journal of Slavic Military Studies* 25 (2012), 409–417.

<sup>80</sup> **Al final, se asignarían a su frente:** para más información sobre los recursos del frente de Voronezh, véase Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 60–63, 306–320.

<sup>81</sup> **La Fuerza Aérea Soviética había recibido una brutal paliza:** sobre los antecedentes, véanse Von Hardesty e Ilya Grinberg, *Red Phoenix Rising: The Soviet Air Force in World War II* (Lawrence: University of Kansas Press, 2012), especialmente pp. 223–234; Dmitriy Khazanov y Aleksander Medved, *La-5/7 vs. FW 190: Eastern Front, 1942–45* (Oxford: Osprey Publishing, 2011), es una introducción útil a los detalles técnicos e institucionales.

<sup>82</sup> **«Brujas de la noche»:** véase en líneas generales Reina Pennington, *Wings, Women, & War: Soviet Airwomen in World War II Combat* (Lawrence: University of Kansas Press, 2001).

<sup>83</sup> **En un primer momento, las ofensivas aéreas alemanas:** Christer Bergström, *Kursk: The Air Battle, July 1943* (Hersham, UK: Classic Publications, 2008), pp. 18–25; y de manera más general, Hermann Plocher, *The German Air Force Versus Russia, 1943* (Nueva York: Arno Press, 1968).

<sup>84</sup> **Escapó de «pura casualidad»:** Rokossovsky, en Daglish, *A Soldier's Duty*, p. 194.

<sup>85</sup> **Los escuadrones de combate eran la élite de la Luftwaffe:** véase recientemente Colin D. Heaton y Anne-Marie Heaton, *The German Aces Speak: World War II Through the Eyes of Four of the Luftwaffe's Most Important Commanders* (Minneapolis: Zenith Press, 2011).

<sup>86</sup> **El Mando Supremo de la Luftwaffe para Ciudadela:** para detalles de organización y equipamiento, véase Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 123–128.

87 **La fuerza aérea poseía un equivalente a Zhukov:** John Erickson, «Novikov», en Harold Shukman, ed. *Stalin's Generals*, pp. 155–174.

88 **Shturmovik:** Yefim Gordon, *Ilyushin Il2-III0* (Hinckley, UK: Midland Publishing, 2010), es definitiva acerca de este aparato famoso pero relativamente extraño.

89 **El Oberkommando der Wehrmacht:** para más sinformación sobre la contribución del OKW, véanse Citino, *The Wehrmacht Retreats*, pp. 170–175, y Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939–45*, trad. R. H. Barry (Novato, CA: Presidio Press, 1991), p. 333. Para los antecedentes, véase Geoffrey P. Megargee, «Triumph of the Null: Structure and Conflict in the Command of German Land Forces, 1939–1945», *War in History* 4, no. 1 (1997), pp. 60–80.

90 **También tenía sus dudas:** Healy, *Zitadelle*, p. 88.

91 **Intervino Model:** Peter von der Groeben, “Ninth Army and Second Panzer Army,” en *Kursk: The German View*, pp. 102–105; y Newton, *Hitler's Commander*, pp. 219–223.

92 **El 1 de julio, el Führer convocó a los principales generales:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 495–497.

93 **«El Mando Supremo alemán no podía pensar en nada mejor»:** Mellenthin, *Panzer Battles*, p. 217.

94 **Cuando los preparativos para Kursk estuvieron completos:** Frieser et al., *Ostfront*, pp. 95–97.

### 3. ATAQUE

95 **La contra-cortina de fuego del frente Central se abrió:** Rokossovsky, *A Soldier's Duty*, p. 195.

96 **Accedió a retrasar el ataque:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 85, 400.

97 **La 1ª División Aérea recibió una sorpresa:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 34–36.

98 **Los Landser pronto encontraron dificultades:** Healy, *Zitadelle*, pp. 220–222.

99 **Los Ferdinands comenzaron su vida como competidores de los Tiger:** Sobre este desafortunado vehículo blindado de combate, rebautizado más tarde como Elefant, véase Walter J. Spielberger, «Panzerjaeger Tiger (p) Elefant», no. 20 en *Armour in Profile*, ed. Stevenson Pugh (Letterhead, UK: Profile Publications, 1968).

100 **Vehículo a control remoto para la eliminación de minas con mando a distancia:** Healy, *Zitadelle*, pp. 222–226.

101 **El Schwerpunkt inicial del Noveno Ejército:** ibíd., pp. 226–229; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 86–91; y, con un enfoque más cercano, Christopher W. Wilbeck, *Sledgehammers: Strengths and Flaws of Tiger Tank Battalions in World War II* (Bedford, PA: Aberjona Press, 2004), pp. 69–71.

102 **La Fuerza Aérea Soviética también se estaba convirtiendo en una presencia constante:** Hardesty y Grinberg, *Red Phoenix Rising*, pp. 241–243.

103 **Model era cualquier cosa menos un mando de retaguardia:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 228–234, reconstruye y analiza la conducta de mando de Model los días 5, 6 y 7 de julio sobre la base de los apenas legibles a lápiz «Notz für Kriegstagebuch» («Notas para el Diario de Guerra») que sobrevivió a la pérdida casi total de los relevantes archivos del Noveno Ejército en un momento posterior

de la guerra. El documento puede encontrarse entre los archivos alemanes capturados, National Archives, T-312, rollo 322.

104 **Rudenko se apresuró a proponer ataques masivos:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 40–43.

105 **La única salida era a través del mismo:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 233–244, y Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 91–93, presenta las perspectivas del cuartel general. Los extractos del diario de guerra del 21º Batallón Panzer en la 20ª División Panzer (Jentz, *Panzertruppen*, vol. 2, pp. 75, 83–84) dejan ver algo de la sensación de la lucha de vaivén que caracterizó aquel 6 de julio al sector de Model.

106 **La Luftwaffe puso en el aire hasta el último avión capaz de volar:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 43–49.

107 **La 6ª División de Infantería:** cifras de Newton, *Kursk: The German View*, p. 409.

108 **Rokossovsky manejó sus reservas con eficacia:** Rokossovsky, *A Soldier's Duty*, pp. 197–201.

109 **Model llamó por teléfono al Grupo de Ejércitos Centro:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 237–239.

110 **Enviado a un hospital psiquiátrico:** merece la pena señalar que, un año después, se pensó brevemente en Schmidt ¡como candidato para jefe de Estado Mayor! Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 602–603.

111 **El Noveno Ejército se estaba quedando sin infantería:** *ibid.*, p. 243.

112 **Ponyri como la clave de la posición del frente Central:** Frieser et al., *Ostfront*, pp. 109–110; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 115–117.

113 **El pretendido *Schwerpunkt* de Model para el 7 de julio:** Glantz and House, *Battle of Kursk*, pp. 117–120; Newton, *Hitler's Commander*, pp. 239–245.

114 **Concebidos para trabajar con los tanques:** Matthew Hughes y Chris Mann, *Fighting Techniques of a Panzergrenadier: 1941–1945* (Osceola, WI: MBI Publishing Company, 2000), es una útil introducción.

115 **El Noveno Ejército había recibido más de trece mil bajas:** Niklas Zetterling y Anders Frankson, *Kursk 1943: A Statistical Analysis* (Londres: Frank Cass Publishers, 2000), pp. 113, 120–121.

116 **El Cuarto Ejército Panzer ya tenía el martillo más pesado:** *ibid.*, p. 18; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 90–93.

117 **El 10 de mayo, Manstein se reunió con Hoth:** Melvin, *Manstein*, pp. 360–361.

118 **Ein alter Hase:** las reservas de Hoth son discutidas por su jefe de Estado Mayor; véase general de Infantería Friedrich Fangohr, «Fourth Panzer Army», en *Kursk: The German View*, pp. 77–79.

119 **Manstein comprendió el problema:** Manstein, *Verlorene Siege*, p. 494; Melvin, *Manstein*, p. 362.

120 **La visita de Manstein del 10 al 11 de mayo:** diario de guerra del Quinto Ejército Panzer, 11 de mayo de 1944 en National Archives, T-313, carrete 65. El análisis más detallado de la génesis de la «variante Hoth» es el de Steven H. Newton, «Hoth, von Manstein, and Prokhorovka: A Revision in Need of Revising», en *Kursk: The German View*, pp. 357–363.

121 **Manstein era aficionado a los caballos:** Stahlberg, *Bounden Duty*, pp. 299–301.

- 122 **El tren que adoptó para su cuartel general móvil:** Manstein, *Verlorene Siege*, p. 498.
- 123 **El ataque del Grupo de Ejércitos Sur:** Helmuth Spaeter, *The History of the Panzerkorps Grossdeutschland*, vol. 2, trad. David Johnston (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 1995), pp. 113–115.
- 124 **En el sector del XLVIII Cuerpo Panzer:** «KTB, 4. Panzerarmee, 4.7.1943», National Archives, T-313, rollo 396; Spaeter, *Grossdeutschland*, vol. 2, pp. 116–120; Healy, *Zitadelle*, pp. 201–207. Para el bando ruso, véase Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 94–99.
- 125 **Los Stukas y los bombarderos medios:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 26–34; Hardesty y Grinberg, *Red Phoenix Rising*, pp. 239–240, 250–251.
- 126 **La decisión de Hoth de atacar:** «KTB, 4. Panzerarmee, 27.6.1943», National Archives, T-313, carrito 365; y Steven H. Newton, «Army Group South's Initial Assault: Analysis and Critique», en *Kursk: The German View*, pp. 382–385.
- 127 **General de división Friedrich Fangohr** Fangohr, «Fourth Panzer Army», en *Kursk: The German View*, pp. 77–79.
- 128 **Los Panthers habían llegado al Grupo de Ejércitos Sur el 1 de julio:** Jentz, *Panzertruppen*, vol. 2, pp. 96–100, ofrece extractos de informes que describen detalladamente cuestiones técnicas y tácticas.
- 129 **Las directrices finales de ataque de Hoth:** Silvester Stadler, *Die Offensive gegen Kursk 1943: II. SS-Panzerkorps als Stosskeil im Grosskampf* (Osnabrück: Munin-Verlag, 1980), pp. 23–27.
- 130 **Se construía alrededor de sus divisiones acorazados:** Showalter, *Hitler's Panzer*, pp. 242–252 *passim*, es una panorámica muy limitada. Entre la enorme literatura sobre las Waffen SS, la mejor panorámica sigue siendo Bernd Wegner, *The Waffen SS: Organization, Ideology, and Function*, trad. Ronald Webster (Londres: Blackwell Publishing, 1990). Se complementa y desarrolla mediante René Rohrkamp, «*Weltanschaulich gefestigte Kämpfer*»: *Die Soldaten der Waffen-SS 1933–1945* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2010). Para detalles de organización y equipamiento durante Ciudadela, David Porter, *Das Reich at Kursk: 12 July 1943* (Londres: Amber Books, 2011), es excelente y generalmente aplicable también al Leibstandarte y al Totenkopf.
- 131 **La cantidad y el espíritu de lucha:** George M. Nipe, *Blood, Steel, and Myth: The II. SS-Panzer-Korps and the Road to Prochorowka, July 1943* (Stamford, CT: RZM Publishing, 2012), pp. 65–84, es detallado, está presentado de una forma clara y generalmente evita la mitificación de las SS. Valeriy Zamulin, *Demolishing the Myth: The Tank Battle at Prokhorovka, Kursk, July 1943: An Operational Narrative*, trad. y ed. Stuart Britton (Solihull, UK: Helion & Co., 2011), pp. 92–102, presenta la perspectiva rusa.
- 132 **La tercera baza triunfal alemana era la Luftwaffe:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, p. 30.
- 133 **Destacamento de Ejército Kempf:** Cf. Coronel General Ehrhard Raus, «*Armee- abteilung Kempf*», en *Kursk: The German View*, pp. 47–53, para una perspectiva de mando; Didier Lodieu, *III. Pz. Korps at Kursk*, trad. Alan Mackay (Paris: Histoire and Collections, 2007), para una panorámica táctica basada sobre todo en los diarios de guerra de las unidades; y Franz-Wilhelm Lochmann et al., *The Combat History of German Tiger Tank Battalion 503 in World War II*, trad. Fred Steinhart (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2008), pp. 107–108, para el papel desempeñado por los Tiger.

#### 4. LUCHA CUERPO A CUERPO



- 134 **Katukov, que trabaja en camiseta:** «Katukov», en Armstrong, *Red Army Tank Commanders*, pp. 58–59.
- 135 **Arriesgadísima decisión de Vatutin:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 104–110; Glantz and House, *Battle of Kursk*, pp. 101–103.
- 136 **«Luz de vuelo»:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 56–57.
- 137 **Un puesto fortificado en sí mismo:** Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 120–123; Mellenthin, *Panzer Battles*, pp. 55–56.
- 138 **Hacia el río Pena:** Traditionsverband der Ehemaligen 3. Panzer-Division, *Geschichte der 3. Panzer Division Berlin-Brandenburg, 1935–1945* (Berlín: Buchhandlung G. Richter, 1967), p. 375; Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 116.
- 139 **Soldado de infantería veterano y experimentado que era:** Healy, *Zitadelle*, p. 236.
- 140 **Una red de alturas fortificadas:** Cf. Los informes de combate del día en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 49–53, y la narración en Nipe, *Blood, Steel and Myth*, pp. 114–141, y Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 114–133.
- 141 **«Resistencia dura y decidida»:** «18:00 Uhr., Tagesmeldung “LSSAH”», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 43.
- 142 **Las órdenes de Hoth para el día siguiente:** «Panzerarmeebefehl Nr. 2», en *ibid.*, pp. 52–53.
- 143 **«Un éxito completo»:** KTB, 4, Panzerarmee, Chefnotizen für 6.7.1943, National Archives T-313, rollo 369.
- 144 **Zeitler se negó:** Melvin, *Manstein*, p. 373.
- 145 **Más fácil de decir que de lograr:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 30–46.
- 146 **Discutiendo con sus superiores:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 113–115.
- 147 **«¡Aceleren el ritmo!»:** «Panzerarmeebefehl Nr. 2», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 53.
- 148 **Los Stukas estaban sobre sus cabezas:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, p. 59.
- 149 **La Grossdeutschland fue detenida:** Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 121–122; Jentz, *Panzertruppen*, vol. 2, p. 96; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 126–129.
- 150 **El primer éxito de Ciudadela logrado mediante la astucia y la movilidad:** Spaeter, *Grossdeutschland*, p. 123.
- 151 **Tiger en el vértice:** Nile, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 169–175; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 134–137.
- 152 **«Excelente apoyo de la Luftwaffe»:** «18.00 Uhr.: Div. “Das Reich” Tagesmeldung», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 60.
- 153 **Pasillo que los rusos estaban decididos a cerrar:** *ibid.*, p. 57.
- 154 **Desnudo desde la cintura hasta las botas:** Otto Weidinger, *Division Das Reich* (Osnabrück: Munin-Verlag, 1969), pp. 177–178.
- 155 **Hausser presentó su informe a Hoth:** «22.40 Uhr.: Tagesmeldung an die Armee», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 61.
- 156 **Que se detuviera al Cuarto Ejército Panzer:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 113–114; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 138–139.

157 **Uno de los días más duros de la batalla de Kursk:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 95–96.

158 **«Unidades más grandes» y los «tanques más pesados»:** Armstrong, *Red Army Tank Commanders*, pp. 58–59.

159 **Las tripulaciones a menudo podían reparar por sí mismas los daños en las orugas:** Zetterling y Frankson, *Kursk 1943*, pp. 120–123; Healy, *Zitadelle*, p. 258.

160 **Los rusos tenían otras ideas:** Cf. Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 46–57, y Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 175–182.

161 **«Guarde unos pocos para el interrogatorio»:** Erhard Raus, *Panzer Operations: The Eastern Front Memoir of General Raus, 1941–1945*, compilado y traducido por Steven H. Newton (Nueva York: Da Capo Press, 2003), p. 203.

162 **Una imagen desconcertante:** Manstein, *Verlorene Siege*, p. 499; Melvin, *Manstein*, pp. 373–374.

163 **La imagen de un niño de alquitrán:** «Panzerarmeebefehl Nr. 3», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 57–58.

164 **Transfirió la mayor parte de sus fuerzas móviles:** Healy, *Zitadelle*, p. 271; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 216–217.

165 **Syrzevo resistió:** Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 123–124; Healy, *Zitadelle*, pp. 271–272.

166 **Errores que están en la propia naturaleza de la guerra:** Mellenthin, *Panzer Battles*, p. 233.

167 **La división ordenó al grupo de batalla que mantuviera su posición:** Spaeter, *Grossdeutschland*, p. 124; Healy, *Zitadelle*, pp. 272–274; Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 62–64.

168 **No menos de doce ataques:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 135.

169 **Guerreros «de diario»:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 216–219.

170 **Para el 8 de julio, Hausser propuso:** «Aufträge für die 8.7», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 62.

171 **Avanzaron con sucesivas paradas y arranques:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 194–202.

172 **Un contraataque inmediato:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 133; Weidinger, *Division Das Reich*, p. 182.

173 **Uno de los regimientos de granaderos panzer de la Das Reich:** Weidinger, *Division Das Reich*, p. 181.

174 **Las órdenes del frente emitidas a las 11.00 de la noche:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 134; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 139–142.

175 **Los resultados iniciales más espectaculares del contraataque de Vatutin:** Martin Pegg, *Hs 129 Panzerjäger!* (Burgess Hill, UK: Classic Publications, 1997), pp. 145–149; Weidinger, *Division Das Reich*, pp. 182–184; y desde la perspectiva de los objetivos, Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 143–147.

176 **«Buena cooperación con la Luftwaffe»:** Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 63.

177 **Una nueva y potencialmente decisiva oleada:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 58–73, ofrece detalles tácticos para los panzer; Erhard Raus, «*Armeeabteilung Kempf*»: en *Kursk: The German View*, p. 54, se refiere a la conducción de un contraataque, lo que no es un trabajo habitual para un comandante de cuerpo, aunque Raus lo presenta como una labor totalmente rutinaria en el frente ruso.

- 178 **El comandante del grupo de ejércitos consultó a Zeitzler:** Melvin, *Manstein*, p. 373.
- 179 **El fondo del tarro del frente Central:** Rokossovsky, *A Soldier's Duty*, pp. 200–201.
- 180 **La inteligencia de la Luftwaffe marcó los primeros puntos:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 53–54.
- 181 **Los fusileros del Ejército Rojo en posesión de parte de Ponyri:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 120–121.
- 182 **Una operación modesta:** Paul Carell, *Scorched Earth: Hitler's War on Russia*, vol. 2, trad. Ewald Osers (Londres: G. G. Harrap, 1970).
- 183 **Moviéndose de un lugar a otro:** Extracto en Jentz, *Panzertruppen*, vol. 2, p. 84.
- 184 **Las perspectivas de la 4ª División Panzer:** Carell, *Scorched Earth*, p. 47; Healy, *Zitadelle*, pp. 281–285; Piekalkiewicz, *Operation Citadel*, pp. 159–161; Newton, *Hitler's Commander*, pp. 249–250.
- 185 **La primera reacción de Model a otro día en vano:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 250–251.
- 186 **En todas partes excepto en los alrededores de Ponyri:** Healy, *Zitadelle*, p. 286.
- 187 **Reunión de oficiales de alto rango:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 252–253. La frase *rollenden Materialabnützungsschlacht* aparece también en el diario de guerra del Noveno Ejército el día 7 de septiembre de 1943 (Frieser et al., *Ostfront*, p. 110).
- 188 **No había señales de una cortina de humo:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, p. 71.
- 189 **Model repitió la acción de Lemelsen:** Healy, *Zitadelle*, p. 287; Newton, *Hitler's Commander*, p. 253; Rokossovsky, *A Soldier's Duty*, p. 201.
- 190 **Una series de contraataques:** Klink, *Gesetz des Handelns*, p. 261.
- 191 **«Perros con cadena»:** literalmente, *Kettenhunde*. En el argot de la Wehrmacht, «policía militar».
- 192 **Cazas tenían una mentalidad defensiva:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, p. 73.
- 193 **Model respondió con un plan revisado:** Frieser et al., *Ostfront*, p. 111; Zins, *Operation Zitadelle*, pp. 58–59.
- 194 **Cifras de fuerzas para el frente Central:** Zetterling y Frankson, *Kursk 1943*, p. 118.
- 195 **Lo habían obligado a enviar las reservas:** Rokossovsky, *A Soldier's Duty*, pp. 200–201.
- 196 **La ofensiva en el sector de Orel estaba lista para ser lanzada:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 233.

## 5. DECISIONES

- 197 **Eso, a su vez, requería barajar:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 139.
- 198 **El Quinto Ejército de Tanques de la Guardia era una carta alta:** David Porter, *Fifth Guards Tank Army at Kursk: 12 July 1943* (Londres: Amber Books, 2011), es una detallada visión de conjunto de la génesis y estructura del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia, un volumen complementario a su obra anteriormente citada sobre Das Reich.
- 199 **Hoth también estaba comprobando el cambio del viento:** Healy, *Zitadelle*, p. 288; KTB, 4, Panzer-armee, Chefnotizen für, 9.7.1943, National Archives T-313, rollo 369.

200 **No se podía reservar ningún avión:** la actuación cada vez mejor de la fuerza aérea soviética también desbarató los planes alemanes. Cf. Hardesty y Grinberg, *Red Phoenix Rising*, pp. 254–255; Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 67–69.

201 **La idea original de Hoth:** Fangohr, «Fourth Panzer Army», en *Kursk: The German View*, pp. 77–80.

202 **La Orden nº 4 era ambigua:** «Panzerarmeebefehl Nr. 4, 20.20 Uhr., 8.7.1943», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 69–70.

203 **Breith tenía que limpiar su propio sector:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 58–73; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 211–212.

204 **Al principio, Knobelsdorff respondió:** Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 125–127; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 142–144; Healy, *Zitadelle*, pp. 290–291; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 216–219.

205 **Las órdenes de Hausser:** «Korps-Befehl für den Angriff am 9.7.1943», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 71.

206 **La Leibstandarte avanzó:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 192–211, es exhaustivo; Healy, *Zitadelle*, pp. 294–296, constituye una panorámica general más breve.

207 **Confirmaban los principales movimientos de blindados:** «Feindlage 9.7.1943, Stand 19.00 Uhr.», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 79–80.

208 **El 9 de julio fue largo:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 138–140.

209 **2º Cuerpo de Tanques:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 185–186.

210 **El Cuarto Ejército Panzer había recibido un esfuerzo máximo:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 67–69; Hardesty y Grinberg, *Red Phoenix Rising*, pp. 247–248, 251–253.

211 **Había llegado el momento de apretar el interruptor:** el análisis más detallado de la cuestión está en Newton, «Hoth, von Manstein, and Prokhorovka», en *Kursk: The German View*, pp. 358–369.

212 **En algún momento entre el mediodía y la 1.30:** *ibid.*, pp. 368, 452.

213 **Orden del Ejército nº 5:** «Panzerarmeebefehl Nr. 5, 20:30, 9.7.1943», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 79.

214 **Cifras de pérdidas/recuperaciones/reparaciones:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 351–352; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 117–118.

215 **El resultado de Ciudadela dependía de utilizar el XXIV Cuerpo Panzer:** Manstein, *Verlorene Siege*, p. 501.

216 **La más cercana a permitir una ruptura significativa:** Cf. en particular Newton, *Kursk: The German View*, p. 369.

217 **Evitar una simple batalla de desgaste:** Robert Forczyk, *Sevastopol 1942: Von Manstein's Triumph* (Oxford: Osprey Publishing, 2008), es una visión de conjunto sólida, breve y accesible.

218 **La principal baza de Hoth:** Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 127–128; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 153–157; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 270–275.

219 **Visibles con prismáticos:** Carell, *Scorched Earth*, p. 72.

220 **Se pasó el 11 de julio:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 301–303.

221 **Guderian, en el exilio desde el fracaso de Barbarroja, había sido nombrado:** véase Guderian, *Panzer Leader*, p. 303, y su «Report on the Operations of Panzer-Regiment (Panther) von Lauchert», del 17 de julio de 1943 en Jentz, *Panzertruppen*, vol. 2, pp. 98–99.

222 **Razones materiales para el optimismo:** Guderian, «Operations of Panzer-Regiment (Panther) von Lauchert», p. 99; Zetterling y Frankson, *Kursk 1943*, p. 123.

223 **Estuvo reflexionando seriamente:** dada la ausencia de un plan general escrito, Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 258–263, es la reconstrucción más clara del proceso de toma de decisiones en el frente de Voronezh en este momento.

224 **Ciudadela a la inversa:** Citino, *The Wehrmacht Retreats*, p. 212, y el exhaustivo análisis bibliográfico en las pp. 345–346. Para el contexto estratégico y el concepto operativo, véase Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 227–234.

225 **Si los alemanes irrumpían en la retaguardia del frente de Voronezh:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 262.

226 **Era necesario informar a la Stavka:** *ibid.*, pp. 263–268; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 159–161.

227 **Los guardias de Rotmistrov eran la clave:** hay versiones en inglés de la narración de Rotmistrov en Armstrong, *Red Army Tank Commanders*, pp. 247–348, y Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 268–269.

228 **Se reunieron con los comandantes de cuerpo de Rotmistrov:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 269–270.

229 **Estándar casi de nivel de blitzkrieg:** *ibid.*, pp. 270–278.

230 **Órdenes finales de Hausser:** «Aufträge an die Divisionen für 10.7.1943», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 81–82.

231 **El ataque de la Leibstandarte:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 254–291; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 183–187, 192.

232 **Frenados por un regimiento de tanques pesados de la Guardia:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 192–193.

233 **Órdenes eran forzar un cruce:** «Auftraege an die Divisionen für 10.7.1943», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 83.

234 **El clima y los rusos:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 263–268; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 187–189.

235 **«Lucha encarnizada»:** «18.00 Uhr. von Div. “Totenkopf”», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 88.

236 **Manteniendo sus posiciones según lo ordenado:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 260–262.

237 **Hausser informó a Hoth:** «19.25 Uhr. Tagesmeldung an Armees», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 88–89.

238 **Pareció haber animado a Hoth:** «20.30 Uhr. Tagesmeldung der Armees», en *ibid.*, pp. 89–90; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 281.

239 **Un barrizal de quinientos metros:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 292–293.

240 **La Leibstandarte estaba sola:** *ibid.*, pp. 281–285.

- 241 **La situación rusa se iluminó al amanecer:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 167–168.
- 242 **Su auténtico mensaje:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 208–209.
- 243 **La Leibstandarte tenía que proporcionarse su propia seguridad de flanco:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 285–290; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 214–226.
- 244 **Prokhorovka permaneció fuera del alcance de los alemanes:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 235–241.
- 245 **La Leibstandarte culpó a lo que denominó éxito limitado:** «16.40 bis 17.00 Uhr. Tagesmeldungen der Divisionen Leibstandarte» y «Auftrag des II. SS-Pz.-Korps für 12.7», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 95, 97–98.
- 246 **Un día largo y difícil en el barro:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 292–297.
- 247 **La Das Reich pasó la mayor parte del 11 de julio:** «16.40 bis 17.00 Uhr. Tagesmeldungen der Divisionen. Das Reich» y «17.30 Uhr. Tagesmeldung an der Armee», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 96, 97–98.
- 248 **Los rusos estaban explicando una derrota:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 231–234.
- 249 **El contraataque de Rotmistrov:** el relato de Rotmistrov en sus memorias está traducido al inglés en Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 175–176.
- 250 **Revisaron rápidamente los detalles de su plan táctico:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 278–279.

## 6. DUROS GOLPES

- 251 **Klotzen, nicht kleckern:** «Auftrag II. SS-Pz.-Korps für 12.7», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, pp. 97–98; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 314–316; Rudolf Lehmann, *The Leibstandarte*, vol. III, trad. Nick Olcott (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 1990), p. 233.
- 252 **El número de escobas de las tres divisiones panzer:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 74–81; Healy, *Zitadelle*, pp. 308–309; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 250–252.
- 253 **Se reunió con Hoth y Kempf:** general de Infantería Theodor Busse, «Operation Citadel Overview» en *Kursk: The German View*, pp. 22–23; Raus, *Panzer Operations*, pp. 207–208; Manstein, *Verlorene Siege*, p. 500.
- 254 **Rápida intervención del III Cuerpo Panzer:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 92–103; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 252–255.
- 255 **Divisiones olvidadas de Ciudadela:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 87–88, 90–91, 96–100.
- 256 **Immer bereit, still zu verbluten im feldgrauen Kleid:** «Ihr Musstet Marschieren». El homenaje de Frank Rennie a la infantería alemana de la Segunda Guerra Mundial es una de las canciones señeras de la extrema derecha alemana de hoy en día, lo que no disminuye el poderoso efecto ocasional de sus imágenes.
- 257 **«Asiáticos»:** «Description of Combat Operations of the 19th Panzer Division Between 5 July and 18 July 1943» citada en Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 252.
- 258 **Llegaron a Olkhovatka:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, p. 96.
- 259 **El general al mando estuvo de acuerdo:** Manstein, *Verlorene Siege*, p. 500; Melvin, *Manstein*, p. 376.

260 **Según el jefe de Estado Mayor de Hoth:** Fangohr, «Fourth Panzer Army», en *Kursk: The German View*, pp. 89–90.

261 **El 69º Ejército había conseguido:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 163.

262 **Operación nocturna de alto riesgo y altas ganancias:** descrita con elocuencia en Carell, *Scorched Earth*, pp. 84–86 passim, y en tono más sobrio en Franz Kurowski, *Panzer Aces: Battle Stories of German Tank Commanders of WWII*, trad. David Johnston (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2004), pp. 52–54. La cara rusa de la historia se cuenta en Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 402–407.

263 **Confundir a los alemanes con los rusos:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 419; Bergström, *Kursk: The Air Battle*, p. 79. El camión que transportaba al oficial de enlace aéreo se había averiado durante el avance, rompiendo también la conexión tierra-aire de la división.

264 **« ¿Dónde estaban todos los demás? »:** «KTB. Tagesmeldung III.Panzer-korps am 12.7.1943», National Archives, T-314, rollo 197; Klink, *Gesetz des Handelns*, pp. 243–244; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 314–315; Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 103–109 passim; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 407–426 passim; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 202–204.

265 **Inesperado éxito del avance:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 115–116; Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 406.

266 **Stalin dio órdenes al frente de la Estepa:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 409–410.

267 **Aproximadamente doscientos tanques:** *ibid.*, p. 410.

268 **Enviara una poderosa fuerza:** *ibid.*, p. 413.

269 **La «brigada de bomberos» de Trufanov llegó a intervalos:** *ibid.*, pp. 419–423.

270 **«Aplicar la más estricta disciplina»:** *ibid.*, pp. 425, 486–487. Una traducción al inglés de la «Orden para el Comisario Nacional para la Defensa de la Unión Soviética, 28 de julio de 1942» está accesible en Internet en <http://www.stalingrad-info.com> y de manera independiente bajo el epígrafe «Order 227».

271 **Vasilevsky informó a Stalin:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 426.

272 **Proporcionando el músculo para el golpe directo de derecha:** *ibid.*, pp. 204–205.

273 **El desplazamiento lateral de la Grossdeutschland:** para los confusos acontecimientos del 12 de julio en este sector, cf. «KTB: Darstellung der Ereignisse XLVIII Panzer-Korps am 12.7.1943», National Archives, T-314, rollo 1170; «XLVIII Panzerkorps Tagesmeldungen an Pz.AOK, 12.7.1943», National Archives, T-314, rollo 1171; el material publicado en Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 129–130; Mellenthin, *Panzer Battles*, 224; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 202–208; y Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 351–353.

274 **El comandante del cuerpo fracasó:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 430–431.

275 **«Obligados a retirarse temporalmente»:** Spaeter, *Grossdeutschland*, p. 130; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 432–434.

276 **Ya no podía avanzar más:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 430, 434.

277 **Más como zapatero remendón que como herrero:** Cf. Armstrong, *Red Army Tank Commanders*, pp. 94–95.

278 **Cambiando a una posición defensiva:** Spaeter, *Grossdeutschland*, p. 130.

- 279 **Manstein apareció por el cuartel general del cuerpo:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 353.
- 280 **Órdenes finales de Knobelsdorff:** *ibid.*, p. 353; Mellenthin, *Panzer Battles*, pp. 126–128.
- 281 **Canto del cisne de los panzer:** Ivan S. Konev, *Aufzeichnungen eines Frontoberbefehlshabers 1943/44*, trad. Irmgard Zeisler, 2ª ed. (Berlín: Militärverlag der DDR, 1983), p. 43.
- 282 **La Leibstandarte y la Das Reich se mantuvieron despiertos:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 315–317.
- 283 **Los tanquistas de Rotmistrov no estaban menos nerviosos:** Cf. los relatos en Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 298, y Lloyd Clark, *The Battle of the Tanks: Kursk, 1943* (Nueva York: Atlantic Monthly Press, 2011), pp. 314–315. Porter, *Fifth Guards Tank Army*, p. 56, se refiere al problema de las escotillas.
- 284 **No todos los tanquistas rusos eran hombres:** Anna Krylova, *Soviet Women in Combat: A History of Violence on the Eastern Front* (Nueva York: Cambridge University Press, 2010), contextualiza con brillantez el tema general.
- 285 **Rotmistrov llegó al puesto de mando:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 299.
- 286 **Atrapados en sus mantas:** el relato de Ribbentrop comienza en Kurowski, *Panzer Aces*, pp. 174–178.
- 287 **Solo siete tanques aquella mañana:** «KTB 4th Panzerarmee, Chefnotizen für 12.7.1943», National Archives T-313, carrete 369.
- 288 **El bombardeo soviético no cumplió con las expectativas:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 284–285, 301–306.
- 289 **Primera batalla del Quinto Ejército de Tanques de la Guardia:** *ibid.*, pp. 306–307.
- 290 «¡Acero! ¡Acero! ¡Acero!»: *ibid.*, pp. 308–309. Aunque Zamulin corrige hábilmente los detalles del colorido y a menudo citado relato de Rotmistrov del inicio, su atmósfera permanece.
- 291 **Ataque aéreo masivo:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 79–81.
- 292 **Ninguno era mejor que Hans-Ulrich Rudel:** Hans-Ulrich Rudel, *Stuka Pilot*, trad. Lynton Hudson (Nueva York: Ballantine Books, 1958), pp. 85–86. Bergström, *Kursk: The Air Battle*, p. 79, fija el 12 de julio, en lugar del generalmente citado 5 de julio, como la fecha más probable para esto.
- 293 «El primer vuelo, vuela detrás de mí»: Rudel, *Stuka Pilot*, p. 85.
- 294 «Era como si un gigante hubiera agarrado»: entrevista citada en Clark, *Battle of the Tanks*, p. 345.
- 295 **Los rusos avanzaban casi a ciegas:** una panorámica fácilmente accesible sobre las capacidades técnicas y operativas de los T-34/76 en este periodo se encuentra en Robert K. Forczyk, *Panther vs T-34: Ukraine 1943* (Oxford: Osprey Publishing, 2007).
- 296 **234 tanques en la primera oleada del ataque:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 309–310.
- 297 «El campo cobró vida»: *ibid.*, p. 321.
- 298 «Solo en Prokhorovka»: su verdadero título es «Nacido de nuevo en Prokhorowka», Kurowski, *Panzer Aces*, pp. 178–180.
- 299 **No se tenía conocimiento de su existencia:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 327–328.



- 300 **«Infierno de fuego, humo, varios T-34 ardiendo»:** Kurowski, *Panzer Aces*, p. 181.
- 301 **El mando y el control se erosionaron:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 319–320.
- 302 **Algunos de los enfrentamientos más feroces de Ciudadela:** *ibid.*, pp. 315–328 *passim*.
- 303 **Se deshizo personalmente de un T-34:** Patrick Agte, *Jochen Peiper: Commander, Panzerregiment Leibstandarte*, trad. Robert Dohrenwend (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 1999), p. 176.
- 304 **Conocimiento de la situación y su cabeza fría:** Patrick Agte, *Michael Wittmann and the Waffen SS Tiger Commanders of the Leibstandarte in WWII*, vol. 1. (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2006), en concreto pp. 85–132 *passim*, contextualiza la experiencia de Wittmann durante Ciudadela con un mínimo de pasión heroica con aroma a las Waffen-SS que es habitual en este género. No obstante, se pueden encontrar camisetas con recordatorios a Wittmann en algunos sitios comerciales y conmemorativos de Internet.
- 305 **Detenerse ofreciendo un ángulo:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 330.
- 306 **Acontecimiento definitorio de Ciudadela:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 352–353; Kurowski, *Panzer Aces*, p. 205.
- 307 **La confusa y todavía desesperada pelea:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 332; Agte, *Jochen Peiper*, p. 176.
- 308 **Se tropezó a toda velocidad:** *Demolishing the Myth*, pp. 332–334; Lehmann, *Leibstandarte*, pp. 234–235.
- 309 **Un veterano del 10º Cuerpo de Tanques escribía:** citado en Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 335.
- 310 **Embestir a un vehículo blindado de combate alemán:** *ibid.*, p. 333.
- 311 **La correlación entre mito y realidad fue más estrecha:** *ibid.*, pp. 364–370; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 340–343.
- 312 **Improvisada compañía de T-34 capturados** Weidinger, *Das Reich*, pp. 199–200.
- 313 **Rotmistrov llegó:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 377–378, 456–457.
- 314 **Enormemente supeditados a la actuación de la Totenkopf:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 343–349, 381–398.
- 315 **No todos los camaradas eran valientes:** *ibid.*, pp. 356, 389–90. Paul Wanke, *Russian/Soviet Military Psychiatry, 1904–1945* (Londres: Routledge, 2012), hace un estudio centrándose en las bajas psiquiátricas de la USSR.
- 316 **A partir de las 10.45 de la noche:** informe de la Totenkopf de las 22.45 en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 105; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 349–350.
- 317 **Había pasado un tiempo en un hospital psiquiátrico:** Charles W. Sydnor, Jr., *Soldiers of Destruction: The SS Death's Head Division, 1933–1945* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1977), p. 8.
- 318 **La versión soviética original:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 516–543, se ocupa de la mitología rusa; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 129–135, es su equivalente alemán. Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 326–327, se centra en el número de tanques directamente implicados.
- 319 **Mencionó solo uno el 12 de julio:** Ralf Tiemann, *Chronicle of the 7. Panzer- Kompanie I. SS-Panzer Division «Leibstandarte»*, trad. Allen Brandt (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 2004), p. 60.

320 **Exigiendo saber qué le había pasado:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 428, fn. 31; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 132–133; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 441, 507.

321 **Rotmistrov temblando de estrés:** Armstrong, *Red Army Tank Commanders*, pp. 320–322. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, más de 250 generales rusos fueron ejecutados o enviados a prisión. Christopher N. Donnelly, «The Soviet Attitude Toward Stress in Battle», en *Contemporary Studies in Combat Psychiatry*, ed. Gregory Belenky (Westport, CT: Greenwood Press, 1987), p. 233.

322 **Stalin seguía lo suficientemente angustiado:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 457; Zhukov, *Reminiscences and Reflections*, p. 190.

323 **Manstein «agradeció y alabó»:** «Generalkommando II. SS. Pz.-Korps, 22.00 Uhr.», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 104.

324 **Hoth estaba nervioso:** «KTB 4th Panzerarmee, Chefnotizen für 21.7.1943», National Archives, T-314, rollo 1170.

325 **«Ya no me importaba nada más»:** Lochmann et al., *Tiger Tank Battalion 503*, pp. 116–117. Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 363, resume el estado de las SS; las condiciones no eran mejores que en las unidades del ejército.

326 **Racismo ideológico y arrogancia cultural:** Cf. Neitzel and Welzer, *Soldaten*, p. 317–343.

327 **Transmitidas por teléfono:** Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 103.

328 **Perspectivas sólidas para un avance:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 209, habla de «cauto optimismo». Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 353, subraya los efectos de *shock* del 12 de julio sobre Hoth y su Estado Mayor.

329 **Llegaron las órdenes finales de Hoth:** «Durch FS um 20.45 Uhr.: An II-SS Pz.-Korps», en Stadler, *Offensive gegen Kursk*, p. 103.

330 **Resumen de inteligencia del cuerpo:** «Feindlage 12.7.1943, Stand: 21.00 Uhr.», en *ibid.*, pp. 105–106.

331 **Hausser respondió a Hoth:** «Auftraege für 13.7.43» (el «14» en el texto es una errata evidente), en *ibid.*, p. 105; «KTB II. SS-Panzerkorps an SS Divisionen “LSAH”, “DR”, und “T”... Auftraege für 13.7.43», National Archives, T-354, rollo 605.

## 7. ENCRUCIJADAS

332 **Los rusos llegaron a ella:** Cf. Harrison, *Russian Way of War*, y la visión de conjunto más completa de Jacob Kipp, «The Tsarist and Soviet Operational Art, 1853–1991», en *Evolution of Operational Art*, pp. 64–95.

333 **Su «renacimiento» fue un proceso que duró dos años:** «Renacimiento» es el tema central de Glantz, *Stumbling Colossus*.

334 **Preparativos para Kutuzov:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 227–232; y Glantz, «Soviet Military Strategy», *Journal of Military History* 60, no 1 (1996).

335 **Un sector inactivo:** esta descripción es relativa. Véase Franz Kurowski, *Deadlock Before Moscow: Army Group Center, 1942/1942*, trad. Joseph G. Welsh (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 1992).

336 **Foco de una importante conspiración:** Peter Hoffmann, «Trecksow and Army Group Center», en *The History of the German Resistance, 1933–1945*, trad. Richard Barry (Cambridge, MA: MIT Press, 1977), pp. 264–289.

337 **Se enfrentó a la operación Kutuzov:** para el equilibrio final de fuerzas, véase Frieser et al., *Ostfront*, pp. 98–99.

338 **Lograron una sorpresa casi total:** David M. Glantz, *Soviet Military Deception in the Second World War* (Londres: Routledge, 1989), pp. 160–193.

339 **El momento preciso de lanzamiento:** para una panorámica operacional general, véase John Erickson, *The Road to Berlin: Continuing the History of Stalin's War with Germany* (Boulder, CO: Westview Press, 1983), p. 108. Major General Peter von der Groeben, «Ninth Army and Second Panzer Army», en *Kursk: The German View*, pp. 108–112, ofrece la perspectiva de un oficial de Estado Mayor alemán.

340 **La fuerza aérea representó un papel principal:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 82–84; Hardesty y Grinberg, *Red Phoenix Rising*, pp. 261–265.

341 **Había tenido sus altibajos:** Geoffrey Jukes, «Bagramyan», en Harold Shukman, ed., *Stalin's Generals*, pp. 26–27.

342 **El frente de Bryansk descubrió un hueso más duro de roer:** Lothar Rendulic, «Die Schlacht von Orel, Juli 1943: Wahl und Bildung des Schwerpunktes», *Österreichische Militärische Zeitschrift* 1 (1963), pp. 130–138.

343 **Debían una buena parte de su éxito:** Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 85–86.

344 **Una rapidez que Newton califica de sospechosa:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 253–255.

345 **La 12ª Panzer había pasado una semana:** los archivos de la división están resumidos en Antonius John, *Kursk '43: Szenen einer Entscheidungsschlacht* (Bonn: H&H Konzept Verlag, 1993), pp. 106–118.

346 **«Las puertas para luchar contra el infierno»:** *ibid.*, pp. 117, 120. El 5º Regimiento de Granaderos Panzer formaba parte de la 12ª División Panzer.

347 **En la encrucijada estratégica:** Simon Ball, *The Bitter Sea: The Struggle for Mastery in the Mediterranean, 1935–1949* (Londres: HarperPress, 2010), y Douglas Porch, *The Path to Victory: The Mediterranean Theater in World War II* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2004), son las mejores panorámicas desde las perspectivas política/estratégica y estratégica/operacional respectivamente. Citino, *The Wehrmacht Retreats*, integra brillantemente las sinergias del teatro de operaciones del Mediterráneo y el frente ruso.

348 **Italia era una caña quebrada:** MacGregor Knox, *Hitler's Italian Allies: Royal Armed Forces, Fascist Regime, and the War of 1940–1943* (Nueva York: Cambridge University Press, 2000), es una panorámica analítica. Gerhard Schreiber, «Das Ende des nordafrikanischen Feldzugs und der Krieg in Italien 1943 bis 1945», en Frieser et al., *Ostfront*, pp. 1.100–1.114, resume la perspectiva alemana de la etapa final del Eje.

349 **¿Pero dónde?:** Citino, *The Wehrmacht Retreats*, pp. 172–175, presenta las opciones.

350 **Su reputación de optimista:** Albert Kesselring, *Kesselring: A Soldier's Record*, trad. Lynton Hudson (Nueva York: William Morrow, 1954), pp. 196–198; Schreiber, «Ende des nordafrikanischen

Feldzugs», en Frieser et al., *Ostfront*, p. 1.113.

351 **Hitler debería haberse presentado:** Manstein, *Verlorene Siege*, p. 501.

352 «**Debajo de la lámpara de ultravioleta**»: Stahlberg, *Bounden Duty*, p. 307.

353 **La presentación de Hitler:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 501–503; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 141–142.

354 **Demasiado tarde aquel día:** Stahlberg, *Bounden Duty*, pp. 309–310.

355 **Un número cada vez mayor de encuentros similares:** Dennis E. Showalter, «Conscience, Honor, and Expediency: The German Army's Resistance to Hitler», en *Confront!: Resistance in Nazi Germany*, ed. John J. Michalczuk (Nueva York: Peter Lang, 2004), pp. 62–79.

356 **Que definió su propio lugar en la Historia:** la excelente biografía de Melvin puede completarse con Benoît Lemay, *Erich von Manstein: Hitler's Master Strategist* (Havertown, PA: Casemate, 2010), y con Marcel Stein, *Field Marshal von Manstein: The Janus Head—A Portrait*, ed. Gwyneth Fairbank, trad. Marcel Stein (Solihull, UK: Helion & Co., 2007).

357 **El cuartel general de Vatutin había estado haciendo lo mismo:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 208; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 426, 460–461.

358 **Vatutin solicitó refuerzos:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 456–457.

359 **Propósito declarado de la reunión:** *ibid.*, pp. 457, 470–471.

360 **Falta de vehículos de recuperación especializados:** *ibid.*, pp. 447–449. Gary A. Dickson, «Tank Repair and the Red Army in World War II», *Journal of Slavic Military Studies* 25 (2012): 381–392, es una panorámica de los métodos de mantenimiento del Ejército Rojo.

361 **Tranquilidad en el sector de las SS:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 366–371.

362 «**No podía soportarlo**»: Agte, *Jochen Peiper*, pp. 176–179.

363 **En el frente de la Totenkopf:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 460–466; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 378–382.

364 **Tomada a toda costa:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 382.

365 **Comenzaron los ataques soviéticos:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 469–473; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 372–374.

366 **El informe diario del Cuarto Ejército Panzer:** «KTB 4.Panzerarmee, Chefnotizen für 13.7.1943», National Archives, T-313, rollo 369.

367 **Sugería al menos una oportunidad:** al menos, para Manstein. Manstein, *Verlorene Siege*, p. 501.

368 **Aturdido y mecánico:** Mellenthin, *Panzer Battles*, p. 226; Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 210; cf. «Darstellung der Ereignisse XLVIII Panzer-Korps am 13.7.1943», National Archives, T-314, rollo 1170; y Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 384–388.

369 **No estaba cerca de ninguno de sus sectores divisionales:** Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 121–126; Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 474–480.

370 **Un plan revisado:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 500–501; Melvin, *Manstein*, p. 376; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 141–144.

371 **Forzado hasta el límite:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 382.

372 **Era el turno de la Grossdeutschland:** *ibid.*, pp. 412–413; Spaeter, *Grossdeutschland*, pp. 131–132; Mellenthin, *Panzer Battles*, pp. 228–229; Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 99–100.

373 **El Primer Ejército de Tanques había hecho su trabajo:** Armstrong, *Red Army Tank Commanders*, p. 63.

374 **«La obstinada defensa de sus líneas actuales»:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 513–514.

375 **Retórica de ataque se vio cuestionada:** *ibid.*, pp. 486–487.

376 **Breith se había valido por sus propios medios:** *ibid.*, pp. 495–496; Lodieu, *III. Pz. Korps*, pp. 126–140; Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 409–411.

377 **«Comportándose espléndidamente»:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 489.

378 **Vatutin respondió:** *ibid.*, pp. 503–504.

379 **Retirada a una nueva línea defensiva:** *ibid.*, pp. 504–512.

380 **Los granaderos panzer de la Das Reich:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 398–405; Lodier, *III. Pz. Korps*, p. 139.

381 **Refinado y reconceptualizado aún más:** Cf. los resúmenes en Frieser et al., *Ostfront*, p. 145, y Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 413, 417–418, con «Vorschlag für Operation Roland am 16.7.1943, KTB Panzerarmeeoberkommando 4 an Heeresgruppe Süd», National Archives, T-313, rollo 382.

382 **La ofensiva que la Stavka había planeado:** David M. Glantz, *From the Don to the Dnepr: Soviet Offensive Operations, December 1942–August 1943* (Londres: Frank Cass Publishers, 1991), pp. 229–252.

383 **Poco probable que una operación de ese alcance fomentara un enfoque estrecho:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, p. 445, revisa su juicio anterior en *Decision in the Ukraine: German Panzer Operations on the Eastern Front, Summer 1943* (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 1996), pp. 55–56, 67.

384 **Perspectivas limitadas para la revisión proyectada por Manstein para Ciudadela:** Nipe, *Blood, Steel, and Myth*, pp. 421–422.

385 **Archivo de «cosas que podrían haber sido» de Ciudadela:** Weidinger, *Division Das Reich*, pp. 213, 216.

386 **Stalin y la Stavka estaban ansiosos:** Zhukov, *Reminiscences and Reflections*, p. 194.

387 **El frente Sur atacó al Sexto Ejército:** mayor Dr. Martin Francke, «Sixth Army Defends the Mius River Line», en *Kursk: The German View*, pp. 306–324.

388 **Se rindieron finalmente a la evidencia:** Frieser et al., *Ostfront*, pp. 191–193; Glantz y House, *Battle of Kursk*, pp. 244–246.

389 **No estar en contacto con la realidad:** Newton, *Hitler's Commander*, pp. 256–262; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 185–190; Bergström, *Kursk: The Air Battle*, pp. 90–95; Hardesty y Grinberg, *Red Phoenix Rising*, pp. 262–267.

390 **Hacer cambiar de opinión al Führer:** Glantz y House, *Battle of Kursk*, p. 238.

391 **La posición estratégica y política de Alemania en el Mediterráneo se erosionaba constantemente:** Citino, *The Wehrmacht Retreats*, pp. 238–254, reconstruye y contextualiza admirablemente el dilema al que se enfrentó el alto mando alemán en este periodo. Para la perspectiva de un oficial del cuartel general sobre el terreno acerca de la situación en Italia, véase Siegfried Westphal, *Heer in Fesseln: Aus den Papieren des Stabschefs von Rommel, Kesselring und Rundstedt* (Bonn: Athenäum Verlag, 1952), pp. 214–226.

392 **Se volvía cada vez más tenue:** para detalles y antecedentes, véase Josef Schröder, *Italiens Kriegaustritt 1943: Die deutschen Gegenmassnahmen im italienischen Raum: Fall «Alarich» und «Achse»* (Göttingen: Musterschmidt-Verlag, 1969).

393 **Convocó a Kluge:** Frieser et al., *Ostfront*, pp. 219–220.

394 **No se aplicó ninguna presión para una persecución más cercana:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 458–459, 515.

395 **Últimos activos de Alemania:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 516–517.

396 **Librando la guerra de Manstein:** para la perspectiva alemana, cf. Frieser et al., *Ostfront*, pp. 193–200, y Melvin, *Manstein*, pp. 382–387. Como era de esperar, el bando ruso aparece bien presentado y de forma exhaustiva en Glantz, *Don to the Dnepr*, pp. 251–365.

397 **«Una avalancha de flechas rojas»:** Citino, *The Wehrmacht Retreats*, p. 232.

398 **Zeitler hizo una visita no anunciada:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 518–519.

399 **Hitler voló a Vinnitsa:** ibid., pp. 522–529; Melvin, *Manstein*, pp. 387–388, 391–394.

400 **Exigió una reunión privada con el Führer:** Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 529–530.

401 **Ningún dictador puede aceptar semejante desafío:** Melvin, *Manstein*, pp. 394–395.

402 **A punto de devolver al mar el desembarco de Salerno:** Angus Konstam, *Salerno 1943: The Allied Invasion of Italy* (Barnsley, UK: Pen & Sword Military, 2007), constituye una breve panorámica general.

403 **Gersdorff había llegado tan lejos:** su versión de los acontecimientos siguientes se encuentra en Rudolf-Christof Gersdorff, *Soldat im Untergang* (Frankfurt: Ullstein, 1977), pp. 134–136; cf. Hoffmann, *German Resistance*, p. 290.

404 **«Accionismo unilateral»:** Isabel V. Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2005), p. 170.

405 **¿Es unilateral un juramento?:** Robert B. Kane, *Disobedience and Conspiracy in the German Army, 1918–1945* (Jefferson, NC: McFarland & Co., 2002), analiza y sitúa en contexto esta complicada cuestión moral.

406 **Hicieron una política de tierra quemada:** para la descripción y definición de Manstein, véase Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 539–540. Análisis más amplios incluyen a Bernd Wegner, «Die Aporie des Krieges» en Frieser et al., *Ostfront*, pp. 256–269; y desde la perspectiva de una unidad, Christoph Rass, «Menschenmaterial»: *Deutsche Soldaten an der Ostfront: Innenansichten einer Infanteriedivision, 1939–1945* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2003), pp. 365–385.

407 **«Campo de escombros»:** citado en Stephen G. Fritz, *Ostkrieg: Hitler's War of Extermination in the East* (Lexington: University Press of Kentucky, 2011), p. 372.

408 **«Quemando nuestro pan»:** citado en David M. Glantz y Jonathan House, *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler* (Lawrence: University Press of Kansas, 1995), p. 172.

409 **Cuando el Grupo de Ejércitos Sur alcanzó el Dnieper:** Frieser et al., *Ostfront*, pp. 360–367 y 301–308, discute la situación de los Grupos de Ejércitos Sur y Centro.

## Conclusión. PUNTOS DE INFLEXIÓN

410 **Primero vienen las estadísticas:** Zamulin, *Demolishing the Myth*, pp. 530–546; Frieser et al., *Ostfront*, pp. 150–159; Zetterling y Frankson, *Kursk 1943*, pp. 111–131.

411 «**Tecnología de pelotón**»: Dennis E. Showalter, “More than Nuts and Bolts: Technology and the German Army, 1870–1945,” *Historian* 65, no. 1 (2002), pp. 139–142.

412 «**Señales del progreso táctico del Ejército Rojo**»: Frieser et al., *Ostfront*, pp. 301–490, es el mejor análisis; Rolf Hinze, *Crucible of Combat: Germany’s Defensive Battles in the Ukraine, 1943–1944*, trad. y ed. Frederick P. Steinhardt (Solihull, UK: Helion & Co., 2009), es el relato más detallado en inglés.

413 **Las narraciones rusas subrayan un sistema:** Glantz y House, *When Titans Clashed*, pp. 196–201; Karl-Heinz Frieser, «Der Zusammenbruch im Osten», en Frieser et al., *Ostfront*, pp. 493ff. *passim*. También resultan útiles Gerd Niepold, *Battle for White Russia: The Destruction of Army Group Centre June 1944*, trad. Richard Simpkin (Londres: Brassey’s, 1987), y Walter S. Dunn Jr., *Soviet Blitzkrieg: The Battle for White Russia, 1944* (Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers, 2000).

414 **Tres raíces centrales:** Cf. David M. Glantz, *The Military Strategy of the Soviet Union: A History* (Londres: Frank Cass Publishers, 1992).

415 **La fuerza blindada en particular pasó a una fase avanzada:** Porter, *Soviet Tank Units*, es una introducción útil para abordar diferentes temas con la intención de eclipsar a su oponente alemán en la literatura especializada y en páginas web.

416 **Alteraron la composición de las unidades de fusileros:** David Glantz, «Soviet Use of “Substandard” Manpower in the Red Army, 1941–1945», en *Scraping the Barrel: The Military Use of Substandard Manpower, 1860–1960*, ed. Sanders Marble (Nueva York: Fordham University Press, 2012), pp. 151–178.

417 «**No saben absolutamente nada**»: citado en Max Hastings, *Armageddon: The battle for Germany, 1944–1945* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2004), p. 124.

418 **Una cultura de acomodación:** véase en especial Martin van Creveld, *The Culture of War* (Nueva York: Presidio Press/Ballantine Books, 2008).

419 «**Tiembla como un ratón**»: citado en Zamulin, *Demolishing the Myth*, p. 450.

420 **Pidieron a cada hombre que les dijera su edad:** Lehmann, *Leibstandarte*, p. 230.

421 «**Un guerra de liberación justa y patriótica**»: Reese, *Why Stalin’s Soldiers Fought*, pp. 176–200; Merridale, *Ivan’s War*, p. 282 *passim*.

422 **Defensores de la civilización occidental:** David K. Yelton, *Hitler’s Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany, 1944–1945* (Lawrence: University Press of Kansas, 2002), y Robert S. Rush, «A Different Perspective: Cohesion, Morale, and Operational Effectiveness in the German Army, Fall 1944», *Armed Forces & Society* 25, no. 3 (1999), pp. 477–508, se combinan para describir un realidad mucho más matizada y mucho menos elevada. La matriz del juego final de la Alemania nazi de «guerra del cuchillo» se presenta al detalle en Ralf Blank et al., *Germany and the Second World War*, vol. 9/1, *German War-time Society, 1939–1945: Politicization, Disintegration, and the Struggle for Survival*, trans. Derry Cook-Radmore (Oxford: Oxford University Press, 2008).

## Agradecimientos

Este libro ha tardado en ver la luz. Deseo dar las gracias a mi familia, a mis colegas de Colorado College y a mis alumnos por aguantarme durante su gestación. Un agradecimiento especial a Gretchen Boger, cuya profesionalidad y entusiasmo durante sus dos años en el Departamento de Historia me recordaron por qué elegí esta profesión; y a nuestra coordinadora de departamento, Sandy Papuga, por su buena voluntad y sentido común.

Mi gratitud a Random House por su paciencia mientras el libro estaba en fase de redacción y por su trato de expertos una vez que se les envió el manuscrito. El corrector merece un elogio especial: ¡nunca hubiera creído que podría cometer tantos errores y generar tantas oraciones torpes! Los errores que quedan son únicamente de mi responsabilidad.

También deseo dar las gracias al personal de la Tutt Library, especialmente a Diane Armock, la coordinadora de préstamos interbibliotecarios. Kathy Barbier y Rob Citino compartieron generosamente sus conocimientos sobre el tema y me brindaron un bienvenido estímulo. Y Sam Lerman fue durante su carrera en Colorado College un valioso asociado en un curso sobre terrorismo que se convirtió en una empresa conjunta. Sam, este libro es para ti. Ojalá puedas escribir uno mejor.



## Guía de lectura adicional

Esto no es una bibliografía formal, sino, más bien, una guía que incorpora parte del material que me ha parecido útil e interesante. Pretende resultar agradable al lector y, en consecuencia, tiende a las obras en inglés, sean originales o traducidas.

La mejor introducción general es M. K. Barbier, *Kursk: The Greatest Tank Battle, 1943* (Londres: Amber Books, 2002). Notable por igual debido a su precisión, equilibrio y legibilidad, presenta una panorámica perfecta de Ciudadela. Will Fowler, *Kursk: The Vital 24 Hours* (Londres: Amber Books, 2005), utiliza un formato similar. A pesar del título, es un estudio bien escrito, con excelentes gráficos y útiles barras laterales. Los lectores escasos de tiempo quizás prefieran a Geoffrey Jukes, *Kursk: The Clash of Armour* (Nueva York: Ballantine Books, 1969); y a Mark Healy, *Kursk 1943: The Tide Turns in the East* (Oxford: Osprey Publishing, 1992). Cada uno de ellos forma parte de una eminente serie: Jukes en la *Illustrated History of World War II* de Ballantine, y Healy en la *Campaign Series* de Osprey. Ambos libros están bien escritos. Ambos fueron becas de vanguardia cuando fueron publicadas. Ambos son refrescantemente breves. Ambos siguen siendo útiles, con los gráficos complementando el texto.

Entre las historias generales recientes sobre Kursk destaca Lloyd Clark, *The Battle of the Tanks: Kursk, 1943* (Londres: Headline Reviews, 2011), estructurada sobre todo en torno a entrevistas y narraciones. Entre otras obras más antiguas con formatos similares, Robin Cross, *The Battle of Kursk: Operation Citadel 1943* (Londres: Penguin Group, 2002), todavía constituye una narración útil, construida sobre los relatos de los combatientes. Un buen equilibrio lo ofrece la obra centrada en el carácter operacional de Walter S.

Dunn Jr., *Kursk: Hitler's Gamble, 1943* (Westport, CT: Praeger Publishers, 1997).

Todavía dominando el campo académico se encuentra la brillante visión de conjunto de David M. Glantz y Jonathan M. House, *The Battle of Kursk* (Lawrence: University Press of Kansas, 1999), que abrió un nuevo terreno con su sofisticado empleo de los hasta ese momento inaccesibles archivos soviéticos. Su presentación y análisis siguen desafiando cualquier modificación. Su énfasis en las cifras y las estadísticas puede suponer un peso, pero nunca una carga. *Zitadelle: The German Offensive Against the Kursk Salient, 4–17 July 1943* (Stroud, UK: History Press, 2008), de Mark Healy, ofrece una perspectiva alemana que equilibra el énfasis soviético de Glantz y House.

Los historiadores militares franceses han demostrado recientemente un valioso interés por Kursk. Jean Lopez, *Koursk: Les quarante jours qui ont ruiné la Wehrmacht (5 Juillet–20 août 1943)* (París: Economica, 2011) es un excelente análisis de un eminente estudioso francés del frente Oriental. Y la revista para un público general de alto nivel *Champs de Bataille: Seconde Guerre Mondiale* publicó en 2012–2013 una serie de tres números especiales sobre *Koursk 1943*. Incluso para aquellos que no pueden leer en francés, los gráficos, tablas e ilustraciones hacen que merezca la pena adquirirlos.

Ciudadela se comprende mejor en el contexto general de los acontecimientos de 1943 en *The Wehrmacht Retreats: Fighting a Lost War, 1943* (Lawrence: University Press of Kansas, 2012), de Robert M. Citino. El aparato de consulta del autor es casi tan útil como su texto. La obra de Citino es apoyada por *Die Ostfront 1943/44*, editada por Karl-Heinz Frieser, volumen 8 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2007). Es asimismo una de las mejores contribuciones a la serie y, posiblemente, la fuente más informativa sobre el año perdido en un frente ignorado. Boris V. Sokolov, «The Battle for Kursk, Orel, and Charkov: Strategic Intentions and Results», en *Gezeitenwechsel im Zweiten Weltkrieg?*, editado por Roland Foerster (Hamburgo: Verlag E. S. Mittler & Sohn, 1996), pp. 69–88, merece la pena ser consultado por su crítica post-soviética de las falsificaciones del régimen.

Para otros estudios tradicionales desde la perspectiva de los participantes, véase Ernst Klink, *Das Gesetz des Handelns: Die Operation «Zitadelle» 1943* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1966); y la oficial traducida *The Battle for Kursk, 1943: The Soviet General Staff Study*, editada por David Glantz y Harold S. Ornstein (Londres: Frank Cass Publishers, 1999).

En primera fila de las obras especializadas sobre la propia batalla de Kursk se encuentra Valeriy Zamulin, *Demolishing the Myth: The Tank Battle at Prokhorovka, Kursk, July 1943: An Operational Narrative*, traducido y editado por Stuart Britton (Solihull, UK: Helion & Co., 2011); y George M. Nipe, *Blood, Steel and Myth: The II.SS-Panzer-Korps and the Road to Prochorowka, July 1943* (Stamford, CT: RZM Publishing, 2011). Cada uno de ellos es una mina de detalles basados en material previamente desconocido. Las extensas traducciones de material de archivo en Zamulin hacen que su obra sea especialmente valiosa. Steven H. Newton's *Kursk: The German View* (Nueva York: Da Capo Press, 2002) es una antología igualmente valiosa de informes de posguerra por parte de altos oficiales participantes, con excelentes comentarios editoriales basados en archivos. Niklas Zetterling y Anders Frankson, *Kursk 1943: A Statistical Analysis* (Londres: Frank Cass Publishers, 2000), proporciona cifras y una útil bibliografía. David Porter, *Das Reich at Kursk: 12 July 1943* (Londres: Amber Books, 2011), y *Fifth Guards Tank Army at Kursk* (Londres: Amber Books, 2011), son obras paralelas cuyos textos y gráficos proporcionan una visión general coherente de estas formaciones que puede aplicarse también a sus homólogos. Roman Töppel, «Legendenbildung in der Geschichtsschreibung-Die Schlacht von Kursk», *Militärgeschichtliche Zeitschrift* 61, (2002), pp. 369-401, es el mejor análisis de los orígenes y refutación de los grandes mitos de Kursk.

En el segundo nivel de material especializado, Antonius John, *Kursk '43: Szenen einer Entscheidungsschlacht* (Bonn: Konzept Verlag, 1993), posee material primario útil procedente del sector de Model durante Ciudadela y el desplazamiento hacia el saliente de Orel. Silvester Stadler, *Die Offensive gegen Kursk 1943: II.SS-Panzerkorps als Stosskeil im Grosskampf* (Osnabrück: Munin Verlag, 1980), reimprime muchas órdenes e informes. Didier Lodieu, *III. Pz. Korps at Kursk*, traducido por Allan McKay (París:

Histoire & Collections, 2007), hace buen uso del material de archivo y de las historias de las unidades. El Volumen 2 de Helmuth Spaeter, *The History of the Panzerkorps Grossdeutschland* (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 1995), y Hans-Joachim Jung, *Panzer Soldiers for «God, Honor, Fatherland»: The History of Panzerregiment Grossdeutschland*, traducido por David Johnston (Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 2000), se combinan bien con la obra maestra del ejército. El Volumen 2 *Armored Bears: The German 3rd Panzer Division in World War II*, compilado por los veteranos de la división (Mechanicsburg, PA: Stackpole 2013), se centra en experiencias y anécdotas personales. *Sledgehammers: Strengths and Flaws of Tiger Tank Battalions in World War II* (Bedford, PA: Aberjona Press, 2004), de Christopher W. Wilbeck, incluye un buen análisis del papel de los Tiger en el cuerpo de Breith.

La fuerza aérea, cuyo papel vital en Ciudadela queda al margen con demasiada frecuencia, está bien presentado en Christer Bergström, *Kursk: The Air Battle: July 1943* (Hersham, UK: Ian Allan Publishing, 2008). Von Hardesty e Ilya Grinberg, *Red Phoenix Rising: The Soviet Air Force in World War II* (Lawrence: University Press of Kansas, 2012), presentan Ciudadela en el contexto del desarrollo en tiempos de guerra de la Fuerza Aérea Roja. Richard Muller, *The German Air War in Russia* (Baltimore: Nautical & Aviation Publishing Company of America, 1992), es un sólido contrapunto. Y entre docenas de libros de aviones, Martin Pegg, *Hs 129: Panzerjäger!* (Burgess Hill, UK: Classic Publications, 1997), cubre uno de los tipos menos conocidos.

Entre las obras que tratan temas más amplios relacionados con Kursk, Geoffrey Jukes, *Stalingrad to Kursk: Triumph of the Red Army* (Barnsley, UK: Pen & Sword Military, 2011), resulta excelente sobre los factores que subyacen al cambio de poder militar en el frente Oriental. Dana V. Sadarananda, *Beyond Stalingrad: Manstein and the Operations of Army Group Don* (Westport, CT: Praeger Publishers, 1990), resume las experiencias que moldearon directamente el enfoque de Manstein para Ciudadela y sus secuelas. George M. Nipe Jr., *Decision in the Ukraine, Summer 1943: II SS and III Panzer Korps* (Winnipeg: J. J. Fedorowicz Publishing, 1996), estudia estas formaciones a través y después de Kursk. Para detalles sobre la lucha posterior a Kursk, Rolf Hinze, *East Front Drama, 1944: The Withdrawal*

*Battle of Army Group Center*, traducido por Joseph G. Welsh (Winnipeg: J. J. Fedorowicz Publishing, 1996), y *Crucible of Combat: Germany's Defensive Battles in the Ukraine, 1943–44*, traducido y editado por F. P. Steinhardt (Solihull, UK: Helion & Co., 2009), son ricos en detalles, con el mínimo de «pathos de la Wehrmacht».

La mayoría de las biografías y memorias accesibles son de alemanes. El mejor análisis crítico, mediante una distancia considerable, de la carrera y el personaje de Manstein es de Mungo Melvin, *Manstein: Hitler's Greatest General* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2010). Benoît Lemay, *Erich von Manstein: Hitler's Master Strategist*, traducido por Pierce Heyward (Havertown, PA: Casement Publishers, 2010), ocupa un honorable segundo puesto. El original alemán de las memorias de Manstein, *Verlorene Siege* (Bonn: Athenäum Verlag, 1955), incluye material relevante que se omite en *Lost Victories* (Chicago: Henry Regnery, 1958). Alexander Stahlberg, *Bounden Duty: The Memoirs of a German Officer, 1932–45*, traducido por Patricia Crampton (London: Brassey's, 1990), presenta las ambigüedades a las que se enfrentaba un asistente personal involucrado en la resistencia contra Hitler. Entre el resto, Steven H. Newton, *Hitler's Commander: Field Marshal Walther Model-Hitler's Favorite General* (Nueva York: Da Capo Press, 2006), resulta sólido sobre Model. F. W. von Mellenthin fue jefe de estado mayor del XLVIII Cuerpo Panzer durante Ciudadela. *Panzer Battles: A Study of the Employment of Armor in the Second World War* (Norman: University of Oklahoma Press, 1956) incluye su punto de vista sobre la operación.

Las memorias de oficiales rusos de alta graduación incluyen a Konstantin Rokossovsky, *A Soldier's Duty*, traducido por Vladimir Talny (Moscú: Progress Publishers, 1970); y el bravucón *Stal'naya gvardiya* (Moscú: Voenizdat, 1984) de Pavel Rotmistrov. El más accesible *Stalin's Generals*, editado por Harold Shukman (Nueva York: Grove Press, 1993), incluye excelentes capítulos sobre Novikov, Vatutin, Vasilevsky y Rokossovsky. Richard N. Armstrong, *Red Army Tank Commanders: The Armored Guards* (Atglen, PA: Schiffer Publishing, 1994), incluye capítulos sobre Katukov y Rotmistrov.

Sobre las cuestiones relacionadas con motivos y comportamientos, Roger R. Reese, *Why Stalin's Soldiers Fought: The Red Army's Military*

*Effectiveness in World War II* (Lawrence: University Press of Kansas, 2011), y Catherine Merridale, *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939–1945* (Nueva York: Metropolitan Books, 2006), constituyen una combinación definitiva. Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich* (Nueva York: Oxford University Press, 1991), Stephen G. Fritz, *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II* (Lexington: University Press of Kentucky, 1995), y Thomas Kühne, *Belonging and Genocide: Hitler's Community, 1918–1945* (New Haven: Yale University Press, 2010), no son menos persuasivos respecto a la Wehrmacht. *Soldaten: On Fighting, Killing, and Dying* (New York: Alfred A. Knopf, 2012), de Sönke Neitzel y Harald Welzer, utiliza grabaciones de casete de prisioneros de guerra alemanes de baja graduación para transmitir una versión sin filtros de la irreflexiva dureza que definió su comportamiento en Rusia.

## Aclaraciones

---

a *Iván* era el apodo por el que se conocía generalmente a los soldados rusos, igual que los alemanes eran *Fritz* y los británicos *Tommy* (*N. del T.*).

b Diosa romana de la guerra (*N. del T.*).



c En el fútbol americano, placaje (*N. del ed.*).

d El término *urra* quizás proceda de los antiguos guerreros hunos o de los mongoles que lo empleaban con el sentido de «¡Al ataque!» o como llamada a alguna divinidad (*N. del T.*).

e Es un aforismo que aparece en los evangelios (en concreto, Mateo 6, 34) dentro del Sermón de la Montaña: «Así que no os preocupéis del mañana, que el mañana se ocupará de sí mismo. A cada día le basta con su propio mal» (*N. del T.*).

f Se refiere a los dos trazos rúnicos con forma de rayo que formaban el emblema de las SS (*N. del T.*).

g Joel Chandler Harris (1845-1908) fue un escritor estadounidense autor de numerosas fábulas de carácter moral inspiradas en los cuentos de la tradición oral afroamericana. Dos de sus personajes son Brer Rabbit, que representa a la raza negra, y siempre sale airoso de todos los conflictos pese a no ser ni el animal más grande ni el más fuerte; y el niño de alquitran, un muñeco negro construido por los enemigos de Brer Rabbit para engañarlo y darle caza (*N. del T.*).

h Los *berserker* eran unos guerreros vikingos famosos por su furor bélico. Combatían semidesnudos en estado de trance, a veces sin armadura ni escudo. Inspiraban temor por igual en enemigos y aliados, pues, en su estado, no distinguían a nadie una vez iniciado el combate (*N. del T.*).

i «Niebla de la guerra» es un término acuñado por Carl von Clausewitz que se refiere a la confusión clásica de cualquier conflicto bélico. Otro término de Clausewitz es el de «fricción», que es la forma en la que la realidad bélica se resiste a funcionar de acuerdo con lo planeado (*N. del T.*).

j Se refiere a la llamada tercera batalla de Ypres de la Primera Guerra Mundial en el otoño de 1917  
(*N. del T.*).



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *Armor and Blood. The Battle of Kursk*, publicado con licencia de Random House, una división de Penguin Random House, LLD

© Dennis Showalter, 2013

© De la traducción: Javier Alonso, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (mobi): abril de 2018

ISBN: 978-84-9164-329-6 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.